



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

881
P62.Sr
v.9





1

COLECCIÓN UNIVERSAL

a

881
P6l.Sr
v.9

N.º 504 a 506

PLUTARCO

Vidas paralelas

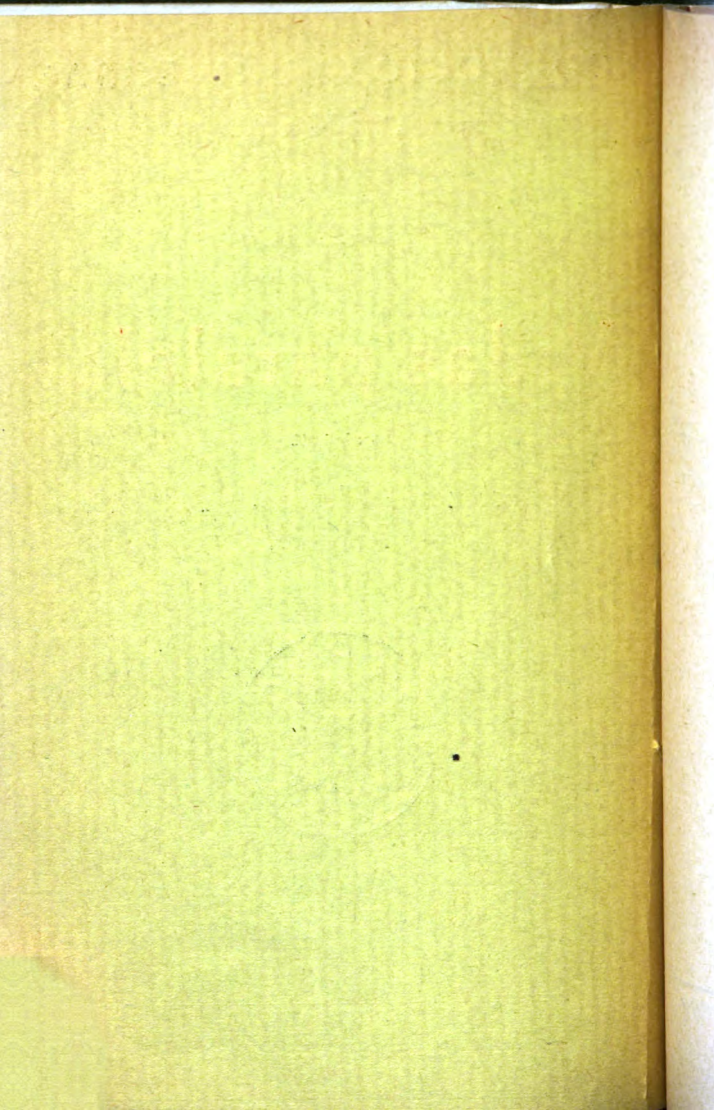
TOMO IX

Demóstenes. - Cicerón. - Demetrio.
Antonio.



Precio: 1,50 pesetas.

MADRID, 1921



Plutarco

VIDAS PARALELAS

TOMO IX

MCMXXI

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1921.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

PLUTARCO

Vidas paralelas

TOMO IX

Demóstenes. - Cicerón. - Demetrio.
Antonio.

La traducción, de A. Ranz Romanillos,
ha sido revisada y corregida por C.



MADRID, 1921

881
Pge. Sr
v. 9

DEMOSTENES

I.—El que escribió, ¡oh Sosio!, el elogio de Alcibiades, vencedor en Olimpia corriendo con caballos, fuese Eurípides, como generalmente se cree, o fuese cualquier otro, dice que al hombre, para ser feliz, le ha de caber en suerte haber nacido en una ciudad ilustre; pero yo creo que para la verdadera felicidad, que principalmente consiste en las costumbres y en el propósito del ánimo, nada da ni quita haber nacido en una patria obscura e ignorada, o de una madre fea y pequeña. Porque sería cosa ridícula que hubiera quien pensase que Julida, parte muy pequeña de una isla no grande como la de Ceo, y que Egina, de la que dijo un ateniense que debía quitarse como una legaña del Pireo, habían de haber llevado excelentes actores y poetas, y no habían de poder producir un hombre justo que se bastase a sí mismo, que tuviera juicio y fuera de un ánimo elevado. Porque lo natural es que las otras artes, que se alimentan con el trabajo y la fama, se marchiten en pueblos humildes y oscuros, y que la virtud, como planta fuerte y robusta, arraigue en todo terreno, si prende en una buena índole y en un ánimo inclinado al trabajo; de donde se sigue

527706

que si nosotros dejamos de pensar y conducirnos como corresponde, esto deberá justamente atribuirse, no a la pequeñez de la patria, sino a nosotros mismos.

II. — Y al que se ha propuesto tejer una relación o historia, no de hechos comunes y familiares, sino peregrinos y recogidos en gran parte de una lectura varia, en realidad le conviene ante todas cosas una ciudad de fama, de exquisito gusto y muy poblada, para tener copia de toda suerte de libros y poder instruirse y preguntar sobre aquellas cosas que, habiéndose ocultado a la diligencia de los escritores, adquieren más fe conservadas en la memoria y la tradición, para no dar una obra que salga falta de muchas noticias, y menos de las necesarias. Mas yo, que habito una ciudad corta (1), en la que tengo formado empeño de permanecer para que no se haga más pequeña, y que mientras estuve en Roma y discurrí por la Italia no tuve tiempo para ejercitarme en la lengua latina, por los negocios políticos y por la concurrencia de los que venían a tratar conmigo de filosofía, tarde ya y siendo muy adelantado en edad, me acerqué a tomar conocimiento de las letras romanas, en lo que me ha sucedido una cosa extraña, pero muy cierta: y es que no tanto he aprendido y conocido las cosas por las palabras cuanto, tomado conocimiento de las cosas, ellas me han conducido a saber las palabras. Y lo que es llegar a percibir la belleza y velo-

(1) Gueronea, su patria, en donde pasó la mayor parte de su vida.

cidad de la pronunciación latina, las metáforas de los nombres, la armonía y todo lo demás con lo que se engalana el discurso, téngolo por útil y agradable; pero el estudio y ejercitación en este trabajo, como empresa difícil, sólo es para los que tienen ocio y tiempo que dedicar a tales primores.

III. — Por esta razón, escribiendo en este libro de las VIDAS PARALELAS las de Demóstenes y Cicerón, de sus hechos y del modo de conducirse en el gobierno, procuraremos colegir cuál era el carácter y disposición de cada uno, omitiendo el hacer cotejo de sus discursos, y manifestar cuál de los dos era más dulce o más primoroso en el decir, porque esto sería, como dijo Yon, la fuerza del delfín en tierra. Por ignorar esta máxima Cecilio, excesivo en todo, se metió sin reflexión a formar juicio entre Cicerón y Demóstenes; pero si a todos les fuera dado tener a la mano el *conócete a ti mismo*, no hubiera sido ésta tenida por una advertencia divina. Parece, pues, haber sido un mismo genio el que formó a Demóstenes y Cicerón, y acumuló en su naturaleza muchas semejanzas, como la ambición, el amor de la libertad cuando tomaron parte en el gobierno y la cobardía para los peligros y la guerra; con lo que mezcló también muchas cosas de las que son de fortuna; porque no creo que podrán encontrarse otros dos oradores que de oscuros y pequeños hubiesen llegado a ser grandes y poderosos, que hubiesen resistido a reyes y tiranos, que hubiesen perdido sus hijas, hubiesen sido arrojados de su patria y restituidos después con honor; que huyendo

después hubieran sido alcanzados por los enemigos, y que en el mismo punto de expirar la libertad de sus conciudadanos hubiesen ellos perdido la vida; como que si a manera del de los artistas pudiera haber certamen entre la naturaleza y la fortuna, sería muy difícil discernir si aquélla los había hecho más semejantes en las costumbres o ésta en los sucesos. Diremos, pues, primero del que precedió en tiempo.

IV.—Demóstenes, el padre de este otro Demóstenes, era uno de los buenos y honrados ciudadanos, según dice Teopompo. Llamábanle por sobrenombre *el Espadero*, a causa de tener un gran obrador y muchos esclavos inteligentes que trabajaban en este oficio. Lo que el orador Esquines dijo acerca de su madre, dándola por hija de un tal Filón, que por causa de traición había huído de la ciudad, y de una mujer peregrina y bárbara, no podemos decir si fué cierto, o si lo fingió e inventó para desacreditarle. Muerto el padre, quedó Demóstenes, a la edad de siete años, con un buen patrimonio, pues montaría el valor de toda su hacienda a poco menos de quince talentos; pero sus tutores le perjudicaron notablemente, apropiándose unas cosas y descuidando otras, en términos de no haber con qué pagar el salario a sus maestros. Por esta causa parece que careció de instrucción en aquellas disciplinas que convienen a un joven libre, y también por su delicadeza y mala constitución física; por lo cual, ni la madre le aplicaba al trabajo, ni le precisaban a él sus preceptores, habiendo sido desde

el principio flaco y enfermizo; de aquí dicen que le vino también el injurioso apodo de *Bátalo*, que le impusieron los muchachos burlándose de su persona. Era *Bátalo*, según dicen unos, un flautista desacreditado por afeminación, contra el que hizo con este motivo una especie de entremés el cómico Antífanos; pero otros hacen memoria de un poeta *Bátalo*, que escribió canciones lúbricas y báquicas. Parece también que en aquella época se daba en Atenas el nombre de *Bátalo* a una de las partes inhonestas del cuerpo, que no es decente nombrar. El apodo de *Argas*, pues se dice haber sido también éste uno de sus sobrenombres, parece que se le puso o por sus costumbres ásperas y desabridas, porque algunos poetas llaman *Argas* a la culebra, o por su modo de decir, que ofendía a los oídos, porque *Argas* era también el nombre de un poeta, autor de malos y desagradables versos. Mas de estas cosas dése aquí punto, como dice Platón.

V.—El haberse dedicado a la elocuencia se dice que tuvo este origen: Había de hablar el orador Calistrato en el Tribunal, en el juicio que se seguía sobre la ciudad de Oropo, y era grande la expectación en que todos estaban, ya a causa de la facundia del orador, que era el que entonces tenía mayor opinión, y ya también por el negocio mismo, que se había hecho muy célebre. Oyendo, pues, Demóstenes que varios maestros y preceptores tenían concertado entre sí asistir a este juicio, rogó a su preceptor y alcanzó de él que le llevase a oírlo. Tenía éste amistad con los porteros públicos del Tribu-

nal, y por medio de éstos le proporcionó un sitio en el que, sentado, pudiera oír cómodamente los discursos. Estuvo aquel día muy feliz Calistrato, y fué sumamente admirado, con lo que excitó en Demóstenes el deseo de gloria, por ver que eran muchos los que le acompañaban y le daban enhorabuenas; pero en el discurso, lo que más admiró fué una fuerza propia para allanarlo y vencerlo todo. Dando por tanto de mano a todas las demás enseñanzas y ocupaciones juveniles, él mismo se ejercitaba por sí y trabajaba con empeño a fin de ser él también uno de los oradores. Aun tuvo con todo por maestro de elocuencia a Iseo, sin embargo de que entonces Isócrates tenía escuela, o porque, como dicen algunos, no pudiese pagar a Isócrates el salario prefijado, que era de diez minas, a causa de su orfandad, o, lo que es más probable, porque prefiriese para su intento la elocuencia de Iseo, como más propia para la acción y más acomodada a las tretas del foro. Mas Hermipo escribe haberse encontrado unos comentarios anónimos, en los que se decía que Demóstenes asistió a la escuela de Platón, lo que le fué utilísimo para la elocuencia, y cita además a Ctesibio, quien había dicho que, habiendo adquirido Demóstenes por medio de Calias Siracusano y algunos otros las lecciones de retórica de Isócrates y Alcidadamante, las encomendó a la memoria.

VI.—Llegado a la mayor edad, empezó a litigar con sus tutores y a escribir alegatos contra ellos, porque encontraban continuamente tergiversaciones y medios dilatorios; así, a fuerza de ejercitarse,

según Tucídides, sus cuidados terminaron felizmente, aunque no sin peligros ni trabajo; no pudo, sin embargo, arrancar a los tutores mas que una parte muy pequeña de los bienes paternos. Mas ya que esto no, adquiriendo resolución y el conveniente hábito de hablar en público, y tomando gusto a las alabanzas que por estas contiendas se reciben y al influjo que proporcionan, se decidió a salir a la palestra y tomar parte en los negocios públicos; y a la manera que de Laomedonte de Orcomene se dice que para curarse de una enfermedad del bazo dió en andar mucho de orden de los médicos, y que con este penoso ejercicio adquirió tal robustez que concurrió a los certámenes gimnásticos y fué uno de los que más se distinguieron en la carrera, del mismo modo le sucedió a Demóstenes, que habiendo tenido que dedicarse a perorar en público para el recobro de su patrimonio, con esto adquirió soltura y facilidad para sobresalir ya, como los coronados en el circo, entre los ciudadanos que contendían en la tribuna. Al principio sufrió sus silbos, y que se riesen de la novedad que advertían en su estilo, que parecía confuso en los períodos y recargado excesivamente en las pruebas. Notábase además cierta falta de voz, torpeza en la lengua e interrupción en la respiración, la que turbaba el sentido de lo que se decía, por no cortarse bien los períodos. Finalmente, habiéndose retirado del foro por este desagradable ensayo, se andaba paseando por el Pireo, decaído ya de ánimo, cuando encontrándole Eunomo de Triusta, que ya era muy an-

ciano, le reprendió de que, teniendo un modo de decir muy semejante al de Pericles, se abandonase de aquella manera por cobardía y desidia, no sabiendo sostenerse con serenidad a vista de la muchedumbre, ni dando a su cuerpo el aire conveniente para aquella especie de contiendas, y antes dejando que todo se entorpeciera en el ocio.

VII.—En otra ocasión, en que no dió gusto, se dice que retirándose apesadumbrado y con la cabeza cubierta, le fué siguiendo oportunamente el actor Sático, y entró con él en su casa. Quejósele amargamente Demóstenes de que con ser el que más trabajaba de los oradores, y con haber casi arruinado en este ejercicio su constitución, veía que no daba gusto al pueblo; y hombres desarreglados, unos marineros ignorantes, eran escuchados, y de él no se hacía caso; a lo que le contestó Sático: «Tienes razón, ¡oh Demóstenes!; pero yo remediaré fácilmente la causa, si quieres recitar de memoria alguna escena de Eurípides o Sófocles.» Hízolo así Demóstenes, y repitiendo Sático la misma escena, de tal manera la adornó, pronunciándola con la acción y postura conveniente del cuerpo, que a Demóstenes le pareció ya enteramente otra. Viendo entonces cuánta es la gracia y belleza que la acción concilia a lo que se dice, se convenció de que el esmero en la composición es nada para quien se descuida de la pronunciación y acción conveniente. En consecuencia de esto hizo construir un estudio subterráneo, que aun se conserva, y bajando a él se ejercitaba en formar y variar tanto

la acción como el tono de la voz; muchas veces pasó allí dos y tres meses continuos, no afeitándose mas que un solo lado de la cabeza para no poder salir, aunque quisiera, detenido de la vergüenza.

VIII.—No sólo esto, sino que de las salutaciones, de las conversaciones y de los negocios que le ocurrían fuera tomaba ocasión y argumento para aquella clase de ejercicio. Así, luego que habían pasado, bajaba a su estudio y exponía los hechos, y en seguida las defensas que podían tener. Además de esto, si había oído un discurso, procuraba retenerlo, ponía por orden los pensamientos y los períodos, y se entretenía en corregir y variar de mil maneras, así lo que otros le habían dicho como lo que él mismo había dicho a otros. De donde nació la opinión de que no era naturalmente elocuente, sino que su habilidad y su fuerza se debían al trabajo; de lo cual parece que es también una convincente prueba el no haber oído nunca nadie a Demóstenes hablar extemporáneamente; y antes sucedió que estando sentado en las juntas, y siendo llamado del pueblo muchas veces por su nombre, no se presentó nunca si de antemano no estaba dispuesto y prevenido para hablar. Zaheríanle sobre esto muchos otros demagogos, y Piteas, satirizándole, le dijo que las pruebas de sus discursos olían mucho a la lámpara; mas a éste le volvió Demóstenes la burla con acrimonia diciéndole: «Pues a fe que la lámpara no sabe de mí y de ti las mismas cosas.» Con los demás no lo negaba, sino que reconocía francamente que no siempre decía lo que

había escrito; pero sin escribir no hablaba nunca, porque decía que el estudiar para hablar en público acreditaba al hombre de popular, por ser esta preparación un principio de obsequio al pueblo, y que el no pensar cómo sentaría a la muchedumbre lo que se dijese era de hombres oligárquicos que más atendían a la fuerza que a la persuasión. Dan también por prueba de su timidez para hablar de repente que Demades, viéndole turbado y aturdi-do muchas veces, se levantó y tomó la palabra para defender la misma causa; y él nunca hizo otro tanto con Demades.

IX.—¿Pues cómo es, dirá alguno, que Esquines le tiene por admirable precisamente por su soltura en el decir? ¿Cómo es que a Pitón de Bizancio, que se había puesto a hablar con arrojo y con un torrente de palabras contra los Atenenses, se levantó él solo y le contradijo? ¿Cómo es que habiendo Lamaco Mirrinea escrito el elogio de los reyes Alejandro y Filipo, en el que decía mil cosas en descrédito de los Tebanos y Olintios, cuando lo estaba leyendo en los juegos olímpicos se levantó también, y expresando con relación de los hechos y con pruebas positivas los muchos bienes que los Tebanos y Calcidenses habían hecho a la Grecia, y por la inversa, de cuántos males habían sido causa los aduladores de los Macedonios, mudó de tal modo los ánimos de los oyentes que, temiendo aquel sofista por el alboroto que se había movido, tuvo que huir del concurso? Lo que parece es que creyó no convenirle algunas de las cualidades de Pericles; pero

su coordinación del discurso, su acción y el no hablar de repente sobre todo asunto sin preparación, como que éstas eran las que le habían engrandecido, las imitó y copió en cuanto pudo, sin dejar por eso de aspirar a la gloria de hablar extemporáneamente si lo pedía un grave caso, ni tampoco poner muchas veces su talento y habilidad en manos de la fortuna. Porque en las oraciones que pronunció usó sin duda de más osadía y desenfado que en las escritas, si hemos de creer a Eratóstenes, a Demetrio de Falera y a los cómicos, de los cuales Eratóstenes dice que muchas veces en las oraciones se ponía como fuera de sí; y Demetrio, que pronunció poseído de entusiasmo aquel juramento en metro que dice:

Por la tierra, las fuentes, ríos, mares.

De los cómicos, uno le llama *ropoperperetra* o vanilocuo; y otro, motejándole de que usaba de antítesis, dice: «Del mismo modo la recobró que la cobró, porque fué muy del gusto de Demóstenes este modo de decir»; a no ser que Antífanes hubiese querido aludir a la oración sobre la isla de Haloneso, acerca de la que aconsejaba a los Atenienses, no que la cobraran, sino que la recobraran de Filipo.

X.—En cuanto a Demades, todos convienen en que, entregado a su genio, era invencible y que hablando de pronto confundía todo el cuidado y prevenciones de Demóstenes; y Aristón de Quío refiere el juicio de Teofrasto acerca de los oradores; porque preguntado qué le parecía Demóstenes, res-

pondió: «Digno de la ciudad.» «¿Y qué tal Demades?» «Sobre la ciudad.» El mismo filósofo refiere que Polieucto de Esfecia, uno de los que por entonces tenían parte en el gobierno de Atenas, le había manifestado que Demóstenes era perfectísimo orador, pero que la elocuencia de Foción tenía más nervio, porque en pocas palabras encerraba gran sentido; del mismo Demóstenes se cuenta que cuantas veces se levantaba Foción para contradecirle, vuelto a sus amigos solía decir: «Ya está ahí el hacha de mis discursos.» Esto no se sabe si Demóstenes lo aplicaba a la elocuencia de aquel hombre ilustre o a su conducta y opinión, por estar persuadido de que una sola palabra, una seña de un hombre de probidad, tiene más fuerza que muchas y muy prolijas frases.

XI. — Para remediar los defectos corporales, empleó estos medios, según refiere Demetrio de Falera, que dice haber alcanzado a oír a Demóstenes, cuando ya era anciano, que la torpeza y balbucencia de la lengua la venció y corrigió llevando guijas en la boca y pronunciando períodos al mismo tiempo; que en el campo ejercitaba la voz corriendo y subiendo a sitios elevados, hablando y pronunciando al mismo tiempo algún trozo de prosa o algunos versos con aliento cansado y, finalmente, que tenía en casa un grande espejo y que, puesto enfrente, recitaba, viéndose en él, sus discursos. Cuéntase que se le presentó un ciudadano pidiéndole su patrocinio y refiriéndole que le habían dado de golpes, y Demóstenes le replicó: «Me parece que no

hay tal cosa, que no has sufrido nada de lo que dices»; y que levantando aquél la voz, y diciendo a gritos: «¿Conque yo nada he sufrido, Demóstenes?», le contestó entonces: «Sí; a fe mía, ahora oigo la voz de un hombre que ha sido agraviado y ofendido.» ¡De tanto influjo le parecía, para conciliarse crédito, el tono y el gesto del que hablaba! Su acción era muy agradable a la muchedumbre; pero los inteligentes, y entre ellos Demetrio de Falera, la tenían por afeminada y poco decorosa; y Hermipo dice que, preguntado Esion por los oradores antiguos y los de su tiempo, respondió que oyéndolos cualquiera admiraría en aquéllos la decencia y entereza con que hablaban al pueblo, pero que las oraciones de Demóstenes leídas se aventajaban mucho en primor y en energía. Ciertamente que de las oraciones suyas que nos han quedado escritas no habrá quien niegue que tienen mucho de amargo y de picante; y en las ocurrencias repentinas solía también emplear el chiste; porque diciéndole una vez Demades: «¿A mí Demóstenes? Esto es la puerca a Minerva», «Pues esa Minerva—le respondió—hace poco que en Coluto fué cogida en mal caso.» A un ladrón llamado Ferreo, que quiso morderle por sus trabajos y veladas nocturnas, «Ya sé—le dijo—que te incomoda con tener luz de noche; y vosotros, ¡oh Atenienses!, no os admiréis de que haya hurtos cuando los ladrones son de hierro y las paredes de barro.» Mas acerca de estas cosas, aunque tenemos más que decir, dejémoslo en tal punto, porque es justo que examinemos ya, sobre sus he-

chos y sobre su conducta en el Gobierno, cuál fué su carácter y cuáles sus costumbres.

XII. — Sus primeros pasos en los negocios públicos los dió durante la guerra de Focea, como lo dice él mismo y se puede colegir de sus oraciones filípicas; pues aunque algunas son posteriores a los sucesos de esta guerra, las más antiguas tocaron en ellos. Lo cierto es que la oración relativa a la acusación de Midias la ordenó y dispuso cuando tenía treinta y dos años, y no gozaba todavía ni de poder ni de opinión en el Gobierno; por lo mismo, temeroso del éxito, a lo que yo entiendo, transigió por dinero en aquella persecución:

Porque no era de ánimo benigno,
ni de condición blanda y mesurada,

sino ardiente y violento en sus venganzas; pero viendo que no era empresa ligera y fácil oprimir a un hombre atrincherado con riqueza y con amigos, cedió a los que por él intercedieron, pues las tres mil draemas por sí mismas no me parece que hubieran sido suficientes a embotar la cólera de Demóstenes si hubiera tenido esperanza de quedar superior. Mas tomando para las cosas de gobierno la ocasión más bella que podía ofrecerse, como era la de defender la causa de los griegos contra Filipo, y conteniendo en ella dignamente, al punto adquirió fama, y se hizo espectable por sus oraciones y su noble libertad, hasta el punto de ser admirado en la Grecia, obsequiado por el gran rey y tenido en consideración por Filipo sobre todos los demás que hablaban

al pueblo, reconociendo hasta sus contrarios que tenían que lidiar con un hombre de grande opinión, como acusándole lo expresaron Esquines e Hipérides.

XIII. — No alcanzo, por tanto, a comprender cómo pudo decir Teopompo que era naturalmente inconstante y que ni en cuanto a los negocios ni en cuanto a las personas podía permanecer largo tiempo en un mismo propósito; porque antes parece que aquel partido y aquel empeño que desde el principio tomó y adoptó en el gobierno, aquel mismo conservó hasta el fin, no sólo sin hacer mudanza en él en toda su vida, sino aun exponiendo la vida por no mudar. Pues no fué como Demades, que para excusarse de su mudanza en punto a gobierno usó de la expresión de que para sí mismo bien había dicho muchas veces cosas contrarias, pero para la República nunca, o como Melanipo, que estando en oposición con Calistrato, ganado por éste muchas veces con dinero para que mudase, solía decir al pueblo: «Calistrato bien es mi enemigo, pero triunfe la utilidad de la República»; o como Nicodemo de Mesena, que al principio se puso de parte de Casandro, y trabajando después en favor de Demetrio, expresó que no decía cosas contrarias, puesto que siempre era conveniente ceder a los que más pueden. Mas de Demóstenes no podemos hablar de esta manera, sino que en el partido a que aplicó su voz o su acción, como si para el gobierno se le hubiera dado una clave fija, en aquel se mantuvo, guardando siempre en los negocios un solo tono; y el filó-

sofo Panecio dice que, según están escritas las más de sus oraciones, para él lo honesto es a todo preferible por sí mismo: como la de la corona, la contra Aristócrates, la de las inmunidades y las filípicas, en todas las cuales no inclina a los ciudadanos a lo deleitable, o a lo fácil, o a lo útil, sino que muchas veces persuade que deben ponerse la seguridad y la salvación en segundo lugar después de lo honesto y de lo honroso; de manera que si en los asuntos que trató, al amor de la gloria y a la nobleza de los pensamientos se hubieran unido el valor militar y el haberse en todo limpiamente, habría sido digno de que en el número de oradores se le colocara, no al lado de Merocles, Polieucto e Hipérides, sino más arriba con Cimón, Tucídides y Pericles.

XIV.—De los de su tiempo Foción, aunque no era del partido que se llevaba los aplausos, y antes parecía que *macedonizaba*, sin embargo, por su valor y su justificación no fué reputado inferior a Efialto, a Aristides y a Cimón. Mas Demóstenes, no siendo de fiar en las armas, como dice Demetrio, ni bastante seguro en punto a recibir, pues aunque no se dejó cautivar con el oro de Filipo y de Macedonia, con el de Susa y Ecbatana se dejó domeñar y rendir, si pudo celebrar dignamente las virtudes de los hombres grandes que le precedieron, no le fué dado imitarlas; mas con todo a los oradores de su tiempo, si sacamos a Foción de esta cuenta, aun en la conducta les hizo ventaja. Parece que fué asimismo el que habló al pueblo

con más libertad, resistiendo a sus deseos e increpando sus desaciertos, como de sus mismas oraciones se deduce; Teopompo refiere que encargándole un día los Atenienses una acusación, y alborotándose contra él porque no la admitía, se levantó y les dijo: «Por consejero, ¡oh Atenienses!, me tendréis, aunque no queráis; pero por calumniador no, aunque os empeñéis en ello.» No dejó de ser bien aristocrático lo que ejecutó con Antifón, que, habiendo sido absuelto por la junta pública, le echó mano y lo llevó ante el consejo del Areópago, y no dándosele nada de desagradar al pueblo, convenció a aquél de que había prometido a Filipo incendiar los arsenales; y el Areópago hizo que fuera condenado a muerte. Acusó igualmente a la sacerdotisa Teoris, entre otros crímenes, de que enseñaba a los esclavos los modos de engañar, y habiendo pedido la pena capital, se le impuso.

XV.—Dícese que la oración contra el general Timoteo, que sirvió a Apolodoro para hacer que aquél fuera condenado como deudor a la república, fué escrita para éste por Demóstenes, del mismo modo que las oraciones contra Formión y Estéfano; lo que le fué justamente censurado; porque también Formión contendió contra Apolodoro con una oración de Demóstenes; lo que es como si en una tienda de espadero se vendieran puñales a los dos contrarios. De las oraciones sobre negocios públicos, las que son contra Androción, Timócrates y Aristócrates las escribió para otros, no habiéndose acercado todavía al gobierno, pues se conjetura

que tendría veintisiete o veintiocho años cuando las compuso. La oración contra Aristogitón la pronunció él mismo, y también la de las inmunidades por el hijo de Cabrias Ctesipo, como lo dice él mismo; a lo que algunos añaden que fué con el objeto de enlazarse en matrimonio con la madre de aquel joven; sin embargo, no se casó con ella, sino con una mujer de Samos, según dice Demetrio Magnesio en su *Tratado de los sinónimos*. La de la falsa alegación contra Esquines no se sabe si se pronunció, y eso que Idomeneo asegura que Esquines fué absuelto por solos treinta votos más; parece, no obstante, que esto no es verdad si hemos de tomar argumento de las oraciones de uno y otro sobre la corona, porque ninguno de los dos habla clara y abiertamente de aquel juicio como que se hubiese llevado hasta sentencia; mas esto otros podrán decirlo mejor.

XVI.—La idea de Demóstenes en el gobierno era bien manifiesta; pues que aun durante la paz nada dejaba por reprender de lo que ejecutaba el Macedonio, sino que a cada cosa alborotaba a los Atenienses, inflamándolos contra él. Por lo mismo era persona de quien se hablaba mucho en la corte de Filipo, y cuando fué a Macedonia de embajador, aunque en décimo lugar, si bien Filipo escuchó a todos, a su discurso respondió con particular cuidado; mas, sin embargo, en los demás honores y obsequios ya no se portó del mismo modo con Demóstenes, sino que agasajó con mayor esmero a Esquines y Filócrates, de

resulta de lo cual, alabando éstos a Filipo de elocuente en el decir, de gallardo en su presencia y también de buen bebedor, no pudo contenerse, e irritado les volvió las palabras al cuerpo, diciendo que lo primero era de un sofista, lo segundo de una mujer, lo tercero de una esponja, y que en todo ello nada había que fuera propio del elogio de un rey.

XVII.—Luego que todo propendió a la guerra, por no poder Filipo tener reposo y por haber sido los Atenenses incitados de Demóstenes, lo primero que éste hizo fué moverlos a invadir la Eubea, esclavizada por los tiranos a Filipo, y pasando efectivamente a la isla en virtud de decreto que él escribió, arrojaron a los Macedonios. En segundo lugar, dió auxilio a los Bizantinos y Perintios, a quienes el Macedonio hacía la guerra, persuadiendo al pueblo a que, dejando a un lado la enemistad y el acordarse de las ofensas de unos y otros durante la guerra social, les enviara tropas; con las que se salvaron. Pasando después de embajador, habló a todos los griegos y, fuera de unos pocos, los acaloró y levantó contra Filipo, de manera que llegaron a juntarse quince mil infantes y dos mil caballos, además de la gente de las ciudades, y se recogió copiosamente caudal y sueldos para los estipendiarios. En esta ocasión dice Teofrasto haber pedido los aliados que se fijaran los tributos, y haber respondido el demagogo Crobilo que la guerra no se mantiene con lo tasado. Puesta en expectación la Grecia para lo futuro, y formando Liga por

naciones y ciudades los Eubeos, Aqueos, Corintios, Megarenses, Leucadios y Corcirenses, le quedó a Demóstenes el mayor empeño, que fué el de atraer a la alianza a los Tebanos, habitantes de un país confinante con el Atica, fuertes con tropas ejercitadas, y los más acreditados entonces por las armas entre todos los griegos; no era fácil atraer a una mudanza a los Tebanos, ganados por Filipo con beneficios muy recientes durante la guerra de Focea, mayormente cuando las rencillas de las ciudades se encrespaban diariamente de una y otra parte con frecuentes encuentros a causa de la vecindad.

XVIII.—Con todo, cuando, engréido Filipo con las ventajas conseguidas en Anfisa, cayó repentinamente sobre Elatea e invadió la Focide, sobre cogidos los Atenieses, y no atreviéndose nadie a subir a la tribuna, ni sabiendo qué pensamiento útil podrían proponer en medio de tanta incertidumbre y silencio, presentóse solo Demóstenes, aconsejando que se ganara a los Tebanos, y alentando e incitando al pueblo con esperanzas, como lo tenía de costumbre, fué con otro enviado de embajador a Tebas. Envió también Filipo para contrarrestar a éstos, como dice Marsias, a Amintas y Clearco, Macedonios; a Daoco, Tesaliano, y a Trasideo, de Elea. Qué era lo que convenía no dejó de entrar en los cálculos de los Tebanos, y antes cada uno tenía bien a la vista los horrores de la guerra, estando todavía frescas las heridas de la de Focea; pero la elocuencia del orador, encendiendo sus áni-

mos, como dice Teopompo, y acalorando su ambición, hizo sombra a todos los demás objetos, de manera que les quitó delante de los ojos el miedo, su interés y su gratitud, entusiasmados con el discurso de Demóstenes por sólo lo honesto. Pareció tan grande y tan admirable el efecto producido por su elocuencia, que Filipo envió inmediatamente heraldos a solicitar la paz; la Grecia toda se puso erguida en expectación de lo que iba a suceder; se ofrecieron a disposición de Demóstenes, para obrar según mandase, no sólo los generales, sino hasta los Beotarcas; y éste fué el que dirigió todas las juntas públicas, no menos las de los Tebanos que las de los Atenienses, amado y respetado de unos y otros, no sin razón ni sobre su mérito, como observa Teopompo, sino con sobrada justicia.

XIX.—Mas un hado superior en aquella agitación de los negocios, y en el momento en que al parecer iba a llevar a su colmo la libertad de la Grecia, se opuso a todo lo hecho, y dió muchas señales de la futura adversidad. Entre ellas, la Pitia reveló diferentes vaticinios, y se comenzaba a cantar un oráculo antiguo de las sibilas:

¡Oh si la fiera lid del Termodonte
a manera de águila pudiese
mirar de lejos puesto allá en las nubes!
Llora el vencido, el vencedor perece.

Dícese que el Termodonte es un riachuelo de Queronea, nuestra patria, que entra en el Céfiso; pero nosotros ahora no conocemos ningún arroyo que se llame de este modo, y sólo inferimos que el que

se llama Hemón se decía entonces Termodonte, y es el que corre junto al templo de Hércules, donde tuvieron su campo los Griegos, conjeturando que después de la batalla, por haberse llenado el río de sangre y de cadáveres, mudó éste su nombre en el que ahora tiene, aunque Duris dice que no era el río que se llamaba Termodonte, sino que armando los soldados una tienda y cavando con este objeto, encontraron una estatua pequeña de mármol con unas letras en que se significaba ser de Termoconte, que tenía en el regazo una amazona herida; acerca de lo cual añade se cantaba otro oráculo que decía:

Aguarda, ¡oh ave negra!, la batalla
que ha de tener de Termodonte nombre,
y allí de carne humana tendrás copia.

XX.—Mas el determinar y asegurar qué es lo que hubo en esto, es difícil. De Demóstenes se dice que, confiado en las armas de los Griegos, y deslumbrado con las fuerzas y el ardor de tantos soldados que provocaban a los enemigos, ni permitió que se atendiera a los oráculos, ni que se diera oídos a los vaticinios, sino que sospechó que la Pitia *filipizaba*, y se recordó a los Tebanos el nombre de Epaminondas, y a los Atenenses el de Pericles, los cuales, teniendo todas estas cosas por pretextos del miedo, sin hacer cuenta de ellas se decidían por lo que convenía. Hasta aquí compareció como un hombre eminente, pero en la batalla no hizo ninguna acción distinguida y que conformara con sus palabras, sino que, abandonando el puesto, dió a huir igno-

miniosamente, arrojando las armas sin avergonzarse, como dijo Piteas, de la inscripción que con letras de oro tenía grabada en el escudo: «A la buena fortuna.» Por lo pronto, Filipo, haciendo burla con el desmedido gozo después de la victoria, en un banquete que tuvo entre los cadáveres, en medio de los brindis cantó el principio del decreto de Demóstenes, llevando el compás con los pies y las manos:

Demóstenes Peamiense esto escribía;

pero luego que estuvo sereno y consideró la grandeza del combate que había tenido que lidiar, se pasmó de la fuerza y poder de la elocuencia de un orador que en la parte muy pequeña de un día le obligó a poner en riesgo su imperio y su persona. Llegó la fama de su nombre hasta el rey de los Persas, el cual envió órdenes a los sátrapas para que dieran dinero a Demóstenes y le obsequiaran sobre todos los Griegos, como a un hombre que en las revueltas de la Grecia podía distraer y contener al rey de Macedonia. Estas órdenes las vió más adelante Alejandro, habiendo encontrado en Sardis las cartas de Demóstenes y los asientos de los generales del rey, por los que se descubrían las sumas de dinero que se le habían dado.

XXI.—Después de esta derrota de los Griegos, volviéronse contra Demóstenes los oradores que no eran de su partido, le citaron a dar cuentas y le formaron causa; pero el pueblo, no sólo lo dió por libre de todo, sino que continuó honrándole y con-

fiándole otra vez, por su celo, los negocios de gobierno; tanto, que habiéndose traído de Queronea los huesos y dádoseles sepultura, le encargó que pronunciara el elogio de los muertos, no llevando con abatimiento ni apocadamente lo sucedido, como lo escribe y celebra Teopompo, sino manifestando en el mismo hecho de honrar y apreciar tanto al consejero que no estaba pesaroso de sus dictámenes. Pronunció, pues, Demóstenes el discurso; pero en los decretos escribió, no su nombre, sino los de varios de sus amigos, no esperando buen agüero de su genio y de su fortuna hasta que otra vez cobró ánimo con la muerte de Filipo, que falleció no habiendo sobrevivido largo tiempo a la victoria de Queronea; esto parece que era lo que profetizaba el oráculo en el último de los versos,

Llora el vencido, el vencedor perece.

XXII.—Supo Demóstenes con anticipación la muerte de Filipo, y para preparar a los Atenienses a tener confianza de mejorar de suerte, se presentó alegre en el consejo, significando haber tenido un sueño que le hacía pronosticar a los Atenienses sucesos muy prósperos; y de allí a poco parecieron los que traían la noticia de la muerte de Filipo. Sacrificaron, pues, inmediatamente por la buena nueva y decretaron coronas a Pausanias. Presentóse asimismo Demóstenes coronado con un rico manto, a pesar de que no hacía mas que siete días que había muerto su hija, como lo dice Esquines para

motejarle con este motivo y censurarle de desnaturalizado, acreditándose en esto él mismo de poco generoso y de abatido espíritu, pues que tenía el llanto y el lamento por señales de un ánimo benigno y piadoso, y desaprobaba en otros el que llevasen los infortunios con entereza y resignación. Por tanto yo, así como no diré que hubiese sido bien hecho tomar coronas y sacrificar por la muerte de un rey que después de haberlos vencido los trató con tanta mansedumbre y humanidad, porque, sobre ser repugnante, manifiesta cierta vileza haberle acatado vivo y haberle hecho ciudadano, y después, cuando fué muerto por mano de otro, no llevar moderadamente la alegría, sino saltar y hacer extremos de gozo, insultando a un difunto, como por una hazaña que se debiera a su valor, alabo y aplaudo en Demóstenes el que, dejando a las mujeres las desgracias domésticas, las lágrimas y los lloros, hubiese hecho lo que creyó conveniente a la ciudad. Porque, en mi concepto, es de un ánimo verdaderamente social y esforzado, atendiendo siempre al bien común y subordinando los intereses y sucesos particulares a los públicos, el saber guardar en todo la dignidad y el decoro, aun mejor que los que hacen en los teatros los papeles de reyes y tiranos, ya que éstos no lloran y ríen como quieren, sino como lo pide el paso y conviene al asunto. Fuera de esto, si se tiene por un deber el no abandonar y dejar sin consuelo al que gime en el infortunio, sino más bien usar de palabras que le conforten y llamar su atención a asuntos más li-

sonjeros, a manera de lo que hacen los facultativos con los que tienen mal de ojos, a quienes mandan que aparten la vista de los objetos resplandecientes y que reverberan la luz y la vuelvan a los que tienen color verde y opaco, ¿cómo podrá procurar mejor el ciudadano su consuelo que haciendo mezcla, cuando la patria está en prosperidad, de los sucesos públicos y domésticos, para que con los que son felices y de mayor poder se borren los infaustos? Hame movido a decir estas cosas el ver que Esquines en su oración procura quebrantar y afeminar los ánimos, inclinándolos fuera de propósito a la compasión.

XXIII. — Las ciudades, inflamadas otra vez por Demóstenes, se sublevaron; los Tebanos acometieron a la guarnición con muerte de muchos, siendo Demóstenes quien les proporcionó las armas, y los Atenienses se preparaban para hacer la guerra con ellos. Ocupó con este objeto la tribuna Demóstenes y escribió a los generales del rey en Asia para suscitar allí guerra a Alejandro, a quien tratábase de muchacho y de atolondrado. Mas cuando, dejando arregladas las cosas de su reino, invadió en persona con grandes fuerzas la Beocia, se cortó ya toda aquella arrogancia de los Atenienses, y el mismo Demóstenes se quedó parado; con lo que los Tebanos, abandonados cobardemente de ellos, pelearon solos y perdieron su ciudad. Moviósese con esto grande alboroto en Atenas, y se resolvió enviar a Demóstenes. Nombrado, pues, embajador con otros cerca de Alejandro, como temiese su enojo, retro-

cedió desde el Citerón, desertando de la embajada. Entonces Alejandro reclamó de los Atenenses que le enviaran diez de los demagogos, según Idomeneo y Duris, u ocho, según los más acreditados escritores de aquel tiempo, y fueron Demóstenes, Polieucto, Efialtes, Licurgo, Merocles, Damón, Calistenes y Caridemo. Con esta ocasión refirió Demóstenes la fábula de las ovejas que entregaron los perros a los lobos, atribuyéndose a sí mismo y a los otros demagogos ser los perros que defendían al pueblo, y viniendo a llamar lobo a Alejandro de Macedonia. «Vemos—añadió—que los mercaderes, cuando presentan muestra del trigo en una escudilla, en aquellos pocos granos venden muchas fanegas, y vosotros no advertís que en nosotros sois entregados todos»; siendo Aristóbulo de Casandrea el que refirió estas particularidades. Conferencióse sobre este asunto, y hallándose en gran perplejidad los Atenenses, tomó Demades de los reclamados cinco talentos, y se ofreció a ir en embajada y pedir al rey por ellos, bien fuera porque confiase en su amistad, o bien porque esperase encontrarle ya como generoso león, harto y satisfecho de matanza. Persuadióle, en efecto, Demades, recabando el perdón de aquéllos, y reconcilió con él a la ciudad.

XXIV.—Retirado que se hubo Alejandro, los otros se levantaron de ánimo, y Demóstenes quedó humillado y abatido. Después, cuando el espartano Agis hizo algunas novedades y mudanzas, dió él también algún paso, pero al punto cayó por no

haber podido mover a los Atenienses, y también por haber muerto Agis y haber sufrido descalabros los Lacedemonios. Tratóse en este tiempo la causa sobre la corona contra Ctesifonte, intentada siendo arconte Querondas, poco antes de la batalla de Queronea, pero que se juzgó diez años después siéndolo Aristofonte, y se hizo célebre más que ninguna otra de las causas públicas, ya por la fama de los oradores y ya también por la rectitud de los jueces, los cuales no hicieron el sacrificio de su voto contra Demóstenes a los enemigos de éste, que eran los que entonces tenían el mayor poder en la ciudad por ser del partido macedonió, sino que le absolvieron con tanta ventaja, que no tuvo Esquines en su favor ni la quinta parte de los votos; así es que al instante se salió de la ciudad, y pasó su vida en Rodas y en la Jonia, teniendo escuela de elocuencia.

XXV.—De allí a poco vino del Asia a Atenas Harpalo, huyendo de Alejandro, ya porque realmente sus negocios se hallaban en mal estado a causa de su disipación y ya también por temer a éste, que se había hecho terrible a sus amigos. Acojiéndose, pues, al pueblo de Atenas, y poniéndose en sus manos con sus naves y sus bienes, al punto los demás oradores, puestos los ojos en la riqueza, estuvieron de su parte, y persuadían a los Atenienses que le admitieran y salvaran a un refugiado; Demóstenes al principio aconsejaba que se hiciera salir a Harpalo, y se guardaran de precipitar a la ciudad en la guerra por un motivo no necesario

e in
cho
paló
exan
sosp
róse
cuán
dijo-
noche
Harp
mo co
veza
das. N
tación
rindió
may b
así en
hablas
cortade
malign
tido, n
Por fin
y q
tó lug
zas, sir
antó u
esto,
opa?)
(
En l
ca las ca
cio.
VIDAS.

e injusto, y al cabo de pocos días, habiéndose hecho el registro de los bienes que traía, viéndole Harpalo prendado de una copa de las del rey y que examinaba su hechura y su forma, le dijo que la sospesara y viera el peso que tenía de oro. Admiróse Demóstenes de lo doble que era, y preguntando cuánto valía, sonriéndose Harpalo: «Para ti—le dijo—valdrá veinte talentos»; y apenas se hizo de noche le envió la copa con los veinte talentos. Fué Harpalo muy perspicaz en descubrir en él su ánimo codicioso del oro por su semblante, por la viveza de sus ojos y por el modo de dirigir sus miradas. No pudo, pues, Demóstenes resistir a esta tentación; así, como plaza que admite guarnición, se rindió a Harpalo, y al día siguiente, arropándose muy bien el cuello con lana y con vendas, se presentó así en la junta pública. Decíanle que se levantara y hablase, y él por señas daba a entender que tenía cortada la voz; pero algunos burlones decían con malignidad que aquella noche había sido acometido, no de angina, sino de argentina, el orador. Por fin vino a informarse todo el pueblo del regalo, y queriendo él defenderse y persuadirle, no le dió lugar, moviendo grande gritería y alboroto; mas, sin embargo, en medio de aquella bulla se levantó uno y dijo con mucho desenfado: «¿Cómo es esto, oh Atenienses? ¿No oiréis al que tiene la copa?» (1). Echaron entonces de la ciudad a Har-

(1) En los convites, el que tenía la copa era el que daba el tono para las canciones, y todos esperaban en silencio a que empezase el canto.

palo, y temiendo no se les pidiera cuenta de las alhajas usurpadas por los oradores, hicieron por la ciudad una rigurosa cala y cata, registrando todas las casas, a excepción de la de Calicles Arrenide. Sólo a la de éste no permitieron que se llegara, por estar recién casado y hallarse ya dentro la esposa, como dice Teopompo.

XXVI.—Cediendo Demóstenes al torrente, escribió un decreto para que el Consejo del Areópago examinara este negocio, y los que le pareciera que habían delinquido sufrieran la pena. Condenado de los primeros por el Consejo, se presentó en el Tribunal; pero siendo la multa que se le impuso de cincuenta talentos, se le llevó a la cárcel, de la que de vergüenza, por lo feo de la causa, y también por enfermedad corporal que le hacía imposible sufrir el encierro, se dice haberse fugado sin sentirlo o advertirlo unos, y ayudando otros a que no se sintiese. Cuéntase que cuando todavía estaba a corta distancia de la ciudad notó que le seguían algunos ciudadanos del partido contrario, y quiso ocultarse; mas aquéllos, llamándole por su nombre y llegándose cerca, le rogaron recibiera para el viaje las cantidades que le llevaban, pues para esto las habían tomado en casa, y este era el motivo de haberle seguido; al mismo tiempo le exhortaron a tener buen ánimo y a no abatirse por lo sucedido, con lo cual todavía crecieron más los lamentos de Demóstenes, y prorrumpió en esta expresión: «¿Cómo no lo he de llevar con pesadumbre, dejando una ciudad donde los enemigos son tales cuales no sue-

len ser en otras los amigos?» Mostró en este destierro un ánimo apocado; deteniéndose lo más del tiempo en Egina y Trecene, y mirando al Atica con lágrimas en los ojos, se refiere haber proferido voces indecorosas y poco conformes a los elevados sentimientos que había manifestado en el gobierno; pues se dice que al perder de vista a la ciudad, tendiendo las manos hacia el alcázar, exclamó: «Reina, y señora de Atenas, ¿por qué te complaces en tres terribles fieras: la lechuza, el dragón y el pueblo?»; y que a los jóvenes que iban a verle y permanecían algún tiempo con él los retraía de tomar parte en el gobierno, diciéndoles que si al principio se le hubieran mostrado dos caminos, el uno que condujese a la tribuna y a la junta pública, y el otro opuesto a la sepultura, sabiendo ya los males que acompañan al gobierno, los temores, las envidias, las calumnias y las rencillas, sin detenerse se habría arrojado a la que más presto le condujese a la muerte.

XXVII.—Cuando aun se hallaba en este destierro que hemos dicho, murió Alejandro y se trató de sublevar de nuevo a los Griegos, mostrándose Leostenes hombre esforzado, y encerrando a Antipatro en Lamia, ante la que corrió un muro; pero Piteas el orador y Calimedonte de Carabis, huyendo de Atenas, abrazaron el partido de Antipatro, y corriendo las ciudades con los amigos y embajadores de éste, impedían a los Griegos el rebelarse y dejarse seducir por los Atenienses. Demóstenes, incorporándose por sí mismo con los embajadores

de Atenas, se esforzaba y trabajaba con ellos para que las ciudades se arrojaran sobre los Macedonios y los echaran de la Grecia; y en Arcadia dice Filareo que riñeron y se denostaron Piteas y Demóstenes, hablando en la junta pública el uno por los Macedonios y el otro por los Griegos. Cuéntase haber dicho en esta ocasión Piteas que así como cuando vemos que se lleva leche de burra a una casa al instante pensamos que precisamente hay alguna enfermedad, del mismo modo no puede menos de estar doliente una ciudad adonde llega una embajada de los Atenienses; y que Demóstenes convirtió la comparación, diciendo que la leche de burra se da para la salud, y también los Atenienses buscan con sus Embajadas salvar a los enfermos, lo que fué tan del gusto del pueblo de Atenas, que decretó la vuelta de Demóstenes. Escribió el decreto Damón Peaniense, sobrino de Demóstenes, y se le envió una galera a Egina. Desembarcó en el Pireo, y no quedó ni arconte, ni sacerdote, ni nadie que no saliese a recibirle, sino que acudieron todos, y le dieron las mayores muestras de aprecio, diciendo Demetrio de Magnesia, que entonces tendió al cielo las manos y se dió el parabién de aquel dichoso día, por cuanto su vuelta era más lisonjera que la de Alcibíades, recibéndole los ciudadanos por movimiento propio, y no violentados de él. Tenía, sin embargo, sobre sí la pena pecuniaria, porque no había facultad para remitir una condenación; y lo que hicieron fué eludir la ley, pues siendo costumbre en el sacrificio de Júpiter Conservador dar

una cantidad a los que componían y adornaban el altar, le dieron este encargo a Demóstenes, graduándole por él cincuenta talentos, que era el importe de la multa.

XXVIII.—Mas no gozó por largo tiempo de esta vuelta a la patria, sino que, traídas al más infeliz estado las cosas de la Grecia, en el mes llamado Metagitnion fué la batalla de Cranon, en el de Boedromion se puso guarnición en Muniquia, y en el de Pianepsion murió Demóstenes de esta manera. Apenas se tuvo noticia de que Antipatro y Cratero se acercaban a Atenas, Demóstenes y los de su partido se salieron de la ciudad, y el pueblo los condenó a muerte, siendo Demades quien escribió el decreto. Esparciéronse por diferentes partes, y Antipatro envió gente que los prendiese, de la que era caudillo Arquías, llamado *Cazafugitivos*. Era éste natural de Turio, y se decía que por algún tiempo había representado tragedias, añadiéndose que Polo de Egina, muy superior a todos en el arte, había sido su discípulo. Hernispo pone a Arquías en la lista de los discípulos del orador Lacrito, y Demetrio dice que acudió también a la escuela de Anaximenes. Arquías, pues, al orador Hipérides, a Aristónico de Maratón y a Himereo, hermano de Demetrio de Falera, que en Egina se habían refugiado al templo de Ajax, los sacó de allí y los envió a Cleonas a disposición de Antipatro, y allí se les quitó la vida, diciéndose que además a Hipérides le arrancaron la lengua.

XXIX.—En cuanto a Demóstenes, sabedor Ar-

quías de que se hallaba en la isla de Calauria, refugiado en el templo de Neptuno, se embarcó en un transporte con algunos Tracios de los de la guardia, y llegado allá le persuadía a que saliera del asilo y se fuera con él a la presencia de Antipatro, de quien no tenía que temer ningún duro tratamiento. Hacía la casualidad que Demóstenes había tenido entre sueños aquella misma noche una visión extraña, porque le parecía que estaba compitiendo con Arquías en la representación de una tragedia, y que, sin embargo de hacerlo bien y haber ganado el auditorio, por falta del aparato y coro convenientes, era vencido. Hablábale Arquías con la mayor humanidad, y él, volviéndose a mirarlo sentado como estaba: «Ni antes, ¡oh Arquías!—le dijo—, me moviste con la representación, ni ahora tampoco me moverás con las promesas.» Y como irritado Arquías empezase a hacerle amenazas, «Ahora hablas—le repuso—desde el trípode macedónico; lo de antes era representado; aguardarás un poco mientras escribo algunas letras a los de casa». Dicho esto, se entró más adentro, y tomando un cuadernito como si fuera a escribir, se llevó a la boca la caña y la mordió, según lo tenía de costumbre mientras pensaba y escribía; estuvo así algún tiempo, y cubriéndose después la cabeza la reclinó. Con este motivo los guardias que estaban a la puerta se burlaban de él, creyendo que tenía miedo, y le trataban de afeminado y cobarde; pero Arquías, llegando a él, le instaba a que se levantase, y le repetía las mismas expresiones de antes, queriendo

hacerle entender que podía tenerse por reconciliado con Antipatro. Conociendo ya entonces Demóstenes que el veneno había penetrado bien dentro y hacía su efecto, se descubrió, y fijando la vista en Arquías, «Ya podrás apresurarte—le dijo— a representar el papel que hace Creonte en la tragedia, arrojando este cuerpo insepulto; yo—continuó—, ¡oh venerable Neptuno!, salgo todavía con vida de tu templo; pero de Antipatro y los Macedonios ni siquiera éste ha quedado puro y sin ser atropellado». Y al decir estas palabras pidió que le sostuvieran, convulso ya y sin poder tenerse; tanto, que al mover el pie para pasar del ara, cayó en el suelo y, lanzando un sollozo, expiró.

XXX.—Aristón dice que tomó el veneno de la caña, como hemos sentado; pero un tal Papio, cuya historia copió Hermipo, escribe que al caer junto al ara, en el cuaderno se encontró escrito este principio de una carta: «Demóstenes a Antipatro», y nada más; y que maravillándose todos de una muerte tan súbita, habían referido los Tracios que estaban a la puerta que tomando el veneno de un trapo, lo puso en la mano, lo acercó a la boca y lo tragó, creyendo ellos que era oro lo que había tragado, y ¡la sirvienta que le asistía, preguntada por Arquías, respondió que hacía tiempo llevaba Demóstenes consigo aquel atado como un amuleto o preservativo. Mas el mismo Eratóstenes dice que tenía guardado el veneno en una cajita que servía de guarnición a un brazalete de que usaba. No hay necesidad de seguir las demás variaciones que se

hallan en los autores que han escrito de él, que son muchos, y sólo se advertirá que Demócates, deudo de Demóstenes, es de sentir que éste no murió de veneno, sino que por amor y providencia de los dioses fué arrebatado a la crueldad de los Macedonios con una muerte repentina y exenta de dolores. Murió el día 16 del mes Puanepsion, que es el más lúgubre de los de la fiesta de Ceres, en el que las mujeres ayunan en honor de la diosa sin salir de su templo. Túvole al cabo de poco tiempo el pueblo de Atenas en el honor debido, erigiéndole una estatua de bronce y decretando que al de más edad de su familia se le mantuviese a expensas públicas en el Pritaneo, e hizo grabar en el pedestal de la estatua aquella inscripción tan sabida:

Si hubiera en ti, Demóstenes, podido
el valor competir con el ingenio,
no habría el Macedón mandado en Grecia;

porque los que dicen que el mismo Demóstenes la compuso en Calauria, cuando iba a tomar el veneno, deliran completamente.

XXXI.—Poco antes de haber ido yo a Atenas se dice haber sucedido este caso. Un soldado a quien se hizo proceso por su comandante, siendo llamado a juicio, puso todo el dinero que llevaba en las manos de la estatua, que tenía los dedos juntos unos con otros, y al lado de la cual estaba plantado un plátano muy alto. Cayeron de él muchas hojas, o porque el viento casualmente las derribara, o porque el mismo que puso el dinero lo ocultara con

ellas; ello es que así estuvo escondido el dinero por largo tiempo. Cuando, volviendo el soldado, lo encontró y corrió la voz de este suceso, muchos ingenios tomaron de aquí argumento para defender a Demóstenes de la nota de soborno, y compitieron entre sí escribiendo epigramas. A Demades, que no gozó largo tiempo de su brillante gloria, la venganza debida a Demóstenes lo llevó a Macedonia a ser justamente castigado por aquellos mismos a quienes había adulado vilmente, pues si ya antes les era odioso, entonces le encontraron envuelto en un reato, del que no había cómo librarse. Porque se ocuparon cartas suyas por las que instaba a Perdicas a que invadiese la Macedonia y salvara a los Griegos, colgados — decía — de un hilo podrido y viejo, queriendo significar a Antipatro. Estándole acusando de este crimen Dinarco de Corinto, se irritó Casandro de tal manera, que le mató a un hijo en sus propios brazos, y en seguida dió orden de que también le quitaran la vida, demostrando con estos grandes infortunios que las primeras víctimas de la infame venta de los traidores son ellos mismos, lo que no había querido creer, anunciándoselo Demóstenes muchas veces. Aquí tienes, ¡oh Sosio!, la vida de Demóstenes, tomada de lo que hemos leído o de lo que ha llegado a nuestros oídos.

CICERON

I.—Dícese de la madre de Cicerón, Helvia, haber sido de buena familia y de recomendable conducta; pero en cuanto al padre todo es extremos: porque unos dicen que nació y se crió en un lavadero, y otros refieren el origen de su linaje a Tulio Acio, que reinó gloriosamente sobre los Volscos. El primero de la familia que se llamó Cicerón parece que fué persona digna de memoria, y que por esta razón sus descendientes, no sólo no dejaron este sobrenombre, sino que más bien se mostraron ufanos con él, sin embargo de que para muchos era objeto de sarcasmos; porque los latinos al garbanzo le llaman *Cicer*, y aquél tuvo en la punta de la nariz una verruga aplastada, a manera de garbanzo, que fué de donde tomó la denominación, y de este Cicerón cuya vida escribimos ha quedado memoria de que proponiéndole sus amigos, luego que se presentó a pedir magistraturas y tomó parte en el gobierno, que se quitara y mudara aquel nombre, les respondió con jactancia que él se esforzaría a hacer más ilustre el nombre de Cicerón que los Escavros y Catulos. Siendo cuestor en Sicilia, hizo a

los dioses una ofrenda (1) de plata, en la que inscribió sus dos primeros nombres, Marco y Tulio, y en lugar del tercero dispuso por una especie de juego que el artífice grabara al lado de las letras un garbanzo. Y esto es lo que hay escrito acerca del nombre.

II.—Dicen que nació Cicerón, habiéndole dado a luz su madre sin trabajo y sin dolores, el día 3 de enero, en el que ahora los magistrados hacen plegarias y sacrificios por el emperador. Parece que su nodriza tuvo una visión, en la que se le anunció que criaba un gran bien para todos los romanos. Esto, que comúnmente debe ser tenido por delirio y por quimera, hizo ver Cicerón bien pronto que había sido una verdadera profecía: porque llegado a la edad en que se empieza a aprender, sobresalió ya por su ingenio, y adquirió nombre y fama entre sus iguales, tanto, que los padres de éstos iban a las escuelas deseosos de conocer de vista a Cicerón, y hacían conversación de su admirable prontitud y capacidad para las letras; y los menos ilustrados reprendían con enfado a sus hijos, viendo que en los paseos llevaban por honor a Cicerón en medio. No obstante tener un talento amante de las artes y las ciencias, cual lo deseaba Platón, propio para abrazar toda doctrina y no reprobando ninguna especie de erudición, se precipitó con mayor ansia a la poesía; y se ha conservado un poemita de cuando era ^{un} muchacho, titulado *Poncio Glauco*, hecho en

(1) Una copa.

versos tetrámetros. Adelantando en tiempo, y dedicándose con más ardor a esta clase de estudios (1), fué ya tenido, no sólo por el mejor orador, sino también por el mejor poeta de los romanos. Su gloria y su fama en la elocuencia permanece hasta hoy, a pesar de las grandes mudanzas que ha sufrido el lenguaje; pero la fama poética, habiendo sobrevenido después muchos y grandes ingenios, ha quedado del todo olvidada y obscurecida.

III.—Cuando hubo ya salido de las ocupaciones pueriles, acudió a la escuela de Filón, que era de la secta de los académicos, aquel a quien entre los discípulos de Clitomaco admiraban más los romanos por su elocuencia y apreciaban más por sus costumbres. Al mismo tiempo frecuentaba la casa de Mucio (2), uno de los principales del Gobierno y del Senado, con quien hacía grandes adelantos en la ciencia de las leyes; y asimismo se aplicó a la milicia bajo Sila, durante la guerra Mársica. Después, viendo que la república, de sedición en sedición, caminaba a precipitarse en la insoprotable dominación de uno solo, consagró de nuevo su vida al estudio y a la meditación, conferenciando con los griegos eruditos y cultivando las ciencias, hasta que, habiendo vencido Sila, pareció que la república tomaba alguna consistencia. En este tiempo Crisógono, liberto de Sila, habiendo denunciado los bienes de uno que decía haber perdido

(1) Tradujo *Los fenómenos*, de Arato, y escribió dos poemas: uno acerca de *Mario*, y otro sobre su *Consulado*.

(2) Scévola, famoso jurisconsulto.

la vida en la proscripción, los compró él mismo en dos mil dracmas. Roscio, hijo y heredero del que se decía proscrito, se mostró ofendido e hizo ver que aquellos bienes valían doscientos cincuenta talentos, de lo que, incomodado Sila, movió a Roscio causa de parricidio por medio de Crisógono; y como nadie quisiese defenderle, huyendo todos de ello por temor de la venganza de Sila, en este abandono acudió aquel joven a Cicerón. Estimulaban a éste sus amigos, diciéndole que con dificultad se le presentaría nunca otra ocasión más bella ni más propia para ganar fama; movido de lo cual admitió la defensa, y habiendo salido con su intento, fué admirado de todos; pero por temor de Sila hizo viaje a la Grecia, esparciendo la voz de que lo hacía para procurar la salud, pues en realidad era delgado y de pocas carnes y tenía un estómago débil que no admitía sino poca y tenue comida, y aun esto muy a deshora. La voz era fuerte y de buen temple, pero dura y no hecha, y como su modo de decir era vehemente y apasionado, subiendo siempre de tono la voz, se temía que peligrase su salud.

IV.—Llegado a Atenas, se aplicó a oír a Antíoco Ascalonita, seducido de la facundia y gracia de sus discursos, sin embargo de que no aprobaba las novedades que introducía en los dogmas de la secta: porque ya Antíoco se había separado de la que se llamaba academia nueva, y había desertado de la escuela de Carneades, o cediendo a la evidencia y a los sentidos, o prefiriendo, como dicen algunos, por cierta ambición, y por indisposición con los dis-

cípulos de Clitomaco y de Filón, a todas las demás la doctrina estoica. Mas Cicerón se mantuvo siempre en aquellos principios, y a ellos dió su atención, teniendo meditado, si le era preciso dejar del todo los negocios públicos, convertir a estos estudios su vida desde el foro y la curia, para pasarla sosegadamente entregado a la filosofía. Llególe en esto la noticia de haber muerto Sila, y como su cuerpo, fortificado con el ejercicio, hubiese adquirido bastante robustez, y la voz se hubiese formado del todo, resultando ser llena, dulce al oído y proporcionada a la constitución de su cuerpo, llamado por una parte y rogado desde Roma por sus amigos, y exhortado por otra de Antíoco a que se entregase a los negocios públicos, volvió otra vez a cultivar la oratoria como un instrumento que había de poner en ejercicio para adelantar en la carrera política, trabajando discursos y consultando los oradores más acreditados. Con este objeto navegó al Asia y a Rodas, y de los oradores de Asia oyó a Jenocles de Adramicio, a Dionisio de Magnesia y a Menipo de Caria, y en Rodas al orador Apolonio Molón y al filósofo Posidonio. Dícese que Apolonio, no sabiendo la lengua latina, pidió a Cicerón que declamara en griego, y que éste tuvo en ello gusto, juzgándolo más conducente para la corrección. Después de haber así declamado, todos se quedaron asombrados y compitieron en las alabanzas; sólo Apolonio se estuvo inmóvil oyéndole, y después que hubo concluído, permaneció en su asiento, pensativo, por largo rato; y como Cicerón

se manifestase resentido, «A ti, ¡oh Cicerón!—le dijo—, te admiro y te alabo, pero duélome de la suerte de la Grecia, al ver que los únicos bienes y ornamentos que nos habían quedado, la ilustración y la elocuencia, son también por ti ahora trasladados a Roma».

V.—Decidiéndose, pues, a tomar parte en el gobierno, lleno de lisonjeras esperanzas, un oráculo, sin embargo, contenía y moderaba aquel ímpetu, pues habiendo preguntado en Delfos al Dios cómo adquiriría grande fama, le había aconsejado la Pitia que tomara su propia naturaleza por regulador de su conducta, y no la opinión del vulgo. Así al principio procedía con gran precaución, y no daba sino pasos muy lentos hacia las magistraturas, y aun por esto mismo no hacían caso de él, y le motejaban con aquellos apodos vulgares tan comunes en Roma: *Griego* y *Ocioso*. Mas siendo él amante de gloria por carácter, y continuas las excitaciones de su padre y sus amigos, se dedicó al fin a la defensa de las causas, en la que no por grados llegó a la primacía, sino que desde luego resplandeció con brillante gloria y se aventajó mucho a todos los que con él contendían en el foro. Dícese que, estando en la parte de la elocución no menos sujeto a defectos que Demóstenes, puso mucha atención en observar al cómico Roscio y al trágico Esopo. De éste se cuenta que, representando en el teatro a Atreo cuando deliberaba sobre vengarse de Tiestes, como pasase casualmente uno de los sirvientes en el momento en que se hallaba fuera de sí con

la violencia de los afectos, le dió un golpe con el cetro y le quitó la vida; no fué poca la fuerza que de la representación y la acción teatral tomó para persuadir la elocuencia de Cicerón, como que de los oradores que hacían consistir el primor de ésta en vocear mucho solía decir con chiste que por flaqueza montaban en los gritos como los cojos en un caballo. Su facilidad y gracia para esta clase de agudezas y donaires bien parecía propia del foro y sazónada; pero usando de ella con demasiada frecuencia, sobre ofender a no pocos, le atrajo la nota de maligno.

VI. — Nombrosele cuestor en tiempo de carestía; y habiéndole cabido en suerte la Sicilia, al principio se hizo molesto a aquellos naturales por verse precisado a enviar trigo a Roma; pero después, habiendo experimentado su celo, su justificación y su genio apacible, le respetaron sobre todos los magistrados que habían conocido. Sucedió en aquella sazón que a muchos de los jóvenes más principales y de las primeras familias se les hizo cargo de insubordinación y falta de valor en la guerra, y habiendo sido remitidos al Tribunal del pretor de la Sicilia, Cicerón defendió enérgicamente su causa y los sacó libres. Venía muy engreído con esto a Roma, y dice él mismo que le sucedió una cosa graciosa y muy para reír (1), porque habiéndose encontrado en la Campania con un ciudadano de los más principales, a quien tenía por amigo, le preguntó qué

(1) Véase *Pro Plancio*, cap. XXVI.

se decía entre los Romanos de sus hechos y cómo se pensaba acerca de ellos, pareciéndole que toda la ciudad había de estar llena de su nombre y de la gloria de sus hazañas; y aquél le respondió fríamente: «¿Pues dónde has estado este tiempo, Cicerón?» Y añade que entonces decayó enteramente su ánimo, viendo que, habiéndose perdido en la ciudad como en un piélago inmenso la conversación que de él se hubiese hecho, nada había ejecutado que para la gloria hubiese tenido mérito; y habiendo entrado consigo en cuentas, rebajó mucho de su ambición, considerando que el trabajar por la gloria era obra infinita y en la que no se hallaba término. Mas, sin embargo, el alegrarse con extremo de que lo alabasen y ser muy sensible a la gloria lo conservó hasta el fin, y muchas veces fué un estorbo para sus más rectas determinaciones.

VII.—Mas, al fin, entregado al gobierno con demasiado empeño, tenía por cosa muy censurable que los artesanos, que sólo emplean instrumentos y materiales inanimados, no ignoren ni el nombre, ni el país, ni el uso de cada uno; y el político, que para todos los negocios públicos tiene que valerse de hombres, proceda con desidia y descuido en cuanto a conocer los ciudadanos. Por tanto, no sólo se acostumbó a conservar sus nombres en la memoria, sino que sabía en qué calle habitaba cada uno de los principales, qué posesiones tenía, qué amigos eran para él los de mayor influjo y quiénes eran sus vecinos; y por cualquiera parte que Cicerón caminara de la Italia podía sin detenerse expresar

y señalar las tierras y las casas de campo de sus amigos. Siendo su hacienda no muy cuantiosa, aunque la suficiente y proporcionada a sus gastos, causaba admiración que no recibiese ni salario ni dones por las defensas, lo que aun se hizo más notable cuando se encargó de la acusación de Verres. Había sido éste pretor de la Sicilia, donde cometió mil excesos, y persiguiéndole los sicilianos, Cicerón hizo que se le condenara, no con hablar, sino en cierta manera por no haber hablado; porque estando los pretores de parte de Verres, y prolongando la causa con estudiadas dilaciones hasta el último día, como estuviese bien claro que esto no podía bastar para los discursos y el juicio no llegaría a su término, levantándose Cicerón, expresó que no había necesidad de que se hablase y, presentando los testigos y examinándolos, concluyó con decir que los jueces pronunciaran sentencia. Con todo, en el discurso de esta causa se cuentan muchos y muy graciosos chistes suyos. Porque los Romanos llaman *Verres* al puerco no castrado; y habiendo querido un liberto llamado Cecilio (1), sospechoso de judaizar, excluir a los sicilianos y ser él quien acusara a Verres, le dijo Cicerón: «¿Qué tiene que ver el juicio con el puerco?» Tenía Verres un hijo ya mocito, de quien se decía que no hacía el más liberal uso de su belleza; y motejando Verres a Cicerón de afeinado, «a los hijos—le repuso—no se les reprende sino de puertas adentro». El orador Hortensio

(1) G. Cecilio Níger.

no se atrevió a tomar la defensa de la causa de Verres, pero le patrocinó al tiempo de la tasación, por lo que recibió en precio una esfinge de marfil, y habiéndole echado Cicerón alguna indirecta, como le respondiese que no sabía desatar enigmas, le repuso éste con presteza: «Pues la esfinge tienes en casa.»

VIII.—Habiendo sido de este modo condenado Verres, tasó Cicerón la multa que había de sufrir en setecientas cincuenta mil dracmas; quisieron culparle presto de que por dinero había rebajado la estimación, mas ello es que los sicilianos le quedaron tan agradecidos, que cuando fué edil trajeron en su obsequio muchas cosas de la isla y se las presentaron; pero de ninguna se aprovechó, y sólo se valió del afecto de aquellos isleños para que tuviera el pueblo los frutos a un precio más cómodo. Poseía una tierra bastante extensa en Arpino, y junto a Nápoles y junto a Pompeya tenía otros dos campos no muy grandes; la dote de su mujer Terencia era de ciento veinte mil dracmas, y tuvo una herencia que le produjo unas noventa mil. Pues atendido a solos estos bienes, lo pasó liberal y sobriamente con los literatos griegos y romanos que tenía siempre consigo; muy rara vez se ponía a la mesa antes de haber caído el sol, no tanto por sus ocupaciones como por la enfermedad de estómago que padecía. Por lo tocante al cuidado de su cuerpo, en todo lo demás era nimiamente delicado y puntual; tanto, que en las fricciones y los paseos no excedía del número prefijado. Atendiendo de este modo a conservar y recrear su constitución, se mantuvo sano y

en disposición de poder llevar tantas fatigas y trabajos. En cuanto a casa, la paterna la cedió a su hermano, y él habitaba junto al Palacio para que no sintieran los que le visitaban la mortificación que habrían de sentir si fueran de más lejos, y le visitaban diariamente tantos a lo menos como a Craso por su riqueza y a Pompeyo por su gran poder en los ejércitos, que eran los dos personajes más admirados y de mayor autoridad entre los Romanos, y aun Pompeyo mismo cultivaba la amistad de Cicerón, cuyo consejo y auxilio en los asuntos de gobierno le sirvieron mucho para el acrecentamiento de su poder y su gloria.

IX.—Pidieron al mismo tiempo que él la Pretura muchos y muy distinguidos ciudadanos, entre los que fué, sin embargo, elegido el primero de todos, y los juicios parece que los despachó íntegra y rectamente. Refiérese que juzgado por él en causa de malversación Licinio Macro (1), varón por sí mismo de gran poder en la ciudad, y sostenido además por la protección de Craso, confiando demasiado en el favor de éste y en los pasos que se habían dado, se marchó a casa cuando todavía los jueces estaban dando los votos, e hizo que inmediatamente le cortaran el cabello; se vistió de blanco, como si ya hubiera vencido en el juicio, y se dirigía otra vez al Tribunal; y que habiéndole encontrado Craso en el atrio, y anunciándole que había sido condenado por todos los votos, se volvió adentro, se puso en

(1) Orador distinguido.

cama y murió, suceso que concilió a Cicerón la opinión de que había dirigido con celo el Tribunal. Sucedió que Vatinio, hombre áspero, acostumbrado a no tratar con el mayor respeto a los magistrados en sus discursos, y que tenía el cuello plagado de lamparones, pedía una cosa a Cicerón, y como no la concediese, sino que se parase a pensar por algún tiempo, le dijo aquél que si él fuera pretor no tardaría tanto en decidir; a lo que Cicerón contestó con viveza: «Es que yo no tengo tanto cuello.» Cuando no le quedaban más que dos o tres días de magistratura le presentó uno a Manilio, a quien acusaba de malversación; y es de advertir que este Manilio gozaba del aprecio y favor del pueblo por creerse que en él se hacía tiro a Pompeyo, de quien era amigo. Pedía término, y Cicerón no le concedió mas que el día siguiente, lo que llevó a mal el pueblo, porque acostumbraban los pretores a conceder diez días cuando menos a los que sufrían un juicio. Citábanle, pues, para ante el pueblo los tribunos de la plebe, haciéndole reconvenciones y acusándole; pero habiendo pedido que se le oyese, dijo: «Que habiendo tratado siempre a los reos con toda la equidad y humanidad que las leyes permitían, le había parecido muy duro no tratar del mismo modo a Manilio, y no quedándole ya mas que un solo día de pretor, aquél era el que de intento le había dado por término; porque remitir el juicio a otro magistrado entendía que no era de quien deseaba favorecer.» Produjeron estas palabras una gran mudanza en el pueblo; así es que, celebrándole con los ma-

yores elogios, le rogaron que se encargara de la defensa de Manilio. Prestóse a ello de buena voluntad en consideración también a Pompeyo, ausente, y habiendo tomado el negocio desde su principio, habló con energía contra los fautores de la oligarquía y enemigos por envidia de Pompeyo.

X.—A pesar de esto, para el Consulado fué generalmente protegido de todos, no menos de la facción del Senado que de la muchedumbre, poniéndose de su parte unos y otros con este motivo. Verificada la mudanza que Sila introdujo en el Gobierno, aunque al principio se tuvo por repugnante, entonces ya parecía haber tomado cierta estabilidad, con la que el pueblo comenzaba a hallarse bien por el hábito y la costumbre; pero no faltaban genios turbulentos que trataban de mover y trastornar el estado presente, no con la mira de mejorarlo, sino con la de saciar sus pasiones, valiéndose de la ocasión de estar todavía Pompeyo ocupado en la guerra contra los reyes del Ponto y la Armenia y de no existir en Roma fuerzas de alguna consideración. Tenían éstos por corifeo a Lucio Catilina, hombre osado, resuelto y de sagaz y astuto ingenio, el cual, además de otros muchos y muy graves crímenes, era inculpado entonces de vivir incestuosamente con su hija, de haber dado muerte a un hermano y de que, por temor de que sobre este hecho atroz se le formara causa, había alcanzado de Sila que lo incluyera en las listas de los proscritos a muerte, como si todavía viviese. Tomando, pues, a éste por caudillo toda la gente perdida, se dieron

mutuamente muchas seguridades, siendo una de ellas la de haber sacrificado un hombre y haber comido de su carne. Sedujo además Catilina a una gran parte de la juventud, proporcionando a cada uno placeres, comilonas y trato con mujerzuelas y suministrando el caudal para todos estos desórdenes. Estaba fuera de esto dispuesta a sublevarse toda la Toscana y la mayor parte de la Galia llamada Cisalpina. La misma Roma estaba muy próxima a alterarse por la desigualdad de las fortunas, pues los más nobles y principales habían desperdiciado las suyas en teatros, banquetes, competencias de mando y obras suntuosas, y la riqueza había ido a parar en la gente más baja y ruin de la ciudad; de manera que se necesitaba de muy poco esfuerzo y le era muy fácil a cualquier atrevido hacer caer un Gobierno que de suyo era débil y caedizo.

XI.—Mas para partir Catilina de un principio seguro, pedía el Consulado y se lisonjeaba de que saldría cónsul con Cayo Antonio, hombre que por sí no era propio para estar al frente de nada, ni bueno ni malo; pero que daría peso al poder ajeno. Previéndolo así la mayor parte de los honestos y buenos ciudadanos, movieron a Cicerón a que se presentara competidor, y siendo muy bien recibido del pueblo, quedó desairado Catilina, y fueron elegidos Cicerón (1) y Cayo Antonio, a pesar que de todos los candidatos sólo Cicerón era hijo de pa-

(1) En 690 de Roma (64 antes de Jesucristo)

dre que pertenecía al orden ecuestre y no al senatorio.

XII.— Aunque todavía eran entonces ignorados de la muchedumbre los intentos de Catilina, no faltaron, sin embargo, grandes altercados y contiendas desde el principio del consulado de Cicerón. De una parte, los que por las leyes de Sila no podían ejercer autoridad, que no eran pocos ni carecían de influjo, al pedir las magistraturas hablaban al pueblo, acusando la tiranía de Sila, en gran parte con verdad y justicia, y querían hacer en el gobierno mudanzas que ni eran convenientes ni la sazón oportuna. De otra, los tribunos de la plebe proponían leyes análogas y por el mismo término, para crear decenviros con plena autoridad, haciéndolos árbitros en toda la Italia, toda la Siria y cuanto recientemente había sido adquirido por Pompeyo, para vender los terrenos públicos, juzgar libremente y sin sujeción, restituir los desterrados, fundar colonias, tomar caudales del Tesoro público y reclutar y mantener tropas en el número que necesitasen; por lo cual algunos de los principales ciudadanos se adherían a la ley, y el primero entre ellos Antonio, el colega de Cicerón, por esperar que había de ser uno de los diez. Parecía además que, sabedor de las novedades meditadas por Catilina, no le desagradaban por sus muchas deudas, que era lo que principalmente hacía temer a los amantes del bien; y esto fué lo primero que acudió a remediar Cicerón. Porque a aquél le decretaron en la distribución de las provincias la Macedonia, y ha-

biendo adjudicado a Cicerón la Galia, la renunció; con este favor se atrajo a Antonio para que, como actor asalariado, hiciera el segundo papel en la salvación de la patria. Cuando ya éste quedó así sujeto y dócil, cobrando Cicerón mayores bríos, se opuso de frente a los innovadores; e impugnando, y en cierta manera acusando en el Senado la ley, de tal modo aterró a los que querían hacerla pasar, que no se atrevieron a contradecirle. Hicieron nueva tentativa, y como, yendo prevenidos, citasen a los cónsules ante el pueblo, no por eso se acobardó Cicerón, sino que ordenó que le siguiese el Senado, y presentándose en la junta pública, además de conseguir que se desechara la ley, hizo que los tribunos desistieran de otros planes. ¡De tal modo los confundió con su discurso!

XIII.—Porque Cicerón fué el que hizo ver a los Romanos cuánto es el placer que la elocuencia concilia a lo que es honesto, que lo justo es invencible, si se sabe decir, y que el que gobierna con celo en las obras debe siempre preferir lo honesto a lo agradable, y en las palabras quitar de lo útil y provechoso lo que pueda ofender. Otra prueba de su gracia y poder en el decir es lo que sucedió siendo cónsul con motivo de la ley de espectáculos; porque antes los del orden ecuestre estaban en los teatros confundidos con la muchedumbre, sentándose con ésta donde cada uno podía, y el primero que por honor separó a los caballeros de los demás ciudadanos fué el pretor Marco Otón, asignándoles lugar determinado y distinguido, que es el que todavía

conservan. Túvolo el pueblo a desprecio, y al presentarse Otón en el teatro, empezó por insulto a silbarle, y los caballeros le recibieron con grande aplauso y palmadas. Continuó el pueblo en los silbidos, y éstos otra vez en los aplausos, de lo cual se siguió volverse unos contra otros, diciéndose injurias y denuestos, siendo suma la confusión y alboroto que se movió en el teatro. Compareció Cicerón luego que lo supo, y comó habiendo llamado al pueblo al templo de Belona, le hubiese increpado el hecho y exhortádole a la obediencia, cuando otra vez se restituyeron al teatro aplaudieron mucho a Otón y compitieron con los caballeros en darle muestras de honor y de aprecio.

XIV.—La sedición de Catilina, que al principio había sido contenida y acobardada, cobró de nuevo ánimo, reuniéndose los conjurados y exhortándose a tomar con viveza la empresa antes que llegara Pompeyo, de quien ya se decía que volvía con el ejército. Inflamaban principalmente a Catilina los soldados viejos del tiempo de Sila, que andaban fugitivos por toda la Italia, y esparcidos el mayor número de ellos y los más belicosos por las ciudades de Toscana, no soñaban en otra cosa que en volver a los robos y saqueos. Estos, pues, teniendo por caudillo a Manlio, que había sido uno de los que con más gloria habían militado bajo las órdenes de Sila, se unieron a la conjuración de Catilina y se presentaron en Roma a ayudarle en los comicios consulares. Porque pedía otra vez el Consulado, teniendo resuelto dar muerte a Cicerón en me-

dio del tumulto de los comicios. Parecía que hasta los dioses anunciaban de antemano lo que iba a suceder con terremotos, truenos y fantasmas. Las denuncias de los hombres bien eran ciertas; pero todavía no podían darse a luz contra un hombre tan ilustre y poderoso como Catilina. Por tanto, dilatando Cicerón el día de los comicios, llamó a Catilina al Senado y le preguntó acerca de las voces que corrían. Este, que juzgaba ser muchos en el Senado los que estaban por las novedades, poniéndose a mirar a los conjurados, dió tranquilamente a Cicerón esta respuesta: «¿Se podrá tener por cosa muy extraña, habiendo dos cuerpos, de los cuales el uno está flaco y moribundo, pero tiene cabeza, y el otro es fuerte y robusto, mas carece de ella, el que yo le ponga cabeza a éste?» Quería designar con estas expresiones enigmáticas al Senado y al pueblo, por lo que entró Cicerón en mayores recelos, y vistiéndose una coraza, todos los principales de la ciudad y muchos de los jóvenes le acompañaron desde su casa al campo de Marte. Llevaba de intento descubierta un poco la coraza, habiendo desatado la túnica por los hombros, a fin de dar a entender a los que le viesan el peligro. Indignados con esto, se le pusieron alrededor, y, por fin, hecha la votación, excluyeron por segunda vez a Catilina y designaron cónsules a Silano y Murena.

XV.—De allí a poco, dispuestos ya a reunirse con Catilina los de la Toscana, y no estando lejos el día señalado para dar el golpe, vinieron a casa de Cicerón, a la media noche, los primeros y más

autorizados entre los ciudadanos: Marco Craso, Marco Marcelo y Escipión Metelo. Llamaron a la puerta, y haciendo venir al portero, le mandaron que despertara a Cicerón y le enterara de su venida, la cual tuvo este motivo. Estando Craso cenando, le entregó su portero unas cartas traídas para un hombre desconocido, y dirigidas a varios, y entre ellas una anónima al mismo Craso. Leyó esta sola, y como viese que lo que anunciaba era que habían de hacerse muchas muertes por Catilina, exhortándole a que saliera de la ciudad, ya no abrió las otras, sino que al punto se fué en busca de Cicerón, asustado de anuncio tan terrible, y también para disculparse a causa de la amistad que tenía con Catilina. Habiendo meditado Cicerón sobre lo que debería hacerse, al amanecer congregó el Senado, y llevando consigo todas las cartas, las entregó a las personas que designaban los sobrescritos, mandando que las leyeran en voz alta. Todas se reducían a anunciar el peligro y las asechanzas de una misma manera; y con aviso que dió Quinto Arrio, que había sido pretor, de que en la Toscana se había reclutado gente, y noticia que se tuvo de que Manlio andaba inquieto por aquellas ciudades, dando a entender que esperaba grandes novedades de Roma, tomó el Senado la determinación de encomendar la república al cuidado de los cónsules, para que vieran y escogitaran los medios de salvarla; determinación que no tomaba el Senado muchas veces, sino sólo cuando amenazaba algún grave mal.

XVI.—Conferida a Cicerón esta autoridad, los negocios de afuera los confió a Quinto Metelo, tomando él a su cargo el cuidado de la ciudad, para lo que andaba siempre guardado de tanta gente armada, que cuando bajaba a la plaza ocupaban la mayor parte de ella los que le iban acompañando. Catilina, no pudiendo sufrir tanta dilación, determinó pasar al ejército que tenía reunido Manlio, dejando orden a Marcio y a Cetego de que por la mañana temprano se fueran armados con espadas a casa de Cicerón como para saludarle, y arrojándose sobre él le quitaran la vida. Dió aviso a Cicerón de este intento Fulvia, una de las más ilustres matronas, yendo a su casa por la noche y previéndole que se guardara de Cetego. Presentáronse aquéllos al amanecer, y no habiéndoles dejado entrar, se enfadaron y empezaron a gritar delante de la puerta, con lo que se hicieron más sospechosos. Cicerón salió entonces de casa y convocó el Senado para el templo de Júpiter Ordenador, al que los Romanos llaman *Estator*, construído al principio de la Vía Sacra, como se va al Palacio. Pareció allí Catilina entre los demás como para justificarse, pero ninguno de los senadores quiso tomar asiento con él, sino que se mudaron de aquel escaño; habiendo empezado a hablar le interrumpieron, hasta que, levantándose Cicerón, le mandó salir de la ciudad, porque no usando el cónsul mas que de palabras, y empleando él las armas, debían tener las murallas de por medio. Salió, pues, Catilina inmediatamente con trescientos hombres armados, ha-

ciéndose preceder de las fascas y las hachas, y llevando insignias enhiestas, como si ejerciera mando supremo, y se fué en busca de Manlio. Llegó a juntar unos veinte mil hombres, y recorrió las ciudades, seduciéndolas y excitándolas a la rebelión, por lo que, siendo ya cierta e indispensable la guerra, se dió orden a Antonio de que marchara a reducirle.

XVII.—A los que habían quedado en la ciudad de los corrompidos por Catilina los reunió y alentó Cornelio Léntulo, llamado por apodo *Sura*, hombre principal en linaje, pero disoluto y desarreglado y expelido antes del Senado por su mala conducta; entonces era otra vez pretor, como se acostumbra hacer con los que quieren recobrar la dignidad senatorial. Dícese que el apodo de *Sura* se le impuso con este motivo: en el tiempo de Sila era cuestor, y perdió y dispó crecidas sumas de los fondos públicos, y como irritado Sila le pidiese cuentas en el Senado, presentóse con altanería y desvergüenza y dijo que no estaba para dar cuentas; que lo que haría sería presentar la pierna, como lo ejecutan los muchachos cuando hacen faltas jugando a la pelota. De aquí le vino el llamarse *Sura*, porque los Romanos le dicen *Sura* a la pierna. Seguía-se otra vez una causa, y habiendo sobornado a alguno de los jueces, como saliese absuelto por solos los dos votos más, dijo que había sido perdido lo que había gastado en uno de los jueces, porque a él le habría bastado ser absuelto por uno más. Siendo él tal por su carácter, después de seducido

por Catilina, acabaron de trastornarle con vanas esperanzas agoreros y embelecadores mentirosos, cantándole versos y oráculos forjados, como si fueran de las sibilas, en los que se decía estar dispuesto por los hados que hubiera en Roma tres Cornelios monarcas, habiéndose ya cumplido en dos el oráculo, en Cina y en Sila, y que ahora al tercer Cornelio que restaba venía su buen Genio, trayéndole la monarquía; por tanto, que debía apereibirse a recibirla y no malograr la ocasión con dilaciones como Catilina.

XVIII.—No era, por tanto, cosa de poca monta o que no hubiera de hacer ruido lo que meditaba Léntulo, pues que su resolución era acabar con todo el Senado y de los demás ciudadanos con cuantos pudiera, poniendo después fuego a la ciudad, sin reservar ninguna otra persona que los hijos de Pompeyo, de los que se apoderarían, teniéndolos y guardándolos bajo sus órdenes, como rehenes para transigir con Pompeyo, porque ya se hablaba mucho y con bastante fundamento de que volvía del ejército grande. Habíase señalado para la ejecución una de las noches de los Saturnales, y acopiando espadas, estopa y azufre, lo habían llevado todo a casa de Cetego, y allí lo tenían reservado. Estaban además prontos cien hombres, y partiendo en otros tantos distritos a Roma, a cada uno le habían asignado por suerte el suyo, para que, siendo muchos a dar fuego, en breve tiempo ardiera por todas partes la ciudad. Estaban otros encargados de tapar y obstruir las cañerías y de

dar muerte a los aguadores. Mientras se formaban estos proyectos se hallaban en Roma dos embajadores de los Alóbroges, gente entonces muy castigada y que sufría muy mal el yugo. Pensando, pues, Cetego que éstos podrían serle muy útiles para alborotar y sublevar la Galia, los hicieron de la conjuración, dándoles cartas para aquel Senado y para Catilina: las del Senado ofreciendo a aquel pueblo la libertad, y las de Catilina exhortándole a que diera libertad a los esclavos y viniera sobre Roma. Enviaron con ellos a Catilina un tal Tito de Crotona para que llevara las cartas. Unos hombres como éstos, inconsiderados, y que todas sus determinaciones las tomaban cargados de vino y a presencia de mujerzuelas, las habían con Cicerón, hombre sobrio, de gran juicio y que por la ciudad tenía muchos espías para observar lo que pasaba y venir a referírselo. Fuera de esto, como hablase reservadamente con muchos de los que parecían tener parte en la conjuración, y se fiase de ellos, tuvo conocimiento de las proposiciones hechas a aquellos extranjeros, y estando en acecho una noche, prendió al Crotoniata y ocupó las cartas, auxiliándole encubiertamente los Alóbroges.

XIX.—A la mañana siguiente congregó el Senado en el templo de la Concordia, donde se leyeron las cartas y se examinó a los denunciadores; a lo que añadió Junio Silano que había quien oyó de boca de Cetego que habían de morir tres cónsules y cuatro pretores, refiriendo esto mismo y otras particularidades Pisón, varón consular. Envióse

asimismo a la casa de Cetego a Cayo Sulpicio, uno de los pretores, y encontró en ella muchos dardos y armas de toda especie, y muchas espadas y sables, todos recién afilados. Finalmente, habiendo decretado el Senado la impunidad al Crotoniata si declaraba, denunciado y convencido Léntulo, renunció la magistratura, porque se hallaba de pretor, y despojándose en el Senado mismo de la toga pre-texta, tomó el vestido conveniente a su situación. Así éste como los que estaban con él fueron entregados a los pretores para que sin prisiones los tuvieran en custodia. Era la hora de ponerse el sol, y estando en expectación numeroso pueblo, salió Cicerón, y dando cuenta a los ciudadanos de lo ocurrido, acompañado de gran gentío, se entró en la casa de un vecino y amigo, porque la suya la ocupaban las mujeres, celebrando con orgías y ritos arcanos a la diosa que los Romanos llaman Bona y los griegos *Muliebre*. Sacrificasele cada año en la casa del cónsul por su mujer o su madre con asistencia de las vírgenes vestales. Entrando, pues, Cicerón en la casa acompañado solamente de unos cuantos, se puso a pensar qué haría de aquellos hombres, porque la pena última correspondiente a tan graves crímenes se le resistía, y no se determinaba a imponerla por la bondad de su carácter, y también porque no pareciese que se dejaba arrebatar demasiado de su poder y usaba de sumo rigor con unos hombres de las primeras familias y que tenían en la ciudad amigos poderosos. Mas, por otra parte, si los trataba con blandura temía el

peligro que de ellos le amenazaba, pues que no se darían por contentos si se les imponía alguna pena, aunque no fuera la de muerte, sino que se arrojarían a todo, reforzada su perversidad antigua con el nuevo encono, y además él mismo se acreditaría de cobarde y flojo, cuando ya no tenía opinión de muy resuelto.

XX.—Mientras Cicerón se hallaba combatido con estas dudas las mujeres en el sacrificio que hacían observaron un portentoso, porque el ara, cuando parecía que el fuego estaba ya apagado, de la ceniza y de algunas cortezas quemadas levantó mucha y muy clara llama; las demás se mostraron asustadas, pero las sagradas vírgenes dijeron a Terencia, mujer de Cicerón, que fuera cuanto antes en busca de su marido y le exhortara a poner por obra lo que tenía meditado en bien de la patria, pues la diosa había dado aquella gran luz en salud y gloria del mismo. Terencia, que por otra parte no era encogida ni cobarde por carácter, sino mujer ambiciosa, y que, como dice el mismo Cicerón, más bien tomaba parte en los cuidados políticos del marido que la daba a éste en los negocios domésticos, marchó al punto a darle parte de lo sucedido, y lo incitó contra los conspiradores, ejecutando lo mismo Quinto su hermano, y de los amigos que tenía con motivo de su estudio en la filosofía, Publio Nigidio, de cuyo consejo se valía principalmente en los asuntos políticos de importancia. Tratándose, pues, al día siguiente en el Senado del castigo de los conjurados, Silano, que fué el primero a quien se pre-

guntó su dictamen, dijo: «que traídos a la cárcel deberían sufrir la última pena», y todos seguidamente se adhirieron a él, hasta Cayo César, el que fué dictador después de estos sucesos. Era todavía joven y estaba dando los primeros pasos para su acrecentamiento, mas en su conducta pública y en sus esperanzas ya marchaba por aquella senda por la que convirtió el gobierno de la república en monarquía. Ninguna sospecha tenían contra él los demás, y aunque a Cicerón no le faltaban motivos para ella, no había dado asidero para que se le hiciera cargo, diciendo algunos que estando muy cerca de caer en la red se había escapado de ella; pero otros son de sentir que con conocimiento se desentendió Cicerón de la denuncia que contra él tenía por miedo de su poder y el de sus amigos, pues era cosa averiguada que más bien se llevaría César tras sí a los otros para salud que éstos a César para castigo.

XXI.— Llegada, pues, su vez de votar, levantándose, expresó que no se debía quitar la vida a los culpados, sino confiscar sus bienes, y llevándoles a las ciudades de Italia que a Cicerón le pareciese, tenerlos en prisión hasta que se hubiese acabado con Catilina. A este dictamen, benigno en sí y esforzado por un hombre elocuente, le dió mayor valor Cicerón (1), porque, levantándose, se propuso hacer de los dos uno, tomando parte del primero, y conviniendo en parte con César; y como todos

(1) En su *Cuarta catilinaria*.

sus amigos creyesen que a Cicerón le convenía más adoptar el dictamen de César, porque habría menos motivo de queja contra él no quitando la vida a los reos, prefirieron esta segunda sentencia; tanto, que reformó también su voto Silano, y lo explicó diciendo que por última pena no había querido entender la de muerte, puesto que para un senador romano lo era la cárcel. Dada por César esta sentencia, el primero que la contradijo fué Lutacio Catulo, y después, tomando la palabra Catón, como recriminase con vehemencia a César por las sospechas que contra él había, excitó de tal modo la indignación del Senado, que condenaron a los culpados a muerte. En cuanto a la confiscación de los bienes, se opuso César, diciendo no ser puesto en razón, pues que se había desechado la parte benigna de su dictamen, que quisieran aplicar la de mayor rigor. Eran no obstante muchos los que en esto insistían, por lo que hizo llamar a los tribunos de la plebe, y como éstos no se prestasen a sostenerle, cedió Cicerón, y por sí mismo quitó la parte de la confiscación de los bienes.

XXII.—Partió, pues, con el Senado en busca de los detenidos, que no estaban en una misma parte todos, sino que de los pretores uno custodiaba a uno y otro a otro. Léntulo fué el primero a quien trajeron del Palacio por la Vía Sacra y por medio de la plaza, cercado y custodiado por los primeros ciudadanos, estando el pueblo asombrado de lo que veía y presenciándolo en silencio; los jóvenes principalmente, como si se les iniciara en los misterios

patrios de la potestad aristocrática, lo estaban mirando con miedo y con terror. Luego que hubieron pasado de la plaza y llegado a la cárcel, hizo entrega Cicerón de Léntulo al carcelero, y le mandó darle muerte; en seguida de éste a Cetego, y del mismo modo, trayendo a los demás, se les quitó la vida. Observando que todavía se hallaban reunidos en la plaza muchos de los conjurados, ignorantes de lo que pasaba, y esperando la noche para extraer a los detenidos, que todavía creían vivos y con bastante poder, les dirigió la palabra en voz alta, diciéndoles: «Vivieron»; porque los Romanos, para no usar de una voz que tienen a mal agüero, significan de este modo el haber muerto. Declinaba ya la tarde, y por la plaza subió a su casa, acompañándole los ciudadanos, no ya en silencio ni guardando orden, sino recibéndole con voces y señales de aplauso los que se hallaban al paso y dándole los nombres de salvador y fundador de la patria. Ilumináronse las calles, y los que estaban en las puertas sacaban faroles y antorchas. Las mujeres desde lo alto se mostraban por respeto y por deseo de ver al cónsul, que subía con el brillante acompañamiento de los principales ciudadanos, muchos de los cuales, habiendo acabado peligrosas guerras, entrado en triunfo y ganado para la república gran parte de la tierra y del mar, iban confesando de unos a otros que a muchos de sus generales y caudillos era deudor el pueblo romano de riqueza, de despojos y de poder, pero de seguridad y salvación sólo a Cicerón, que lo había sacado de tan grave peligro;

no estando lo maravilloso en haber atajado tan criminales proyectos, sino en haber apagado la mayor conjuración que jamás hubiese habido con tan poca sangre y sin alboroto ni tumulto. Porque la mayor parte de los que habían ido a reunirse con Catilina, apenas supieron lo ocurrido con Léntulo y Cetego lo abandonaron y huyeron, y combatiendo contra Antonio con los que le habían quedado, él y el ejército fueron deshechos (1).

XXIII.—No obstante esto, no dejaba de haber algunos que se preparaban a molestar a Cicerón de obra y de palabra por los pasados sucesos, al frente de los cuales estaban los que habían de entrar en las magistraturas: César, que iba a ser pretor, y Metelo y Bestia, tribunos de la plebe. Posesionáronse éstos en sus cargos cuando todavía Cicerón había de ejercer el Consulado por algunos días, y no le dejaron arengar al pueblo, sino que, poniendo sillas en la tribuna, no le dieron lugar, ni se lo permitieron, como no fuera solamente para renunciar y abjurar el Consulado si quería, bajándose luego. Presentóse, pues, como para renunciar, y prestándole todos silencio, hizo, no el juramento patrio y acostumbrado en tales casos, sino otro particular y nuevo: que juraba haber salvado la patria y afirmado la república; y este mismo juramento hizo con él todo el pueblo. Irritados más con esto César y los tribunos, pensaron cómo suscitar nuevos disgustos a Cicerón, para lo cual dieron una ley lla-

(1) A principios de 691 de Roma;

mando a Pompeyo con su ejército, a fin de destruir, decían, la dominación de Cicerón, pero era para éste y para toda la república de grandísima utilidad el que se hallase de tribuno de la plebe Catón, para contrarrestar los intentos de aquéllos con igual autoridad y con mayor reputación, pues fácilmente los desbarató, y en sus discursos al pueblo ensalzó de tal modo el consulado de Cicerón, que se le decretaron los mayores honores que nunca se habían concedido y se le llamó públicamente padre de la patria, siendo él el primero a quien parece haberse dispensado este honor por haberle así apellidado Catón ante el pueblo.

XXIV.—Grande fué entonces su poder en la ciudad; mas sin embargo se atrajo la envidia de muchos, no por ningún hecho malo, sino causando cierto disgusto e incomodidad con estar siempre alabándose y ensalzándose a sí mismo: porque no se entraba en el Senado, en la junta pública, en los Tribunales, sin oír continuamente hablar de Catilina y de Léntulo. Sus mismos libros y todos sus escritos están llenos de elogios propios, así es que aun su misma dicción, que era dulcísima y tenía mucha gracia, la hizo odiosa y pesada a los oyentes, por ir siempre acompañada de este fastidio como de un resabio inevitable. Mas, sin embargo de estar sujeto a esta desmedida ambición, vivió libre de envidiar a nadie, acreditándose del menos envidioso con tributar elogios a todos los hombres grandes que le habían precedido, y a los de su edad, como se ve por sus escritos; conservándose la me-

moria de muchos, como, por ejemplo, decía de Aristóteles que era un río con raudales de oro; de los *Diálogos* de Platón, que si Júpiter usara de la palabra hablaría de aquella manera, y a Teofrasto solía llamarle sus delicias. Preguntado cuál de las oraciones de Demóstenes le parecía la mejor, respondió que la más larga. No obstante, algunos de los que afectan demostenizar le achacan haber dicho en carta (1) a uno de sus amigos que alguna vez dormitó Demóstenes, y no se acuerdan de los continuos y grandes elogios que hace de este hombre insigne y de que a las más estudiadas y más vehementes de sus oraciones, que son las que dijo contra Antonio, las intituló filípicas. De los hombres que en su tiempo tuvieron fama, o por la elocuencia o por la sabiduría, no hubo ninguno al que no hubiese hecho más ilustre hablando o escribiendo con sinceridad de cada uno. Para Cratipo el Peripatético alcanzó que se le hiciera ciudadano romano, siendo ya dictador César, y obtuvo para el mismo que el Areópago decretara y le rogara permaneciese en Atenas para formar la juventud, siendo el ornamento de aquella ciudad. Existen cartas de Cicerón a Herodes, y otras a su propio hijo, encargándoles cultivaran la filosofía con Cratipo. Noticioso de que el orador Gorgias inclinaba a este joven a los placeres y a las comilonas, le previno que se separara de su trato. Esta carta, primera de las griegas, y la segunda a Pelops de Bizancio, parece

(1) Esta expresión no figura en ninguna de las conservadas

haber sido las únicas que se escribieron con enfado: en cuanto a Gorgias con razón, culpándole de ser vicioso y disipado, como parece haberlo sido, pero en cuanto a Pelops, con pequeñez de ánimo y con ambición pueril, quejándose de que no hubiera puesto bastante diligencia para que los bizantinos le decretaran ciertos honores.

XXV.—De todo esto era causa su vanidad, y también de que, acalorado en el decir, se olvidara a veces del decoro. Porque defendió en una ocasión a Munacio, y como éste, después de absuelto, perseguiese a un amigo de Cicerón llamado Sabino, se dejó arrebatar de la cólera hasta el punto de decir: «¿La absolución de aquella causa, ¡oh Munacio!, la conseguiste tú por ti, o porque yo cubrí de sombras la luz ante los jueces?» Elogiando a Marco Craso en la tribuna con grande aplauso del pueblo, al cabo de algunos días le maltrató en el mismo sitio; y como aquél dijese: «¿Pues no me alabaste poco ha?» «Sí—repuso—; pero fué para ejercitar la elocuencia en una mala causa». Dijo Craso en una ocasión que en Roma ninguno de los Crasos había alargado su vida más allá de los sesenta años; y como después lo negase con esta expresión: «Yo no sé en qué pude pensar cuando tal dije», «Sabías—le replicó—que los romanos lo oían con gusto, y quisiste hacerte popular». Dijo también Craso que le gustaban los estoicos por ser una de sus opiniones que el hombre sabio y bueno era rico: y «Mira no sea—le replicó—porque dicen que todo es del sabio», aludiendo a la opinión que de avaro tenía Craso. Pa-

reciase uno de los hijos de éste a un tal Axio, y por esta causa corrían rumores contrarios a la madre de trato de Axio, y como aquel joven hubiese recibido aplausos hablando en el Senado, preguntado Cicerón qué le parecía, respondió en griego: ἄξιός ἐστιν Κράσου (que puede ser digno de Craso, o el Axio de Craso).

XXVI.—A pesar de esto, cuando Craso partió para la Siria, queriendo más tener a Cicerón por amigo que por enemigo, le habló con afecto, y le manifestó deseo de cenar un día con él, en lo que Cicerón significó tener mucho placer. De allí a pocos días le hablaron algunos amigos acerca de Vatinio, insinuándole que deseaba ponerse bien con él y entrar en su amistad, porque era enemigo; a lo que les contestó: «Pues qué, ¿quiere también Vatinio venir a cenar a mi casa?» Esta era la disposición de su ánimo respecto de Craso. Tenía Vatinio lamparones en el cuello, y como hablase en una causa, le llamó orador hinchado. Oyó que había muerto, y sabiendo después de cierto que vivía, «Mala muerte le dé Dios—dijo—al que tan mal ha mentado». Había decretado César repartir tierras de la Campania a los soldados, lo que era en el Senado muy desagradable a muchos; y Lucio Gelio, ya muy anciano, exclamó que eso no sería viviendo él; a lo que dijo Cicerón: «Esperemos, pues, porque el término que pide Gelio no puede ir largo.» Había un tal Octavio, de quien se susurraba que era de Africa, y hablando Cicerón en causa contra él, como dijese que no le oía, «Pues a fe—le replicó—que tienes

agujereadas las orejas». Diciéndole Metelo Nepote que más eran los que había perdido dando testimonio contra ellos que los que había salvado con sus defensas, «Confieso—le contestó—que en mí hay más crédito y fe que elocuencia». Era infamado cierto joven de haber dado veneno a su padre en un pastel, y como se jactase de que había de llenar a Cicerón de desvergüenzas, «Más quiero eso de ti —respondió— que tus pasteles». Tomóle Publio Sextio con otros por defensor en una causa, y como él se lo quisiese hablar todo, sin dar lugar a nadie, viendo que iba a ser absuelto, porque ya se había empezado a votar, «Aprovéchate hoy del tiempo —le dijo—, ¡oh Sextio!, porque mañana ya serás un particular». Había un Publio Cota que quería pasar por jurisconsulto siendo necio y sin talento; llamóle por testigo para una causa, y como respondiese que nada sabía, «¿Crees acaso—le dijo— que se te pregunta de leyes?» En una disputa con Metelo Nepote le preguntó éste muchas veces: «¿Quién es tu padre, Cicerón?» Y él, por fin, le dijo: «Esta respuesta te la ha hecho a ti más dificultosa tu madre»; porque parecía haber sido un poco desenvuelta la madre de Nepote, así como él era inconstante, pues renunciando repentinamente el tribunado de la plebe, hizo viaje por mar en busca de Pompeyo, y después se volvió de un modo más extraño todavía. Hizo con magnificencia el entierro de su preceptor Filagro, y puso sobre su sepulcro un cuervo de piedra, sobre lo que le dijo Cicerón que había andado muy cuerdo, pues más le había enseñado a

volar que a decir. Marco Apio dijo en el exordio de una causa que su amigo le había pedido que pusiera en ella cuidado, facundia y fe, a lo que le dijo Cicerón: «¿Y eres un hombre tan de corazón de acero que no has de haber hecho nada de lo que te ha pedido tu amigo?»

XXVII.—El usar en las causas de estos dichos mordaces y picantes contra los enemigos y contrarios, pasa por parte de la oratoria; pero el ofender a cuantos se le presentaban por parecer chistoso, le hizo odioso a muchos. A Marco Aquilio, que tenía dos yernos desterrados, le llamaba Adrasto (1). Siendo censor Lucio Cota, que era notado de gustar demasiado del vino, pedía Cicerón el Consulado, y habiéndole dado sed en la plaza, como se le pudiesen alrededor los amigos mientras bebía, «Tenéis razón en temer—les dijo—, no sea que el censor se vuelva contra mí si ve que bebo agua». Encontrándose con Voconio, que iba acompañando tres hijas muy feas, le aplicó este verso:

Contrario tuvo a Febo éste al ser padre (2).

Había contra Marco Gelio la opinión de que no era hijo de padres libres, y como en el Senado se esforzase a leer con una voz muy alta y muy clara, «No os admiréis—dijo—, porque es de los que pregonan». Cuando Fausto, hijo de Sila el tirano, que proscribió a muchos a muerte, oprimido de sus deu-

(1) Adrasto había casado sus dos hijas con los desterrados Eteodes y Polinices.

(2) Verso que Sófocles aplica a Layo, padre de Edipo.

das por haber malgastado su hacienda, publicó la lista de sus bienes, «Más me gusta esta lista—dijo Cicerón—que las de su padre».

XXVIII.—Con estas cosas era molesto a muchos, y a este tiempo Clodio y su facción se declararon sus enemigos con este motivo. Era Clodio de una de las primeras familias, en los años joven y en el ánimo osado y temerario. Teniendo amores con Pompeya, mujer de César, se introdujo ocultamente en su casa disfrazándose con el vestido y demás adornos de una cantatriz. Celebraban las mujeres aquella fiesta y sacrificio arcano, nunca visto de los hombres en casa de César, y no podía ser admitido ningún varón; pero siendo todavía Clodio mocito, pues aun no tenía barba, esperó que podría quedar desconocido llegando con las mujeres hasta donde estaba Pompeya; mas habiendo entrado de noche en una casa grande, se perdió en los corredores, y habiéndole visto andar desatentado una sirvienta de Aurelia, madre de César, le preguntó su nombre. Precicado a hablar y diciendo que buscaba a Abra, criada de Pompeya, conociendo aquélla que la voz no era femenil, gritó y empezó a llamar a las mujeres. Cerraron éstas las puertas y, registrándolo todo, encontraron a Clodio que se había guarecido en el cuarto de la criada, con quien había entrado. Hízose público el suceso; César repudió a Pompeya, y a Clodio se le formó causa de impiedad (1).

(1) Véase VIDAS PARALELAS, tomo VII, pág. 312, Colección Universal, números 417 a 420.

XXIX.—Cicerón era amigo suyo, y en las diligencias relativas a la conjuración de Catilina se había hallado éste a su lado y le había prestado auxilio; pero haciendo consistir toda su defensa contra la acusación de aquel crimen en no haberse hallado en Roma al tiempo en que se decía cometido, sino ocupado fuera de la ciudad en unas posesiones distantes, dió Cicerón testimonio contra él, diciendo que había estado a buscarle en su casa y le había hablado de ciertos negocios, como era la verdad. Mas con todo no parecía que había declarado en esta forma precisamente por amor a la verdad, sino por ponerse en buen lugar con su mujer Terencia, a causa de que miraba ésta con aversión a Clodio por Clodia, su hermana, de la que se decía aspiraba a casarse con Cicerón, dando pasos para ello por medio de un cierto Tulo, que era de los amigos más estimados de Cicerón; y yendo continuamente a casa de Clodia, y obsequiándole ésta, como no viviese lejos, dió a Terencia motivos de sospecha, y siendo ésta de genio fuerte y dominando a Cicerón, lo precisó a ponerse en oposición con Clodio y a atestiguar contra él. Declararon además contra Clodio muchos de los primeros y mejores ciudadanos, deponiendo de sus perjurios, de sus suplantaciones de testamentos, de sus sobornos y de sus adulterios. Lúculo produjo unas esclavas como testigos de que Clodio había tenido trato inhonesto con la más joven de sus hermanas mientras estaba enlazada con el mismo Lúculo, y corría muy válida la opinión de que le tenía con las otras dos her-

manas, de las cuales Terencia estaba casada con Marcio Rex, y Clodia con Metelo Celer. Dábanle a ésta el sobrenombre de *Cuadrantaria*, porque uno de sus amantes, habiendo puesto en un bolsillo unas piezas de bronce, se las envió queriendo hacerlas pasar por plata; y a la moneda más pequeña de bronce la llamaban cuadrante; y por esta hermana era por la que más se hablaba de Clodio. Mas, a pesar de todo esto, el pueblo se puso entonces de parte de Clodio y contra los testigos y acusadores; por lo cual, entrando en temor los jueces, pusieron guardias, y la mayor parte echaron las tablas con las letras borradas y confusas. Sin embargo, pareció que eran más los que absolvían; y se dijo también que había intervenido soborno; así es que Catulo, acercándose a los jueces, «Vosotros—les dijo—con verdad habéis pedido la guardia para vuestra seguridad, no fuera que alguno os quitara el dinero». Cicerón, diciéndole Clodio que su testimonio no había merecido fe a los jueces, «Antes—le respondió—a mí me han creído veinticinco de ellos, porque éstos han sido los que te han condenado; y a ti no te han creído treinta, porque no te han absuelto hasta que han recibido el dinero». César, llamado como testigo, no declaró contra Clodio, ni dijo que su mujer fuese culpada de adulterio, sino que la había repudiado porque el matrimonio de César debía estar puro, no sólo de la menor acción fea, sino hasta de las sospechas.

XXX.—Habiendo salido Clodio de aquel peligro elegido tribuno de la plebe, al punto la tomó

con Cicerón. excitando y moviendo todos los negocios y todos los hombres contra él y procurando ganarse a la muchedumbre con leyes populares; y a uno y a otro cónsul les decretó grandes provincias: a Pisón la Macedonia, y a Gabinio la Siria. A muchos de escasa fortuna los asoció a sus miras, y tenía siempre a su lado esclavos armados. De los tres que gozaban del mayor poder entonces en Roma, como Craso estuviese en oposición con Cicerón y le hiciese la guerra, Pompeyo quisiese estar bien con ambos y César hubiese de partir a la Galla con ejército, Cicerón se bajó a éste, sin embargo de que en vez de ser su amigo le era sospechoso desde los sucesos de Catilina, y le rogó que le llevase delegado a la provincia. Concedióselo César, y Clodio, viendo que Cicerón iba a ponerse fuera de su tribunado, fingió que estaba dispuesto a hacer amistades, y valiéndose de los medios de echar la culpa a Terencia de lo pasado, de hablar siempre de él, de saludarle con afabilidad, como pudiera hacerlo quien no le aborreciera ni estuviera indispuerto con él, quejándose solamente con palabras benignas y amistosas; así logró quitarle enteramente el miedo, hasta el punto de desistir de su pretensión con César y volver al manejo de los negocios públicos; de lo que, resentido César, dió ánimo a Clodio y apartó a Pompeyo enteramente de Cicerón; y aun declaró con juramento ante el pueblo parecerle que no se había dado justa y legalmente la muerte a Léntulo y Cetego, no habiendo sido antes juzgados, pues este era el cargo y esta la acusación que a Cicerón

se hacía. Constituido, pues, reo, y perseguido como tal, mudó el vestido, y dejando crecer el cabello, rodaba por la ciudad implorando la clemencia del pueblo. Mas por do quiera se le aparecía en todas las calles Clodio, llevando consigo hombres desvergonzados y atrevidos, que insultando a Cicerón descaradamente por la situación y traje en que se veía, y tirándole en muchas ocasiones lodo y piedras, se empeñaban en interrumpir y estorbar sus súplicas.

XXXI.—No obstante estos esfuerzos de Clodio, casi todo el orden ecuestre mudó también de vestido, y hasta veinte mil jóvenes le seguían, dejándose crecer el cabello, y acompañándole en sus ruegos. Congregado después el Senado con el objeto de hacer decretar que se mudaran los vestidos al modo que en un duelo público, como lo repugnasen los cónsules y Clodio corriese con hombres armados a la curia, se salieron de ella muchos de los senadores, rasgando sus ropas y mostrándose indignados. Cuando se vió que aquel triste aspecto no excitó ni la compasión ni la vergüenza, y que era preciso, o que Cicerón se fuera desterrado, o que contendiera con las armas con Clodio, recurrió aquél a implorar el auxilio de Pompeyo, que de intento se había retirado, yéndose a la posesión que tenía junto al monte Albano. Para esto envió primero a su yerno Pisón, a fin de que intercediese con él, y después subió el mismo Cicerón. Cuando lo supo Pompeyo no pudo sufrir que se le presentara, poseído de una gran vergüenza, al considerar que Ci-

cerón había sostenido en la república por él grandes contiendas y le había servido en muchos negocios; pero siendo yerno de César, por complacer a éste se desentendió del debido agradecimiento, y saliéndose por otra puerta, evitó la visita. Cicerón, abandonado por él de esta manera, y careciendo de protección, acudió a los cónsules, de los cuales Gabinio siempre se le mostró desafecto; pero Pisón le hizo mejor recibimiento, exhortándole a salir de Roma para librarse de la violencia y poder de Clodio, y a llevar resignadamente la mudanza de los tiempos, para poder ser otra vez el salvador de la patria, puesta por inclinación a él en tales turbaciones e inquietudes. Oída por Cicerón esta respuesta, conferenció sobre lo hacedero con sus amigos. Lúculo era de dictamen que no se moviera, porque vencería; pero otros le aconsejaban la fuga, en el concepto de que bien presto el pueblo lo echaría menos, luego que no pudiera aguantar las locuras y furores de Clodio. Este fué el partido que adoptó Cicerón, y subiendo al Capitolio la estatua de Minerva que tenía trabajada en casa mucho tiempo había, y a la que daba gran veneración, la consagró a la diosa con esta inscripción: «A Minerva, protectora de Roma.» Valióse de algunos de sus amigos para que le acompañaran, y a la media noche salió de la ciudad, haciendo su viaje a pie por la Lucania con deseo de verse en la Sicilia.

XXXII.—Cuando ya se supo de cierto que había huído, Clodio hizo dar contra él decreto de destierro y promulgar edicto por el que se le vedaba

el agua y el fuego, y se mandaba que nadie lo recibiera bajo techado a quinientas millas de Italia. A muchos no les servía de detención este edicto para dar muestras de respeto a Cicerón, para obsequiarle y para acompañarle; pero en Hiponio, ciudad de la Lucania, que ahora se llama Vibon, el siciliano Vibio, que había disfrutado en muchas cosas de la amistad de Cicerón y en el consulado de éste había sido nombrado prefecto de artesanos, no le admitió en su casa, y sólo le indicó una posesión, a la que podía acogerse; y Cayo Virgilio, pretor de la Sicilia, a quien Cicerón había hecho también grandes favores, le escribió que no tocara en aquella isla. Desconcertado en sus planes con estos desengaños, se dirigió a Brindis, y pasando de allí con viento favorable a Dirraquio, como durante el día soplase viento contrario de mar, regresó al punto y otra vez volvió a dar la vela. Se dice que en esta travesía, cuando ya estaba para saltar en tierra, hubo a un tiempo terremoto y retirada de las aguas del mar, sobre lo que pronosticaron los agoreros que no sería largo su destierro, porque aquellas eran señales de mudanza. Visitábanle muchos por afecto, y las ciudades griegas competían unas con otras en demostraciones; pero a pesar de eso siempre estaba desconsolado y triste, teniendo, como los enamorados, puestos los ojos en Italia, y mostrándose demasiado abatido y con apocado ánimo en aquel infortunio, cosa que nadie habría esperado de un hombre de su instrucción y doctrina, que muchas veces rogaba a sus amigos no le llamaran orador, sino

filósofo, porque la filosofía la había elegido por ocupación, y la oratoria no la empleaba sino como un instrumento útil en el gobierno. Decía asimismo que la gloria era propia para borrar en el alma, como si fuera una tintura, todo buen discurso, inoculando en los que mandan todas las pasiones de la muchedumbre con la conversación y el trato, a no estar el hombre muy sobre sí, para que cuando se entrega a los negocios tome, sí, parte en éstos, pero no en las pasiones y afectos que van con los negocios.

XXXIII. — Clodio, luego que alejó a Cicerón, quemó sus quintas y su casa, edificando en el sitio el templo de la Libertad. Quiso vender asimismo su hacienda, haciéndola pregonar todos los días, porque nadie se presentaba a hacer postura. Terrible con estos hechos a los del Senado, y asistido del favor del pueblo, ya ensayado por él a la insolencia y al desenfreno, asestó sus tiros contra Pompeyo, empezando por desacreditar algunas de las disposiciones tomadas por él en el ejército. Perdió con esto de su opinión, y ya se reprendía a sí mismo de haber abandonado a Cicerón; por lo que arrepentido trabajaba por todos los medios en procurar su vuelta por sí y por sus amigos. Oponíase Clodio, y el Senado decretó que no se daría curso a ningún negocio público ni se aprobaría nada mientras no se acordase la vuelta de Cicerón. En el consulado de Léntulo tomó tal incremento la sedición, que los tribunos de la plebe fueron heridos en la plaza, y Quinto, el hermano de Cicerón, quedó tendido entre los cadáveres por muerto. Empezó ya con esto

a desengañarse el pueblo, y siendo el tribuno Antonio Milón el primero que se atrevió a llevar al tribunal a Clodio por causa de violencia pública, muchos acudieron a ponerse al lado de Pompeyo, así de la plebe como de las ciudades comarcanas. Presentóse con éstos, y arrojando a Clodio de la plaza, dispuso que pasaran a votar los ciudadanos, y se dice que nunca se vió una votación del pueblo tan uniforme. Yendo el Senado a competencia con el pueblo, decretó que se dieran las gracias a todas las ciudades que habían obsequiado a Cicerón durante su destierro, y que sus quintas y su casa, arrasadas por Clodio, fueran de nuevo levantadas a expensas del Erario. Volvió Cicerón a los diez y seis meses de destierro, y fué tanto el goce de las ciudades, y tal el ansia y esmero que en recibirle ponían los habitantes, que aun anduvo corto el mismo Cicerón cuando dijo que, tomándolo en hombros la Italia, lo había traído a Roma. El mismo Craso, que había sido enemigo de Cicerón antes del destierro, salió también entonces a recibirle y se reconcilió con él, en obsequio, decía, de su hijo Publio, que era uno de los admiradores de Cicerón.

XXXIV.—Había aún corrido poco tiempo, y valiéndose de que Clodio se hallase fuera de la ciudad, subió Cicerón con algún acompañamiento al Capitolio, y echó por el suelo e hizo pedazos las tablas tribunicias, que eran los registros de las operaciones de los tribunos. Increpóle sobre esto Clodio, y respondiéndole Cicerón que había sido contra ley el que de los patricios hubiera pasado al tribunado

de la plebe y que, por tanto, no debía tener valor nada de lo hecho por él; se ofendió de esta respuesta Catón y la contradijo, no porque se pusiese de parte de Clodio o dejase de estar mal con sus tropelías, sino por parecerle duro y violento que el Senado decretase la abrogación de tantas y tales determinaciones y decretos, entre los que se contaba el encargo que el mismo Catón había desempeñado en Chipre y Bizancio (1). Desde entonces conservó con él Cicerón cierta indisposición, la cual, sin embargo, no pasó nunca a hecho ninguno público ni a otra cosa que a tratarse con cierta tibieza.

XXXV. — Sucedió después que Milón mató a Clodio, y siguiéndosele causa de homicidio, nombró por su defensor a Cicerón. El Senado, por temor de que, puesto en riesgo un hombre ilustre y altivo como Milón, se moviera algún alboroto en la ciudad, permitió a Pompeyo que presidiera este y otros juicios, procurando tranquilidad al pueblo y seguridad a los jueces. Guarneció éste antes del día la plaza y todas sus avenidas con soldados, y Milón, recelando que Cicerón, turbado con aquel nunca usado espectáculo, podría estar menos feliz en su discurso, le persuadió que, haciéndose llevar a la plaza en litera, esperara allí tranquilamente hasta que se hubiesen reunido los jueces y se llenase la audiencia. Mas él, a lo que parece, no sólo no era muy osado entre las armas, sino que habla-

(1) Véase VIDAS PARALELAS, tomo VIII, págs. 94 y 101, Colección Universal, números 474-476.

ba siempre en público con miedo, y con dificultad se vió libre de la agitación y el temblor, hasta que a fuerza de esta clase de contiendas su elocuencia adquirió firmeza y asiento. Aun así, defendiendo a Licinio Murena, acusado por Catón, con el empeño de exceder a Hortensio, que había sido muy aplaudido, no descansó un momento en toda la noche, y quebrantado con el demasiado estudio y la falta de sueño, fué tenido por inferior a aquél. Entonces, pues, saliendo de la litera para la causa de Milón, al ver a Pompeyo sentado en el Tribunal como en un ejército, y toda la plaza alrededor llena de resplandecientes armas, se asustó sobremanera, y con gran trabajo pudo empezar a hablar, temblándole todo el cuerpo y con la voz entrecortada, siendo así que el mismo Milón asistió al juicio con arrogancia y serenidad, sin haber querido dejarse crecer el cabello ni tomar el vestido de duelo; lo que parece no haber sido la menor causa de que se le condenase. Mas en esta ocasión antes se acreditó Cicerón de buen amigo que de tímido y cobarde.

XXXVI.—Hízosele del número de aquellos sacerdotes que los romanos llaman Augures en lugar de Craso el joven, después de haber éste fallecido a manos de los Partos. Tocándole después por suerte en la distribución de las provincias la Cilicia, con un ejército de doce mil infantes y dos mil y seiscientos caballos, se embarcó para pasar a ella, llevando también el encargo de reducir la Capadocia a la sumisión y obediencia del rey Ariobarzanes. Compuso y arregló estos negocios a satisfacción de to-

dos, sin necesidad de recurrir a las armas, y viendo a los de Cilicia inquietos y desasosegados con el descalabro experimentado por los romanos en la guerra de los Partos y con las novedades de la Siria, los trajo al orden con usar de blandura en su mando. No recibió dones algunos aun de los mismos reyes, y quitó aquellos convites que eran de estilo en las provincias. A los que le honraban y favorecían los obsequiaba teniéndolos a su mesa y dándoles de comer, no con lujo, pero tampoco con escasez y mezquindad. Su casa no tenía portero, ni nadie le vió tampoco sentado, sino que desde muy temprano, en pie o paseándose delante de su cuarto, recibía a los que iban a visitarle. Dícese que no castigó a ninguno ignominiosamente con las varas, ni le rasgó la ropa, ni por enfado le dijo una mala palabra o le impuso multa que pudiera injuriarle. Encontró que gran parte de los caudales públicos habían sido usurpados, y poniendo en ellos orden, hizo que las ciudades floreciesen, sin que por eso los que tenían que pagar fuesen vejados ni molestados, ni dejasen de conservar su estimación. También tuvo que hacer la guerra, derrotando unos adueros de ladrones que tenían sus guaridas en el monte Amano, con cuyo motivo fué de los soldados saludado emperador. Pidióle a esta sazón el orador Cecilio que le enviara leopardos de Cilicia para cierto espectáculo; y él, aludiendo con alguna jactancia a los hechos de esta guerra, le escribió que ya no quedaba ninguno en la Cilicia, porque habían huído a la Caria incomodados de

que a ellos solos se les hiciera la guerra cuando todo lo demás estaba en paz. Al retirarse de la provincia pasó algún tiempo en Rodas, y también con gran placer se detuvo en Atenas por el deseo de sus antiguos estudios. Trató, pues, a los hombres más célebres de aquel tiempo por su sabiduría, saludó a sus amigos y conocidos y, admirado de la Grecia, según su sobresaliente mérito, volvió a Roma a tiempo que las agitaciones de la república, como tumor próximo a reventar, estaban a punto de romper en la guerra civil.

XXXVII.—Habiéndosele decretado el triunfo, dijo en el Senado que le sería muy dulce seguir a César en la pompa después de hechas las paces, y en particular daba consejos a César escribiéndole continuamente, e interponía ruegos con Pompeyo, procurando templar y apaciguar a uno y a otro. Mas cuando ya llegó el caso del rompimiento, y viniendo César contra Roma Pompeyo no lo aguardó, sino que abandonó la ciudad, y con él muchos y muy principales ciudadanos, no habiéndose decidido Cicerón a esta fuga, se creyó que abrazaba el partido de César. Y no tiene duda que estuvo batallando consigo y meditando mucho sobre a cuál de los dos se inclinaria; porque escribe en sus cartas: «¿A qué lado me volveré cuando Pompeyo tiene para la guerra el motivo más glorioso y honesto, pero César se ha de conducir mejor en esta terrible crisis y ha de saber hacer más por su salud y por la de sus amigos? De manera que sé de quién he de huir, mas no a quién me estará mejor el aco-

germe (1). Escribióle en esto Trebacio, uno de los amigos de César, diciéndole que, según el dictamen de éste, debía ser de su partido y entrar a la parte en sus esperanzas; pero que si por la vejez no quería correr peligro, podía retirarse a la Grecia, y allí esperar tranquilamente los sucesos, apartándose de ambos; y picado de que el mismo César no le hubiese escrito, respondió enfadado que no haría nada que no correspondiese a su anterior conducta pública. Esto es lo que se lee en sus cartas.

XXXVIII.— Así, cuando César marchó a España, él al punto se embarcó para ir en busca de Pompeyo, y fué de todos muy bien recibido, sino solamente de Catón, quien le hizo graves reconvenciones por haberse adherido al partido de Pompeyo; porque decía que al mismo Catón no le habría estado bien el abandonar el partido que eligió desde el principio; pero que Cicerón podía haber sido más útil a la patria y a los amigos si, permaneciendo en Roma, hubiera tirado a sacar partido de los sucesos, y no que ahora, neciamente y sin ninguna necesidad, se había hecho enemigo de César y se había venido a meter en medio de tan gran peligro. Estas observaciones hicieron a Cicerón mudar de modo de pensar, y también el no haberle empleado Pompeyo en nada de importancia; pero de esto último él tenía la culpa con no negar que estaba arrepentido, con desacreditar las disposiciones de Pompeyo, con vituperar en las conversaciones to-

(1) Ad Att., VIII, 7

dos sus proyectos y con no poderse contener de chistes y burlas pesadas contra los mismos que participaban de su suerte; pues andando él siempre triste y con ceño por el campamento, quería hacer reír a los que no estaban para ello. Pero será mejor referir aquí algunos de aquellos inoportunos chistes. Presentó Domicio para que fuese admitido entre los jefes a uno que era militar, y diciendo para recomendarle que era hombre de arreglada conducta y muy prudente, «¿Pues por qué no le guardas—le repuso—para tutor de tus hijos?» Celebrando algunos a Teafanes de Lesbos, que era en el ejército prefecto de los artesanos, por haber dado excelentes consuelos a los rodios en ocasión de haber perdido su armada, «¿De qué nos sirve—dijo Cicerón—tener un prefecto griego?» Llevaba regularmente César lo mejor en los encuentros, y en cierta manera los tenía cercados; y diciendo Léntulo tener noticia de que los amigos de César andaban cabizbajos, «Eso es decir—respondió Cicerón—que están mal con César». Acababa de llegar de Italia un tal Marcio, y como dijese que la opinión que se tenía en Roma era que Pompeyo estaba cercado, «¿Conque has hecho tu viaje—le repuso—para asegurarte por tus ojos de si es cierto?» Diciendo después de la derrota Nonio que debían tener buena esperanza, porque en el campamento de Pompeyo habían quedado siete águilas, «Eso sería muy bueno—le replicó Cicerón—si hiciéramos la guerra a los grajos». Apoyándose Labieno en ciertos oráculos para sostener que Pompeyo sería vencedor, «Sí—le

respondió—, con esa estratagema acabamos de perder el campamento».

XXXIX.—Dada la batalla de Farsalia, en la que no se halló por estar enfermo, y habiendo huído Pompeyo, Catón, que había reunido en Dirraquio bastantes fuerzas de tierra y una grande armada, deseaba que Cicerón tomara el mando, a causa de corresponderle por la ley, estando adornado de la dignidad consular; pero repugnándolo éste, y huuyendo enteramente de continuar la guerra, estuvo en muy poco que no se le quitara la vida, llamándole traidor Pompeyo el joven y sus amigos, y desenvainando resueltos las espadas, a no haber sido porque Catón se puso de por medio y le sacó del campamento. Arribó a Brindis, y allí se detuvo esperando a César, que tardó en llegar a Italia por haberle llamado los negocios al Asia y al Egipto. Cuando supo que había desembarcado en Tarento, y que desde allí se dirigía por tierra a Brindis, le salió al encuentro, no sin alguna esperanza, aunque avergonzado de tener que ir a mirar la cara de un enemigo victorioso a presencia de muchos; pero no le fué necesario decir o hacer cosa que no le estoviese bien; porque César, luego que vió que, adelantándose a los demás, iba a recibirle, se apeó, le abrazó y caminó hablando con él solo algunos estadios. Desde entonces siempre le tuvo consideración y lo trató con aprecio; tanto, que en el libro que escribió contra el elogio que de Catón había formado Cicerón, le celebró este mismo opúsculo y tributó alabanzas a su vida, que dijo tenía gran semejanza

con las de Pericles y Teramenes. Intitulóse el escrito de Cicerón *Catón*, y *Anticatón* el de César. Refiérese que siendo acusado Quinto Ligario por haber sido uno de los enemigos de César, y defendiéndole Cicerón, dijo César a sus amigos: «¿Qué inconveniente hay en oír al cabo de tanto tiempo a Cicerón, cuando su cliente está ya juzgado tan de antemano por malo y por enemigo?» Mas, sin embargo, Cicerón desde que empezó a hablar movió extraordinariamente su ánimo, y habiendo sido aquella oración maravillosa en la parte de excitar las pasiones y en la gracia de la elocución, observaron todos que César mudó muchas veces de color, y que se hallaba combatido de diferentes afectos. Finalmente, cuando el orador llegó a tratar de la batalla de Farsalia, su agitación fué violenta, hasta temblarle todo el cuerpo y caérsele algunos memoriales de la mano; de modo que, vencido de la elocuencia, absolvió a Ligario de la causa.

XL.—Desde aquella época, habiendo el gobierno degenerado en monarquía, retiróse de los negocios públicos y se dedicó a la filosofía con los jóvenes que quisieron cultivarla; que siendo de los más ilustres y principales, por su trato con ellos volvió a tener en la ciudad el mayor influjo. Habíase aplicado a escribir y a traducir diálogos filosóficos, trasladando a la lengua latina los nombres usados en la dialéctica y la física; porque se dice haber sido el primero que introdujo los nombres de *fantasia*, *catatesis*, *época*, *catalepsis*, y además *átomo*, *ameres*

y *quenon* (1), a lo menos el que más los dió a conocer a los Romanos, usando de metáforas y de otras expresiones acomodadas con singular industria y diligencia. Divertíase con poner a veces en ejercicio la gran facilidad que tenía en hacer versos, pues se dice que cuando le daba esta humorada hacía en una noche quinientos. Habiendo pasado la mayor parte de este tiempo en su quinta Tusculana, escribió a sus amigos que hacía la vida de Laertes, o por juego y chiste, como lo acostumbraba, o por prurito de ambición de mando, no llevando bien el retiro. Rara vez venía a la ciudad como no fuese para visitar a César, y entonces era el primero que suscribía a los honores que se le decretaban y que decía alguna cosa nueva en elogio de su persona y de sus hechos, como fué la relativa a las estatuas de Pompeyo, que César mandó levantar y colocar, habiendo sido antes derribadas; porque dijo Cicerón que César, con este acto de humanidad, levantaba las estatuas de Pompeyo para afirmar más las suyas.

XLI.—Tenía pensado, según se dice, escribir la Historia romana, entretejiendo con ella gran parte de la griega y recogiendo todas las fábulas y relaciones que corrían; pero vinieron a impedirselo negocios y sucesos públicos y privados, de los cuales la mayor parte parece que se los atrajo por su gusto. Porque, en primer lugar, repudió a su mujer

(1) Significan estos nombres: visión interior, asenso, deteniimiento del asenso, comprensión, átomo, lo que no tiene partes y el vicio.

Terencia por no haber hecho cuenta de él durante la guerra, hasta el punto de haberle dejado marchar sin nada de lo que necesitaba para el viaje, y por no haberle dado muestras ningunas de aprecio y amor cuando regresó a Italia; pues habiéndose detenido mucho tiempo en Brindis no pasó a verle, y a la hija, cuando fué, no le dió para un camino tan largo las prevenciones y acompañamiento que eran correspondientes a una joven de su calidad, y sin embargo le dejó la casa vacía y desprovista de todo, sobre haber contraído muchas y grandes deudas, porque estas fueron las causas más honestas que se pretextaron para este divorcio. Negábalas Terencia, y el mismo Cicerón fué quien mejor hizo su apología, casándose de allí a poco con una doncella, según Terencia lo hizo correr, prendado de su figura; pero según escribió Tirón, liberto de Cicerón, por mira de mejorar su casa y pagar sus deudas. Porque aquella joven era muy rica, y Cicerón, que tenía su herencia en fideicomiso, por este medio la conservó en su poder. Como debiese, pues, grandes sumas, sus amigos y deudos le indujeron a que en una edad ya impropia se casara con aquella mocita y se librara de los acreedores echando mano de sus bienes; pero Antonio, haciendo mención de este casamiento en sus oraciones contra las Filípicas, dice que echó de su lado a una mujer en cuya compañía se había hecho viejo, motejándole con gracia que había sido un hombre que se había estado metido en casa ocioso y sin hacer el servicio militar. Después de este casamiento, a poco

tiempo de él, se le murió de sobreparto la hija (1) casada con Léntulo, con quien se había enlazado después de la muerte de Pisón, su primer marido. Acudieron de todas partes los filósofos a dar consuelo a Cicerón, tan sentido por la muerte de la hija, que repudió a su nueva esposa por parecerle que se había alegrado de la muerte de Tulia.

XLII.—Estos fueron los sucesos domésticos de Cicerón, el cual ninguna parte tuvo en la conjuración para la muerte de César, no obstante ser uno de los mayores amigos de Bruto, hacérsele insoponible el estado en que habían venido a parar las cosas y parecer que deseaba el restablecimiento de la república como el que más; y es que los conjurados habían temido a su carácter falto de valor, y a aquel desgraciado tiempo en que aun los más firmes y mejor constituídos habían perdido la resolución y osadía. Ejecutado aquel hecho por Bruto y Casio, como los amigos de César se tumultuasen y volviese a renacer el miedo de que la ciudad cayese otra vez en la guerra civil, Antonio, que era cónsul, congregó el Senado y habló brevemente de concordia; pero Cicerón, extendiéndose más acerca de lo que las circunstancias exigían, persuadió al Senado a que, imitando lo que en caso igual se había hecho en Atenas (2), publicase una amnistía con motivo de lo ocurrido con César, y a Casio y Bruto les asignara provincias. Mas esto no sirvió de nada, porque el pueblo, que ya por sí mismo se

(1) Tulia.

(2) Por Trasibulo, después de la expulsión de los treinta tiranos

había movido a compasión cuando vió que pasaba por la plaza el cadáver y Antonio le mostró la túnica de César llena de sangre y acribillada a puñaladas, furioso y ciego de ira, en la misma plaza anduvo buscando a los matadores, y con tizones encendidos corrieron muchos a las casas de éstos para darles fuego; y aunque de este peligro se salvaron con guardarse y precaverse, temiendo otros muchos no menores que él, tuvieron que abandonar la ciudad.

XLIII.—Esto dió osadía a Antonio, y si a todos infundió temor, pareciéndoles que usurparía una autoridad monárquica, mucho mayor se le causó a Cicerón; porque viendo que el poder de éste en la república había adquirido fuerza, y sabiendo que era del partido de Bruto, abiertamente se mostraba incomodado con su presencia, además de que siempre estaban recelosos el uno del otro por la semejanza de su conducta y por sus antiguas disensiones. Temeroso, pues, Cicerón, intentó primero pasar delegado con Dolabela a la Siria; pero habiéndole rogado los que después de Antonio iban a ser cónsules, Hircio y Pansa, varones de probidad y amantes de Cicerón, que no los abandonase, pues le ofrecían oprimir a Antonio si él se quedaba, no creyéndolos del todo, ni tampoco dejándolos de creer, no hizo ya cuenta de Dolabela, y diciendo a Hircio que se iba a pasar el estío en Atenas y que cuando hubiesen entrado en su cargo volvería, sin más autorización se dispuso para aquel viaje. Hubo detenciones en la navegación, y llegan-

do desde Roma nuevos rumores cada día a medida de su deseo: que en Antonio se notaba grande mudanza, que todo lo hacía y disponía por medio del Senado y que no faltaba otra cosa que su presencia para que los negocios se pusieran en el mejor orden, reprendiéndose a sí mismo de sus celos y temores, regresó otra vez a Roma, y lo que es por lo pronto no le salieron vanas sus esperanzas, porque fué tanto el gentío que con el gozo y el deseo salió a recibirle, que casi se consumió todo el día a la puerta en abrazos y salutaciones. Mas al día siguiente, congregando Antonio el Senado y pasándole aviso no concurrió, sino que se quedó en cama, excusándose con que estaba fatigado del viaje; pero, a lo que parece, lo que verdaderamente lo detenía era el temor de alguna asechanza, por cierta indicación y sospecha que se le había dado en el camino. Antonio se mostró muy ofendido de esta calumnia, e iba a enviar soldados con orden de que lo trajeran o le quemaran la casa; pero instándole y rogándole muchos, se convino en que sólo se le tomaran prendas. De allí en adelante se pasaban de largo cuando se encontraban, sin decirse nada el uno al otro, y estaban en mutuas sospechas; hasta que, habiendo llegado de Apolonia César el joven (1), admitió la herencia del otro César, y por dos mil quinientas miriadas que Antonio tenía en su poder de los bienes de éste, se indispuso con él.

XLIV.—En consecuencia de esto, Filipo, que es-

(1) El futuro César Augusto.

taba casado con la madre del nuevo César, y Marcelo con la hermana, habiéndose dirigido con aquel joven a Cicerón, se convinieron en que se prestarían mutuamente, Cicerón a éste en el Senado y ante el pueblo el poder que nace de la elocuencia y la política, y éste a Cicerón la seguridad que dan las riquezas y las armas: pues ya tenía aquel joven a sus órdenes no pocos de los que habían hecho la guerra con César, además de que se tiene por cierto haber entrado Cicerón con un vivo deseo en la amistad de César. Porque, según parece, en vida todavía de Pompeyo y Julio César se le figuró en sueños a Cicerón que llamaba al Capitolio a algunos hijos de los senadores, con el objeto de que Júpiter designara a uno de ellos por caudillo de Roma, que los ciudadanos estaban en grande expectación alrededor del templo y aquellos niños en toga pre-texta sentados a la puerta. Abrióse ésta repentinamente, y los niños se fueron levantando de uno en uno y dieron la vuelta alrededor de la estatua del dios, que los estuvo mirando atentamente y los despidió descontentos; mas luego que éste se le acercó, alargó la diestra y dijo: «Romanos, éste dará fin a la guerra civil siendo vuestro caudillo.» Habiendo, pues, tenido Cicerón este ensueño, se dice que retuvo y conservó viva la imagen del niño, aunque no sabía quién era; pero habiendo bajado al día siguiente al campo de Marte cuando los jóvenes volvían de ejercitarse, éste fué el primero que vió cual en el sueño se había ofrecido a su imaginación, y admirado le preguntó quiénes eran sus padres. Era

su padre Octavio, no de los más ilustres, y su madre Acia, sobrina de César; por lo que no teniendo éste hijos, le dejó por su testamento su hacienda y su casa. Desde entonces dicen que Cicerón veía con gusto a este niño y le mostraba afecto, y él correspondía a sus demostraciones, porque hacía también la casualidad que había nacido el año en que Cicerón fué cónsul.

XLV.—Estas eran las causas que públicamente se daban; pero al principio el odio a Antonio, y después su carácter, que no podía resistir a la ambición, fueron los verdaderos motivos que le unieron a César, creyendo que ganaba para la república el poder de éste, pues se le prestaba tan dócil y sumiso que le llamaba padre. Disgustaba esto de tal manera a Bruto, que en sus cartas a Atico se queja agriamente de Cicerón a causa de que, adulando a César por miedo de Antonio, era claro que en vez de procurar libertad para la patria, sólo buscaba para sí un señor más benigno y humano. Mas a pesar de esto, Bruto se llevó consigo al hijo de Cicerón, que se hallaba en Atenas oyendo las lecciones de los filósofos, y dándole mando le confió algunos encargos que desempeñó con el mejor éxito. Llegó entonces a lo sumo en Roma el poder de Cicerón, y viniendo al cabo de cuanto se propuso, oprimió a Antonio y le obligó a salir de la ciudad, enviando a los dos cónsules Hircio y Pansa a hacerle la guerra, y obteniendo del Senado que decretara a César las fascas y todo el aparato imperatorio, como que combatía por la patria. Mas como, vencido An-

tonio y muertos en la guerra ambos cónsules (1), todo el poder se acumulase en César, temiendo el Senado a un joven a quien tan decididamente favorecía la fortuna. trató de apartar de él las tropas con honores y con dádivas, y debilitar así su poder, bajo el pretexto de que la república no necesitaba de defensores una vez que Antonio había huído. Temió con esto César, y envió quien rogara y persuadiera a Cicerón que procurara para ambos juntos el consulado, y dispusiera de todo como le pareciese, apoderándose de la autoridad y tomando bajo su dirección a aquel joven que sólo apetecía adquirir algún nombre y gloria. Confesó el mismo César que, temiendo verse arruinado, y considerándose en peligro de que le dejaran solo, echó mano en tal apuro de la ambición de Cicerón, moviéndole a que pidiera el consulado en el concepto de que él le daría todo favor y auxilio.

XLVI.—Enloquecido entonces y sacado de tino Cicerón, un anciano por aquel mozo, y engañado para que le ayudara en los comicios y le pusiera bien con el Senado, desde luego incurrió en la represión de sus amigos, y al poco tiempo conoció él mismo que se había perdido y había hecho traición a la libertad de la patria: porque luego que aquel joven vió tan acreditado su poder y se posesionó del consulado, al punto dió de mano a Cicerón, y hecho amigo de Antonio y Lépido, juntando en uno el poder de los tres (2), partió con ellos la au-

(1) En 44 antes de Jesucristo.

(2) Segundo triunvirato.

toridad como pudiera haber partido una posesión. Proscribieron de muerte sobre doscientos ciudadanos, siendo la proscripción de Cicerón la que produjo entre ellos los mayores altercados, por cuanto Antonio no se daba a partido si no moría el primero, Lépido se adhería a Antonio y César se oponía a ambos. Tuvieron ellos solos sobre esto juntas reservadas cerca de Bolonia por tres días, reuniéndose en un sitio próximo al campamento, cercado del río. Dícese que habiéndose César mantenido firme en la lid por Cicerón los dos primeros días, cedió por fin al tercero, abandonándole traidoramente. La composición y compensación fué de esta manera: César hizo el sacrificio de Cicerón, Lépido el de su hermano Paulo, y Antonio el de Lucio César, que era tío suyo de parte de madre. Hasta este punto la ira y el furor les hizo perder la razón, no dejando duda de que el hombre es la más cruel de todas las fieras, cuando a las pasiones se une el poder.

XLVII.—Mientras esto pasaba, Cicerón residía en sus campos de Túsculo, teniendo en su compañía a su hermano. Luego que supieron las proscripciones, determinaron trasladarse a Astur, posesión litoral del mismo Cicerón, y desde allí pasar a la Macedonia a ponerse al lado de Bruto, porque las voces que corrían eran de que se hallaba con fuerzas superiores. Caminaban en literas muy abatidos con la pesadumbre; y parándose en el camino, puestas las literas una en par de la otra, se lamentaban juntos de su suerte. El más desalentado era Quin-

to, a quien afligía además la idea de la falta de recursos, porque no había tenido tiempo para tomar nada en casa, y aun Cicerón era bien poco lo que consigo llevaba. Parecióles, pues, que sería lo mejor apresurar Cicerón su fuga, y que Quinto se volviese para proveerse en casa de lo necesario. Así se determinó, y abrazándose uno a otro, entre sollozos y lamentos se despidieron. Quinto, denunciado vilmente de allí a pocos días por sus esclavos a los matadores, recibió de éstos la muerte, y con él su hijo. Cicerón, conducido a Astur, y encontrando allí un barco, subió en él al punto y a vela navegó hasta Circeyos. Allí, queriendo los pilotos hacerse otra vez al mar, o por temor de la navegación, o por no haber perdido enteramente la confianza en César, saltó en tierra y anduvo por ella cien estadios, encaminándose a Roma; pero con nuevas dudas mudó de propósito y se dirigió otra vez hacia el mar. Cogióle la noche, y la pasó en las mayores dudas y aflicciones, sin saber qué partido tomar; tanto, que llegó a resolver introducirse secretamente en casa de César, y dándose a sí mismo muerte ante el ara, concitar contra él la ira de los dioses; pero le retrajo de esta idea el temor de los tormentos si por accidente le echasen mano. Ocurriéronle otros muchos pensamientos, mudando de dictamen a cada punto, y por fin volvió a ponerse en manos de sus esclavos para que por mar le llevasen a Cayeta (1), donde tenía posesiones y un

(1) Hoy Gaeta.

asilo excelente en el estío, cuando los vientos etesios soplan dulcemente habiendo en aquel mismo sitio un templo de Apolo sobre el mar. Levantáronse de éste muchos cuervos, que graznando se dirigieron al barco de Cicerón cuando le impelían a tierra con los remos; y colocándose en la antena de una y otra parte, unos graznaban y otros picoteaban los cabos de las maromas: señal que a todos pareció funesta. Saltó, pues, en tierra Cicerón, y marchando a la quinta se acostó para descansar. Muchos de los cuervos se posaron en la ventana graznando desconcertadamente, y uno de ellos, bajándose al lecho donde Cicerón reposaba con la cabeza cubierta, le destapó la cara, retirando suavemente la ropa con el pico. Los esclavos que esto vieron tuvieron a menos el ser tranquilos espectadores de la muerte de su señor, y que una fiera le diera auxilio y cuidara de él cuando injustamente era maltratado, y ellos no hiciesen nada para salvarle, por lo que ya rogándole, y ya poniéndole por fuerza en la litera, volvieron a conducirle hacia el mar.

XLVIII.—Llegaron en esto los matadores, que eran el centurión Herenio y el tribuno Popilio, a quien había defendido Cicerón en causa de parricidio trayendo consigo algunos satélites. Como hubiesen encontrado cerradas las puertas, las quebrantaron, y no encontrando a Cicerón, ni dándoles noticia ninguna de él los que allí habían quedado, se refiere que un mozuco, educado por Cicerón en las letras y ciencias liberales, y que era liberto de su

hermano Quinto, llamado Filologo, dijo al tribuno que la litera marchaba por las calles sombreadas con árboles hacia el mar, con lo que el tribuno dió a correr a tomar la salida; pero sintiendo a este tiempo Cicerón que Herenio se acercaba corriendo por el camino que llevaba, mandó a los esclavos que parasen allí la litera. Entonces, llevándose, como lo tenía de costumbre, la mano izquierda a la barba, miró de hito en hito a los matadores, teniendo el cabello crecido y desgredado, y muy demudado el semblante con la demasiada agitación y angustia, de manera que los más se cubrieron el rostro al ir Herenio a darle el golpe fatal, y se le dió habiendo alargado el mismo Cicerón el cuello desde la litera. Tenía entonces la edad de sesenta y cuatro años. Cortóle por orden de Antonio la cabeza y las manos con que había escrito las *Filípicas*: porque Cicerón intituló *Filípicas* las oraciones que escribió contra Antonio, y hasta el día de hoy aquellas oraciones conservan este nombre.

XLIX.— Cuando estos miembros fueron traídos a Roma, se hallaba Antonio celebrando los comicios consulares, y al oír la relación y verlos, exclamó: «¡Ahora, que no haya más proscripciones!» Y la cabeza y las manos las hizo poner sobre lo que formaba barandilla en la tribuna, ¡espectáculo terrible para los Romanos!, en el que no tanto era el rostro de Cicerón lo que veían como la imagen del ánimo de Antonio; el cual tuvo, sin embargo, en estos sucesos un sentimiento laudable, que fué el de haber hecho entrega del liberto Filologo a Pomponia,

mujer de Quinto. Esta, luego que le tuvo en su poder, además de otros castigos con que lo atormentó, le fué cortando poco a poco las carnes, las asó y se las hizo comer: porque así es como lo refieren algunos historiadores, aunque el liberto del mismo Cicerón, Tirón, ni memoria siquiera hace de la traición de Filologo. Se me ha asegurado que algún tiempo después, entrando César en la habitación de uno de sus nietos, lo encontró con un libro de Cicerón en la mano, y que asustado trató de ocultarle debajo de la ropa; que advertido esto por César, lo tomó, y habiendo leído en pie una gran parte de él, se lo devolvió a aquel joven diciéndole: «Varón docto, hijo mío, varón docto y muy amante de su patria.» Poco más adelante venció César a Antonio, y siendo cónsul nombró por su colega al hijo de Cicerón, en cuyo consulado hizo el Senado quitar las estatuas de Antonio, anuló todos los honores que se le habían concedido y decretó que en adelante ninguno de la familia de los Antonios pudiera tener el nombre de Marco. Por este medio parece que una superior providencia reservó para la casa de Cicerón el fin del castigo de Antonio.

COMPARACIÓN DE DEMÓSTENES Y CICERÓN

I.— Acerca de Demóstenes y Cicerón, lo que dejamos escrito es cuanto ha llegado a nuestro conocimiento que sea digno de memoria, y aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparación de la facultad de decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes, cuanto talento tuvo, recibido de la naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria, llegando a exceder en energía y vehemencia a todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro; en gravedad y decoro, a los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte, a todos los sofistas. Mas Cicerón, hombre muy instruído, y que a fuerza de estudio sobresalió en toda clase de estilos, no sólo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro se ve claro su deseo de ostentar erudición. Pueden también deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones, pues Demóstenes, aspirando a la vehemencia y a la gravedad, fuera de toda brillantez y lejos de chistes, no olía al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de beber mucha agua, de poner sumo trabajo y de austeridad y acrimonia en su conducta; y Cicerón, inclinado a ser gracioso y decidor hasta hacerse jular, usando mu-

chas veces de ironía en los negocios que pedían diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender a otra cosa que a sacar partido de ellos, solía desentenderse del decoro: como en la defensa de Celio, en la que dijo: «no ser extraño que entre tanta opulencia y lujo se entregara a los placeres, porque no participar de lo que se tiene a la mano es una locura, especialmente cuando filósofos muy afamados ponen la felicidad en el placer». Dícese que acusando Catón a Murena, le defendió Cicerón siendo cónsul, que por mortificar a Catón satirizó largamente la secta estoica, a causa de sus proposiciones sentenciosas, llamadas paradojas, causando esto gran risa en el auditorio y aun en los jueces, y que Catón, sonriéndose, dijo sin alterarse a los circunstantes: «¡Qué ridículo cónsul tenemos, ciudadanos!» Parece que Cicerón era naturalmente formado para las burlas y los chistes, y que su semblante mismo era festivo y risueño; mientras en el de Demóstenes estaba pintada siempre la severidad y la meditación, a las que, entregado una vez, no le fué ya dado mudar: por lo que sus enemigos, como dice él mismo, le llamaban molesto e intratable.

II.—También se ve en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tiento y sin fastidio, y sólo cuando podía convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido amor propio de Cicerón de hablar siempre de sí mismo descubre una insaciable ansia de gloria, como cuando dijo:

Cedan las armas a la docta toga,
y el laurel triunfal a la elocuencia

Finalmente, no sólo celebra sus propios hechos, sino aun las oraciones que ha pronunciado o escrito, como si su objeto fuese competir juvenilmente

con los oradores Isócrates y Anaxímenes, y no atraer y dirigir al pueblo romano:

Grave y altivo, poderoso en armas,
y a sus contrarios iracundo y fiero (1).

Es verdad que en los que han de gobernar se necesita la elocuencia; pero deleitarse en ella y saborear la gloria que procura no es de ánimos elevados y grandes. En esta parte se condujo con más decoro y dignidad Demóstenes, quien decía que su habilidad no era mas que una práctica, pendiente aun de la benevolencia de los oyentes, y que tenía por iliberales y humildes, como lo son en efecto, a los que en ella se vanaglorian.

III.—La habilidad para hablar en público e influir por este medio en el gobierno fué igual en ambos, hasta el extremo de acudir a valerse de ellos los que eran árbitros en las armas y en los ejércitos: como de Demóstenes, Cares, Diopites y Leostenes, y de Cicerón, Pompeyo y César Octavio, como éste lo reconoció en sus comentarios a Agripa y Mecenas. Por lo que hace a lo que más descubre y saca a la luz la índole y las costumbres de cada uno, que es la autoridad y el mando, porque pone en movimiento todas las pasiones y da ocasión a que se manifiesten todos los vicios, a Demóstenes no le cupo nada de esto, ni tuvo en qué dar muestra de sí, no habiendo obtenido cargo ninguno de algún viso, pues ni siquiera fué uno de los caudillos del ejército que él mismo hizo levantar contra Filipo. Mas Cicerón fué de cuestor a la Sicilia y de procónsul a la Capadocia; y en un tiempo en que la codicia andaba desmandada y estaba admitido que los que iban de generales y caudillos, ya que el hurtar fuera mal visto, se ejercitasen en saquear, no vituperando por tanto el que tomasen, sino mere-

(1) Esquilo.

ciendo gracias el que lo ejecutaba con moderación, dió ilustres pruebas de su desinterés y desprendimiento, y también de su mansedumbre y probidad. En Roma mismo, siendo cónsul en el nombre, pero ejerciendo en la realidad autoridad de emperador y dictador con motivo de la conjuración de Catilina, hizo verdadera la profecía de Platón de que tendrían las ciudades tregua en sus males cuando por una feliz casualidad un grande poder y una consumada prudencia concurriesen en uno con la justicia. La fama culpa a Demóstenes de haber hecho venal la elocuencia, escribiendo secretamente oraciones para Formion y Apolodoro en negocio en que eran contrarios, y le desacredita por haber percibido dinero del rey y por haber sido condenado a causa de lo ocurrido con Harpalo. Cuando quisiéramos decir que todo esto fué inventado por los que escribieron contra él, que no fueron pocos, todavía no tendríamos medio ninguno para hacer creer que no había visto con ojos codiciosos los presentes que por obsequio y honor le hacían los reyes, ni esto era tampoco de esperar de quien daba a logro sobre el comercio marítimo; pero en cuanto a Cicerón, ya tenemos dicho que, habiéndole hecho ofertas y ruegos para que recibiese presentes los sicilianos cuando fué edil, el rey de Capadocia cuando estuvo de procónsul y sus amigos al salir a su destierro, los resistió y repugnó en todas estas ocasiones.

IV. — De los destierros, el del uno fué ignominioso, teniendo que ausentarse por usurpación de caudales, y el del otro fué muy honroso, habiéndosele atraído por haber cortado los velos a hombres malvados, peste de su patria; así, del uno nadie hizo memoria después de su partida, y por el otro mudó el Senado de vestido, hizo duelo público y resolvió que no se diese cuenta de negocio ninguno hasta haberse decretado la vuelta de Cicerón. Mas, por otra parte, éste en el destierro nada hizo,

pasándolo tranquilamente en Macedonia; pero para Demóstenes el destierro vino a hacerse una de las más ilustres épocas de su carrera política; porque trabajando en unión con los griegos, como hemos dicho, y haciendo despedir a los legados de los macedonios, recorrió las ciudades mostrándose en un infortunio igual mejor ciudadano que Temístocles y Alcibiádes. Restituído que fué, volvió a su antiguo empeño, y perseveró haciendo la guerra a Antipatro y los macedonios. Mas a Cicerón le echó en cara Lelio en el Senado que, pretendiendo César se le permitiese contra ley pedir el consulado, cuando todavía no tenía barba, se estuvo sentado sin hablar palabra; y Bruto le escribió increpándole de que había fomentado y criado una tiranía mayor y más pesada que la que ellos habían destruido.

V.—Ultimamente, en cuanto a la muerte, bien era de compadecer un hombre anciano, llevado a causa de su cobardía de acá para allá por sus esclavos, a efecto de esconderse y huir de una muerte que por la naturaleza no podía menos de amenazarle de cerca, y muerto al cabo lastimosamente a manos de asesinos; pero en el otro, aunque se hubiese abatido un poco al ruego, siempre es laudable la prevención y conservación del veneno, y más laudable el uso; porque no prestándole asilo el dios (1), como quien se acoge a mejor ara, se sustrajo a sí mismo de las armas y las manos de los satélites, burlándose de la crueldad de Antipatro.

(1) Neptuno.

DEMETRIO

1. — Los primeros a quienes ocurrió la idea de comparar las artes a los sentidos me parece que a lo que principalmente atendieron fué a la facultad de formar juicio, con la que nos es dado discernir igualmente los contrarios en uno y otro género: porque en esto es en lo que convienen; mas diferéncianse en el referir a un fin lo juzgado y discernido. Porque el sentido no es más bien facultad de percibir lo blanco que lo negro, lo dulce que lo amargó, lo blando y que cede que lo duro y que resiste, sino que su misión es, tropezando con cada cosa, ser de todas movido y moverlas a todas, para trasladarlas a la inteligencia según la impresión que le han hecho; pero las artes, dirigidas por la razón a la elección y consecución de su objeto propio, y a la repulsión y fuga de su contrario, lo primero lo examinan por su misma institución y de propósito, y lo segundo por accidente; porque si la medicina atiende a la enfermedad y la música a la disonancia, es para conseguir mejor la ejecución de los contrarios. Las más perfectas de todas las artes, a saber, la templanza, la justicia y la prudencia, no solamente juzgan de lo honesto, de lo justo y de lo

útil, sino también de lo perjudicial, de lo torpe y de lo injusto; y no celebran la simplicidad que se complace en no tener experiencia de los vicios, sino que la tienen por necesidad y por ignorancia de aquellas cosas que importa sobre todo conocer a los que se proponen vivir bien. Los antiguos Espartanos hacían a los ilotas en sus festividades beber vino destempladamente, y después los introducían en sus banquetes para que los jóvenes vieran por sus ojos la deformidad de la embriaguez; mas nosotros no tenemos por muy humano ni por muy político el procurar la corrección de unos por medio del desorden y la destemplanza de otros. Creemos, sí, que de los que más se abandonaron, y en un gran poder y grandes negocios manifestaron una insigne maldad, puede quizá convenir que introduzcamos una o dos parejas para que también sus vidas sirvan de ejemplo; no a fe por el placer y diversión de variar nuestro cuadro, sino a la manera de lo que ejecutaba Ismenias de Tebas, que haciéndoles a sus discípulos oír a los que tañían bien la flauta y a los que la tañían mal, les decía después: «Así se ha de tocar.» Y a la inversa: «Así no se ha de tocar.» Antigenidas creía que los jóvenes oirían con más gusto a los buenos flautistas después de haber oído a alguno malo; pues del mismo modo me parece a mí que nos dedicaremos con más ardor a observar e imitar las vidas ordenadas y buenas si no carecemos del conocimiento de las viciosas y vituperadas. Contendrá, pues, este libro las vidas de Demetrio Poliorcetes y de Antonio el Triunviro, muy

propios ambos para confirmar la máxima de Platón de que los caracteres extraordinarios así llevan los grandes vicios como las grandes virtudes. Siendo ambos igualmente dados al amor, bebedores, belicosos, dadivosos, magníficos e insolentes, fueron también semejantes en los sucesos de fortuna; pues no sólo en vida consiguieron grandes victorias y tuvieron grandes descalabros, hicieron dilatadas conquistas, y las perdieron, y habiendo caído de un modo inesperado, por otro inesperado se levantaron, sino que perecieron también, el uno cautivo por sus enemigos y el otro estando muy próximo a que le sucediera lo mismo.

II.—Habiendo tenido Antígono dos hijos de Estratonica, hija de Corrago, al uno, por el hermano, le puso el nombre de Demetrio, y al otro, por el padre, el de Filipo. Esta es la opinión más común; pero otros dicen que Demetrio no era hijo, sino sobrino de Antígono, pues habiendo muerto su padre siendo todavía muy niño y casándose inmediatamente con Antígono su madre, fué tenido por hijo de éste, y que Filipo, que era más joven que Demetrio, murió de allí a pocos años. Era Demetrio en estatura más bajo que su padre, sin embargo de ser alto; pero de una figura y belleza tan extraordinarias y admirables, que ni escultor ni pintor alguno pudo sacarle semejante; reunía a un tiempo lo festivo y lo grave, lo fiero y lo bello, y con lo juvenil y osado se veía mezclada una inimitable apacibilidad y majestad heroica y regia. Pues por el mismo término sus costumbres reunían también lo terrible

y lo gracioso; porque siendo muy amable y el más jovial y voluptuoso de los reyes mientras estaba dado al regalo, a la bebida y a las francachelas, tenía, por lo contrario, cuando los negocios lo requerían la mayor actividad, suma vehemencia e infatigable constancia. Así, entre los dioses, al que más se preciaba de imitar era a Baco, diestro en la guerra y en alimentar con ella la paz, y al mismo tiempo dispuesto para la alegría y el regocijo.

III. — Era sumamente amante de su padre, y con la atención y cuidado que prestaba a la madre daba seguras pruebas de que honraba al padre más bien por verdadero amor que por lisonjear a su poder. Estaba un día Antígono ocupado en dar audiencia a unos embajadores, y llegando a este tiempo Demetrio de la caza, se acercó al padre y le besó armado como estaba, sentándose a su lado. Antígono entonces, saludando en voz alta a los embajadores, a quienes ya había respondido, «También podréis—les dijo—anunciar lo que en nosotros habéis visto en orden a la unión en que vivimos», queriendo significar que la concordia y confianza entre él y el hijo daba gran fuerza a su reinado y era una demostración de su poder. Porque estando generalmente el imperio reñido con la comunicación, y lleno de desconfianza y discordia, tenía a gran dicha el mayor y más anciano de los sucesores de Alejandro estar tan distante de temer a su hijo, que éste, armado de lanza, se llegaba muy cerca de su persona. Mas también puede asegurarse que sola esta casa se conservó por muchas generaciones exenta

de estos males, o por mejor decir, que sólo uno de los descendientes de Antígono, que fué Filipo, dió muerte a su hijo; pero casi todas las demás familias cuentan muchas muertes de hijos, de madre y de mujeres, pues el matar a los hermanos, a la manera de los axiomas de geometría, pasaba también por axioma recibido en las familias reales para la seguridad.

IV.—De que Demetrio era también al principio por carácter humano y nacido para la amistad, se puede dar esta prueba. Mitrídates, el hijo de Ariobarzanes, era por la edad su amigo y compañero, y prestaba a Antígono los respetos debidos, porque ni era malo ni lo parecía; mas por un ensueño se le hizo a Antígono sospechoso. Parecióle a éste que recorriendo un grande y hermoso campo, lo sembraba de polvos de oro, que al principio había nacido una mies de oro y que volviendo de allí a poco ya no vió más que la caña cortada. Afligido y apesadumbrado con el suceso, parecióle asimismo oír una voz que le decía que Mitrídates marchaba al Ponto Euxino, después de haber segado la mies de oro. Dióle mucho en qué pensar esta visión, y recibiendo juramento al hijo de que callaría, se la manifestó, y también la decidida resolución en que estaba de deshacerse de Mitrídates dándole muerte. Al oírlo recibió gran pesar Demetrio, y yéndole a buscar aquel joven para usar de recreación, como lo tenía de costumbre, no se atrevió a hablarle palabra ni dar indicio ninguno con la voz a causa del juramento, pero apartándole un poco de los

otros amigos, luego que estuvieron solos, escribió en la tierra, viéndolo él, con la punta de la lanza: «Huye, Mitridates.» Entendiólo éste, y habiendo partido en aquella misma noche para la Capadocia, el hado dió en breve cumplida a Antígono la visión que había tenido acerca de él, porque se apoderó de una hermosa y dilatada región, y dió origen a una nueva línea de reyes del Ponto, extinguida a la octava generación por los romanos. Estas son las pruebas que hay de la excelente disposición de Demetrio a la humanidad y a la justicia.

V.—Como en los elementos de Empedocles, por la pugna y amistad, hay contienda y guerra de unos con otros, y más entre los que están más cerca y que más se tocan, de la misma manera la continua guerra que había entre los sucesores de Alejandro, la proximidad de intereses y la vecindad de los lugares la hacía más manifiesta, y la avivaba más en cuanto a algunos de ellos, como le sucedió en esta ocasión a Antígono con Tolomeo. Hallábase Antígono en la Frigia, y habiendo oído que Tolomeo, pasando desde Chipre, talaba la Siria e iba trayendo o sujetando las ciudades, envió contra él a su hijo Demetrio, de edad de veintidós años, que entonces por la primera vez se puso a mandar un ejército para una grande y peligrosa empresa. Sucedió lo que era natural, habiéndolas un joven inexperto con un atleta de los ejercitados en la palestra de Alejandro, vencedor en muchos y muy grandes combates: porque fué vencido junto a la ciudad de Gaza, teniendo ocho mil cautivos y cinco mil muer-

tos. Perdió además la tienda, los caudales y, en fin, hasta la servidumbre toda que cuidaba de su persona. Mas esto se lo devolvió Tolomeo juntamente con sus amigos, enviándole este humano mensaje: que la guerra entre ellos no había de ser por cuanto tenían, sino por la gloria y el mando. Recibiólo Demetrio, mas pidió a los dioses no permitieran que fuese por largo tiempo deudor a Tolomeo de este beneficio, sino que le dieran poderlo pagar cuanto antes; y conduciéndose más bien como un general firme y constante, acostumbrado a esperar la mudanza de la suerte, que como un joven humillado al primer encuentro, se dedicó a reclutar gente y prevenir armas, manteniendo en la fe a las ciudades y ejercitando las tropas.

VI.—Antígono, cuando tuvo noticia de esta batalla, dijo que Tolomeo había vencido a unos mozos imberbes, pero que pronto combatiría con hombres, y no queriendo contener o quizá extinguir el ardor del hijo, no se le opuso cuando le pidió permiso para continuar la guerra solo, sino que se lo concedió. Al cabo de poco tiempo se presentó con un grande ejército Ciles, general de Tolomeo, con ánimo de arrojar de toda la Siria a Demetrio, a quien por la anterior derrota miraba con desdén; pero éste, cayendo de repente sobre él cuando menos lo esperaba, y llenándolo de pavor, le tomó el campamento con el general, le hizo siete mil cautivos y se apoderó de inmenso botín. Alegróse con la victoria, no por lo que iba a adquirir, sino por lo que iba a retornar, y no se deleitó tanto en la ri-

queza y gloria que de ser vencedor le resultaba, como con ver que iba a pagar el beneficio recibido y a corresponder a la humanidad con que había sido tratado. Sin embargo, no lo ejecutó por sí, sino que escribió al padre; y permitiéndoselo éste, y aun exhortándole a que dispusiera de todo como le pareciese, haciendo grandes presentes a Ciles y entregándole sus amigos, los remitió a todos colmados de riquezas. Este descalabro arrojó a Tolomeo de la Siria, e hizo venir a Antígono de Celenas, alegre con la victoria y deseoso de ver al hijo.

VII.—Enviado después de esto Demetrio a sujetar los Arabes llamados Nabateos, estuvo en peligro por haber ido a parar a terrenos faltos de agua; pero habiendo asombrado a los bárbaros con no haberse turbado ni asustado él mismo, recogiendo de ellos gran botín y setecientos camellos, dió término a aquella expedición. Había sido Seleuco arrojado primero de Babilonia por Antígono; pero después la había recobrado, y posesionado de ella subía con un ejército a conquistar los pueblos confinantes con la India y las provincias del Cáucaso, por lo que, esperando Demetrio encontrar desierta la Mesopotamia, y pasando súbitamente el Eufrates, se apresuró a caer sobre Babilonia, lanzó de una de las ciudades, porque eran dos, la guarnición de Seleuco, y apoderado de ella puso allí siete mil hombres de los suyos, y mandando a los demás soldados que tomaran del país y recogieran todo cuanto pudiesen traer consigo, regresó al mar, dejándole a Seleuco más afianzado su poder, porque con

tratar tan mal la tierra daba a entender que se desistía de ella por no pertenecerle. Sitiaba Tolomeo a Halicarnaso, y yendo en auxilio de esta ciudad se la quitó de entre las manos.

VIII.—Habiendo adquirido fama con estos hechos, concibieron el maravilloso proyecto de liberar la Grecia toda, esclavizada por Casandro y Tolomeo, haciendo una guerra la más honesta y justa que jamás hiciera rey alguno: porque cuantas riquezas habían recogido quebrantando a los bárbaros venían a consumirlas en bien de los griegos por sólo el deseo de gloria. Resolvieron dar principio por dirigirse con su escuadra a Atenas, y diciendo uno de sus amigos a Antígono que si tomaban esta ciudad debían guardarla porque era la escala de la Grecia, desechó Antígono la proposición, respondiéndole que la mejor escala y más segura era el amor de los pueblos, y que siendo Atenas la atalaya de toda la tierra, al punto haría ilustres sus hechos ante todos los hombres. Movié, pues, Demetrio para Atenas, llevando en dinero cinco mil talentos y una armada de doscientas cincuenta naves, a tiempo que por Casandro ocupaba el cuerpo de la ciudad Demetrio de Falera, teniendo guarnición en Muniquia; valiéndole a un tiempo su dicha y su previsión, se apareció en el Pireo el día 25 del mes Targelión, sin haber sido sentido de nadie. Cuando se vió cerca la escuadra, entendieron todos que eran naves de Tolomeo, y se disponían a recibirlas; pero volviendo tarde de su engaño, aunque acudieron los generales, fué grande el desorden en que todo

se puso, como era preciso, cuando había que rechazar a los enemigos que ya saltaban en tierra. Porque hallando Demetrio abierta la boca del puerto, se introdujo en él: así, dándose ya a conocer a todos, pidió por señas tranquilidad y silencio. Hecho esto, mandó a un heraldo les significase que el padre le había enviado (en buena hora fuese dicho) a libertar a los Atenienses, a echar fuera la guarnición y a restituirles sus leyes y su gobierno patrio.

IX.—Hecho este anuncio, los más arrojaron a los pies los escudos, y empezando a aplaudir y clamar, decían que Demetrio bajase a tierra, apellidándole su salvador y bienhechor. Falereo y los suyos eran todos de sentir que debía recibirse al vencedor, aun cuando nada cumpliera de lo que prometía, y al punto le enviaron mensajeros que intercediesen por su suerte. Recibiólos Demetrio con la mayor humanidad, y envió con ellos de su parte a Aristodemo de Mileto, uno de los amigos de su padre. El temor de Falereo más era de los Atenienses por la mudanza de gobierno que de los enemigos, y a esto ocurrió también Demetrio por consideración a la gloria y valor de Falereo, haciéndole acompañar con seguridad hasta Tebas, como lo deseaba; y por lo que hace a él mismo, dijo que no vería la ciudad, a pesar del ansia que por ello tenía, hasta que del todo quedara libre, despedida la guarnición. Corrió, pues, por entonces un muro y un foso por delante de Muniquia, e hizo vela para Megara, guarnecida por Casandro. Tuvo allí noticia de que Cratesipolis, mujer de Alejandro, el hijo

de Polisperconte, que residía en Patras, mujer celebrada por su belleza, tendría placer en verse en sus brazos, y dejando el ejército en las tierras de Megara, marchó allá llevando consigo unos cuantos de los más esforzados, de los cuales aun se apartó después, poniendo separado su pabellón para que no notaran que aquella mujer iba en su busca. Llegáronlo a entender algunos de los enemigos, que sin detenerse corrieron adonde estaba, y teniéndoles miedo, disfrazado con una ropa vil pudo escaparse a carrera, habiendo estado en muy poco el que no cayese en una vergonzosa cautividad. Los enemigos aun cogieron la tienda y cuanto en ella había, y se retiraron. Tomó a Megara, y como los soldados se inclinaban al saqueo, intercedieron los Atenienses por aquellos ciudadanos, con lo que Demetrio, expulsando la guarnición, dió también a aquel pueblo la libertad. Cuando en esto estaba entendiendo, se acordó del filósofo Estilpón, de quien se decía haber preferido a la acción una vida sosegada y tranquila. Enviándole, pues, a llamar, le preguntó si alguno le había quitado algo, a lo que Estilpón respondió: «Ninguno, porque no he visto a ninguno que se llevara la ciencia.» Habían robado a los Megarenses puede decirse que todos los esclavos, y haciéndole en otra ocasión caricias Demetrio, le dijo al despedirse: «Os dejo, ¡oh Estilpón!, libre la ciudad»; a lo que él contestó: «Dices muy bien, porque no nos has dejado ningún esclavo.»

X.—Habiendo vuelto contra Muniquia, puso ante ella su campamento, destrozó la guarnición y

demolió el fuerte; con esto, llamándole y haciéndole un gran recibimiento los Atenienses, entró ya en la ciudad, y congregando el pueblo, dijo que les restituía su antiguo gobierno, ofreciéndoles en nombre de su padre que se les enviarían ciento cincuenta mil fanegas de trigo y toda la madera de construcción necesaria para cien galeras. Recobraron los Atenienses la democracia al cabo de quince años, habiendo sido entre tanto su gobierno, desde los sucesos de Lamia y la batalla de Cranon (1), oligárquico en el nombre, pero en realidad monárquico por el poder de Falereo; y habiendo sido Demetrio un bienhechor grande y magnífico, ellos lo hicieron molesto y odioso con los desmedidos honores que el decretaron. Porque, en primer lugar, dieron el nombre de reyes a Demetrio y Antígono, nombre que hasta entonces habían repugnado, siendo de las insignias reales lo único que reservaban para los sucesores de Alejandro y Filipo, sin permitirlo ni comunicarlo a ningún otro. Ellos solos los llamaron *Dioses salvadores*, y haciendo que cesara el Arconte patrio, que daba nombre al año, crearon anualmente un sacerdote de los salvadores, y el nombre de éste era el que había de servir para fijar la data de todos los decretos y escrituras. Decretaron que en el gran peplo o velo se tejieran sus retratos con los de los dioses, y consagrando el lugar donde primero echó pie a tierra, erigieron un altar que ha-

(1) De estos sucesos se habla con bastante extensión en la *Vida de Foción*, tomo VIII de VIDAS PARALELAS, números 474-476 de la Colección Universal.

bía de llamarse de *Demetrio Catebata* (1). Añadieron a las tribus otras dos, la *Demetriade* y la *Antigonide*, y el consejo, que antes era de quinientos, lo hicieron de seiscientos, por cuanto cada tribu daba cincuenta.

XI. — El que más salió de tino en estas invenciones fué Estratocles: porque a él deben principalmente atribuirse tan exquisitos y excesivos modos de adular. Propuso que los que fuesen enviados por la república en virtud de decreto a Antígono y Demetrio, en lugar de llamarse embajadores, se llamaran Teoros, como los que por las ciudades conducen las víctimas a Delfos y Olimpia en las fiestas de la Grecia. Era en todo insolente este Estratocles, teniendo una vida disipada, e imitando en su desvergüenza e impudencia la falta de respeto al pueblo del antiguo Cleon. Había tomado una amiga llamada Filacio, y habiéndole ésta comprado un día en la plaza sesos y cuellos, «¡Calla—le dijo—, me has comprado para comer aquellas cosas con que nosotros los que gobernamos al pueblo jugamos a la pelota!» Cuando los Atenienses sufrieron aquella derrota en el combate naval de Amorgo, adelantándose a los que traían la noticia, pasó coronado por el Cerámico, y anunciando que habían vencido, propuso que se hiciera el sacrificio acostumbrado por la buena nueva, y distribución de carnes por tribus. A poco llegaron los que volvían con el resto de las naves que quedó de la ba-

(1) *Catebata* es el que baja, el que echa pie a tierra.

talla, e increpándole el pueblo con enfado, calmó con la mayor insolencia el tumulto, diciendo: «¿Y qué ha habido de malo en que hayáis tenido dos días alegres?» ¡Tal era la desvergüenza de Estratocles!

XII.—Pues aun hubo otros decretos más calientes que el fuego, para valirme de la expresión de Aristófanes. Porque escribió otro adulator, excediendo en impudencia a Estratocles: que se recibiese a Demetrio cuantas veces fuese a Atenas con las mismas ceremonias que a Ceres y Baco, y al que se aventajara en brillantez y esplendor en este recibimiento se le diera dinero del Erario público para una ofrenda. Finalmente, que el mes Muniquion se llamara Demetrimon; el último día del mismo mes, Demetridi, y que a las fiestas llamadas Bacanales se les mudara el nombre en el de Demetrias. Contra las más de estas cosas hubo portentos de parte de los dioses; porque el peplo en que, conforme al decreto, con Júpiter y Minerva habían sido tejidos Demetrio y Antígono, siendo llevado en procesión por el Cerámico, se rasgó por medio con una lluvia borrascosa que cayó. Junto a sus aras nació en derredor mucha cicuta, siendo así que por lo común no la produce aquel sitio. En el día en que se celebraban los Bacanales tuvieron que suspender la pompa por haber sobrevenido grandes hielos fuera de tiempo; y habiendo caído una grande escarcha, no sólo quemó el frío todas las vides y las higueras, sino que hizo mucho daño en los trigos, que estaban aún en hierba; con ocasión de lo cual Filípides,

que era enemigo de Estratocles, dijo en una comedia que él era

Por quien las viñas abrasó la escarcha
y por cuya impiedad se rasgó el pepló,
dados a hombres los divinos cultos:
esto, y no la comedia, arruina al pueblo.

Era Filípides amigo de Lisímaco, y por él recibió el pueblo algunos beneficios de este monarca, para quien parece que era de buen agüero el que se le presentase Filípides o él lo viese cuando había de emprender alguna cosa de importancia en paz o en guerra. Por otra parte, era hombre bien visto, nada entremetido, y que nada tenía de la oficiosidad palaciega. Hacíale un día agasajos Lisímaco, y preguntándole: «¿Cuál de mis cosas te entregaré, ¡oh Filipo!», «Lo que quieras, ¡oh rey!—le respondió—, como no sea un secreto». De intento, pues, hemos contrapuesto éste á aquél; al demagogo, y que lo lucía en la tribuna, este otro cómico y de la escena.

XIII.—Pues aun se le decretó otro honor más desmedido y disonante, escrito por Dromoclidés Esfecio, sobre que para la consagración de los escudos en Delfos se tomará oráculo de Demetrio; pero será mejor copiar el tenor del decreto, que es como sigue: «A la buena hora: Le ha parecido al pueblo nombrar un ciudadano de Atenas que, constituyéndose cerca del Salvador, y haciendo las debidas libaciones, pregunte a Demetrio Salvador cómo con más piedad, con más decoro y con mayor prontitud ha de hacer el pueblo la dedicación de las ofron-

das, y que lo que respondiére aquello haga el pueblo.» Con tales desatinos embaucaron a un hombre que ya de suyo no era de los más cuerdos.

XIV.—Mientras reposaba entonces en Atenas, tomó por mujer a la viuda Eurídice, que era descendiente del antiguo Milciades, y que habiendo estado casada con Ofeltas, príncipe de Cirene, después de su muerte se había restituído a Atenas; los Atenienses miraron este casamiento como una merced y un honor dispensados a su ciudad. Era naturalmente Demetrio muy fácil en concertar matrimonios, estando enlazado a un tiempo con muchas mujeres, entre las que tenía el primer lugar y dignidad File, ya por su padre Antipatro, y ya también por haber estado antes casada con Cratero, que de los sucesores de Alejandro era el que mayor deseo de sí había dejado a los Macedonios. Parece que siendo todavía Demetrio muy joven, le persuadió el padre que tomara a ésta en matrimonio, aunque le excedía en edad; y como no se mostrase muy dispuesto a ejecutarlo, se dice haberle recitado al oído esta máxima de Eurípides:

Allí do está el provecho es de casarse,
aunque haya de ceder naturaleza.

Sustituyendo de repente una voz de la misma terminación a aquella con que concluía el verso. A pesar de lo dicho, el honor y estimación en que Demetrio tenía a File y a sus demás mujeres era de tal calidad, que con el mayor descaro trataba con rameras y con mujeres libres, siendo entre los re-

yes el que peor opinión tenía en punto a esta clase de placeres.

XV.—Llamóle el padre para hacer la guerra a Tolomeo por la isla de Chipre, y era preciso obedecer; pero incomodado de haber de dejar la guerra por la libertad de la Grecia, que era más ilustre y gloriosa, envió antes mensajeros a Cleonides, general de Tolomeo, que tenía guarnición en Sicione y Corinto, ofreciéndole grandes sumas por que dejase libres estas ciudades. No admitió éste la proposición, por lo que tuvo que darse a la vela sin dilación. Con su ejército dirigióse a Chipre, donde trabando batalla con Menelao, hermano de Tolomeo, al punto le venció; pero sobreviniendo el mismo Tolomeo con grandes fuerzas de tierra y de mar, se amenazaron y hablaron mutuamente con arrogancia, intimando Tolomeo a Demetrio que se retirara antes que, reunidas todas sus fuerzas, fuera hollado por ellas, y diciendo Demetrio que le dejaría ir en paz si convenía en retirar la guarnición de Sicione y Corinto. No sólo para ellos era de grande expectación esta contienda, sino que la duda e incertidumbre tenía pendientes a todos los príncipes, porque la victoria iba a dar al que quedara superior, no Chipre y la Siria, sino el ser inmediatamente el de mayor poder entre todos.

XVI.—Tolomeo traía consigo ciento cincuenta naves, y había dado orden a Menelao de que, pasando de Salamina con otras sesenta, acometiera en lo más recio del combate para cortar las de Demetrio por la espalda y desordenar su línea. Demec-

trio a estas sesenta sólo opuso diez, porque eran las que bastaban para impedirles la salida del puerto, siendo la boca muy estrecha, y él, habiendo ordenado el ejército, distribuyéndole por los promontorios que dominaban el mar, movió con ciento ochenta naves. Fué la acometida con tal violencia e ímpetu, que de poder a poder destrozó a Tolomeo, haciéndole huir con solas ocho naves, que fueron las que de toda la armada se salvaron, pues de las demás parte perecieron en el combate y setenta fueron tomadas con sus tripulaciones. De la muchedumbre de esclavos, amigos y mujeres que navegaban en transportes, y de armas, caudales y máquinas, nada absolutamente dejó de caer en manos de Demetrio, sino que se apoderó de todo y lo condujo al campamento. Era entre las mujeres muy celebrada Lamia, tenida al principio en precio por su arte, pues parece que tañía la flauta con primor, y famosa después por sus ramerías. Estaba ya entonces en la declinación de su belleza; y habiendo enredado a Demetrio, mucho más joven que ella, de tal manera le atrajo y dominó con sus gracias, que de ella sola era amante, de las demás amado. Después del combate naval, ni Menelao hizo resistencia, sino que entregó a Demetrio la isla de Salamina, las naves y el ejército, compuesto de mil doscientos caballos y doce mil infantes.

XVII.—Habiendo sido tan gloriosa y brillante esta victoria, para darle Demetrio mayor realce con su benignidad y mansedumbre, dió honrosa sepultura a los cadáveres de los enemigos, libertad a los

cautivos e hizo a los Atenenses el presente de mil dcientas armaduras de las tomadas en el botín. Envió al padre de mensajero de esta victoria a Aristodemo de Mileto, adulator el más consumado de todos los cortesanos, y que entonces se propuso llevar la adulación hasta el último punto. Porque llegado al término de la navegación desde Chipre, no dejó que el barco se aproximara a tierra, sino que mandó echar anclas y que toda la gente permaneciera embarcada. El solo saltó en la lancha y se encaminó al palacio de Antígono, que con la expectación de la batalla tenía el alma pendiente de un hilo, y estaba en la agitación en que no pueden menos de estar los que tan grandes intereses aventuran. Entonces, oyendo que él llegaba, todavía se turbó más que antes, y haciéndose violencia para no salir de palacio, envió a encontrarle algunos de sus ministros y amigos, que tomaran de Aristodemo noticia de lo sucedido. Mas él, sin responder nada a nadie, con pasos muy mesurados y con un semblante muy grave, seguía su camino, con lo que, asustado enteramente Antígono, y no siendo ya dueño de contenerse, se encaminó a las puertas a tiempo que Aristodemo llegaba ya acompañado de gran tropel de gentes, hallándose no lejos del palacio. Cuando estuvo a conveniente distancia, alargando la diestra clamó en voz alta: «¡Salve, rey Antígono! Hemos vencido en combate naval al rey Tolomeo. Chipre está en nuestro poder con diez y seis mil ochocientos soldados que hemos hecho cautivos.» A lo que respondió Antígono: «¡Salve, tú

también, que por Dios nos has atormentado cruelmente; mas tú la pagarás, porque has de tardar en recibir las albricias!»

XVIII.—En seguida la muchedumbre aclamó por reyes a Antígono y Demetrio; y a Antígono al punto le ciñeron sus amigos la diadema. A Demetrio se 'a envió el padre con una carta, en que le daba el dictado de rey. Los egipcios, luego que llegó allá esta voz, proclamaron también rey a Tolomeo, porque no pareciese que se tenían en menos a causa de la derrota. Así fué como lo ejecutado con Antígono y Demetrio excitó la emulación de todos los sucesores de Alejandro; Lisímaco empezó asimismo a usar de diadema, y Seleuco aun en sus audiencias a los griegos, pues ya antes las había dado con autoridad de rey a los bárbaros. Casandro, aunque todos de palabra y por escrito le llamaban rey, continuó escribiendo sus cartas como antes. No se crea que terminó esto en la añadidura de un dictado y la mudanza de traje, sino que influyó en los ánimos, y los llenó de orgullo y altanería para el trato y para toda su conducta, mudando, como los representantes de tragedia, juntamente con las ropas, el aire y continente del cuerpo, la voz y el modo de sentarse y saludar. Así es que desde este punto se hicieron más violentos en la administración de la justicia, dando de mano al disimulo hipócrita que los hacía un poco más benignos y afables para con los súbditos. ¡Tanto pudo una sola palabra de un adulator, y tal mudanza produjo puede decirse que en toda la tierra!

XIX.—Antígono, engreído con los sucesos de Demetrio en Chipre, al punto partió contra Tolomeo, conduciendo por sí mismo el ejército de tierra, y haciendo que Demetrio le siguiera con una poderosa armada; pero acerca del modo de terminarse aquella expedición tuvo Medio, amigo de Antígono, una visión entre sueños: porque le pareció que el mismo Antígono contendía con su ejército en la carrera de ida y vuelta, llamada *Diavulo*, excelentemente y con mucha prontitud al principio, pero que después poco a poco fué cediendo aquella fuerza, y al fin, cansado, hubo de aflojar, y faltó de respiración con dificultad hizo la vuelta. Fatigado, pues, por tierra con escaseces de toda especie, como Demetrio hubiese corrido una gran borrasca, habiendo estado expuesto a estrellarse en playas abiertas y difíciles y perdido muchas naves, tuvo que volverse sin haber hecho cosa alguna. Hallábase entonces en los ochenta años de edad o poco menos, y no estando en disposición de conducir por sí los ejércitos, más por la gran mole y pesadez de su cuerpo que por la vejez, se valía del hijo, que por su buena suerte y por su pericia administraba perfectamente los mayores negocios, no incomodándole su lujo, su profusión y sus festines; porque si bien en tiempo de paz se excedía en estos desahogos, entregándose en el ocio a los placeres sin cuenta ni reparo, en la guerra estaba tan vigilante y despierto como los más sobrios por carácter. Dícese que, dominándole ya del todo Lammia, de vuelta de un viaje saludó Demetrio a Anti-

gono besándole, y éste le dijo sonriéndose: «Parece, hijo, que besas a Lamia.» En otra ocasión había pasado muchos días en francachelas, y dando por excusa que una fluxión era la que le había impedido verle, «Lo sé—respondió Antígono—; ¿pero esa fluxión era del de Taso, o del de Quio?» Habiendo sabido otra vez que se hallaba enfermo, fué a verle, y en la puerta se encontró con un jovencito muy lindo. Entró, y sentándose junto a él, le tomó la mano, y diciéndole Demetrio: «Ahora mismo se ha ido la calentura», «Cierto—le contestó—, hijo mío, en la puerta la he encontrado yo cuando entraba». ¡Con tanta indulgencia llevaba estos extravíos del hijo por su conducta en lo demás! Porque los Escitas, mientras beben y se embriagan, tiran las cuerdas de los arcos, como para despertar el valor relajado por el placer; pero Demetrio, entregándose del todo, ora al placer y ora al cuidado, sin mezclar nunca estas cosas entre sí, no era por eso menos activo en los preparativos de la guerra.

XX.—Con todo, aun parecía mejor general para preparar y disponer un ejército que para usar de él, queriendo que todo estuviera de sobra para el caso oportuno; en las grandes obras de la construcción de naves y máquinas, su esmero llegaba hasta el extremo, teniendo un placer insaciable en su ejecución y en inventarlas y trazarlas, porque, estando adornado de ingenio y comprensión, no empleó su afición a las artes en niñerías o en diversiones inútiles, como otros reyes que tañían la flauta, pin-

taban o torneaban. Eropo de Macedonia se entretenía cuando estaba de vagar en hacer mesas y lamparillas. Atalo, llamado Filometor, cultivaba hierbas venenosas, no sólo el beleño y el eléboro, sino también la cicuta, el acónito y el doriemo, sembrándolos o plantándolos en los jardines reales, y poniendo cuidado en conocer sus jugos y su fruto, y cogelos cuando era tiempo. Los reyes de los Partos hacían vanidad de su destreza en sacar y aguzar las puntas de los dardos. Mas en Demetrio aun lo mecánico era regio, y el uso de las artes tenía grandeza, presentando sus obras, juntamente con lo esmerado y artístico, cierta elevación de ingenio y de ánimo, y pareciendo dignas de un rey, no solamente en la invención y opulencia, sino hasta en la mano; porque con su grandeza pasmaban a los amigos, y con su belleza hasta a los enemigos agradaban. Y esta relación más tiene de verdadera que de exagerada, pues sus galeras de diez y seis y de quince remos fueron vistas en el mar con admiración por los enemigos que las miraban desde tierra, y sus *helépolis* (1) eran un espectáculo para los mismos sitiados, como los hechos lo confirman. Porque Lisímaco, que era entre los reyes el mayor enemigo de Demetrio, y que fué a combatirle cuando sitiaba a Solos de Cilicia, le envió a rogar que le mostrara sus máquinas y sus naves en acto de bogar, y habiéndoselas mostrado quedó admirado de ellas y se retiró. Los Rodios, sitiados por él largo

(1) Es decir, máquinas aptas para expugnar una ciudad.

tiempo, cuando se hizo la paz le pidieron algunas de sus máquinas para tener una memoria de su habilidad y del propio valor de ellos.

XXI.—Hacia guerra a los Rodios por ser aliados de Tolomeo, y arrimó a los muros la mayor de sus *helépolis*, cuya base era cuadrada, y cada lado tenía de latitud cuarenta y ocho codos, siendo toda su altura de sesenta y seis, y viniendo los lados a parar en un techado más angosto que la base. Por dentro estaba asegurada con diferentes enmaderados y repartida en divisiones. El frente que miraba a los enemigos estaba abierto, habiendo en cada piso sus ventanas, por las que se lanzaban armas arrojadas de toda especie: porque estaba llena de hombres ejercitados en toda suerte de combates, y con no bambolearse ni inclinarse con los sacudimientos, sino ser llevada siempre derecha y en equilibrio con gran ruido e ímpetu, en los espíritus causaba miedo, y al mismo tiempo hacía cierta gracia a los ojos de los que la miraban. Trajéronle de Chipre para esta misma guerra dos corazas de hierro de peso cada una de cuarenta libras, y queriendo su artífice Zoilo hacer ver la impenetrabilidad y resistencia de ellas, propuso que con una catapulta le lanzaran un dardo a veintiséis pasos; y hecho así no fué pasado el hierro, y sólo recibió una ligera impresión como si se hubiera hecho con un punzón. Esta era la que él llevaba, y la otra Alcimo, natural del Epiro, varón el más belicoso y de mayores fuerzas de cuantos tenía consigo: como que él solo usaba de una armadura de dos talentos de peso,

cuando las de los demás eran de uno; éste, peleando en Rodas, murió junto al teatro.

XXII.—Defendiéronse con gran valor los Rodios, y aunque no ejecutó Demetrio cosa digna de referirse, les hacía, sin embargo, obstinadamente la guerra; porque enviándole File, su mujer, cartas, alfombras y ropas, apresaron el barco como estaba y lo enviaron a Tolomeo, no imitando la humanidad en caso igual de los Atenienses, los cuales, estando en guerra con Filipo, cogieron a unos portadores de cartas, y leyendo las demás, solamente no abrieron la de Olimpiada, sino que, sellada como estaba, la remitieron a Filipo. Mas aun a pesar de estar tan vivamente ofendido Demetrio de los Rodios, cuando tuvo ocasión oportuna no le sufrió el corazón vengarse de ellos. Porque hizo la casualidad que Protogenes de Caunio estaba pintando su cuadro de Ialiso, y cuando estaba ya casi para concluirse, lo ocupó Demetrio en uno de los arrabales. Enviáronle los Rodios un heraldo para pedirle que tuviera consideración y no destruyera aquella obra; a lo que él respondió que antes quemaría los retratos de su padre que un trabajo del arte como aquel: porque se dice que gastó Protogenes siete años en acabar aquella pintura. Dícese asimismo que al ver Apeles aquella obra se quedó tan pasmado que le faltó la voz, y al cabo de rato expresó: «¡Gran trabajo! ¡Admirable obra! Pero no tiene aquellas gracias por las que mis pinturas tocan al cielo.» Colocado más adelante este cuadro con otros muchos en Roma, fué abrasado en un incendio. Resistían

fuertemente los Rodios en aquella guerra, y deseando Demetrio algún decente pretexto, los Atenien-
ses que allá acudieron le proporcionaron hacer la
paz, sin otra condición que la de haber de dar los
Rodios auxilios a Antígono y Demetrio, como no
fuera contra Tolomeo.

XXIII.—Llamaron a Demetrio los Atenien-
ses con motivo de tenerles sitiada Casandro la ciudad,
y acudiendo aquél con trescientas treinta naves y
numerosa infantería, no sólo arrojó a Casandro del
Atica, sino que, persiguiéndole en su fuga hasta las
Termópilas, consiguió de él una señalada victoria,
y tomó a Heraclea, que voluntariamente se le en-
tregó, habiéndosele asimismo pasado seis mil Ma-
cedonios. A la vuelta dió libertad a los griegos de la
parte acá de las Termópilas, hizo alianza con los
Beocios, tomó a Cencris, y habiendo reducido a File
y a Panacto, presidios del Atica, guarnecidos en-
tonces por Casandro, las restituyó a los Atenien-
ses, los cuales, aunque habían estado ante sex-
cesivos con él, y parecían haber agotado todos los
medios de obsequiarle y honrarle, todavía encon-
traron como parecer nuevos y recientes en sus adu-
laciones. Porque le señalaron para alojamiento el
edificio que está a espaldas del templo de Minerva,
llamado Partenón, y allí estuvo habitando; dicién-
dose que era la diosa la que daba hospedaje a un
huésped, a fo no muy modesto, ni de una conducta
muy propia para que lo alojara una virgen; siendo
así que su padre, habiendo sabido que Filipo, el
hermano del mismo Demetrio, estaba en una oca-

sión alojado en una casa en que había tres mocitas, a él no le habló palabra; pero habiendo llamado al aposentador, le dijo en su presencia: «Oyes, ¿no sacarás a mi hijo de tan estrecho alojamiento?»

XXIV.—Correspondíale en verdad a Demetrio respetar a Minerva, a lo menos por ser su hermana mayor, según él decía; sin embargo, fueron tales las indecencias y abominaciones con que manchó el alcázar, violentando a jóvenes libres y ciudadanas honestas, que parecía estar aquel lugar sumamente acatado y limpio cuando sólo se divertía con las rameras Crisis, Lamia, Demo y Anticira. No conviene, por honor a la ciudad, referir menudamente tales insolencias, pero al mismo tiempo es justo no pasar en silencio la virtud y modestia de Damocles. Era éste todavía muchachito, y tuvo de él noticia Demetrio, siendo su sobrenombre el que le acusaba, porque le llamaban Damocles el Hermoso. Hiciéronsele muchos presentes, se le solicitó, se le hizo miedo y a nadie cedió nunca. Por fin retirándose de las palestras y del gimnasio, se iba a bañar a un baño privado; habiendo espiado Demetrio la ocasión, se entró en él cuando aquél estaba solo; mas el muchacho, cuando se vió en aquel desamparo y en aquel estrecho, quitando la tapa a la caldera en que estaba el agua hirviendo, se arrojó en ella y pereció sufriendo lo que él no merecía, pero pensando de un modo digno de su patria y de la hermosura, y no como Cleaneto, hijo de Cleomedonte, que habiendo dado pasos para librar al padre de la multa de cincuenta talentos, y presentán-

do al efecto al pueblo cartas de Demetrio, no sólo se cubrió a sí mismo de oprobio, sino que fué causa de turbaciones en la ciudad. Porque a Cleomedonte le perdonó la multa, pero hizo un decreto para que nadie presentara cartas de Demetrio; mas como habiéndolo éste entendido, lejos de tolerarlo, se hubiese mostrado muy ofendido, intimidados nuevamente, no sólo anularon el decreto, sino que de los que lo propusieron y apoyaron, a unos les quitaron la vida y a otros los desterraron. Hicieron además otro decreto por el que declararon que todo cuanto el rey Demetrio mandara había de ser santo ante los dioses y justo ante los hombres, y diciendo uno de los ciudadanos más prudentes que Estratocles no podía menos de estar loco para proponer tales cosas, Democares Leuconeo le replicó: «Estaríalo si no lo estuviese»; porque realmente Estratocles sirvió mucho a la ciudad con estas adulaciones; sin embargo, delatado Democares con tan leve motivo, fué desterrado. ¡Por estas humillaciones pasaban los Atenienses mientras se daban por aliviados de la guarnición, y creían que estaban en el pleno goce de su libertad!

XXV.—Pasó Demetrio al Peloponeso, y no haciéndole frente ninguno de los enemigos, porque todos huían y abandonaban las ciudades, puso a su obediencia la región llamada Acte y la Arcadia, a excepción de Mantinea, y rescató a Sicione, Argos y Corinto, dando cien talentos a los que las tenían en custodia. Celebrándose en Argos las fiestas de Juno, presidió a los combates y a toda la solem-

nidad, y se casó con Deidamia, hija de Eacida, rey de los Molosos, y hermana de Pirro. Decía que los Sicionios habitaban fuera de la ciudad, y les persuadió a que la trasladaran al sitio que ahora ocupa; y ellos con el sitio le mudaron también el nombre, llamándola Demetriada en vez de Sicione. Habiéndose reunido en el Istmo una junta general, que fué sumamente concurrida, se le nombró generalísimo de la Grecia, como antes se había hecho con Filipo y Alejandro, a quienes él pensaba hacer grandes ventajas, deslumbrado con la presente fortuna y con el gran poder a que por ella había llegado. Alejandro a ninguno de los otros reyes los rebajó de este dictado, ni a sí mismo se dió el título de rey de reyes, sin embargo de que muchos le debían la dignidad y el nombre; Demetrio, en cambio, hacía mofa y escarnio de los que llamaban rey a cualquiera otro fuera de él y su padre, y en los banquetes oía con gusto a los que brindaban por el rey Demetrio, por el jefe de los elefantes Seleuco, por el general de la armada Tolomeo, por el tesorero Lisímaco, por el siciliano Agatocles, gobernador de las islas. Instruídos aquellos reyes de estas puerilidades, todos las tomaron a risa, a excepción de Lisímaco, que se mostró muy enfadado, diciendo: «¿Si me habrá tenido por castrado Demetrio?», porque comúnmente para tesorero se echa mano de los eunucos. Era siempre Lisímaco el que más le odiaba, y para motejarle por sus amores con Lamia, dijo: «Ahora, por la primera vez, se ha visto una ramera salida de la escena trágica»; a lo que replicó Deme-

trio ser más honesta y recatada esta ramera que su Penélope.

XXVI.—Pasando entonces otra vez a Atenas, escribió anticipadamente que quería al punto de su llegada iniciarse en los misterios, y hacer de una vez toda la ceremonia, desde la primera iniciación hasta la inspección íntima. Mas esto no era legítimo ni se había hecho nunca, porque los pequeños misterios se celebraban en el mes Antesterion, y los grandes en el Boedromion, y a la inspección no se pasaba sino mediando un año cuando menos desde los grandes misterios. Leída la carta, sólo se atrevió a oponerse el portaantorcha Pitodoro; pero no adelantó nada, porque abrió Estratocles dictamen para que se decretara que el mes Muniquion se entendiera y llamara Antesterion, y admitieron a Demetrio a la iniciación que se hacía en Agra. Después de esto, el mes Muniquion de Antesterion se hizo Boedromion, y se perfeccionó lo que restaba de la iniciación, recibiendo Demetrio el último grado de la inspección íntima; por lo que, satirizando Filípides a Estratocles, hizo este verso:

El que a un mes solo ha reducido el año;

así como dijo en cuanto a su alojamiento en el Partenón:

El que por un mesón tuvo al alcázar,
y de una virgen al sagrado templo
introdujo a las torpes ramerillas.

XXVII.—Siendo así que entonces en la ciudad

se cometieron mil excesos e injusticias, se dice que lo que más mortificó a los Atenienses fué que, habiéndoseles mandado pagar y entregar sin dilación doscientos cincuenta talentos, cuya exacción se hizo de una sola vez y sin excusa, cuando Demetrio vió todo el dinero junto, dió orden de que para jabón se entregara a Lamia y a las otras mozuelas que tenía consigo; porque sintieron más la vergüenza que la multa, y la expresión de desprecio más que la violencia de hecho. Algunos dicen que no fué con los Atenienses con quienes esto se ejecutó, sino con los Tesalios. Fuera de esto, queriendo Lamia dar un banquete al rey, exigió por su propia autoridad dinero a muchos, y fué tan celebrado por su suntuosidad este convite, que Linceo de Samos escribió una historia de él. Con este motivo hubo un poeta cómico que llamó a Lamia, con tanto donaire como verdad, *Helépolis* (1). Democares de Solos llamaba a Demetrio *Cuento*, porque decía que tenía, como los cuentos, su Lamia o Hada. Daba esta mujer celos y envidia, con ser tan querida y obsequiada, no sólo a las mujeres legítimas de Demetrio, sino aun a sus amigos. Fueron en una ocasión embajadores de parte de Demetrio a Lisímaco, a quienes éste en un momento de ocio mostró en los muslos y en los brazos cicatrices profundas de las uñas de un león, y les refirió la lucha que había tenido con aquella fiera por haberle encerrado con

(1) Se deja dicho en esta misma *Vida* que la helépolis era una máquina de sitio, y su nombre mismo significaba «tomadora de ciudades».

ella el rey Alejandro; y ellos, echándose a reír, le dijeron que también su rey llevaba en el cuello mordiscos de otra fiera cruel, que era Lamia. Era cosa de admirar que habiendo andado con reparos al principio para casarse con File por razón de la edad, se hubiera dejado vencer de Lamia y la hubiera amado por tanto tiempo, pasada ya y muy pasada su flor. Así es que Demo, llamada también Mania, habiendo tañido la flauta Lamia sobre cena, como le preguntase Demetrio: «¿Qué te parece?», «Vieja, señor», le respondió. Y en otra ocasión, habiéndose puesto en la mesa grande abundancia de postres, y diciéndole el mismo Demetrio: «¿Ves qué de cosas me envía Lamia?», «Muchas más te enviaría mi madre—le respondió—si quisieras dormir con ella». Consérvase finalmente en memoria la objeción de Lamia contra la sentencia llamada de Bocoris. Se había enamorado uno en Egipto de la cortesana Tonis, a la que había ofrecido una gran suma; habiéndole parecido después entre sueños que yacía con ella, se resfrió en su deseo y ella le puso pleito sobre el precio convenido. Dióse cuenta a Bocoris y mandó que el amador trajera a su presencia en un talego todo el dinero prometido, y que con la mano lo sacudiera a uno y otro lado, y la cortesana se contentara con la sombra, teniendo a la opinión por sombra de la verdad; pero Lamia repuso que esta sentencia no era justa, porque la sombra no satisfizo en la cortesana la codicia del dinero, como el sueño había borrado el amor en el mancebo. Mas baste lo dicho acerca de Lamia.

XXVIII.—La fortuna y los sucesos de este rey, de quien escribimos, exigen que la narración se convierta ahora de la escena cómica a la trágica. Porque todos los otros reyes se coligaron contra Antígono; y como hubiesen reunido en un punto todas sus fuerzas, tuvo Demetrio que acudir desde la Grecia; y como hubiese juntado asimismo sus tropas con las del padre, más codicioso de gloria militar que lo que su edad llevaba, él también adquirió más osadía y cobró más ánimo. Y en verdad parece que si Antígono hubiera cedido en cosas bien pequeñas y hubiera rebajado algo de su desmedida ambición y deseo de mando, habría conservado para sí y dejado al hijo la preeminencia de ser el primero entre todos ellos; pero siendo altivo y orgulloso por carácter, y tan insolente como en las obras en las palabras, había ofendido e irritado a muchos de los jóvenes y de los poderosos. Entonces mismo decía de aquella Liga y Confederación que como una bandada de pájaros la dispersaría con tirar una piedra y hacer un poco de ruido. Tenía para esta guerra más de setenta mil infantes, diez mil caballos y setenta y cinco elefantes, siendo las fuerzas de los contrarios sesenta y cuatro mil infantes, quinientos caballos más que aquél, cuatrocientos elefantes y ciento veinte carros. Cuando ya éstos se acercaron, hubo variación en su ánimo, más bien en cuanto a las esperanzas que en cuanto a la determinación. Porque siendo así que en los momentos de los combates solía ser altanero y jactancioso, hablando en voz alta y usando de expre-

siones arrogantes, hasta emplear los chistes en el momento de acometer y cuando se había venido a las manos con los enemigos para mostrar gran serenidad y desprecio de éstos, en aquella ocasión se le vió casi siempre pensativo y taciturno, y ante el pueblo designó y les presentó al hijo por su sucesor. Pero lo que más admiraron todos fué que en su tienda habló con éste a solas, cuando no acostumbra a tener ni aun con él estas confianzas, sino que después de haber resuelto por sí le daba públicamente las órdenes para la ejecución de sus planes. Dícese que siendo todavía mocito Demetrio le preguntó en una ocasión cuándo se tocaría a retirada, y que le respondió enfadado: «¿Pues qué, has de ser tú solo quien no oiga lo trompeta?»

XXIX. — Agregósele entonces haber también señales contrarias, que cortaron los vuelos a su espíritu, porque a Demetrio le pareció que entre sueños le preguntaba Alejandro, magníficamente armado, qué señal era la que iban a dar para aquella batalla, y que habiéndole él respondido que «Júpiter y la victoria», le había contestado: «Pues voyme ahora a los enemigos, porque ellos me recibirán»; y Antígono, al salir, cuando ya estaba ordenada la hueste, tropezó y cayó de bruces, habiéndose hecho bastante daño; y levantándose, tendidas las palmas al cielo, pidió a los dioses la victoria o una muerte imprevista antes de la derrota. En el acto de embestir, Demetrio, que mandaba la mayor y mejor parte de la caballería, vino a caer al frente de Antíoco, hijo de Seleuco, y habiendo peleado valero-

samente hasta haber rechazado a los enemigos, en el alcance, que fué seguido con más calor y arrojo del que la oportunidad sufría, malogró la victoria; porque al retirarse no le fué dado volver a incorporarse con la infantería a causa de haberse interpuesto los elefantes, y viendo Seleuco el cuerpo del ejército privado de la protección de la caballería, hizo como que cargaba para envolverlo y se propuso dar ocasión a que los soldados mudaran de ánimo y se le pasasen, lo que así sucedió: porque un grandísimo número, que estaba cortado, al punto fué a incorporarse en sus filas, y los demás huyeron. Corrían muchos hacia Antígono, y diciéndole uno: «Contra ti vienen éstos, ¡oh rey!», «¿Pues contra quién han de venir sino contra mí?—respondió—; mas ya volverá Demetrio en mi auxilio»; y mientras estaba con esta esperanza mirando si vendría el hijo, siendo muchos a tirarle saetas a un tiempo, cayó muerto. Todos los demás sirvientes y amigos al punto le abandonaron, quedando solamente en custodia del cadáver Torax de Larisa.

XXX.—Terminada de este modo la batalla, repartiéndose los reyes vencedores, como si fuera un cuerpo muerto, todo el imperio de Antígono y Demetrio, tomaron cada uno su parte y se repusieron de las provincias de éstos en las que cada uno había tenido antes. Demetrio huyó con cinco mil infantes y cuatro mil caballos, dirigiéndose con precipitación a Efeso, y cuando todos creían que, falto de recursos, no saldría del templo, temeroso de que lo ejecutasen los soldados, dió al punto la vela, ha-

ciendo rumbo a la Grecia, por tener en los Atenien-
ses sus principales esperanzas: porque hacía tam-
bién la casualidad que allí había dejado naves, fon-
dos y a su mujer Deidamia, y pensaba que no podía
encontrar refugio más seguro en el estado en que se
veía que el amor de los Atenenses. Por tanto, cuan-
do navegando la vuelta de las Cícladas le salieron
al encuentro embajadores de Atenas, intimándole
que no tocase en aquella ciudad porque había de-
cretado el pueblo que no se diera entrada a ningun-
o de los reyes, y a Deidamia la condujeron a Me-
gara con el honor y acompañamiento conveniente,
no fué dueño de sí mismo de cólera, sin embargo de
que había llevado hasta allí resignadamente su des-
gracia y no se había mostrado en semejante mu-
danza abatido o humillado; pero el verse frustrado
de las esperanzas que sobre el amor de los Atenien-
ses había fundado, y que éste le había salido vano
y falaz, era lo que sobre todo le desconsolaba; y es
que para los reyes y poderosos el indicio menos cier-
to de amor de parte de la muchedumbre es el exce-
so en las sumisiones y los honores; pues consistien-
do el precio de éstos en la voluntad y la elección,
el miedo les quita el crédito y la fe, porque unos
mismos son los decretos de los que temen y de los
que aman. Así, los hombres prudentes y de juicio,
no mirando a las estatuas, ni a las pinturas, ni a las
apoteosis, sino más bien a sus propios hechos y sus
propias obras, según son éstas, o los tienen por ver-
daderos honores, o por resoluciones de la necesidad;
como que los pueblos muchas veces cuantos más

honores decretan más aborrecen a los que los reciben sin medida y con desdén y ceño de los que los decretan muy de mala gana.

XXXI.—Teniéndose Demetrio por malhadado en aquella situación, y no pudiendo tomar venganza de los Atenienses, no hizo más que darles quejas con cierta moderación, al mismo tiempo que trataba de recobrar sus naves, entre las que había una de trece órdenes de remos. Habiéndolas recibido, navegó al Istmo, y hallando que sus cosas no estaban allí en mejor estado, porque las guarniciones, de una en una, se le habían ido separando y pasando a los enemigos, dejó a Pirro en observación de la Grecia, y haciéndose a la vela, se dirigió al Quersoneso, desde donde empezó a talar las tierras de Lisímaco para fomentar y mantener su ejército, que ya iba reponiéndose y siendo de no pequeña entidad. Por lo que hace a Lisímaco, se veía abandonado de los demás reyes, por no parecerles ser de mejor intención que aquél, y antes sí más temible, por lo mismo que tenía mayor poder. De allí a poco Seleuco envió a pedir en casamiento a Estratonice, hija de Demetrio y File, sin embargo de tener ya un hijo llamado Antíoco, habido en Apama, natural de Persia; creyendo por una parte que, según la extensión de su mando, tenía para muchos sucesores, y por otra que necesitaba enlazarse con aquél, por cuanto había visto que de las hijas de Tolomeo Lisímaco había tomado una para sí y otra para su hijo Agatocles. Era para Demetrio una felicidad inesperada ser suegro de Seleuco, y haciéndose a la

vela con aquella doncella, marchó con todas las naves a la Siria, arribando por necesidad a diferentes puntos, y tocando en la Cilicia, donde dominaba Plistarco después de la batalla con Antígono, por haberle sido entregada por los reyes esta provincia como un don especial. Era Plistarco hermano de Casandro, y juzgando violado injustamente su territorio por Demetrio en las arribadas, con ánimo de quejarse a Seleuco de que había hecho la paz con el enemigo común sin el consentimiento de los otros reyes, se embarcó para ir en su busca.

XXXII.—Habiéndolo entendido Demetrio, se encaminó desde el mar a Quinda, donde encontró que aun habían quedado mil doscientos talentos, los que recogió, y dándose prisa a embarcarse, se hizo sin detención al mar. Reuniósele a este tiempo su mujer File, y en Roso le salió a recibir Seleuco. Fué esta primera entrevista sencilla, franca y regia, habiendo tenido primero Seleuco convidado en su tienda en el campamento a Demetrio, y recibido después Demetrio a aquél en su galera. Había entre ellos fiestas, conferencias y pasatiempos, sin guardias y sin armas, hasta que, desposándose con grande aparato Seleuco con Estratonice, se restituyó a Antioquía. Demetrio recobró la Cilicia, y envió a su mujer File a la corte de Casandro, su hermano, con el objeto de desvanecer las acusaciones de Plistarco. En esto, Deidamia, que había venido de la Grecia a reunirse con él, al cabo de poco tiempo murió de una enfermedad. Hizo amistad con Tolomeo por medio de Seleuco, entrando en el tra-

tado que tomaría a Tolemaida, hija de Tolomeo, por mujer. Hasta aquí la conducta de Seleuco había sido muy urbana y civil; pero habiendo pretendido que Demetrio le entregara la Cilicia por cierta suma, porque éste no se prestó a ello le pidió con grande enojo la restitución de Sidón y de Tiro, dando muestras de obrar con la mayor violencia y propasarse a los mayores excesos; porque habiendo hecho suyo cuanto hay desde el mar de la India hasta la Siria, todavía era tan menesteroso y pobre, que por solas dos ciudades le era preciso no dejar vivir a un hombre que, sobre ser su suegro, había experimentado tales mudanzas de fortuna, dando en esto el más relevante testimonio a la sentencia de Platón, que exhorta al que quiera ser verdaderamente rico a que en lugar de aumentar la riqueza disminuya el deseo insaciable de tener, pues el que no sabe acallar la avaricia jamás se verá libre ni de pobreza ni de miseria.

XXXIII.—Mas no se acobardó Demetrio, sino que, diciendo que, aunque en otras diez mil batallas fuese vencido, no sufriría el que Seleuco comprara de él por precio el ser su yerno, aseguró con guarniciones aquellas ciudades, y con noticia que tuvo de que estando alterada Atenas trataba Lacares de tiranizarla, se prometió que con aparecerse tomaría fácilmente la ciudad. Lo que es la travesía, la hizo en toda seguridad con una grande armada; pero al costear el Atica sufrió una fuerte tormenta, en la que perdió la mayor parte de las naves, y tuvo un no pequeño número de muertos. Habiendo él

salido a salvo, aun hizo alguna guerra a los Atenien-
ses; pero viendo que nada adelantaba, envió comi-
sionados que juntaran nueva escuadra, y pasando
al Peloponeso, puso sitio a Mesena, donde comba-
tiendo los muros estuvo en grande peligro por ha-
ber sido herido de un dardo lanzado con catapulta,
que le lastimó la cara y la boca, pasándole la me-
jilla. Luego que se hubo recobrado, y que redujo
a su obediencia algunas ciudades sublevadas, vol-
vió de nuevo a invadir el Atica. Apoderóse de Eleu-
sine y Ramnunte, taló el país, y habiendo apresado
una nave con trigo que se dirigía a proveer a los
Atenienses, ahorcó al comerciante y al piloto; de
manera que, ahuyentados de miedo todos los de-
más, se padeció en la ciudad una terrible hambre,
y con ella una absoluta escasez de todos los demás
objetos. Así, la fanega de sal les costaba treinta
dracmas, y un modio de trigo, trescientas (1). Pro-
porcionaron algún respiro a los Atenienses ciento
cincuenta naves que se aparecieron por la parte de
Egina, enviadas en su socorro por Tolomeo; pero
habiéndole llegado a Demetrio muchas del Pelopo-
neso y de Chipre, hasta componer trescientas entre
todas, levaron anclas las de Tolomeo y huyeron, y
el tirano Lacares dió también a huir, abandonando
la ciudad.

XXXIV.—Los Atenienses, aunque habían im-

(1) El modio griego era de cabida de dos celemines, y como la dracma, según se ha dicho otras veces, venía a valer dos reales de nuestra moneda, los dos celemines de trigo les costaban seiscientos reales.

puesto pena de muerte al que hablara de paz o de reconciliación con Demetrio, al punto le abrieron las puertas que estaban inmediatas, y le enviaron embajadores, no con esperanza de alcanzar de él nada favorable, sino estrechados del hambre, en la que sucedieron cosas muy lastimosas, contándose entre otras la siguiente: Estaban retirados en una habitación desesperados de todo socorro padre e hijo, y habiendo caído del techo un ratón muerto, luego que le vieron corrieron los dos a cogerle y se lo disputaron a golpes. Refiérese también que el filósofo Epicuro mantuvo en aquella ocasión a sus discípulos repartiendo con ellos cierta porción de habas por cuenta. Siendo ésta la situación de la ciudad, entró en ella Demetrio, y dando orden de que se juntaran todos en el teatro, guarneció con hombres armados la escena, cercó de lanceros el lugar de la representación, y bajando, como los actores trágicos, de los corredores altos, fué todavía mayor el susto de los Atenienses; pero con el principio de su discurso tuvo fin el miedo de éstos; porque quitando del tono de la voz y de las expresiones toda acrimonia, se quejó de ellos blanda y anistosamente, y se dió por desenojado, haciéndoles entregar cien mil fanegas de trigo y restableciendo los magistrados que les eran más agradables. Observó el orador Dromoclides que el pueblo con el gozo prorrumpía en diferentes aclamaciones, tratando de sobrepujar las alabanzas que los demagogos pronunciaban desde la tribuna, y propuso ley para que al rey Demetrio se le entregara el Pireo y Muniquia. Decretó-

se así, pero Demetrio puso por sí mismo guarnición en el Museo, no fuera que, sacudiendo otra vez el freno el pueblo, le diera causa a iguales detenciones.

XXXV. — Reducida Atenas, asestó sus tiros contra Lacedemonia, y venciendo y rechazando en batalla al rey Arquidamo, que le salió al encuentro junto a Mantinea, invadió la Laconia. Hizo en otro encuentro quinientos cautivos y le mató doscientos a la vista de la misma ciudad de Esparta. Casi nada faltaba para hacerse dueño de ella, no habiendo sido nunca tomada hasta entonces; pero la Fortuna parece que no usó jamás con rey ninguno de tan grandes y súbitas mudanzas, ni con nadie fué tantas veces pequeña y grande, humilde de ensalzada, y poderosa otra vez de pobre y abatida; así se dice que el mismo Demetrio, en una de las más notables entre estas vicisitudes, empleó, exclamando contra la Fortuna, este verso de Esquilo:

Tú me alentaste, y tú quieres perderme.

Porque entonces, yendo con tanta prosperidad sus negocios hacia el imperio y el poder, se le dió aviso primero de que Lisímaco le había tomado las ciudades del Asia; y en seguida de que Tolomeo se había apoderado de toda Chipre, a excepción de sola la ciudad de Salamina, y ésta la tenía sitiada, hallándose envueltos en el sitio sus hijos y su madre. Mas al mismo tiempo la Fortuna, que, como aquella mujer de los versos de Arquíloco,

Engañosa y falaz, en la una mano
agua llevaba, y en la otra fuego,

habiéndole apartado con tan desagradables y terribles nuevas de Lacedemonia, le presentó otras esperanzas de nuevos y grandes sucesos con la ocasión siguiente.

XXXVI.—Muerto Casandro, su hijo mayor, llamado Filipo, falleció asimismo, habiendo sido muy poco el tiempo que reinó sobre los Macedonios, y los otros dos se pusieron entre sí en discordia y en abierta disensión. Uno de éstos, Antipatro, dió muerte a Tesalónica, su madre, por lo que el otro, Alejandro, llamó en su auxilio del Epiro a Pirro y del Peloponeso a Demetrio. Adelantóse Pirro, y tomándose una gran parte de la Macedonia como premio del socorro, era ya un vecino temible para Alejandro. Demetrio, luego que recibió la carta, se había puesto en movimiento con su ejército, y como aquel joven temiese todavía más a éste por su grande dignidad y fama, le salió al encuentro en Dion y lo saludó y recibió con las mayores muestras de aprecio; pero ya nada le dijo sobre tener necesidad de su presencia. Levantáronse, pues, sospechas de uno a otro, y yendo Demetrio a un banquete para el que aquel joven le había convidado, hubo quien le advirtió en el camino de que se le armaban asechanzas, teniendo dispuesto darle muerte entre los brindis. Nada se inmutó con esta denuncia, y sólo se detuvo un poco para dar orden a sus caudillos de que la tropa estuviese sobre las armas, y mandó a los criados y demás personas de su comitiva, que eran muchos más que los de Alejandro, que entraran al comedor y permanecieran allí hasta que se

levantase de la mesa. Temieron con esto los que Alejandro tenía prevenidos, y no se atrevieron a poner por obra su designio. Demetrio, excusándose con que no se sentía bien dispuesto para beber, se retiró cuanto antes, y al día siguiente ordenó la partida, diciendo que le habían ocurrido nuevos negocios, y que Alejandro le disculpase de que se retirase tan pronto, pues se detendría más con él en otra ocasión en que estuviese desocupado. Alegróse, pues, Alejandro, creyendo que aquella retirada no nacía de enemistad, sino que era voluntaria, y le acompañó hasta la Tesalia. Llegados a Larisa, volvieron a hacerse mutuos convites, con intención uno y otro de armarse celadas; y cabalmente esto fué lo que más contribuyó a que Alejandro se pusiera en manos de Demetrio; porque rehusando tener guardias, para no enseñar a éste a precaverse, sufrió con antelación lo mismo que pensaba ejecutar, que era no dar lugar a que Demetrio se le huyese. Convidado, pues, por éste, pasó a su hospedaje, y habiéndose levantado Demetrio en medio de la cena, como concibiese temor Alejandro, se levantó también, y a su mismo paso lo siguió hasta la puerta. Incorporado en ella Demetrio con sus guardias, no les dijo sino estas solas palabras: «Acabad con el que me sigue», y saliéndose a la parte afuera, dieron éstos muerte a Alejandro y a aquellos de sus amigos que acudieron en su socorro, refiriéndose haber dicho uno de ellos cuando le herían que un solo día se les había anticipado Demetrio.

XXXVII.—La noche, como era natural, se pasó en inquietud; pero a la mañana, aunque los Macedonios estaban alborotados y recelaban del poder de Demetrio, como nadie se presentase que les inspirara temor, y Demetrio les enviase a decir que quería hablarles y sincerarse de lo sucedido, ya esto les inspiró confianza y le recibieron apaciblemente. Luego que se presentó, no necesitó de largos discursos; sino que, como aborreciesen a Antipatro por matador de su madre, y no tuviesen cosa mejor de que echar mano, le proclamaron rey y, tomándole por caudillo, le condujeron a Macedonia. A los naturales que habían quedado en el país no les era tampoco sensible esta mudanza, porque tenían en memoria y detestaban lo mal que Casandro se había portado con Alejandro después de su muerte, y si aun quedaba algún recuerdo del antiguo Antipatro, disfrutábale Demetrio por estar casado con File y tener de ésta un hijo, sucesor del reino, que ya era mocito y militaba con el padre.

XXXVIII.—Habiéndole sido tan favorable la Fortuna, supo que los hijos y la madre habían logrado caer libres, recibiendo todavía dones y honores de parte de Tolomeo; y supo asimismo de su hija casada con Seleuco, que lo estaba con Antíoco, hijo de éste, y que había sido proclamada reina de las provincias altas. Porque sucedió, según es fama, que Antíoco se enamoró de Estratónica, que era joven; mas tenía ya un hijo de Seleuco, por lo que vivía en la mayor aflicción y congoja, luchando con el mayor esfuerzo contra esta pasión; tanto, que

considerando lo desordenado de sus deseos y lo insufrible de su mal, andaba meditando el modo de librarse de la vida, y pensó salir de ella poco a poco con no cuidarse de remedios y con acortar la comida, fingiendo en tanto que se hallaba enfermo. El médico Erasistrato comprendió sin dificultad que estaba enamorado; pero deseando descubrir de quién, lo que no era tan fácil, se quedó a habitar en su propia cámara; y si entraba algún mancebo o alguna joven de agraciada figura, miraba a Antíoco al rostro, y observaba los miembros y movimientos del cuerpo, que naturalmente son afectados cuando el ánimo sufre una vehemente impresión. Viendo, pues, que cuando entraban los demás ninguna novedad tenía, y que cuando entraba Estratónica, que iba muchas veces, o sola o acompañada de Seleuco, se notaban en él todas aquellas señales de Safo: apocamiento de la voz, encendimiento del color, caimiento de los ojos, repentinios sudores, alteración e intercadencia del pulso y, finalmente, que tenía desmayos, dudas, temores, y poco a poco se iba quedando pálido, conjeturó Erasistrato, por todos estos indicios, que el hijo del rey no estaba enamorado de otra sino de ésta, y que había hecho ánimo de callarlo hasta morir. Miraba por tanto como muy expuesto el manifestar y referir estas observaciones; mas fiado, sin embargo, en el grande amor de Seleuco a su hijo, aun se resolvió un día a decirle que aquel joven estaba enfermo de amores, pero de amores imposibles e insanables. Admirado al oírlo, «¿Cómo insanables?», repuso. «Porque está

enamorado de mi mujer», le respondió entonces Erasistrato; a lo que continuó Seleuco: «¿Pues cómo, no cederías, ¡oh Erasistrato!, a mi hijo este casamiento siendo tan su amigo, mayormente viendo hasta qué punto nos tiene á todos sin sosiego?» «Porque ni tú con ser su padre — le replicó Erasistrato — tendrías semejante condescendencia si sus deseos se dirigieran a Estratónica»; y entonces Seleuco: «¡Ojalá entre los dioses o los hombres hubiera, amigo mío, quien pudiera hacer repentinamente esta mudanza en la enfermedad, que yo tendría a dicha hasta ceder el reino por ver recobrado a mi hijo!» Pronunció Seleuco estas palabras con grande agitación y derramando lágrimas, y Erasistrato, tomándole la diestra: «Todo está remediado — le dijo — ; porque siendo padre, marido y rey, serás también el mejor médico de tu casa.» En consecuencia de esto, convocando Seleuco el pueblo a junta general, le dijo ser su voluntad y tener determinado declarar rey de todas las provincias altas a Antíoco y reina a Estratónica, enlazándose ambos en matrimonio; que en cuanto a su hijo, creía que habiéndole sido siempre sumiso y obediente, no se opondría a este casamiento; mas que si la esposa tuviese alguna dificultad, por ser cosa desusada, se llamase a las personas más de su confianza para que la instruyesen y persuadiesen que debía reputar por bueno y justo lo que el rey resolvía para el bien común. Tal se dice haber sido la ocasión y el motivo del matrimonio de Antíoco y Estratónica.

XXXIX.—Habiendo tomado Demetrio la Mace-

donia y la Tesalia, y siendo dueño de la mayor parte del Peloponeso, y fuera del istmo de Megara y de Atenas, se dirigió contra los Beocios. Hicieron éstos desde luego la paz con condiciones tolerables; pero pasando después a Tebas con ejército el espartano Cleontanomo, volvieron a ensoberbecerse; y como al mismo tiempo Pisis de Tespias, que en gloria y en poder era el primero, concurríese también a inflamarlos, se le rebelaron. Mas apenas acudiendo Demetrio con sus máquinas de guerra puso sitio a Tebas, y por temor salió de ella Cleonimo, asustados los Beocios, se rindieron a discreción. Puso Demetrio guarnición en las ciudades, exigió crecidas contribuciones, y dejándoles por procurador y presidente a Jerónimo el Historiador, pareció haber andado demasiado benigno, especialmente en cuanto a Pisis, pues, habiéndose apoderado de su persona, no le hizo ningún mal, sino que le saludó y trató afablemente y le nombró comandante de la armada de Tespias. Fué de allí a poco cautivado Lisímaco por Dromiquetes, y marchando inmediatamente Demetrio con esta nueva a la Tracia, con esperanza de ocuparla como país desierto, se rebelaron de nuevo los Beocios, y le llegó aviso de que Lisímaco se hallaba libre. Retrocediendo, pues, sin dilación lleno de cólera, se encontró con que ya los Beocios habían sido vencidos en batalla por su hijo Antígono, y puso de nuevo sitio a Tebas.

XL.—Talaba en tanto Pirro la Tesalia, hallándose ya en las Termópilas, por lo que, encargando a Antígono la prosecución del sitio, marchó contra

aquél, que se retiró precipitadamente. Dejando, pues, en la Tesalia diez mil infantes y mil caballos, volvió sobre Tebas, haciendo traer la máquina llamada *helépolis*, de tanta mole y peso que era preciso conducirla muy poco a poco; así en dos meses apenas se hizo con ella el camino de dos estadios. Defendíanse esforzadamente los Beocios, y como Demetrio, por obstinación y empeño, pusiese muchas veces a los soldados en precisión de pelear y exponerse, viendo Antígono que eran muchos los que morían, y doliéndose de ello, «¿Por qué dejamos, padre mío—le dijo—, que éstos perezcan sin necesidad?» A lo que irritado, «Y tú—le contestó—¿por qué te incomodas de eso? ¿Acaso has de pagar su haber a los que mueren?» Mas con todo, queriendo no dar ocasión a que se dijera que sólo sus amigos no le dolían, sino correr la misma suerte que los que peleaban, en uno de estos encuentros una veloz saeta le atravesó el cuello. Estuvo bien malo de la herida; mas con todo, lejos de aflojar, tomó segunda vez a Tebas. Al entrar, su aspecto fué para inspirar el mayor terror y sobresalto, como si hubiera de cometer atrocidades; pero, contentándose con dar muerte a trece y desterrar a algunos, perdonó a los demás. Así sucedió que no haciendo diez años que Tebas había sido reedificada, dos veces fué tomada en este corto tiempo. Llegaba el de celebrar los juegos Píticos, y Demetrio hizo una cosa enteramente nueva: porque teniendo los Etolios ocupadas las gargantas, celebró en Atenas los juegos y toda la festividad, dando por razón que allí

correspondía fuese principalmente venerado un dios que era tenido por patricio y se decía ser el primer autor de aquel pueblo.

XLI. — Volvió de allí a la Macedonia, y como de suyo fuese poco inclinado al sosiego, y viese que los súbditos le tenían más consideración en el ejército, siendo en casa turbulentos e inquietos, marchó contra los Etolios. Talóles el país, y dejando en él a Pantauco con no pequeña parte del ejército, se dirigió contra Pirro, y Pirro contra él; pero habiendo errado ambos el camino, el uno talaba el Epiro, y el otro dando sobre Pantauco, y trabando batalla, como hubiesen venido a las manos hasta darse y recibir mutuamente heridas, al fin le rechazó con muerte de mucha gente, y tomándole cinco mil cautivos; esto fué lo que sobre todo perjudicó a Demetrio, porque no tanto se concilió odio Pirro por el mal que les causó como admiración por ser hombre que las más cosas las acababa por su propia mano, habiendo adquirido gran renombre y fama en aquella batalla; y aun entre muchos de los Macedonios corría la voz de que de todos los reyes, en este solo veían una semejanza del ardimiento de Alejandro, cuando los demás, y especialmente Demetrio, sólo remedaban, como en un teatro, su gravedad y su lujo. Y por lo que hace a Demetrio, estaba en verdad hecho un representante de tragedia, pues no sólo llevaba cubierta la cabeza con un sombrerillo ceñido de dobles diademas, e iba vestido de una tela rica de oro y púrpura, sino que usaba además por calzado unos coturnos dorados, cu-

yas suelas eran de púrpura puesta en muchos dobles. Estábanle tejiendo largo tiempo había un manto, obra soberbia, remedo del mundo y de los astros del cielo, el cual quedó a medio acabar cuando ocurrió el trastorno de sus cosas; ninguno después se atrevió a usarlo, sin embargo de que de allí a bien poco hubo en Macedonia reyes sobrado orgullosos.

XLII.—Ni sólo con este aparato disgustaba a unos hombres que no estaban hechos a él, sino que los incomodaba además con su lujo y con toda su conducta, y principalmente con no dejarse ver ni hablar; porque, o absolutamente no había tiempo para que diera audiencia, o si la daba era desabrido y usaba de malos modos con los que se le acercaban. De los Atenienses, a los que distinguía entre los demás griegos, detuvo dos años una embajada; y habiendo llegado de Lacedemonia un embajador, se inquietó sobremanera. pareciéndole que aquello era desprecio; pero el embajador se condujo con gracia y propiamente a la espartana; porque diciéndole Demetrio: «¿Qué quieres? ¿Conque los Lacedemonios no me envían mas que un embajador?» «Cierto, ¡oh rey!—le respondió—, porque es a uno solo.» Pareció que un día se presentaba más popular y recibía sin ceño, por lo que acudieron algunos y le entregaron memoriales. Como los recibiese todos y los recogiese en el manto, se alegraron los interesados e iban siguiéndole; pero cuando llegó al puente del Axio, sacudió el manto y los arrojó todos al río. Esto mortificó con extremo a los Mace-

donios, pareciéndoles que aquello más era escarne-
cerlos que reinar, mayormente acordándose ellos
mismos, o habiendo oído a los que se acordaban,
de cuánta era en este punto la bondad y afabilidad
de Filipo. Sucedióle una vez que una pobre anciana
le salió al encuentro y le rogó e instó varias ve-
ces que la oyese; respondióle que no estaba de va-
gar, y como ella le dijese en voz alta: «Pues no rei-
nes», le hizo esto tanta impresión que, parándose a
meditar sobre ello, se volvió a casa, y dando de ma-
no a todos los demás negocios, se dedicó, empezan-
do por aquella anciana, a dar audiencia a cuantos
quisieron muchos días seguidos, pues nada es tan
propio de un rey como el cuidar de la administra-
ción de justicia. Porque Marte es tirano, como de-
cía Timoteo; la ley, reina de todos, según expresión
de Píndaro, y a los reyes no les da Júpiter en de-
pósito, dice Homero, máquinas de guerra o naves
bronceadas, sino leyes para que las tengan en cus-
todia y las guarden, llamando alumno y discípulo
del mismo Júpiter, no al más belicoso de los reyes,
ni al más violento, ni al más matador, sino al más
justo; pero Demetrio se complacía en un sobrenom-
bre muy desemejante de los que se dan al rey de
los dioses; porque éste se denomina protector y con-
servador de ciudades, y Demetrio tomó para sí el
título de Poliorcetes, que es expugnador de ellas.
;Hasta tal punto confundió un poder necio los tér-
minos de lo honesto y de lo torpe, y quiso hacer
habitar en uno la gloria y la injusticia!

XLIII.—Habiendo estado Demetrio enfermo de

peligro en Pela, faltó muy poco para que perdiese la Macedonia, acudiendo al punto Pirro y llegando hasta Edesa; pero apenas estuvo aliviado cuando le rechazó fácilmente e hizo con él un tratado, no queriendo que por haber de lidiar cada día en esta guerra de conquistar y reconquistar pueblos le sirviera de estorbo y le quitara ponerse en el pie conveniente para lo que meditaba; esto no era nada menos que recobrar todo el imperio que había tenido su padre. A esta esperanza y a este proyecto correspondían los preparativos, pues tenía ya reunido un ejército de noventa y ocho mil infantes, y además poco menos de doce mil caballos. Trataba también de juntar una armada de quinientas naves, habiendo hecho poner para unas las quillas en el Pireo, y para otras en Corinto, en Calcis y en Pela, y yendo él mismo de una parte a otra previniendo lo que convenía, y aun poniendo mano en la obra; con lo que excitaba la admiración de todos, que veían con asombro el número y la grandeza de tales trabajos. Porque hasta entonces nadie había visto galeras de quince y diez y seis órdenes de remos; pero más adelante, Tolomeo Filopator construyó una de cuarenta órdenes, que tenía de largo doscientos ochenta codos y de alto, hasta el remate de la popa, cuarenta y ocho. Acomodábanse en ella, fuera de los remeros, cuatrocientos hombres de tripulación, remeros cuatro mil, y cabían además de éstos, en los entrepuentes y sobre cubierta, poco menos de otros tres mil; ésta no sirvió mas que de espectáculo, pudiendo ser mirada como un

edificio fijo destinado a la vista y no al uso, por ser muy difícil de mover, y aun esto no sin peligro. No así las naves de Demetrio, pues ni su belleza les quitaba el servir para el combate, ni el esmero en la construcción las hacía inútiles, sino que más bien que por su grandor eran admirables por su buen movimiento y su buen servicio.

XLIV.—Mientras se disponían contra el Asia tantas fuerzas cuantas no reunió nunca ninguno después de Alejandro, se confederaron contra Demetrio Seleuco, Tolomeo y Lisímaco, y escribieron después juntos una carta a Pirro, excitándole a invadir la Macedonia, sin tener consideración a una paz que Demetrio no le había dado a él para estar-se en quietud, sino que la había tomado para sí con el objeto de hacer la guerra a aquellos a quienes ya tenía intención de hacerla. Habiendo admitido Pirro la invitación, tuvo sobre sí Demetrio una formidable guerra cuando todavía estaba tomando disposiciones: porque a un tiempo Tolomeo hizo que se le separara la Grecia, navegando a ella con una grande armada, e invadían la Macedonia, Lisímaco partiendo de la Tracia y Pirro entrando en ella por donde confinaba con su reino. Dejó Demetrio al hijo para que sostuviera la Grecia, y corriendo él en socorro de la Macedonia, primero se dirigió contra Lisímaco; pero dándosele aviso de que Pirro había tomado la ciudad de Berea, y extendiéndose la noticia entre los Macedonios, ya todo fué confusión en su campo, con lamentos y lloros, y aun con quejas e imprecaciones contra él, no que-

riendo éstos permanecer en el ejército, sino marcharse, según decían, a sus casas, pero en realidad al campo de Lisímaco. Resolvió, pues, Demetrio apartarse de éste lo más lejos que pudiera, y volver sus armas contra Pirro, porque Lisímaco era compatriota de ellos y aun amigo de muchos por Alejandro, mientras que Pirro era extranjero, y no era regular que le tuvieran más inclinación que a él los Macedonios. Mas saliéronle muy fallidos estos discursos; pues luego que se aproximó y puso su campo cerca del de Pirro, como hubiesen admirado siempre el esplendor y fama de éste en las armas, acostumbrados como estaban de antiguo a tener por el más digno del reino al que era en la guerra más poderoso, y oyesen entonces que había tratado con humanidad a los cautivos, resolvieron todos pasarse o al otro o a éste, abandonando a Demetrio, y empezaron a marcharse, al principio a escondidas y en partidas pequeñas, pero después el movimiento y el tumulto se hizo general en el campamento. Por fin, algunos se atrevieron a acercarse a Demetrio y prevenirle que huyera y se pusiera en salvo, por cuanto ya estaban cansados los Macedonios de hacer la guerra por su lujo y sus delicias. Parecióronle a Demetrio estas palabras muy moderadas en comparación de las de la muchedumbre, y entrando en su pabellón, no como rey, sino como comediante, se puso un vestido negro en lugar de aquel trágico de que usaba, y con el mayor secreto que le fué posible se puso en fuga. Corría ya el mayor número al saqueo, altercando entre sí y

despedazando la tienda, cuando llegó Pirro y al punto los reprimió y ocupó el campamento. Partió en seguida con Lisímaco toda la Macedonia, dominada siete años sin contradicción por Demetrio.

XLV.—Precipitado de esta manera Demetrio de su alto estado, huyó a Casandrea, donde File, su mujer, llena de pesadumbre, no tuvo valor para ver a Demetrio, el más miserable de los reyes, otra vez reducido a la clase de particular y fugitivo; así, perdiendo toda esperanza y maldiciendo su fortuna, más firme en los males que en los bienes, tomó un veneno y murió. Demetrio, con el designio de recoger todavía los restos de aquel naufragio, navegó a la Grecia y reunió los generales y amigos que allí tenía. La comparación que el Menelao de Sófoles hace con su fortuna cuando dice

El hado mío, en la inconstante rueda
de Fortuna, se vuelve de contino,
cambiando siempre su presente estado:
como el aspecto de la varia Luna,
que dos noches no puede ser el mismo,
sino que hoy de lo obscuro nueva sale,
embelleciendo y redondeando el rostro,
y cuando mayor luz y brillo ostenta
otra vez cae, y toda desaparece

parece que cuadraría mejor con las cosas de Demetrio, con sus crecientes y sus menguantes, sus brillantes y sus obscuridades; pues pareciendo que entonces desfallecía y se apagaba del todo, volvió otra vez a resplandecer su poder, y juntó aún algunas fuerzas, con las que recobró algún tanto su esperanza. Mas ello es que entonces por la primera

vez anduvo recorriendo las ciudades como simple particular, despojado de las insignias reales; y viéndole uno en Tebas en esta situación, le aplicó, no sin gracia, estos versos de Eurípides:

De Dios mudada la esplendente forma
en la de hombre mortal, a nuestra vista
cabe el cristal de Dirce se presenta
y del Ismeno en la apacible orilla

XLVI. — Una vez que ya tomó la esperanza como un camino real, y volvió a tener cerca de sí un cuerpo y forma de mando, restituyó a los Tebanos su propio gobierno, mientras que los Atenenses se le rebelaron, y borrando de entre los que daban nombre al año a Difilo, que era sacerdote de los *soteres* o salvadores, le quitaron la vida, decretando que se eligieran otra vez arcontes conforme a las leyes patrias. Viendo a Demetrio con mayor poder del que habían esperado, llamaron a Pirro de la Macedonia, el cual marchó contra ellos con grande enojo, y puso estrecho sitio a la ciudad. Mas habiendo el pueblo enviado cerca de él al filósofo Crates, varón de grande crédito y autoridad, ya persuadido de éste acerca de lo que los Atenenses deseaban, y ya también meditando sobre lo que él mismo le manifestó convenirle, levantó el sitio, y reuniendo cuantas naves tenía, embarcó en ellas sus soldados, que eran once mil con los de caballería, y se dirigió al Asia con designio de hacer que la Caria y la Lidia se rebelaran a Lisímaco; pero en Mileto le salió al encuentro Eurídice, hermana de File, trayéndole a Tolemaida, hija de Tolomeo que le estaba

prometida en matrimonio por medio de Seleuco. Casóse, pues, con ella, tomándola de mano de Eurídice, e inmediatamente después de celebrado este enlace marchó a las ciudades, de las cuales muchas voluntariamente se le sometieron, y otras muchas redujo por fuerza. Tomó también a Sardis, y algunos de los caudillos de Lisímaco se le pasaron, llevándole caudales y tropas; pero sobreviniendo con un ejército Agatocles, hijo de Lisímaco, se retiró a la Frigia con ánimo, si llegaba a tomar la Armenia, de sublevar la Media y apoderarse de las provincias altas, que para el caso de verse acosado tenían muchos puntos de ocultación y de refugio. Perseguido de Agatocles, bien era superior en los encuentros; pero retirado de donde había víveres y pastos, además de hallarse falto de todo, se hacía sospechoso a los soldados de que quería llevarlos a ser habitantes de la Armenia y la Media. Encruelecíase en tanto el hambre, y habiendo errado el vado para el paso del río Lico, pereció una gran partida, que fué arrebatada de la corriente; sin embargo, aun tenían humor para la sátira y la burla, pues hubo quien escribió delante de su tienda el principio de la tragedia de *Edipo* (1), con una ligera variación:

Hijo de Antígono, el sobrado en años,
y de ojos falto, ¿qué región es ésta?

(1) De Sófocles; la tragedia aludida es *Edipo en Calona*, que empieza así:

«Antígona, hija de un anciano ciego» etc.

XLVII.— Finalmente, con el hambre se juntó la peste, como suele suceder cuando en extrema necesidad se toman cualesquiera alimentos; y habiendo perdido unos ocho mil hombres, retrocedió con los que le restaban. Bajaba hacia Tarso con ánimo de no tocar en aquella provincia, que entonces pertenecía a Seleuco, para no dar a éste motivo ninguno de ofensa; mas siéndole imposible, por estar los soldados reducidos a la más estrecha necesidad, y porque Agatocles tenía tomadas todas las gargantas del monte Tauro, escribió a Seleuco una carta llena de quejas contra su fortuna, y concebida con las más encarecidas expresiones de ruego y de súplica, para que tuviera lástima de un deudo suyo, sujeto a tales desgracias, que debían alcanzar compasión aun de los enemigos. Habíase conmovido Seleuco, y escribió a los generales que allí mandaban dándoles orden de que a Demetrio se le hiciera en todo un tratamiento regio, y a sus tropas se las proveyera abundantemente de víveres; pero representóle Patrocles, hombre que pasaba por muy juicioso y era amigo fiel del mismo Seleuco, que aun cuando se prescindiera del gasto que había de hacerse con los soldados de Demetrio, el que éste hubiera de permanecer y detenerse en sus estados era negocio en que debía mirarse mucho, pues que siendo por sí Demetrio el más violento y emprendedor de todos los reyes, ahora había caído en tales infortunios que aun a los que son por naturaleza moderados los impelen a la violencia y a la injusticia. Como hubiesen hecho fuerza a Seleuco estas reflexiones

movió para la Cilicia con un grande ejército; y Demetrio, que se sorprendió de esta repentina mudanza de Seleuco, concibiendo temor, se retiró a los puntos más inaccesibles del monte Tauro, desde donde le envió a rogar que le dejara tomar el país de alguno de aquellos reyes bárbaros que eran independientes, donde pasaría su vida en quietud, sin tener que andar errante y fugitivo; y cuando no, le diera con qué sostener sus tropas aquel invierno, y no lo despidiera desnudo y falto de todo, arrojándole así en las manos de sus enemigos.

XLVIII. — Oyó Seleuco todas estas cosas con sospecha, y le propuso que podría invernar si quería en la Cataonia, entregando en rehenes los que más estimara de sus amigos; al mismo tiempo fortificó las entradas de la Siria. Viéndose con esto Demetrio cercado y encerrado por todas partes como una fiera, no le quedó más arbitrio que valerse de los puños, por lo que taló el país, y trabando combate con Seleuco, que fué el que acometió, llevó siempre lo mejor. Como en una ocasión quisiesen acosarle con los carros falcados, logró rechazarlos, y haciendo retirar a los que guarnecían las gargantas de la Siria, se apoderó de ellas. Cobró ya espíritu, y viendo también alentados a los soldados, se dispuso a combatir echando el resto contra todo el poder de Seleuco, que ya también empezaba a vacilar; porque había desechado los socorros de Lisímaco por temor y desconfianza, y no se resolvía a entrar solo en lid contra Demetrio, recelándolo todo de su precipitación y de aquella continua mudan-

za que de la última miseria lo elevaba a las mayores prosperidades. Mas en esto una gravísima enfermedad que acometió a Demetrio lo puso en su persona muy a los últimos, y destruyó de todo punto sus negocios; porque de sus tropas unos se pasaron a los enemigos y otros desertaron. A los cuarenta días, convalecido apenas, recogió lo que le había quedado, e hizo algún esfuerzo, cuanto mostrarse y dar a entender a los enemigos que se dirigía a la Cilicia, pero levantando a la noche el campo sin hacer señal alguna, tomó la dirección opuesta, y pasando el Amanu, taló todo el país bajo hasta la Cirrestica.

XLIX.—Sobrevino Seleuco, y habiendo puesto cerca su campamento, levantando el suyo Demetrio marchó de noche contra él, que estaba distante de sospecharlo, entregado al sueño; advertido por algunos que se pasaron del peligro que le amenazaba, se levantó asustado y mandó que se diera la señal, calzándose y gritando a un tiempo a sus amigos que tenía sobre sí una terrible fiera. Conoció Demetrio por el alboroto que percibía en el campo enemigo que se le había hecho traición, y se retiró precipitadamente. Vióse a la mañana acometido de Seleuco, y enviando a uno de los de su confianza para mandar la otra ala, logró en parte rechazar a los enemigos que tenía al frente. Mas apeóse en esto Seleuco, quitóse el casco y, tomando la adarga, se dirigió y presentó en persona a los estipendiarios, exhortándolos a venirse a él, y haciéndoles entender que por consideración a ellos, y no

a Demetrio, había dado largas por tanto tiempo. Con esto, saludándole todos y proclamándole rey, se le pasaron. Percibió Demetrio que de tantas mudanzas aquélla era la última, y para evitar algún tanto el peligro, huyó hacia las llamadas puertas Amanidas; y metiéndose en una selva espesa con algunos amigos y sirvientes, entre todos muy pocos, esperó la noche con ánimo de tomar el camino de Cauno si podía, y caer de allí a aquel mar, donde esperaba encontrar su armada; pero cuando se informó de que no tenía raciones ni medios algunos aun para aquel día, tuvo que mudar de resolución. Presentósele en este punto su amigo Sosígenes, llevando consigo cuatrocientos áureos (1), y esperando con este socorro poder llegar hasta el mar, se encaminaban ocultos hacia las cumbres; pero descubriéndose en ellas hogueras enemigas, abandonaron aquel camino y se volvieron al mismo lugar; no ya todos, porque algunos habían huído, ni con la misma disposición los que quedaron. Atrevióse uno de ellos a manifestar la idea de que era preciso entregarse a Seleuco, y al oírlo Demetrio hizo movimiento de desenvainar la espada para pasarse con ella; pero cercándole los amigos y procurando consolarle, le persuadieron a que ejecutara lo propuesto. Envió, pues. mensajeros a Seleuco, entregándosele a discreción.

L.—Al oírlo Seleuco dijo que no se había salvado Demetrio por su fortuna, sino por la del mismo

(1) El áureo, según la más común opinión, valía cuatro duros de nuestra moneda

Seleuco, a quien entre otros muchos bienes quería concederle el de que pudiera hacer muestra de su compasión y benignidad. Llamando, pues, a sus mayordomos, les dió orden de que dispusieran un pabellón regio y todos los demás muebles y preparativos para recibirle y hospedarle magníficamente. Residía cerca de Seleuco un tal Apolónides, que era amigo de Demetrio, y le envió inmediatamente para que se holgara con su vista y entrara en la confianza de que iba a ser recibido como correspondía de un deudo y un yerno. Conocida que fué la voluntad de Seleuco, aunque al principio fueron pocos a ver a Demetrio, después lo ejecutaron los más de los amigos del rey, compitiendo y queriendo adelantarse unos a otros: porque se esperó que iba a ser el de mayor autoridad cerca de Seleuco, y esto fué lo que convirtió en envidia la compasión, dando motivo a los malévolos y de dañada intención para pervertir y envenenar la humanidad del rey, a quien inspiraban recelos y desconfianzas, diciéndole que no se pasaría tiempo, sino que inmediatamente que se presentara Demetrio se verían grandes novedades en el ejército. Así es que no bien Apolónides se había congratulado con Demetrio, y los demás amigos habían principiado a comunicarle las más lisonjeras noticias acerca de las disposiciones de Seleuco, en virtud de las cuales el mismo Demetrio, después de tanto infortunio y desgracia, si antes miraba como afrentosa la entrega de su persona, mudaba ya de parecer y empezaba alentado a abrir su corazón a la esperanza, cuando en

aquel mismo punto llegó Pausanias con mil soldados entre infantes y caballos, y, cercando con ellos repentinamente a Demetrio, dió orden a los demás de retirarse, y a él, sin presentarlo a Seleuco, lo condujo al Quersoneso de Siria. Allí, fuera de haberle puesto una fuerte guardia, en lo demás la asistencia, la comida y cuanto podía necesitar para su comodidad le iba diariamente de parte de Seleuco, quien le hizo señalar además sitios amenos para recrearse y pasearse, y aun parques para la caza. Era también permitido a sus amigos y camaradas ir a verle, y de parte de Seleuco le visitaban igualmente algunos, llevándole mensajes halagüenos que le dieran confianza, haciéndole entender que todo se arreglaría entre ellos a satisfacción tan pronto como llegara Antíoco con Estratónica.

LI. — Demetrio, constituido en tan infeliz estado, escribió al hijo y a sus caudillos y amigos residentes en Atenas y en Corinto que no dieran crédito ni a sus cartas ni a su sello, sino que, como si hubiera muerto, tuvieran en custodia las ciudades y cuanto le pertenecía para Antígono. Este, cuando supo la cautividad del padre, la sintió con el mayor dolor, se vistió de luto y escribió a los demás reyes y al mismo Seleuco, haciéndoles ruegos, ofreciendo darles cuanto le quedaba y mostrándose pronto a entregarse en rehenes por la libertad del padre; a estas súplicas acompañaban las de muchas ciudades y personas poderosas, a excepción de Lisímaco, el cual envió quien ofreciera crecidas sumas a Seleuco por que diera la muerte a Demetrio.

Mas Seleuco, que ya lo miraba mal, con esto aun lo tuvo por más abominable y bárbaro; pero reservando a Demetrio para su hijo Antíoco y para Estratónica, a fin de que la gracia fuera de éstos, iba prolongando el tiempo.

LII.—Demetrio, además de haberse resignado desde luego con tranquilidad a aquella malaventura, se acostumbó fácilmente después a la vida que se le precisaba llevar, y aunque al principio hacía algún ligero ejercicio corporal, cazando o paseando, poco a poco se fastidió y cansó de él, y se entregó del todo a banquetear y jugar, pasando en esto la mayor parte del tiempo, bien fuese por huir de las reflexiones que hacía sobre su suerte en los ratos de cordura y vigilia, tratando de ofuscar de intento sus pensamientos con la embriaguez, o bien por haberse convencido de que, siendo aquélla la vida a la que le llamaba su carácter, y la que ya antes había deseado y seguido neciamente y por una gloria vana se había desviado de ella para causarse a sí mismo y causar a otros las mayores inquietudes y pesadumbres, mientras buscaba en las armas, en las escuadras y en los ejércitos el bien que ahora, sin esperarlo, había encontrado en el ocio, en la quietud y en el descanso. Porque al cabo, ¿cuál otro puede ser el término de la guerra para los miserables reyes, torpe y malamente engañados, no sólo por ir en pos del regalo y del deleite, en lugar de seguir la virtud y la honestidad, sino porque ni siquiera saben gozar verdaderamente de los placeres y de las delicias? Demetrio, pues, al cabo

de tres años de estar en aquel encierro, con la desidia, con la plenitud de humores y con el desarreglo en la bebida, llegó a enfermar, y murió a la edad de cincuenta y cuatro años, y Seleuco, además de haber sido muy censurado, él mismo tuvo grande disgusto y arrepentimiento de haber entrado en sospechas contra Demetrio y no haber sabido imitar a Dromiqueta, que, con ser Tracio y bárbaro, trató tan humana y regiamente a su cautivo Lisímaco.

LIII. — Su entierro vino a tener también un aparato propiamente trágico y teatral, porque su hijo Antígono, luego que tuvo noticia de que se le enviaban las cenizas, movió con todas sus naves, salió hasta las islas a recibirlas, y cuando le fueron entregadas, puso en la galera capitana la urna, que era toda de oro. Las ciudades adonde arribaron ciñeron de coronas la urna, y dispusieron que ciertos ciudadanos vestidos de luto acompañaran la pompa fúnebre. Dirigióse la escuadra a Corinto, y desde luego se descubría en la popa la urna adornada con la púrpura y diadema reales, y custodiada por una guardia de jóvenes armados. Jenofanto, que era entonces el flautista de más crédito, estaba sentado allí junto, y tañía el aire más lúgubre y sagrado, y moviéndose a su compás los remos resultaba un ruido con cierta modulación semejante al que hay en los duelos cuando en los intervalos de la música se oyen los lamentos y gemidos; pero, sobre todo, el ver a Antígono tan afligido y lloroso fué lo que más contristó y movió a compasión y lástima a todo el inmenso gentío que había acudido a la ori-

lla del mar. Hechas que le fueron en Corinto magnificas exequias, poniendo nuevas coronas en la urna, llevó Antígono a depositar aquellos despojos a Demetriade, ciudad que tomaba de él su nombre, y que había sido fundada de muchas aldeas a las orillas del seno llamado Yolquico. La familia que dejó Demetrio fueron Antígono y Estratónica, de File; dos Demetrios, el uno, a quien llamaron el *Flaco*, de una mujer del Ilirio, y el otro, que quedó reinando en Cirene, de Tolemaida y de Deidamia Alejandro, que pasó su vida en el Egipto, diciéndose que tuvo además de Eurídice otro hijo llamado Corrabo. Descendió por sucesiones, reinando su linaje hasta Perseo, que fué el último, bajo el cual los romanos subyugaron la Macedonia. Concluído ya el drama trágico del Macedonio, tiempo es de que pasemos a la representación del Romano.

ANTONIO

I.—El abuelo de Antonio fué Antonio el Orador, a quien por haber sido del partido de Sila dió muerte Mario. El padre, llamado Antonio Cretico, no fué tan ilustre y recomendable en la carrera política, pero era hombre recto y bueno, y muy liberal y dadivoso, como de uno de sus hechos se puede colegir. Porque como no fuese muy acomodado, y por esto su mujer le contuviese para que no usase de su carácter generoso, sucedió una vez que uno de sus amigos llegó a pedirle dinero, y no teniéndolo, mandó al mozo que le asistía que echando agua en un jarro de plata se lo trajese. Trájolo, y como si hubiera de afeitarse se bañó la barba, y haciendo que con otro motivo se retirase aquel mozo, le dió el jarro a su amigo diciéndole que se valiera de él. Buscóse el jarro por toda la casa estrechando a los esclavos, y viendo a su mujer irritada y en ánimo de castigarlos y atormentarlos de uno en uno, confesó lo que había pasado, pidiendo que lo disimulara.

II.—La mujer de éste, que se llamaba Julia, de la familia de los Césares, competía en bondad y honestidad con las más acreditadas de su tiempo. Bajo

su cuidado fué educado Antonio después de la muerte del padre, estando ya casada en segundas nupcias con Cornelio Léntulo, aquel a quien Cicerón dió muerte por ser uno de los conjurados con Catilina. Así, parece haber sido la madre el motivo y principio de la violenta enemistad de Antonio contra Cicerón, pues dice Antonio que no pudieron conseguir que el cadáver de Léntulo les fuera entregado sin que primero intercediera su madre con la mujer de Cicerón; pero todos convienen en que esto es falso, porque Cicerón no impidió el que se diese sepultura a ninguno de los que entonces sufrieron el último suplicio. Era Antonio de bella figura, y se dice que fué para él como un contagio la amistad y confianza con Curión; pues siendo éste desenfrenadamente dado a los placeres, para tener a Antonio más a su disposición lo precipitó en francachelas, en el trato con rameras y en gastos desmedidos e insoportables, de resulta de lo cual contrajo la cuantiosa deuda, muy desproporcionada con su edad, de doscientos cincuenta talentos, habiendo salido Curión fiador por toda ella; lo que, sabido por el padre, echó a Antonio de casa. De allí a bien poco tiempo se arrimó a Clodio, el más atrevido e insolente de todos los demagogos, que con sus violencias traía alterada la república; pero luego se fastidió de su desenfreno, y temiendo a los que ya abiertamente hacían la guerra a Clodio, partió de Italia a la Grecia, donde se detuvo ejercitando el cuerpo para las fatigas de la guerra e instruyéndose en el arte de la oratoria. El estilo y modo de de-

cir que adoptó fué el llamado asiático, que, sobre ser el que más florecía en aquel tiempo, tenía gran conformidad con su genio hueco, hinchado y lleno de vana arrogancia y presunción.

III.—Habiendo de embarcarse para la Siria el procónsul Gabinio, le persuadió a que fuese con él a servir en el ejército; pero habiendo respondido que no lo ejecutaría en calidad de particular, nombrado comandante de la caballería le acompañó con este cargo. Y en primer lugar, enviado contra Aristóbulo, que había hecho rebelarse a los judíos, fué el primero que escaló el más alto de los fuertes, arrojando a aquél en seguida de todos, y viniendo con él después a batalla con pocas tropas en comparación de las del enemigo, que eran en mucho mayor número, le derrotó con muerte de casi todos los suyos, quedando cautivos el mismo Aristóbulo y su hijo. Proponiendo después de esto Tolomeo a Gabinio, con la oferta de diez mil talentos, que le acompañase a invadir el Egipto y recobrar el reino, como los más de los caudillos se opusiesen y el mismo Gabinio tuviese cierta repugnancia a aquella guerra, a pesar de la fuerza que le hacían los diez mil talentos, Antonio, que aspiraba a grandes empresas y deseaba servir a Tolomeo, al cabo persuadió e impelió a Gabinio a aquella expedición. Como lo que más temían en aquella guerra fuese el camino de Pelusio, teniendo que hacer la marcha por grandes arenales faltos de agua, y que pasar por las bocas de la laguna Serbonides, a la que los egipcios llaman respiradero de Tifón, siendo una filtración

y depósito del mar Rojo, separado del mar exterior por un istmo muy estrecho, enviado Antonio delante con la caballería, no sólo ocupó aquellos pasos, sino que tomó también a Pelusio, ciudad muy principal, y apoderándose de todos sus presidios, hizo seguro el camino para el ejército, y dió al mismo tiempo al general la mayor confianza de la victoria. Hasta los enemigos sacaron partido de su ambición; porque teniendo resuelto Tolomeo, lleno de ira y encono, hacer grande estrago en los Egipcios, se le opuso Antonio y lo contuvo. Habiendo ejecutado en las batallas y combates, que fueron grandes y frecuentes, muchas acciones ilustres de valor y prudencia militar, siendo las más señaladas el haber envuelto y cercado a los enemigos, poniendo así la victoria en manos de los que los combatían de frente, se le decretaron los premios y honores que le eran debidos. Ni dejó de ser sabida entre los Egipcios su humanidad con Arquelao, que murió en uno de aquellos encuentros; porque habiendo sido su amigo y su huésped, por necesidad peleó contra él vivo; pero buscando su cadáver después de muerto, lo envolvió y enterró con aparato regio. Con estos hechos dejó gran memoria de sí en Alejandría, y adquirió nombre y fama entre los soldados romanos.

IV.—Agregábase a esto la noble dignidad de su figura, pues tenía la barba poblada, la frente espaciosa, la nariz aguileña, de modo que su aspecto en lo varonil parecía tener cierta semejanza con los retratos de Hércules pintados y esculpidos; y aun había una tradición antigua según la cual los Anto-

nios eran heraclidas, descendientes de Anteón, hijo de Hércules; y además de parecer que se confirmaba esta tradición con su figura, según se deja dicho, procuraba él mismo acreditarlo con su modo de vestir, porque cuando había de mostrarse en público llevaba la túnica ceñida por las caderas, tomaba una grande espada y se cubría de un saco de los más groseros. Aun las cosas que chocaban en los demás, su aire jactancioso, sus bufonadas, el beber ante todo el mundo, sentarse en público a tomar un bocado con cualquiera y comer el rancho militar, no se puede decir cuánto contribuían a ganarle el amor y afición del soldado. Hasta para los amores tenía gracia, y era otro de los medios de que sacaba partido, terciando en los amores de sus amigos y contestando festivamente a los que se chanceaban con él acerca de los suyos. Su liberalidad y el no dar con mano encogida o escasa para socorrer a los soldados y a sus amigos fué en él un eficaz principio para el poder, y después de adquirido le sirvió en gran manera para aumentarlo, a pesar de los millares de faltas que hubieran debido echarlo por tierra. Referiré un solo ejemplo de su dadivosa liberalidad: mandó que a uno de sus amigos se le dieran doscientos cincuenta mil sestercios; esto los Romanos lo expresan diciendo *diez veces*. Admiróse su mayordomo, y como para hacerle ver lo excesivo de aquella suma pusiese en una mesa el dinero, al pasar preguntó qué era aquello, y respondiendo el mayordomo que aquél era el dinero que había mandado dar, comprendiendo Antonio su dañada inten-

ción, «Pues yo creía—le dijo—que diez veces era más; esto es poco, es menester que sobre ello pongas otro tanto».

V.—Pero esto fué más adelante. Cuando la república se dividió en facciones, uniéndose los del Senado con Pompeyo, que residía en Roma, y llamando de las Galias los del partido popular a César, que tenía un ejército poderoso, Curión, el amigo de Antonio, que, mudado el propósito, fomentaba la facción de César, se llevó a Antonio tras sí, y como además de tener por su elocuencia grande influjo sobre la muchedumbre gastase con profusión de los caudales enviados por César, hizo que Antonio fuera nombrado tribuno de la plebe y después sacerdote de los agüeros, a los que llaman Augures. Constituído Antonio en su magistratura, fué mucho lo que sirvió a los que estaban por César; porque, en primer lugar, poniendo el cónsul Marcelo a disposición de Pompeyo los soldados que ya se habían levantado, y dándole facultad para levantar más, lo estorbó Antonio escribiendo un edicto por el que se disponía que las fuerzas reunidas marchasen a la Siria en auxilio de Bíbulo, que hacía la guerra a los Partos, y que las que levantase Pompeyo no estuviesen a sus órdenes. En segundo lugar, como los del Senado rehusasen recibir las cartas de César, y no permitiesen que en él se leyeran, Antonio, valiéndose de su autoridad, las leyó e hizo que muchos mudaran de dictamen, pareciéndoles que César andaba moderado y justo en lo que proponía. Finalmente, habiéndose hecho en el Senado estas dos

proposiciones: si parecía que Pompeyo disolviera el ejército y si parecía que lo disolviera César, como fuesen muy pocos los que opinaban que dejase las armas Pompeyo, y todos, a excepción de unos cuantos, estuviesen por que las dejara César, levantándose Antonio hizo esta otra proposición: si parecía que Pompeyo y César a un tiempo dejaran las armas y disolvieran los ejércitos; y esta opinión la abrazaron con ardor todos, y haciendo grandes elogios a Antonio deseaban que quedase sancionada. Repugnáronlo los cónsules, y de nuevo presentaron los amigos de César otras instancias que parecieron equitativas; pero se declaró contra ellas Catón, y el cónsul Léntulo expulsó del Senado a Antonio, el cual al salir hizo contra ellos mil imprecaciones, y vistiéndose las ropas de un esclavo, tomó alquilado un carruaje y con Quinto Casio marchó en busca de César. Presentados ante éste, decían a gritos que ya en Roma todo estaba trastornado y en desorden, pues ni aun los tribunos gozaban de ninguna libertad, sino que era desechado y corría gran peligro cualquiera que articulase una palabra en defensa de la justicia.

VI.— En consecuencia de esto, tomando César su ejército, entró con él en la Italia, y con alusión a esto dijo Cicerón en sus *Filípicas* que Helena había sido el principio de la guerra troyana, y Antonio de la civil, faltando conocidamente a la verdad; porque no era Cayo César un hombre tan manejable y tan fácil a perder con la ira el asiento de su juicio, que a no haber tenido de antemano resuelto lo que hizo,

se había de haber arrojado a hacer tan repentinamente la guerra a la patria, por haber visto a Antonio mal vestido, y que éste y Casio habían tenido que huir a él en un carruaje alquilado, sino que la verdad fué que, estando tiempo había deseoso de aprovechar cualquier motivo, esto le dió una apariencia y disculpa a su parecer decente para la guerra, y le arrastraron contra todos los hombres las mismas causas que antes a Alejandro, y en tiempos más remotos a Ciro, a saber: una codicia insaciable del mando y una loca ambición de ser el primero y el mayor, lo que no le era dado conseguir sino acabando con Pompeyo. Luego que puesta por obra su resolución se apoderó de Roma y arrojó a Pompeyo de la Italia, siendo su determinación ir primero contra las fuerzas de Pompeyo en España y, después de haber preparado una armada, marchar contra el mismo Pompeyo, dió el mando de Roma a Lépido, que era pretor, y a Antonio, tribuno de la plebe, el de los ejércitos y toda la Italia. Bien presto éste se hizo tan amigo de los soldados, ejercitándose con ellos, poniéndose para todo a su lado y haciéndoles donativos según podía, como odioso a todos los demás; porque con sus distracciones no cuidaba de dar oídos a los que sufrían injusticias, trataba mal a los que iban a hablarle, y no corrían buenas voces en cuanto a abstenerse de las mujeres ajenas. Así es que el imperio de César, que por él mismo cualquiera cosa podía parecer menos que tiranía, lo desacreditaron e infamaron sus amigos, entre los cuales Antonio, que fué el que cometió

mayores violencias según el mayor poder que tenía, fué con justicia el más culpado de todos.

VII.—Sin embargo, cuando César volvió de España, pasó por encima de estos excesos; y en valer-se de él para la guerra, como de un hombre activo, valiente y hábil, ciertamente que no la erró; pues pasando él desde Brindis al mar Jonio con muy pocas fuerzas, despachó los transportes, enviando orden a Gabinio y a Antonio de que embarcaran las tropas y con toda celeridad se dirigieran a la Macedonia. No se determinó Gabinio a emprender aquella navegación, que era difícil en la estación del invierno, e hizo con el ejército un largo camino por tierra; pero Antonio, temiendo por César, que había quedado entre muchos enemigos, hizo retirar a Libón, que tenía guardada la boca del puerto, cercando las galeras de éste con multitud de lanchas, y embarcando en las naves que tenía preparadas ochocientos caballos y veinte mil infantes, se hizo a la vela. Habiendo sido visto y perseguido de los enemigos, pudo libertarse de este peligro porque un recio vendaval agitó impetuosamente el mar y combatió con furiosas olas las galeras de éstos; pero arrebatado al mismo tiempo con sus naves hacia rocas escarpadas y simas profundas, había perdido toda esperanza de salud, cuando repentinamente sopló del golfo un viento ábrego que repelió las olas de la tierra al mar, y apartándose él de ella, y navegando a todo su placer, vió la orilla llena de despojos de naufragio. Porque el viento había arrojado a ella las galeras que le perseguían.

y muchas se habían estrellado. Apoderóse, pues, Antonio de no pocas personas y riquezas, tomó además a Liso e inspiró a César la mayor confianza, llegando oportunamente con tantas fuerzas.

VIII.—Habiendo sido muchos y frecuentes los combates que allí se dieron, en todos se distinguió, y dos veces, saliendo al encuentro a los Cesarianos, que huían en desorden, los contuvo, y precisándolos a pelear de nuevo con los que los perseguían, alcanzó la victoria, por lo que después de César era grande su fama en el ejército. El mismo César manifestó la opinión que de él tenía cuando, habiendo de dar en Farsalia la batalla última que iba a decidir de todo, tomó para sí el ala derecha, y la izquierda la confió a Antonio, como el mejor militar de los que tenía a su lado. Nombrado César dictador después de la victoria, fué en persecución de Pompeyo; pero, eligiendo tribuno de la plebe a Antonio, lo envió a Roma. Es esta magistratura la segunda cuando el dictador está presente; pero en su ausencia la primera, o por mejor decir la única; porque cuando hay dictador, el tribunado queda, y todas las demás magistraturas desaparecen.

IX.—Era al mismo tiempo tribuno de la plebe Dolabela, joven todavía, que, aspirando por medio de novedades a darse a conocer, quiso introducir la abolición de deudas. Como fuese su amigo Antonio, y conociese su carácter, dispuesto siempre a complacer a la muchedumbre, le instaba para que le auxiliase y tomase parte en el proyecto. Sostenían lo contrario Asinio y Trebelio; y por una rara

casualidad concibió a este tiempo Antonio contra Dolabela la terrible sospecha de que profanaba su lecho. Sintiólo vivamente, por lo que echó de casa a la mujer, que era asimismo su sobrina, como hija de Cayo Antonio, el que fué cónsul con Cicerón, y abrazando el partido de Asinio hizo la guerra a Dolabela, porque éste se había apoderado de la plaza con ánimo de hacer pasar la ley a viva fuerza; pero sobreviniendo Antonio, autorizado con la determinación del Senado de que contra Dolabela se emplearan las armas, trabó combate y le mató alguna gente, teniendo también pérdida por su parte. Decayó con esto de la gracia de la muchedumbre; y con los hombres de probidad y de juicio nunca la tuvo, como dice Cicerón, por su mala conducta, sino que le aborrecieron siempre, abominando sus continuas embriagueces, sus excesivos gastos y su abandono con mujerzuelas; por cuanto el día lo pasaba en dormir, en pasear y en reponerse de sus crápulas, y la noche en banquetes, en teatros y en asistir a las bodas de cómicos y juglares. Dícese que, habiendo cenado en cierta ocasión en la boda del farsante Hippias, y bebido largamente toda la noche, llamado a la mañana por el pueblo a la plaza, se presentó eructando todavía la cena, y allí vomitó sobre la toga de uno de sus amigos. Los que más favor tenían con él eran el comediante Sergio y Citeris, mujerzuela de la misma palestra, que era su querida, y a la que llevaba consigo por las ciudades en litera, con no menor acompañamiento que el que seguía la litera de su madre.

Daba también en ojos verle llevar en los viajes, como en una pompa triunfal, vasos preciosos de oro, armar en los caminos pabellones, dar en los bosques y a las orillas de los ríos opíparos banquetes, llevar leones uncidos a los carros y hacer que dieran alojamientos en sus casas ciudadanos y ciudadanas de recomendable honestidad a bailarinas y prostitutas. Pues no podían sufrir que César pasara las noches al raso fuera de Italia, acabando de extirpar las raíces de tan molesta guerra a costa de grandes trabajos y peligros, y que otros en tanto vivieran por él en un fastidioso lujo, insultando a los ciudadanos.

X.—Parecía que con estas locuras fomentaba la sedición y relajaba la disciplina militar, dando rienda a los soldados para insolencias y raterías. Por lo mismo, César a su vuelta perdonó a Dolabela, y elegido tercera vez cónsul, no tomó por colega a Antonio, sino a Lépido. Había comprado Antonio la casa de Pompeyo, que había sido puesta a subasta, y porque se le pedía el precio se incomodó, llegando a decir que por esta causa no había tomado parte en la expedición de César al Africa, pues veía que no se daba la debida retribución a sus primeras hazañas y victorias. Con todo, parece que César corrigió en alguna parte su atolondramiento y disipación con no mostrarse del todo insensible a sus desaciertos. Porque haciendo alguna mudanza en su conducta, pensó en casarse, y contrajo segundo matrimonio con Fulvia, la que antes había estado casada con el alborotador Clo-

dio; mujer no nacida para las labores de su sexo o para el cuidado de la casa, ni que se contentaba tampoco con dominar a un marido particular, sino que quería mandar al que tuviese mando, y conducir al que tuviese caudillo; de manera que Cleopatra debía pagar a Fulvia el aprendizaje de la sujeción de Antonio, por haberle tomado ya manejable, instruído desde el principio a someterse a las mujeres; y eso que también a ésta intentó Antonio hacerla con chanzas y bufonadas más jovial y festiva. A este propósito se dirigía lo siguiente: cuando César volvía de la victoria conseguida en España, salieron muchos a recibirlo, y salió él también; pero habiendo llegado repentinamente a la Italia la voz de que, muerto César, se aproximaban los enemigos, se volvió a Roma, donde, tomando el traje de un esclavo, se vino de noche a casa, y diciendo que traía una carta de Antonio para Fulvia, se entró desconocido hasta la habitación de ésta; la cual, sobresaltada, antes de tomar la carta, preguntó si vivía Antonio, y él, alargándosela sin decir palabra, luego que la abrió y la empezó a leer se arrojó en sus brazos, haciéndole las mayores demostraciones de cariño. Otros muchos sucesos semejantes hubo; pero nos ha parecido referir éste solo para ejemplo.

XI.—En esta vuelta de César desde la España todos los principales salieron a recibirle a muchas jornadas; pero Antonio logró ser distinguido en sus obsequios; porque caminando en carruaje por la Italia, a Antonio lo trajo consigo, y a la espalda

a Bruto Albino, y al hijo de su sobrina, Octavio, el que más adelante tomó el nombre de César e imperó sobre los Romanos largo tiempo. Cuando de allí a poco fué César nombrado cónsul por la quinta vez, tomó desde luego por colega a Antonio, siendo su intento abdicar después en Dolabela, de lo que ya llegó a hacer relación al Senado; pero como se opusiese acaloradamente Antonio, diciendo mil pestes contra Dolabela, y oyendo otras tantas, avergonzado César de su poco miramiento, no insistió más por entonces. Iba al cabo de algún tiempo a ejecutar el nombramiento de Dolabela; pero diciendo en alta voz Antonio que los agüeros eran contrarios, cedió y tuvo que abandonar a Dolabela, que quedó muy resentido. Sin embargo de todo esto, parece que César no lo aborrecía menos que a Antonio; porque se dice que, habiéndole uno hablado mal en cierta ocasión de ambos, tratando de hacerlos sospechosos, le respondió que no temía a estos gordos y tragones, sino a aquellos descoloridos y flacos, indicando a Bruto y Casio, que eran los que habían de ponerle asechanzas y darle muerte.

XII.—Dióles a éstos el motivo, sin querer, Antonio. Celebraban los Romanos la fiesta llamada de los Lupercales, correspondiente a otra de igual nombre de los Griegos, y César, adornado de ropa triunfal, se sentó en la tribuna de la plaza pública para mirar de allí a los que corrían. Corren en esta fiesta los más de los jóvenes patricios y los más de los magistrados, y ungidos abundantemente dan

por juego con unas correas de pieles sin adobar la-
tigazos a los que encuentran. Era uno de los que
corrían Antonio, y dejando a un lado las ceremo-
nias patrias, y enredando una diadema en una co-
rona de laurel, se encaminó a la tribuna, y levan-
tado en alto por los que le acompañaban, la puso
sobre la cabeza de César, queriendo dar a entender
que le correspondía reinar. Haciendo éste por rom-
pérsela y quitársela, lo vió el pueblo con grande
alegría y muchos aplausos. Volvió Antonio a po-
nérsela, y César a quitársela; y habiendo así alter-
cado largo rato, a Antonio le aplaudieron muy
pocos, y éstos obligados de él; pero a César, por
haberlo resistido, lo aplaudió todo el pueblo con
grande algazara. Lo que había más que admirar
en esto era que, sufriendo en las obras lo que su-
fren los que son dominados por reyes, sólo estaban
mal con el nombre de rey, creyendo que en él es-
taba la ruina de la libertad. Levantóse, pues, Cé-
sar muy disgustado de la tribuna, y retirando la
toga del cuello, gritó que lo presentaba al que qui-
siera herirle. Habían puesto la corona a una de sus
estatuas, y los tribunos de la plebe la hicieron pe-
dazos, por lo que el pueblo les tributó también
aplausos; pero César los privó de sus magistraturas.

XIII.—Esto mismo fué lo que dió más aliento
a Bruto y Casio, los cuales, reuniendo para tratar
del hecho a los amigos que eran más de su con-
fianza, dudaban en cuanto a Antonio; algunos
querían asociarle, pero lo contradijo Trebonio, re-
firiendo que cuando salieron a recibir a César, que

volvía de España, tuvieron un mismo alojamiento y caminaron juntos él y Antonio, y que habiendo tocado a éste la especie con mucho tiento y precaución, lo había entendido, mas no había admitido la confianza; aunque tampoco lo había dicho a César, sino que había reservado con la mayor fidelidad aquella conversación. En consecuencia de esto, deliberaron sobre acabar con Antonio cuando dieran muerte a César; pero lo resistió Bruto, diciendo que una acción que se emprendía en defensa de las leyes y de lo justo debía estar separada y pura de toda injusticia. Mas temiendo las fuerzas de Antonio y la dignidad de su magistratura, destinaron para él a algunos de los conjurados, con el objeto de que cuando César entrase en el Senado y se hubiera de ejecutar lo proyectado le hablaran a la parte de afuera y lo detuvieran fingiendo tener que tratar con él algún negocio.

XIV.—Ejecutado todo como estaba resuelto, y habiendo quedado muerto César en el Senado, Antonio, por lo pronto, recurrió al medio de disfrazarse con las ropas de un esclavo, y se ocultó; pero cuando supo que los conjurados no pensaban en hacer mal a nadie, habiéndose refugiado en el Capitolio, les persuadió que bajasen, tomando en rehenes a su hijo, y aun él mismo tuvo a cenar a Casio, y Lépido a Bruto. Congregó el Senado, y él mismo habló en él de amnistía, y de distribuir provincias a Casio y Bruto; todo lo que confirmó el Senado, decretando que nada se alterase de lo hecho por César. Salió Antonio del Senado el hombre

más satisfecho del mundo, por parecerle que había cortado de raíz la guerra civil, y que en negocios los más difíciles y arriesgados que podían presentarse se había conducido con la mayor habilidad y la más consumada prudencia; pero bien presto, apoyado en la opinión de la muchedumbre, mudó este plan para formarse el de aspirar a ser el primero con toda seguridad, quitando de en medio a Bruto. Sucedió además que, pronunciando en la plaza, según costumbre, el elogio de César, como viese que el pueblo le oía con interés y complacencia, se propuso, en seguida de las alabanzas, excitar la lástima y la indignación por lo sucedido; y como al terminar su discurso presentase y desenvolviese la túnica manchada en sangre y acribillada de cuchilladas, tratando a los autores de matadores y asesinos, encendió al pueblo de tal manera en ira que, recogiendo por todas partes escaños y mesas, quemaron el cuerpo de César allí mismo, en la plaza, y tomando después tizones de la hoguera, corrieron a las casas de los conjurados, determinados a allanarlas e incendiarlas (1).

XV.—Saliendo, pues, de la ciudad Bruto y los demás conjurados, los amigos de César acudieron a Antonio, y su mujer Calpurnia, poniendo en él su confianza, le llevó en depósito la mayor parte de sus intereses, que sumados ascendían a cuatro mil talentos. Ocupó también Antonio los libros de César, entre los cuales se hallaban los registros de

(1) Véase el relato de estos mismos hechos en la *Vida de César*, t. VII de VIDAS PARALELAS, núms. 417-420 de la Colección Universal.

sus determinaciones y resoluciones, y añadiendo él a su voluntad lo que le pareció, a muchos los designó magistrados, a muchos los hizo senadores, a algunos los restituyó del destierro, o estando presos los puso en libertad, como si así lo hubiese tenido ordenado César. Así, a todos éstos los llamaban los Romanos, con una chistosa alusión, *Caronitas* (1), porque para defenderse de sus cargos acudían a los registros de un muerto. Otra infinidad de cosas hizo Antonio con igual despotismo, valiéndose de que era cónsul y de que tenía por colegas a sus hermanos, siendo Cayo pretor, y Lucio tribuno de la plebe.

XVI.—En este estado de los negocios llegó a Roma el nuevo César, hijo, como se ha dicho, de una sobrina del dictador, y nombrado heredero por éste, al tiempo de cuya muerte residía en Apolonia. Desde luego se dirigió a saludar a Antonio como amigo paterno; pero al mismo tiempo le hizo conversación del depósito, porque tenía que distribuir setenta y cinco dracmas a cada ciudadano romano, según César lo había mandado en su testamento. Despreciábalo al principio Antonio, viéndole tan muchacho, y decía que no tenía juicio en querer cargar, careciendo del talento necesario y de amigos, con el insoportable peso de la herencia de César; pero como aquél no cediese a tales especies y continuase reclamando sus intereses, pasó a decir y hacer mil cosas en su ofensa. Porque pre-

(1) De *Caronte*, conductor de la barca infernal

sentándose a pedir el tribunado de la plebe, le hizo oposición, y queriendo poner en el teatro la silla curul del padre, como estaba decretado, le amenazó de que lo haría llevar a la cárcel si no desistía de la idea de querer hacerse popular. Mas como este joven se pusiese en manos de Cicerón y de los demás enemigos declarados de Antonio, por medio de los cuales puso de su parte al Senado, mientras por sí mismo iba ganando al pueblo y reuniendo los soldados de las colonias, entrando ya en temor Antonio, tuvo con él una conferencia en el Capitolio, y se reconciliaron. Mas en aquella misma noche, estando durmiendo, tuvo en sueños una visión extraña: por parecerle que un rayo le hería la mano derecha; de allí a pocos días corrió la voz de que César pensaba atentar contra su vida, y aunque éste se defendió de semejante imputación, no quiso creerle. Con esto volvió a encontrarse la enemistad, y al recorrer ambos la Italia, procuraban a porfía atraerse con dádivas a los soldados veteranos establecidos en las colonias, y poner cada uno de su parte a los que todavía estaban con las armas en la mano.

XVII.—Era entonces Cicerón el de mayor poder y autoridad en la república, y como trabajase por inflamar todos los ánimos contra Antonio, alcanzó por fin del Senado que le declarara enemigo público, que a César se le enviaran las fasces y todas las insignias de pretor y que se diera a Pansa e Hircio el encargo de arrojar a Antonio de la Italia. Eran éstos a la sazón cónsules, y viniendo a

las manos con Antonio junto a Módena, acompañándolos César y peleando a su lado bien, quedaron vencedores en aquel encuentro, pero murieron ambos. Tuvo que huir Antonio, y en aquella huida se vió en mil apuros, de los que el mayor fué el hambre; pero en la adversidad se hacía mejor de lo que era por naturaleza, y cuando padecía infortunios podía pasar por bueno. Común es a todos conocer el precio de la virtud cuando caen en cualquiera desgracia o aflicción; pero no es de todos el imitar lo que aprueban y huir de lo que vituperan, haciéndose fuertes contra la mala fortuna; y antes algunos ceden de sus buenos discursos, y por debilidad se dejan arrastrar de sus hábitos y costumbres; mas Antonio en esta ocasión fué un admirable ejemplo para sus soldados, pasando de tanto regalo y opulencia a beber sin melindres agua corrompida y a mantenerse de raíces y frutos silvestres; y aun, según se dice, comieron cortezas y se resolvieron a usar de carnes nunca antes gustadas al pasar los Alpes.

XVIII.—Su intento era tratar con las tropas que allí había, mandadas por Lépido, que parecía ser amigo de Antonio, a causa de haber disfrutado por su mediación del favor de César para muchos negocios. Llegando, pues, y acampándose cerca, cuando vió que no se hacía con él demostración ninguna de amistad, se decidió a tentarlo todo. Llevaba el cabello desgreñado, y en el tiempo que había mediado desde la derrota le había crecido una espesa barba; tomó además la toga de duelo,

y llegando en esta disposición muy cerca del valladar de Lépido, empezó a hablarle. Como muchos se hubiesen conmovido al verle y mostrasen ablandarse con sus palabras, temió Lépido y, haciendo tocar las trompetas, evitó con el ruido que pudiera ser oído Antonio. Mas en los soldados aun fué mayor por esto la compasión, y habiendo hablado en secreto unos con otros, le enviaron a Lelio y Clodio disfrazados con las ropas de unas mujerzuelas, para que dijesen a Antonio que acometiera sin miedo al valladar, porque había muchos que le recibirían y si quería darían muerte a Lépido. En cuanto a éste, no permitió Antonio que se le tocara; pero teniendo su ejército pronto a la mañana siguiente, tentó pasar el río, y entrando él el primero, marchó denodado a la orilla opuesta; mas a este tiempo ya vió a muchos de los soldados de Lépido que le alargaba las manos y derribaban el valladar. Entrando, pues, y haciéndose dueño de todo, trató a Lépido con la mayor consideración, porque le saludó apellidándole padre; y aunque en la realidad él lo mandaba todo, éste conservaba el nombre y honores de emperador; esto hizo que también se le agregara Munacio Planco, acantonado no muy lejos de allí con bastantes tropas. Fortalecidos de esta manera, volvió a pasar los Alpes hacia Italia, trayendo diez y siete legiones de infantería y diez mil caballos; y además de esto todavía dejaba de guarnición en la Galia seis legiones con un tal Vario, amigo y camarada suyo, al que por apodo llamaban *Cotilón*.

XIX.— Ya César se desentendía de Cicerón viéndole decidido por la libertad, y por medio de sus amigos llamaba a Antonio a conciertos. Reuniéndose, pues, los tres en una isleta que formaba el río, tuvieron tres días de conferencias; y en todo lo demás se convinieron fácilmente, repartiendo entre sí toda la autoridad como pudieran una herencia paterna; pero en la contienda sobre qué ciudadanos eran los que habían de perder se detuvieron mucho, y les costó gran trabajo el avenirse, queriendo cada uno acabar con sus enemigos y salvar a su allegados. Finalmente, abandonando los que eran aborrecidos a la ira de los que los aborrecían, sin tener cuenta del deudo y honor del parentesco ni de la gratitud de la amistad, César dejó a Cicerón en manos de Antonio, y en las de César éste a Lucio César, que era tío suyo por parte de madre; a Lépido se le permitió matar a su hermano Paulo; otros dicen que Lépido cedió en cuanto a Paulo, siendo los otros los que pedían su muerte. Lo cierto es que no puede verse una cosa más atroz y cruel que estos cambios; porque permutando muertes por muertes, del mismo modo que a los que recibían mataban a los que entregaban; pero siempre eran más injustos con los amigos, a quienes daban muerte sin aborrecerlos.

XX.— Los soldados que asistieron a estos tratados pidieron que aquella amistad se confirmara con un casamiento, tomando César por mujer a Clodia, hija de Fulvia, la mujer de Antonio. Acordado también esto, fueron trescientos los proscrip-

tos a quienes dieron muerte, y ejecutada la de Cicerón, mandó Antonio que le cortaran la cabeza y la mano derecha, con que había escrito las oraciones que compuso contra él (1). Traídas que le fueron, las estuvo mirando con el mayor placer, dando grandes y repetidas carcajadas, y cuando ya se hubo saciado, mandó se pusieran sobre la tribuna en la plaza, queriendo insultar a un muerto, y no echando de ver que era su propia fortuna a la que insultaba y que él mismo era el afrentado en manifestar semejante poder. Lucio César, su tío, a quien anduvieron buscando y persiguiendo, se había refugiado en casa de su hermana, la cual, cuando los matadores llegaron, como pugnasen por entrar en su cuarto, se puso en la puerta, y extendiendo los brazos les gritó muchas veces: «No mataréis a Lucio César si no me matéis primero a mí, que he dado a luz al emperador.» Habiendo sido mujer de esta resolución, con ella logró ocultar y salvar al hermano.

XXI.—Hacíase en general molesto e insufrible este triunvirato, echándose de ello la culpa más principalmente a Antonio, por ser de más edad que César y de más poder e influjo que Lépido; pero él lo que hizo, luego que aflojó en los negocios, fué retroceder a aquella vida muelle y disoluta de sus primeros años. Agregábase además a la mala opinión que de él se tenía el odio no pequeño que contra él resultaba por la casa de su habitación,

(1) Las intituladas *Filípicas*.

que había sido de Pompeyo Magno, varón no menos admirable por su sobriedad y por su tenor de vida, tan sencillo como el de cualquier particular, que por sus tres triunfos. Porque se disgustaban de verla por lo común cerrada a los generales, a los pretores y a los legados, despedidos ignominiosamente desde la puerta, y llena de farsantes, de charlatanes y aduladores crapulentos, con los que gastaba la mayor parte de una riqueza adquirida por los medios más violentos e intolerables, pues no sólo vendían las haciendas de los proscriptos y se valían de todo género de exacciones, sino que, noticiosos de que en el colegio de las Vírgenes Vestales existían depósitos de extranjeros y de ciudadanos, entraron y se apoderaron de ellos. Viendo, pues, César que a Antonio nada le bastaba, propuso que se repartieran los caudales; lo que así se hizo, y repartieron también el ejército, dirigiéndose ambos a la Macedonia contra Bruto y Casio, y dejando a Lépido mandando en Roma.

XXII.—Luego que, habiendo desembarcado, pusieron mano a la guerra y estuvieron al frente del enemigo, oponiéndose Antonio a Casio, y César a Bruto, ninguna hazaña notable se vió de César, sino que a Antonio era a quien se debían las victorias y los triunfos. Porque en la primera batalla, derrotado César por Bruto, perdió el campamento, y fué muy poco lo que en la fuga se adelantó a los que iban en su alcance; aunque, según escribió en los *Comentarios*, habiendo tenido uno de sus amigos un ensueño, se retiró antes de la batalla;

Antonio, en cambio, venció a Casio, no faltando, sin embargo, quienes escriban que Antonio no se halló en la batalla, sino que después de ella alcanzó a los que perseguían a los enemigos. A Casio, Píndaro, uno de sus más fieles libertos, a petición y ruego suyo lo pasó con la espada, porque no sabía que Bruto había quedado vencedor. Al cabo de pocos días se dió otra batalla, y siendo vencido Bruto, se quitó la vida, debiéndose principalmente a Antonio la gloria de este triunfo: bien que César se hallaba a la sazón enfermo. Puesto ante el cadáver de Bruto, por un momento le echó en cara la muerte de su hermano Cayo, a quien la había dado Bruto en Macedonia en venganza por Cicerón; pero diciendo que más bien que Bruto era culpable Hortensio de la muerte del hermano, mandó que Hortensio fuese pasado a cuchillo sobre su sepultura; y encima del cadáver de Bruto arrojó su manto de púrpura, que era de grandísimo precio, y encargó a uno de sus propios libertos que cuidara de darle sepultura. Supo más adelante que éste no había quemado el manto con el cadáver, y que había escatimado alguna parte de la suma que se decía invertida en el entierro, e hizo darle muerte.

XXIII.—Después de estos sucesos, César se restituyó a Roma, creyéndose que, según su debilidad, su vida no sería larga; pero Antonio, dirigiéndose a las provincias de Oriente para adquirir fondos, pasó por la Grecia al frente de un numeroso ejército, porque, habiendo prometido a cada soldado cinco mil dracmas, se veía en la precisión de re-

coger cuantiosas sumas y hacer grandes exacciones. Sin embargo, con los Griegos no se portó dura y moleestamente, y más bien les fueron agradables su genio festivo en las conversaciones con los eruditos, su asistencia a los juegos y a las iniciaciones y su blandura en los juicios, complaciéndose en oírse apellidar amigo de los Griegos, y todavía más amigo de los Atenienses, a cuya ciudad hizo muchos donativos. Como quisiesen con este motivo los de Megara mostrarle alguna cosa apreciable en contraposición de Atenas, y deseasen, sobre todo, que viese su casa de consejo, subió allá; y preguntándole después de haberla visto qué le parecía: «Pequeña—les respondió—, pero vieja.» Pasó también a medir el templo de Apolo Pitio, con ánimo de restaurarlo, porque así lo había ofrecido al Senado.

XXIV.—Después que, habiendo dejado a Lucio Censorino por gobernador de la Grecia, pasó al Asia, empezó a participar de aquellas riquezas, frecuentando reyes su casa y compitiendo las mujeres de éstos entre sí en dones y atractivos para ganarle, y al mismo tiempo que César era fatigado con sediciones y guerras, gozaba él de gran sosiego y paz y era de sus antiguos afectos impelido otra vez a la acostumbrada vida. Los llamados Anaxenores, grandes guitarristas; los llamados Xutos, célebres flautistas; el bailarín Metrodoro, y toda la comparsa de juglares asiáticos, que en desvergüenza e insolencia se dejaban muy atrás a las pestes de Italia, corrieron y se apoderaron de su palacio,

y ya nada quedó que fuera tolerable, entregados todos a este desconcierto. Porque toda el Asia, a manera de aquella ciudad de Sófocles, estaba a un tiempo llena de sahumerios aromáticos

Y de cantos a un tiempo y de lamentos.

Al entrar, pues, en Efeso, las mujeres le precedían disfrazadas de Bacantes, y los hombres de Sátiros y Panes; y estando la ciudad sembrada de hiedra, de tirsos, de salterios, de oboes y de flautas, le saludaban y apellidaban Baco el benéfico y melifluo, y ciertamente para algunos lo era, siendo para los más cruel y desabrido: porque despojaba a los honestos habitantes de sus haciendas para darlas a aduladores y bribones, y pidiéndole algunos las haciendas de hombres que vivían, como si hubiesen muerto, las alcanzaban. La casa de un ciudadano de Magnesia la dió a un cocinero, en premio de haberle dado gusto en una cena. Finalmente, impuso a las ciudades dos tributos; sobre lo que, hablando Hibreas en defensa del Asia, se atrevió a decirle con demasiada aspereza, aunque al gusto de Antonio, según su genio: «Si puedes recoger dos veces en un año el tributo, podrás hacer que haya dos veces verano y dos veces otoño.» Haciendo después la cuenta de que el Asia le había contribuído con doscientos mil talentos, le dijo también con arrojo y confianza: «Si no los has percibido, pídelos a los que los recogieron, y si los percibiste y ya no los tienes, somos perdidos»; expre-

sión que llamó mucho la atención a Antonio, el cual ignoraba lo más de lo que pasaba, no tanto por ser negligente y descuidado como porque sencillamente se fiaba demasiado de los que le rodeaban. Pues realmente tenía un gran fondo de sencillez, y no daba fácilmente en las cosas; pero luego que advertía sus faltas, era vehemente en sentirlas, y no se detenía en dar satisfacción a los ofendidos. Era además excesivo en la retribución y en el castigo, aunque más salía de medida en el recompensar que en el castigar. Las chanzas y burlas que a los otros hacía, llevaban en sí mismas la medicina, porque no había mal en volvérselas y en chancearse también, y no menos se divertía con que se burlasen que con burlarse; cosa que en muchos negocios le fué perjudicial. Porque no sospechando que los que tenían libertad para las burlas le adulaban en los negocios serios, le cogían fácilmente como con cebo con las alabanzas, no advirtiendo que algunos mezclaban la libertad como una salsa astringente con la lisonja para quitar la saciedad al atrevido y demasiado hablar de los festines, y para disponer también el que cuando ceden y se aquietan en los negocios, parezca que no es en obsequio de la persona, sino a causa de darse por vencidos de su prudencia y su juicio.

XXV.—Siendo éste el carácter de Antonio, se le agregó por último mal el amor de Cleopatra, porque despertó e inflamó en él muchos afectos hasta entonces ocultos e inactivos, y si había algo de bueno y saludable con que antes se hubiese contenido,

lo borró y destruyó completamente. El enredarse en él fué de esta manera: Habiendo de emprender la guerra Pártica, le envió orden de que pasara a verse con él en la Cilicia, para responder a los cargos que se le hacían sobre haber socorrido y auxiliado largamente a Casio para la guerra. Delio, que fué mensajero, luego que vió su semblante y en sus palabras descubrió su talento y sagacidad, al punto se impuso de que Antonio no haría mal ninguno a una mujer como aquélla, sino que más bien sería, desde luego, la que privase con él. Conviértese, pues, a obsequiar y ganarse a aquella gitana, persuadiéndola, según aquello de Homero, a que fuera a la Cilicia compuesta y adornada, y no temiera a Antonio, que era el más dulce y humano de todos los generales. Creyó Cleopatra a Delio, y conjeturó por César y por el hijo de Pompeyo, a quienes siendo todavía mocita había tratado, que le había de ser muy fácil el apoderarse de Antonio, porque aquéllos la habían conocido de muy joven y sin experiencia de mundo, y a éste iba a verle en aquella edad en que la belleza de las mujeres está en todo su esplendor y la penetración en su mayor fuerza. Previno, pues, dones, riquezas y adornos, cuales convenía llevase yendo a tratar grandes negocios de un reino opulento, y, sobre todo, puso en sí misma y en sus arterías y atractivos las mayores esperanzas; y así emprendió su viaje.

XXVI.—Como hubiese recibido además diferentes cartas, así del mismo Antonio como de otros amigos de éste que la llamaban, le miró ya con tal

desdén y desenfado, que se resolvió a navegar por el río Cidno en galera con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento, y era impelida por remos con palas de plata, movidos al compás de la música de flautas, oboes y cítaras. Iba ella sentada bajo dosel de oro, adornada como se pinta a Venus. Asistíanla a uno y otro lado, para hacerle aire, muchachitos parecidos a los Amores que vemos pintados. Tenía asimismo cerca de sí criadas de gran belleza, vestidas de ropas con que representaban a las Nereidas y a las Gracias, puestas unas a la parte del timón, y otras junto a los cables. Sentíanse las orillas perfumadas de muchos y exquisitos aromas, y un gran gentío seguía la nave por una y otra orilla, mientras otros bajaban de la ciudad a gozar de aquel espectáculo, al que pronto corrió toda la muchedumbre que había en la plaza, hasta haberse quedado Antonio solo sentado en el tribunal; la voz que de unos en otros se propagaba era que Venus venía a ser festejada por Baco en bien del Asia. Convidóla, pues, a cenar; mas ella significó que desearía fuese Antonio quien viniese a acompañarla; y como éste quisiese darle desde luego pruebas de deferencia y humanidad, se prestó al convite y acudió a él. Encontróse con una prevención y aparato superior a lo que puede decirse; pero lo que le dejó parado sobre todo fué la muchedumbre de luces, porque se dice fueron tantas las que había suspendidas y colocadas por todas partes, y dispuestas entre sí con tal artificio y orden en cuadros y en círculos, que la vista que

hacían era una de las más hermosas y dignas de mirarse de cuantas han podido transmitirse a la memoria de los hombres,

XXVII.—Al día siguiente la convidó a su vez; y aunque se esforzó a aventajarse en esplendidez y en delicadeza, quedó inferior en ambas cosas; y viéndose en ellas vencido, fué el primero en burlarse de su torpeza y rusticidad. Cleopatra, que en la misma befa que de sí hacía Antonio echó de ver que ésta no tenía nada de fina, y se resentía de lo soldado, usó también con él de chanzas sin reserva y con la mayor confianza: pues, según dicen, su belleza no era tal que deslumbrase o que dejase parados a los que la veían; pero su trato tenía un atractivo inevitable, y su figura, ayudada de su labia y de una gracia inherente a su conversación, parecía que dejaba clavado un agujijón en el ánimo. Cuando hablaba, el sonido mismo de su voz tenía cierta dulzura, y con la mayor facilidad acomodaba su lengua, como un órgano de muchas cuerdas, al idioma que se quisiese: usando muy pocas veces de intérprete con los bárbaros que a ella acudían, sino que a los más les respondía por sí misma, como a los Etiopes, Trogloditas, Hebreos, Arabes, Siros, Medos y Partos. Dícese que había aprendido otras muchas lenguas, cuando los que la habían precedido en el reino ni siquiera se habían dedicado a aprender la egipcia, y algunos aun a la macedonia habían dado de mano.

XXVIII.—De tal manera avasalló a Antonio que, a pesar de haberse puesto en guerra con César

Fulvia su mujer por sus propios negocios y de amenazar por la Macedonia el ejército de los Partos, del que los reyes habían nombrado generalísimo a Labieno, y con el que iban a invadir la Siria, se marchó, arrastrado por ella, a Alejandría, donde, entretenido en las diversiones y juegos propios de un muchacho dado al ocio, desperdiciaba y malograba el gasto de mayor precio de todos, como decía Antifón, que es el tiempo: porque seguían la que llamaban *comunión de vida inimitable*; y convidándose alternativamente por días, hacían un gasto desmedido. Refería a mi abuelo Lamprias el médico Filotas, natural de Anfiso, que a la sazón se hallaba él en Alejandría, joven aún y aprendiendo su profesión, y habiéndose hecho conocido de uno de los jefes de cocina de palacio, le persuadió éste a que pasara a ver la suntuosidad y aparato de uno de aquellos banquetes; que introducido a la cocina, entre otras muchas cosas vió ocho cerdos monteses asados, lo que le hizo admirarse del gran número de convidados, a lo que se rió el cocinero, y le dijo que los convidados no eran muchos, sino unos doce; pero que era preciso que estuviera en su punto cada cosa que había de ponerse a la mesa, y, pasado éste, se echaba a perder: pues podía suceder que entonces mismo pidiese Antonio la cena, o de allí a poco, si le ocurría, o dilatarlo más, pidiendo un vaso para beber, o por moverse alguna conversación; por lo cual no parecía que era una cena sola, sino muchas las que se preparaban, a causa de que no podía preverse la hora. Refería,

pues, estas cosas Filotas, y también que al cabo de algún tiempo vino a ser uno de los dependientes del hijo mayor de Antonio, tenido en Fulvia, con el que cenaba en confianza con otros amigos, cuando aquél no cenaba con el padre, y que en una de estas ocasiones al médico, que era insolente y les mortificaba con disputas mientras cenaban, le hizo callar con este sofisma: «Al que está algo calenturiento se le ha de dar de beber frío; todo el que tiene calentura está algo calenturiento; luego a todo el que tiene calentura se le ha de dar de beber frío; que con esto se había quedado aturdido aquel hombre sin hablar palabra, y celebrándolo el hijo de Antonio, se había echado a reír, y le dijo: «Todas aquellas cosas, ¡oh Filotas!, te las doy de regalo» (señalando un aparador lleno de muchas y preciosas piezas de plata); que él le agradeció el buen deseo, estando muy distante de pensar que aquel joven pudiera tener facultad de hacer un presente tan cuantioso; pero de allí a poco tomó todas las piezas uno de los criados, y se las llevó en un canasto, diciendo que lo sellase por suyo; que él lo repugnó y temía recibirlo; pero el criado había replicado de esta manera: «Miserable, ¿en qué te detienes? ¿No sabes que el que te lo regala es hijo de Antonio, y que podría darte otras tantas piezas de oro? Aunque, si a mí me crees, lo mejor será que no las cambies por dinero, porque quizá el padre deseará algunas de estas piezas por ser obra antigua y de primorosa hechura.» Decíame, pues, mi abuelo que Filotas hacía frecuente esta relación.

XXIX.—Cleopatra, usando de una adulación no cuádruple, como dice Platón, sino múltiple, ora Antonio estuviese dedicado a cosas serias, ora para juegos y chanzas, siempre le tenía preparado un nuevo placer y una nueva gracia con que le traía embobado, sin aflojar de día ni de noche. Porque con él jugaba a los dados, con él bebía y con él cazaba, siendo su espectadora si se ejercitaba en las armas. Cuando de noche se acercaba a las puertas y ventanas de los particulares para hacer burlas a los que se hallaban dentro, ella también corría con él las calles, y le acompañaba, tomando el traje de una esclava, porque él se disfrazaba de la misma manera; de aquí es que siempre se retiraba habiendo sufrido por su parte algunas burlas, y a veces hasta golpes, lo que a muchos los inducía a sospechar de él. Con todo, los Alejandrinos no dejaban de divertirse con su humor festivo, y de usar chanzas y juegos, no del todo sin gracia y sin chiste, celebrando su genio y diciendo que con los Romanos usaba de la máscara trágica, y con ellos de la cómica. Referir muchos de sus juegos y burlas no dejaría de parecer bien insulso; mas vaya el siguiente: Estaba una vez pescando con mala suerte, y enfadándose porque se hallaba presente Cleopatra, mandó a los pescadores que, metiéndose sin que se notara debajo del agua, pusieran en el anzuelo peces de los que ya tenían cogidos; y habiendo sacado dos o tres lances, no dejó la egipcia de comprender lo que aquello era. Fingió, pues, que se maravillaba, y haciendo conversación con sus amigos

les rogó que al día siguiente concurrieran a ser espectadores. Embarcáronse muchos en las lanchas, y luego que Antonio echó la caña, mandó a uno de los suyos que nadara por debajo del agua y, adelantándose, colgara del anzuelo pescado salado del Ponto. Cuando Antonio creyó que había caído algún pez, tiró, y siendo el chasco y la risa tan grande como se puede pensar, «Deja—le dijo—, ¡oh Emperador!, la caña para nosotros los que reinamos en el Faro y en Canope; vuestros lances no son sino ciudades, reyes y provincias.»

XXX.—Mientras con tales juegos y puerilidades se entretenía Antonio, le sobrecogieron dos mensajes: uno de Roma, por el que se le avisaba que Lucio, su hermano, y Fulvia, su mujer, primero habían reñido y altercado entre sí, y después, poniéndose en guerra abierta con César, lo habían echado todo a perder y huído de la Italia. El otro en nada era más favorable y llevadero que éste, porque se le decía que Labieno, al frente de los Partos, había subyugado el Asia desde el Eufrates y la Siria hasta la Lidia y la Jonia. Vuelto, pues, con dificultad en sí como del sueño o de la embriaguez, movió primero para hacer frente a los Partos, y llegó hasta Fenicia; pero enviándole Fulvia cartas llenas de lamentos, se dirigió hacia Italia, conduciendo doscientas naves. Tropezó por suerte en la travesía con aquellos de sus amigos que habían huído, y supo que la causa de la disensión había sido Fulvia, mujer de carácter inquieto y violento, que había esperado sacar a Antonio de los lazos

de Cleopatra si se suscitaba algún movimiento en la Italia. Sucedió por casualidad que Fulvia, que iba en su busca, enfermó en Sicione, y murió, con lo que hubo más proporción para su reconciliación con César. Pues luego que llegó a la Italia, como se viese que César no tenía contra él ninguna queja y que de las que contra él había echaba la culpa a Fulvia, no le permitieron sus amigos que exigiese explicaciones, sino que los pusieron bien al uno con el otro, y partieron el imperio, poniendo por límite el mar Jonio: de manera que las regiones de Oriente quedaran para Antonio, las de Occidente para César, y el Africa se le dejara a Lépido, disponiéndose además que, si no les agradase ser cónsules, lo fueran amigos de ambos alternativamente.

XXXI.— Aunque esto parecía haberse concluído a satisfacción, siendo necesario darle mayor consistencia, la fortuna la proporcionó: porque Octavia era hermana mayor de César, bien que no de la misma madre, pues era hija de Ancaria, y éste nacido después de Atia. Amaba sobremanera a la hermana, que se dice haber sido ejemplo maravilloso de mujeres. Hallábase viuda de Cayo Marcelo, muerto poco había, y parecía que, habiendo fallecido Fulvia, se hallaba también viudo Antonio; pues, aunque no negaba sus relaciones con Cleopatra, no confesaba estar casado, siendo esto lo único en que parecía haber lidiado contra el amor de la Egipciaca. Insistían todos en esta otra boda, esperando que, reuniendo Octavia con una gran belleza una admirable gravedad y juicio, si se enlazaba

con Antonio y era de él amada como a sus sobresalientes calidades correspondía, había de ser un poderoso vínculo para la salud y concordia de unos y otros. Luego que se pusieron de acuerdo, subieron a Roma para celebrar el matrimonio de Octavia, y no permitiendo la ley que la mujer viuda se casara antes de los diez meses de la muerte del marido, el Senado, por un decreto, le dispensó el tiempo que faltaba.

XXXII.—Estaba Sexto Pompeyo apoderado de la Sicilia, y talaba la Italia por medio de muchas naves corsarias, mandadas por el pirata Mena y por Menecrates, con lo que hacía el mar intransitable; y habiéndose portado benignamente con Antonio, porque había dado hospedaje a su madre, huída de Roma con Fulvia, les pareció conveniente avenirse también con él. Reuniéronse al efecto en el promontorio Miseno y punta de él que da sobre el mar, arribando Pompeyo con su escuadra, y siendo escoltados Antonio y César por su infantería. Convenidos en que Pompeyo tendría la Cerdeña y la Sicilia, bajo la condición de limpiar el mar de piratas y de enviar a Roma una cantidad determinada de trigo, se convidaron a cenar recíprocamente, y sorteando quién sería el primero que agasajara a los otros, le cupo la suerte a Pompeyo. Preguntóle Antonio dónde cenarían, y le respondió: «Aquí (señalando la galera capitana de seis órdenes); porque esta es—añadió—la casa paterna que le ha quedado a Pompeyo»; lo que decía para zaherir a Antonio, que se había hecho dueño

de la casa del padre de Pompeyo. Aferrando, pues, la nave con las áncoras, y formando una especie de puente desde el promontorio, les hizo el más amistoso recibimiento. Estaban en lo mejor del convite y en la fuerza de los dichos punzantes lanzados contra Cleopatra y Antonio, cuando el pirata Mena se acercó a Pompeyo de manera que los otros no lo oyeron, y «¿Quieres—le dijo—que pique los cables de la nave, y te haré señor, no sólo de Sicilia y Cerdeña, sino del imperio de los Romanos?» Al oírlo Pompeyo se quedó pensativo por algún tiempo, y luego le respondió: «Valía más, Mena, que lo hubieras hecho sin prevenírmelo; ahora debo respetar el estado presente, porque no es de mi carácter el ser un perjuro.» Habiendo sido convidado del mismo modo después de ambos, navegó la vuelta de Sicilia.

XXXIII.—Antonio, después del convenio, envió a Ventidio al Asia para que detuviera a los Partos, no dejándoles pasar más adelante, y habiendo sido nombrado, por hacer obsequio a Octavio César, sacerdote de César el Dictador, continuaron tratando en buena compañía y amistad de los más graves negocios; mas cuando se juntaban a divertirse y jugar, Antonio se sentía mortificado de que siempre era el que libraba peor; y es que tenía a su lado un Egipcio dado a la adivinación, de aquellos que examinan el signo, el cual, o instruido de Cleopatra, o teniéndolo por cierto, estaba diciendo continuamente a Antonio con sobrada libertad que, siendo su fortuna la más grande y brillante, se

marchitaba al lado de la de César, y le aconsejaba que se alejara cuanto más pudiera de aquel joven. «Porque tu genio—le decía—teme al suyo; y siendo festivo y altanero cuando está solo, se queda tamañito y abatido luego que aquél parece»; y los hechos parece que venían en apoyo del Egipcio. Porque si se echaban suertes sobre cualquiera cosa a ver a quién le tocaba, o si jugaban a los dados, siempre era Antonio el que perdía. Echaban muchas veces a refir gallos o codornices adiestradas, y siempre vencían los de César: con lo que recibía manifiesto disgusto Antonio; y bien por esta causa, o más bien por haber dado oídos al adivino, marchó de la Italia, dejando al cuidado de César sus cosas domésticas; aunque a Octavia la llevó en su compañía hasta la Grecia, habiendo ya tenido en ella una niña. Hallábase de internada en Atenas cuando le llegaron las nuevas de las victorias de Ventidio, a saber: que había derrotado a los Partos en una batalla, en la que habían muerto Labieno y Farnapates, que era el mejor general de los del rey Hirodes. Por estos sucesos dió un banquete público a los Griegos, y combates a los Atenenses; para lo que, dejando en casa las insignias del mando, salió en ropa y calzado de confianza, con las batas de que usan los presidentes de los juegos, y por sí mismo separó, tomándolos del cuello, según costumbre, a los jóvenes combatientes.

XXXIV.—Habiendo de partir para la guerra, tomó una corona del olivo sagrado, y llenando, según cierto oráculo, un odre lleno de agua de la

Clepsidra (1), lo llevó también consigo. En esto, cargando Ventidio sobre Pacoro, hijo del rey, que de nuevo invadía la Siria con un poderoso ejército, le derrotó en la región Cirrestica, con gran matanza de los enemigos, siendo Pacoro uno de los primeros que murieron. Este suceso, entre los más celebrados de los Romanos, dió a éstos la más completa satisfacción por los infortunios de Craso (2), y encerró otra vez dentro de los términos de la Media y la Mesopotamia a los Partos, vencidos tres veces consecutivas en batalla campal. Contúvose Ventidio de seguirles más lejos el alcance por temor de la envidia de Antonio; mas sojuzgó a todos los que se habían rebelado, y cercó a Antíoco Comagenes en la ciudad de Samosata. Proponiéndole éste que entregaría mil talentos y quedaría a las órdenes de Antonio, le mandó acudiera a Antonio mismo, el cual ya se hallaba cerca, y no permitía que Ventidio concluyera el tratado con Antíoco, queriendo que este acto tomara de él el nombre, y no sonara todo hecho por Ventidio. Prolongábase el sitio, y los de adentro, luego que desconfiaron de la paz, se defendían vigorosamente; por lo que, viendo Antonio que nada adelantaba, avergonzado y arrepentido a un tiempo, se dió por contento de concluir el tratado con Antíoco en trescientos talentos. Arregló en seguida en la Siria al-

(1) Era una fuente de la ciudadela de Atenas parecida a los relojes de agua, porque a veces la tenía y a veces no.

(2) Muerto en lucha con los Partos. Véase VIDAS PARALELAS, tomo VI, números 370 y 371 de la Colección Universal.

gunos negocios y, regresando a Atenas, dispensó a Ventidio los honores que le eran debidos, y lo envió a obtener los del triunfo. Hasta ahora éste es el único que hubiese triunfado de los Partos: hombre de nacimiento obscuro, y que sólo debió a la amistad de Antonio la ocasión de emprender grandes hazañas; con lo que se confirmó lo que se decía de Antonio y de César: que eran más afortunados mandando por medio de otros que por sí mismos, pues también Sosio, general de Antonio, se distinguió por sus hechos en la Siria, y Canidio, a quien había dejado por su lugarteniente en la Armenia, venciendo a los de esta región y a los reyes de los Iberes y los Albanos, había llegado hasta el Cáucaso, con lo que el nombre y fama del poder de Antonio se habían difundido entre aquellos bárbaros.

XXXV. — Indispuesto de nuevo contra César por algunos chismes, navegó con trescientas galeras a la Italia, y no habiéndole querido recibir los Brentesianos (1), se dirigió a Tarento. Navegaba con él desde la Grecia Octavia, que se hallaba a la sazón encinta, y había dado antes a luz otra niña. Rogóle, pues, ésta que la enviara a tratar con el hermano; y habiéndose hallado en el camino con César, a quien acompañaban sus amigos Agripa y Mecenas, se lamentó mucho con ellos, y les hizo repetidos ruegos sobre que no la abandonaran en ocasión que de la más dichosa había venido a ser

(1) Habitantes de *Brundisium*, hoy *Brindis*.

la más infeliz de las mujeres. «Porque ahora—decía—todos me tienen la mayor consideración por ser mujer y hermana de los emperadores; pero si las cosas paran en mal y se rompe la guerra, en cuanto a vosotros es incierto a quién tiene prescrito el hado el vencer o ser vencido; cuando para mí lo uno y lo otro es miserable y triste.» Vencido César con estas razones, se encaminó de paz a Taranto, donde gozaron los habitantes del magnífico espectáculo de ver en tierra un numeroso ejército, muchas naves surtas en el puerto y los recibimientos y abrazos recíprocos de unos y otros. Túvolos el primero a cenar Antonio, concediendo también esto César al amor de la hermana. Convinióse entre ellos que César daría a Antonio dos legiones para la guerra Pártica, y Antonio a César cien naves bronceadas; y Octavia sobre esto recabó del marido veinte buques menores para el hermano, y mil soldados más de éste para aquél. Terminada así su desavenencia, César al punto se dirigió a Sicilia a la guerra contra Pompeyo, y Antonio, encomendándole a Octavia con los hijos habidos de ella y los que tenía de Fulvia, se dió a la vela para el Asia.

XXXVI.—La más terrible peste, que había estado callada por largo tiempo, es decir, el amor de Cleopatra, que parecía adormecido y debilitado por mejores consideraciones, se encendió y estalló de nuevo al acercarse a la Siria; y por fin el caballo indócil y desbocado del apetito, como se explica Platón, hollando y pisando todo lo honesto y sa-

Indudable, hizo que enviara a Fonteio Capiton para conducir a la Siria a Cleopatra. Llegado que hubo, le concedió y añadió a sus provincias, no una cosa pequeña y despreciable, sino la Fenicia, la Calesiria, Chipre y gran parte de la Cilicia, y además todavía la parte de Judea que produce el bálsamo, y de la Arabia Nabatea todo lo que toca al mar exterior. Incomodáronse los Romanos en gran manera con estas donaciones, sin embargo de que a personas particulares daba provincias y reinos de grandes naciones, y a muchos les quitaba también los reinos, como al judío Antígono, al que, traído a su presencia, hizo decapitar, no habiéndose impuesto antes esta pena a ningún rey; pero lo que más insufrible se les hacía era el pasar por la vergüenza de los honores dispensados a Cleopatra. Subió de punto este oprobio habiendo tenido de ella dos hijos gemelos, de los cuales al uno llamó Alejandro y a la otra Cleopatra, y por sobrenombre a aquél, Sol, y a ésta, Luna. Era singular en hacer gala de sus excesos y liviandades; así, decía que la grandeza del imperio de los Romanos no resplandecía en lo que adquirían, sino en lo que donaban, y que la nobleza se dilataba con las sucesiones y descendencias de muchos reyes, y de este modo era como su progenitor venía de Hércules, que no limitó su sucesión a una mujer sola, ni temió a las leyes de Solón y a la cuenta que había de darse de la procreación, sino que se propuso dar a la especie muchos principios y orígenes de familias y linajes.

XXXVII.—Habiendo Fraates dado muerte a su padre Hirodes, fueron muchos los Partos que tomaron la huída, y de ellos vino a acogerse a Antonio Moneses, varón muy principal y poderoso, al cual, como asemejase sus infortunios a los de Temístocles y comparase su propio poder y magnanimidad con los de los reyes de Persia, le hizo donación de tres ciudades, Larisa, Aretusa y Hierápolis, llamada antes Bambice. Envió el rey de los Partos quien ofreciera a Moneses su diestra en señal de reconciliación, y Antonio manifestó placer en mandarle, porque tiraba a engañar a Fraates con la idea de la paz, para ver si así recobraría las insignias que tomaron a Craso y los soldados que todavía sobreviviesen. Remitió por entonces a Cleopatra a Egipto, y marchando por la Arabia y la Armenia, donde se le reunieron sus tropas y las de los reyes aliados, que eran muchos, y el más poderoso de todos, Artavasdes, rey de Armenia, que se presentó con diez y siete mil caballos y siete mil infantes, hizo el alarde de su ejército. De los Romanos eran los infantes sesenta mil, y diez mil hombres de caballería de Españoles y Galos incorporados a los Romanos; y de las demás naciones, entre caballería y tropas ligeras, treinta mil hombres. Todo este aparato y este poder, que infundió terror hasta en los Indios de la otra parte de la Bactriana y conmovió toda el Asia, dicen que se inutilizó en su mano a causa de Cleopatra; porque apresurándose a ir a pasar con ella el invierno, precipitó la guerra antes de tiempo, y todo lo hizo arre-

batada y tumultuariamente, como hombre que no estaba en su acuerdo, sino que, como con hierbas o hechizos, tenía siempre los ojos puestos en ella, y atendía más a volver cuanto antes a su lado que a domar a los enemigos.

XXXVIII.—Porque, en primer lugar, debiera haber invernado en la Armenia, para dar descanso a las tropas, fatigadas con una marcha de ocho mil estadios, y haber ocupado la Media en el principio de la primavera, antes que los Partos movieran de sus cuarteles de invierno; y no teniendo paciencia para esperar tanto tiempo, marchó desde luego con el ejército, dejando a la izquierda la Armenia, y tocando en la región Atropatena, se puso a talar el país. Después de esto, conduciendo en trescientos carros las máquinas de sitio, entre las que había un ariete de ochenta pies de largo, y de las cuales ninguna que se destruyese podía ser reparada con tiempo, por no producir todo aquel país superior sino maderas ruines y blandas, con la prisa las dejó como estorbos de su ligera marcha encomendadas a una guardia, de la que era comandante Estaciano, y se fué a poner sitio a Fraata, ciudad populosa, en la que se hallaban los hijos y las mujeres del rey de la Media. La necesidad le convenció bien presto del error que había cometido en dejar las máquinas, teniendo que recurrir al medio de levantar contra la ciudad grandes trincheras a costa de mucho tiempo y trabajo. Bajó en esto con poderoso ejército Fraates, y enterado de que habían quedado atrás los carros de las máquinas, envió

contra ellos una gruesa división de caballería, por la que, sorprendido Estaciano, murió en la acción, y diez mil hombres con él. Tomaron además los bárbaros las máquinas, y las destruyeron e hicieron gran número de cautivos, siendo uno de ellos el rey Polemón.

XXXIX.—Mortificó este suceso, como era indispensable, a todo el ejército de Antonio, por haber sufrido tan inesperado descalabro, y Artavasdes, rey de Armenia, abandonando el partido de los Romanos, se retiró con sus tropas, a pesar de que había sido el principal instigador de aquella guerra. Acudieron con intrepidez los Partos contra los sitiadores, haciéndoles injuriosas amenazas, y no queriendo Antonio que estando el ejército en inacción prendiera y se aumentara en él el desaliento, tomó diez legiones, tres cohortes pretorias de infantería y todos los caballos, y marchó con estas tropas a acopiar víveres, pensando que así atraería mejor a los enemigos y vendrían a una batalla campal. Había hecho un día de marcha, y viendo que los Partos le iban alrededor, buscando el caer sobre él en el camino, puso en el campamento la señal de batalla, y levantando después las tiendas, como si no hubiera de pelear, pasó por delante de la hueste de los bárbaros, que estaba formada en media luna, dando la orden de que cuando se viera que los más avanzados de los enemigos estaban al alcance de los legionarios, les diera una carga la caballería. A los Partos, que se mantenían a distancia, les pareció superior a todo elogio la

formación de los Romanos, y observaban atentos cómo iban pasando con ciertos claros compasados, sin desorden y en silencio, blandiendo las lanzas. Dada la señal, acometió con algazara la caballería; los Partos se defendieron en sus puestos, aunque desde luego estuvieron al alcance de los dardos; mas cuando acometió la infantería, espantados los caballos de los Partos con sus gritos y el estruendo de las armas, y asustados también estos mismos, dieron a huir antes de venir a las manos. Siguióles Antonio el alcance, concibiendo esperanza cierta de que con aquella batalla, o se daba fin a la guerra, o se estaba cerca de él; pero cuando, después de haberlos perseguido los infantes por espacio de cincuenta estadios y la caballería por tres tantos más, se halló, al hacer el recuento de los muertos y cautivos, que éstos no eran más que treinta y aquéllos no pasaban tampoco de ochenta, fué grande la incertidumbre y desaliento en que cayeron, al hacer la triste reflexión de que, si vencían, no acababan sino con un número muy corto, y si eran vencidos, tenían una pérdida tan terrible como la que tuvieron en la acción en que perdieron los carros. Movieron al día siguiente para volver al sitio y campamento delante de Fraata; y al principio dieron en el camino con unos cuantos enemigos, después con muchos más, y por fin con todos, que como invictos y con nuevas fuerzas los provocaban e intentaban acometerles por todas partes; tanto, que no sin gran dificultad y trabajo pudieron llegar salvos al campamento; y como los Medos de adentro hu-

biesen hecho una salida contra las trincheras y hubiesen infundido terror en las avanzadas, irritado Antonio recurrió a la pena de diezmar a los que se habían manifestado cobardes, porque, formándolos por decenas, de cada una pasó por las armas al que le tocó la suerte, y a los que quedaron mandó que, en lugar de trigo, les distribuyeran cebada.

XL.—Hacíase a unos y a otros difícil esta guerra, y lo futuro les infundía igual miedo: a Antonio, porque temía el hambre y no veía el modo de hacer acopios sin heridos y muertos, y a Fraates, porque sabía que los Partos todo lo podían sufrir menos la intemperie y pasar las noches al raso en el invierno; por lo que tenía el recelo de que, si los Romanos aguantaban y permanecían, lo abandonasen sus tropas, pues ya habían empezado los fríos apenas pasado el equinoccio de otoño. Discurrió, pues, el siguiente ardid: aquellos Partos más conocidos, cuando se encontraban con los Romanos al ir a buscar víveres o a otros menesteres, los trataban con más blandura, y aun disimulaban cuando los veían tomar algunas cosas, celebrando su valor como de unos buenos guerreros, admirados con razón aun de su mismo rey. Con esto ya luego se llegaban más cerca, y parando los caballos, motejaban a Antonio de que, estando Fraates dispuesto a la paz por lástima de tantos y tan valientes soldados, no se prestaba aquél, ni daba la menor ocasión, sino que se estaba muy tranquilo, dando lugar a que sobrevinieran otros enemigos más terribles, el hambre y el invierno, de los que les sería

difícil librarse, aun cuando los Partos se propusieran acompañarlos. Como muchos acudiesen a Antonio con estas relaciones, empezó a ceder y ablandarse con la esperanza; mas, sin embargo, no se resolvió a entrar en tratados con el Parto sin haber antes averiguado de aquellos bárbaros, que tan benignos se mostraban, si el rey pensaba como ellos. Contestáronle que sí, y aun exhortaron a que no se tuviera ningún recelo o desconfianza; ya con esto Antonio envió a algunos de sus más allegados con la proposición de que le entregara los cautivos y las insignias, para que no pareciese que lo que únicamente buscaba era salvarse y huir. Respondiéndole el Parto que si, dejadas a un lado aquellas reclamaciones, se retiraba, al punto tendría seguridad y paz; tomó en pocos días sus disposiciones, y se puso en marcha. Mas con ser el más elocuente de su tiempo para mover al pueblo y llevarse tras sí un ejército, de vergüenza y aburrimento no se atrevió a alentar por sí mismo a las tropas, sino que dió este encargo a Domicio Enobarbo, con lo que algunos se incomodaron, teniéndolo a desprecio; pero los más lo llevaron a bien, y reflexionando el motivo, por lo mismo creyeron que debían ser más sumisos y obedientes al general.

XLI.—Su intención era regresar por el mismo camino, que era llano y despejado de árboles; pero un Arabe del país de los Mardanos, que en gran parte había contraído la costumbres de los Partos, y que ya se había mostrado fiel a los Romanos en la batalla de las máquinas, se llegó a Antonio y le

previno que se retirara llevando siempre los montes a la derecha, y no expusiera un ejército, en su mayor parte de infantería y armado pesadamente, en un terreno desnudo y abierto a las cargas y a las saetas de una caballería tan numerosa; pues ésta había sido la intención de Fraates en hacerle abandonar el sitio bajo condiciones tan benignas, y que él mismo le guiaría por un camino mucho más corto, y en el que tendría mayor abundancia de víveres. Antonio, al oírle, se puso a reflexionar, y aunque por una parte no quería que pareciese desconfiaba de los Partos después del tratado, por otra le era muy grato el atajo del camino y el que la marcha fuese por aldeas habitadas; así, pidió al que quería ser conductor alguna prenda para crearle. Prestóse él a que le tuvieran aprisionado hasta haber puesto el ejército en la Armenia, y por dos días fué de guía atado sin que ocurriese novedad; pero al tercero, cuando ya Antonio no pensaba en los Partos, y por la misma confianza caminaba sin la menor cautela, observó el Mardano que una presa que había en el río estaba recientemente rota, y el agua se derramaba con abundancia por el camino que habían de llevar, lo que le hizo comprender que aquello era obra de los Partos, con el objeto de que el río los enredara y detuviera. Hizo, pues, que Antonio lo viese y observase, para que viniera en conocimiento de que los enemigos estaban cerca, y aun no había acabado de formar sus tropas, disponiendo una carga de los ballesteros y honderos contra los enemigos, cuando ya se pre-

sentaron los Partos, y corrieron a envolver y cortar por todos lados el ejército. Marcharon contra ellos las tropas ligeras; y causando a éstas muchas heridas con sus tiros, y no recibíéndolas menores de las saetas y pelotas de plomo que se les arrojaban, se retiraron. Repitieron otra vez el mismo choque, hasta que, volviendo los Celtas contra ellos sus caballos, los acometieron con viveza y los dispersaron, sin que en todo aquel día volvieran a parecer.

XLII.—Viendo con esto Antonio cómo debía conducirse, protegió con muchos ballesteros y honderos, no sólo la retaguardia, sino también uno y otro flanco, y caminando con su hueste en cuadro, dió orden a la caballería de que los acometiera y rechazara, y rechazados no les siguiera lejos el alcance; de manera que los Partos, habiendo experimentado en cuatro días seguidos que nada habían podido adelantar, ni habían causado más daño que el que habían recibido, empezaron a aflojar, y pensaban en retirarse, poniendo la estación por excusa; pero al quinto día Flavio Galo, buen militar, emprendedor y que se hallaba con mando, se llegó a Antonio y le pidió que le permitiera tomar mayor número de los tiradores de retaguardia y algunos caballos de los del frente, como para hacer una cosa memorable. Dióselos, y al cargar los enemigos los rechazó, no como antes, retirándose luego a incorporarse con la infantería, sino permaneciendo y trabando un combate reñido. Viendo los comandantes de retaguardia que se había desunido, lo

enviaron a llamar, pero él no hizo caso. Dícese que el cuestor Ticio, echando mano a las insignias, retrocedió, y reconvino con denuestos a Galo de que no hacía mas que perder a los mejores y más valientes soldados; pero éste le volvió las injurias, y mandando a su tropa que premaneciese, Ticio se retiró; mas Galo, arrojándose denodadamente sobre los enemigos que tenía al frente, no observó que le cercaban y envolvían muchos por la espalda. Herido, pues, y acosado por todas partes, envió a pedir auxilio; los capitanes que mandaban la infantería, de los cuales era uno Canidio, hombre de grande influjo y poder cerca de Antonio, cometieron, como lo puede juzgar cualquiera, un grandísimo yerro, pues cuando debían acometer con toda la hueste apiñada, enviando de auxilio partidas pequeñas, y vencidas aquéllas, otras, no vieron que de aquella manera iban a poner en derrota y en fuga todo el ejército; y así habría sucedido, a no haber acudido el mismo Antonio desde el frente con la infantería, y haber mandado a la legión tercera que por entre los que huían penetrase contra los enemigos, con lo que los contuvo en su persecución.

XLIII. — Murieron sobre unos tres mil hombres, y se condujeron a las tiendas cinco mil heridos; entre ellos el mismo Galo, pasado de frente por cuatro saetas; pero éste no sanó de las heridas. A los demás los visitó y alentó Antonio, llorando sobre sus males y mostrándose compadecido; ellos, contentos, tomándole la diestra, le rogaban al reti-

rarse que se cuidara y no se afligiese, saludándole con el dictado de emperador y diciéndole que se tenían por salvos con que él tuviera salud. Porque puede decirse que ni en robustez ni en sufrimiento ni en edad mandó general ninguno de los de aquella época un ejército más brillante que el suyo; así como, por otra parte, en el respeto al general, en la obediencia unida con el amor y en el preferir todos unánimemente, ilustres, plebeyos, caudillos y particulares, el ser honrados y apreciados de Antonio a su propia salud, a ninguno de los antiguos romanos concedía ventaja. Concurrían para esto las muchas causas que hemos dicho: su ilustre origen, su facundia y elocuencia, su munificencia y liberalidad, y su gracia y humor festivo para los chistes y para el trato. Entonces, condoliéndose y sintiendo con los que padecían, y dando a cada uno lo que le hacía falta, todavía tuvo más prontos para todo que los sanos a los enfermos y heridos.

XLIV.—Cuando ya los enemigos desmayaban y cedían, de tal modo los engrió esta victoria, y hasta tal punto despreciaron a los Romanos, que aun por la noche se acercaron a su campamento, esperando saquear de un momento a otro sus tiendas vacías y sus equipajes abandonados. A la mañana se reunieron en mucho mayor número, pues se dice que no bajaban de cuarenta mil caballos, enviando el rey hasta los de su guardia, como a una victoria cierta y segura, pues él en persona no se encontró en ninguna batalla. Queriendo Antonio hablar a los soldados, pidió la toga de duelo para compare-

cer a sus ojos en estado más abatido; pero habiéndose opuesto a ello sus amigos, les arengó con el manto de general, alabando y aplaudiendo a los vencedores e improperando a los fugitivos, a lo que contestaron los primeros dándole nuevas seguridades e inspirándole mayor confianza, y los segundos excusándose y ofreciéndose a que si quería los diezmase o los castigase de cualquier otra manera, no queriendo otra cosa sino que dejara de estar triste y desconsolado. Entonces, tendiendo al cielo las manos, hizo a los dioses la plegaria de que si por su anterior prosperidad tenían resuelto tomar alguna venganza, toda recayera sobre él, dando al ejército salud y la victoria.

XLV.—Al día siguiente continuaron su marcha mejor defendidos; y los Partos, cuando se presentaron a quererlos acometer, se encontraron con una extraña novedad; porque cuando creían que eran venidos a saquear y robar, y no a una batalla, cayó sobre ellos una nube de dardos, y viendo a los Romanos valerosos y esforzados, volvieron otra vez a desalentarse. Al bajar éstos de unos collados bastante pendientes, repitieron su ataque, acometiéndolos en la lenta marcha que llevaban; entonces, volviéndose la infantería, encerró dentro de su formación a las tropas ligeras, y poniendo los primeros la rodilla en tierra, presentaron sus escudos. Los que formaban después pusieron sus escudos sobre éstos, y lo mismo respecto de éstos los otros; y esta disposición, que es muy semejante a la forma de un tejado, sobre ofrecer una vista teatral, es la

más fuerte de las formaciones para hacer que se resbalen los dardos. Los Partos, cuando vieron a los Romanos poner la rodilla en tierra, creyeron que aquello era darse por perdidos y efecto del cansancio, por lo que no quisieron valerse ya de los arcos, sino que echando mano a las lanzas, se fueron a combatir de cerca; mas entonces los Romanos, levantándose de repente y alzando grande gritería, los rechazaron con sus chuzos, y habiendo dado muerte a los primeros que se presentaron, pusieron en desordenada fuga a todos los demás; otro tanto sucedió los días siguientes, siendo muy poco lo que adelantaban en su marcha. Fatigó en esto el hambre al ejército, que sólo combatiendo se proporcionaba algún poco de trigo, y que estaba además falto de utensilios para la moltura, porque había sido preciso dejar los más a causa de ser muchas las acémilas que habían muerto y ser conducidos en las restantes los enfermos y heridos. Dícese que un *quenix* (1) de trigo llegó a costar cincuenta dracmas, y que el pan de cebada se vendía a peso de plata. Recurrieron en este apuro a las hierbas y a las raíces, y como encontrasen pocas a las que estuviesen acostumbrados, siéndoles preciso hacer pruebas con las que no habían gustado antes, dieron con una hierba que los volvía locos, y después de la locura les causaba la muerte; porque el que la comía no se acordaba ni tenía ya conocimiento de nada, y todo su afán era mover y revolver cuantas

(1) El *quenix* griego era igual a un cuartillo de la medida castellana.

pedras veía, como si se ocupara en una cosa de importancia. Estaba, pues, llena toda la llanura de hombres inclinados al suelo para arrancar y mudar las piedras, y, por último, morían con vómitos de bilis, por cuanto les faltaba el vino, que era el único remedio. Como muriesen, pues, en gran número y los partos no los dejasen respirar, se dice que Antonio exclamó muchas veces: «¡Oh diez mil!», maravillándose de los que se retiraron con Jenofonte, pues que con haber hecho un camino más largo desde Babilonia, y teniendo que pelear con muchos más enemigos, al fin se salvaron.

XLVI.— Los Partos, no pudiendo romper el ejército ni hacerle perder su formación, vencidos y puestos en fuga muchas veces, volvían a acercarse pacíficamente a los Romanos, que iban a proveerse de trigo o de forraje, y mostrándoles flojas las cuerdas de los arcos, les decían que ellos tenían determinado retirarse, que aquél era ya el término de la guerra y que sólo algunos Medos los seguirían a una o dos jornadas, no para incomodarlos, sino para dar protección a las aldeas más retiradas. Acompañaban a estas palabras salutations y otros cumplimientos; de manera que los Romanos llegaron a tranquilizarse, y habiéndolo oído Antonio, pensó en descender más a la llanura, por decirse que el camino por las montañas carecía de agua. Cuando iba a ponerlo en ejecución, llegó al campamento uno de los enemigos, llamado Mitrídates, sobrino de aquel Moneses que se acogió a Antonio y a quien éste hizo la donación de las tres ciudades. Pidió que

fuera a hablar con él alguno que supiera explicarse en la lengua pártica o siriaca, y ejecutándolo Alejandro de Antioquía, que era amigo de Antonio, les descubrió quién era, y poniendo aquel favor a cuenta de Moneses, le preguntó si veía aquellos montes continuados y altos allá lejos; respondió que sí los veía. «Pues al pie de aquéllos—le dijo—están en acecho los Partos con un grande ejército; porque tras aquellos montes hay grandes llanuras, y esperan acabar en ellas con vosotros, llevándoos allá engañados con haceros dejar el camino de los montes. En éste tenéis sed y trabajo, cosas ya conocidas; pero si Antonio marcha por aquél, sábeta que le aguarda la misma suerte que a Craso.»

XLVII.—Dicho esto, se retiró. Antonio, encontrándose en gran perplejidad y confusión, hizo llamar a sus amigos y al árabe que le servía de guía, el cual pensaba de aquella misma manera; pues aun sin enemigos, sabía que aquellas llanuras carecían de senda cierta, y eran muy expuestas a perderse y andar errantes en ellas, mientras que el atajo no ofrecía otra dificultad que la de haber de carecer de agua por una jornada. Mudando, pues, de propósito, marchó por este camino en aquella misma noche, mandando que se proveyesen de agua. Faltábanles a muchos las vasijas, por lo que llenaron de agua los morriones, y algunos hasta la tomaron en las pieles con que se cubrían. Cuando ya estaban en marcha, tuvieron de ello aviso los Partos, y, contra su costumbre, se pusieron a perseguirlos de noche, y al salir el sol alcanzaron a los

últimos, que se hallaban muy mal parados con la vigilia y la fatiga, pues habían andado en aquella noche doscientos cuarenta estadios; así, tanto por esto como por el aparecimiento repentino de los enemigos, cayeron en gran desmayo, y el combate mismo contribuía a acrecentar la sed, porque sobre la marcha misma tenían que defenderse. Los que iban de vanguardia llegaron a un río de agua abundante y fresca, pero salada y dañosa; pues, bebida, movía el vientre con grandes dolores e inflamaba más la sed; y sin embargo de habérselo prevenido el árabe, bebían, desprendiéndose de los que querían contenerlos. Recorría Antonio las filas, y les rogaba que aguantaran por muy poco tiempo, pues no estaba lejos otro río de agua saludable, y el resto del camino era ya áspero e inaccesible a la caballería, con lo que del todo se verían libres de enemigos; al mismo tiempo hizo llamar a los que todavía peleaban, y dió la señal de acampar, para que siquiera gozaran de sombra los soldados.

XLVIII.—Puestas las tiendas y retirados los Partos, según solían, volvió otra vez Mitridates, y saliendo Alejandro a hablarle, lo exhortó a que, haciendo un ligero descanso el ejército, levantara el campo y se apresurara a ponerse al otro lado del río, porque los partos no le pasarían, ni los perseguirían mas que hasta allí. Habiéndolo anunciado a Antonio Alejandro, le llevó de parte de aquél muchos vasos y tazas de oro, de los que tomó Mitridates cuanto pudo ocultar bajo sus ropas, y se marchó. Todavía era de día cuando hizo levantar

el campo, y marchaban sin ser molestados de los enemigos; pero ellos mismos hicieron aquella noche la más terrible y congojosa de todas, porque robaban y mataban a los que tenían oro o plata, y saquearon los equipajes. Finalmente, poniendo sus manos hasta en los cofres de Antonio, hacían pedazos la vajilla y mesas de gran precio, y se lo repartían. Como con este motivo fuese grande la turbación y alboroto que se apoderó de todo el campamento, porque creían que, habiéndolos sorprendido los enemigos, se habían entregado a la fuga y a la dispersión, llamando Antonio a Ramno, uno de los libertos que tenía en su guardia, le hizo jurar que cuando le diera la orden lo había de pasar con la espada y le había de cortar la cabeza, para no caer vivo en poder de los enemigos ni ser de ellos conocido después de muerto. Lamentándose con esta ocasión sus amigos, el árabe sosegó y tranquilizó a Antonio, diciéndole que estaban ya muy cerca del río, porque el ambiente era húmedo, y un aura más fresca y suave hacía agradable y dulce la respiración, además de que el tiempo le hacía conocer que estaban al fin de la marcha, pues que restaba poco de la noche. Informáronle otros al mismo tiempo que el alboroto no había tenido otro origen que la injusticia y latrocinio de algunos soldados, por lo que, queriendo recoger y apaciguar la tropa desordenada y dispersa, mandó dar la señal de acampar.

XLIX.—Vino en esto el día, y cuando el ejército empezaba a tomar algún orden y descanso, en-

contrándose los de retaguardia molestados por las saetas de los Partos, se dió a las tropas ligeras la señal de batalla. La infantería volvió a formar tejado con los escudos y a esperar en esta disposición a los enemigos, que no se atrevían a acercarse. A poco que así caminaron los de vanguardia se descubrió ya el río, y formando Antonio su caballería al frente de los enemigos, pasó primero los enfermos. Después ya tuvieron facilidad y seguridad para beber aun los que habían combatido, pues los Partos, luego que vieron el río, aflojaron las cuerdas de los arcos, y decían a los Romanos que pasaran tranquilos, celebrando mucho su valor. Pasaron, pues, sosegadamente, y luego que se hubieron repuesto, continuaron su marcha, no fiándose todavía de los Partos. Al sexto día después del último combate, llegaron al río Araxes, que divide la Media de la Armenia. Parecióles más profundo y rápido en su curso, y corrió la voz de que allí les tenían armada celada los enemigos para cuando pasasen; pero le pasaron sin ser inquietados, y cuando pisaron el suelo de la Armenia, como si acabaran de tomar tierra saliendo del mar, lo besaron, llorando de gozo y abrazándose unos a otros. Como marchasen entonces por una región abundante y lo tuviesen todo de sobra después de la mayor miseria y escasez, enfermaron de hidropesía y cólicos.

L.—Hizo entonces Antonio otra vez un recuento, y halló que había perdido veinte mil infantes y cuatro mil caballos, no todos a manos de los ene-

migos, sino como la mitad de este número de enfermedades. Su marcha desde Fraata había sido de veintisiete días, y había vencido a los Partos en diez y ocho batallas; pero estas victorias no habían tenido grandes consecuencias ni dado seguridad, porque el alcance seguido a los enemigos había sido siempre corto y de muy poco fruto; en lo que se veía bien claro que el rey de Armenia, Artavases, había privado a Antonio de dar fin a aquella guerra. Porque si hubieran permanecido diez y seis mil soldados de a caballo que trajo de la Media, armados como los Partos y acostumbrados a pelear contra ellos, cuando los Romanos los hubieran rechazado en la batalla, éstos los habrían acabado en la fuga, y vencidos no se habrían rehecho y vuelto con osadía al combate tantas veces. Así es que todos acaloraban a Antonio para que castigara al rey de Armenia; pero él, haciéndose cargo de la situación presente, ni lo reconvino por su traición, ni disminuyó en lo más mínimo los honores y obsequios que solía hacerle, hallándose entonces con poca gente y falta de todo. Más adelante, entrando en la Armenia, y atrayéndole con promesas y llamamientos a que viniera a sus manos, lo prendió, y conduciéndole atado a Alejandría, triunfó de él; cosa que disgustó mucho a los Romanos, por ver que con las hazañas y proezas de la patria hacía obsequios a los Egipcios por consideraciones a Cleopatra. Pero esto, como se ha dicho, fué más adelante.

LI.—Entonces, caminando sobre nieves y en

medio de un invierno de los más crudos, perdió otros ocho mil hombres en la marcha, y bajando hasta el mar con muy poca gente, en una fortaleza situada entre Berito y Sidón, y llamada Leucecome (1), determinó esperar a Cleopatra. Como tardase, era grande su desazón e inquietud, y aunque recurrió a sus desórdenes de beber hasta la embriaguez, no fué de manera que aguantase y se estuviese sentado, sino que se levantaba en medio de los brindis e iba a mirar muchas veces, hasta que por fin arribó al puerto, trayendo mucho vestuario y cuantiosos fondós para los soldados, bien que algunos dicen que trajo efectivamente Cleopatra el vestuario, pero que el dinero repartido lo puso Antonio de su propio caudal, como si lo hubiera dado ésta.

LII. — Suscitóse a este tiempo riña y desavenencia entre el rey de los Medos y el parto Fraates, nacida, según dicen, con ocasión del botín hecho a los Romanos, y fué tal que en el Medo engendró sospecha y recelo de que éste le despojara del reino. Por tanto, envió a llamar a Antonio, prometiéndole que le auxiliara en la guerra con todo su ejército. Infundió esto grandes esperanzas a Antonio, porque veía que aquella sola cosa en que se consideraba inferior para domar a los Partos, que era la fuerza de la caballería y los arqueros, se le venía a las manos, pareciendo que hacía favor en lugar de pedirlo. Disponíase, pues, a subir otra vez por la Armenia,

(1) Es decir, *Aldea blanca*.

y juntándose con el rey de los Medos en el río Arajes, dar desde allí principio a la guerra.

LIII.—Queriendo Octavia navegar desde Roma a unirse con Antonio, se lo permitió César; los más creen que no por condescender con su deseo, sino para que, desatendida y abandonada, diera causa justa para la guerra. Llegada a Atenas, recibió carta de Antonio en que le daba orden de permanecer allí, hablándole de la expedición. Sintiólo Octavia, y no dejó de conocer el pretexto; pero, con todo, le escribió, preguntándole adónde quería que le enviase los efectos que le traía: eran gran copia de vestuario para los soldados, muchas acémilas, caudales y regalos para los caudillos y amigos que tenía a su lado, y fuera de esto, dos mil soldados escogidos para las cohortes pretorianas, equipados de las más primorosas armaduras. Dióle de esto noticia, enviado al efecto por ella, un tal Niger, amigo de Antonio, el que añadió los más completos como los más debidos elogios. Mas llegó a entender Cleopatra que Octavia iba a ponerse en contraposición con ella, y temerosa de que, uniendo a la gravedad de sus costumbres y al poder de César la dulzura del trato y la complacencia a voluntad de Antonio, se le hiciera invencible y del todo se apoderara de éste, fingió que estaba perdida de amores por Antonio; y para ello debilitaba el cuerpo con tomar escaso alimento, y en su presencia ponía la vista como espantada, y cuando se apartaba de ella, caída y triste. Hacía de modo que muchas veces se la viera llorar, y de repente se

limpiaba y ocultaba las lágrimas, como que no quería que él lo advirtiese. Usaba de todas estas simulaciones cuando Antonio estaba para partir de la Siria al punto convenido con el rey de los Medos, y los aduladores, interesados por ella, motejaban a Antonio de duro e insensible, porque iba a acabar con una pobre mujer que en él solo tenía puestos sus sentidos; porque Octavia había venido con motivo de los negocios, enviada del hermano, y ya disfrutaba del nombre de legítima mujer, mientras que Cleopatra, reina de tantos pueblos, se contentaba con llamarse la amante de Antonio, y no tenía a menos o desdeñaba este nombre mientras veía a éste y le tenía a su lado; y luego que se mirase abandonada, era seguro que no sobreviviría. Finalmente, de tal manera le ablandaron y afeminaron que, por temor de que Cleopatra se dejase morir, se volvió a Alejandría y dió largas al rey de los Medos hasta el verano, sin embargo de decirse que había entre los Partos sediciones y alborotos. Con todo, habiendo subido después, trabó amistad con él, y tomando para mujer de uno de los hijos de Cleopatra a una de las hijas del mismo rey, que todavía era muy niña, volvió con esta afinidad cuando ya iba a entrar en la guerra civil.

LIV.—Cuando Octavia volvió de Atenas, mirándola César como despreciada y ofendida, le dió orden de que se fuese a vivir a su casa; pero ella le respondió que no dejaría la del marido, y rogaba al hermano que si no había determinado hacer la

guerra a Antonio por otra causa, no hiciese alto en sus querellas, pues ni siquiera era decente que se dijese de los dos mayores emperadores que, el uno por el amor de una mujer y el otro por celos, habían introducido la guerra civil entre los Romanos. Y esto que decía lo confirmaba con las obras; porque ocupaba la casa de Antonio como si éste se hallara presente, y cuidaba con la mayor diligencia y decoro, no sólo de los hijos que en ella misma había tenido, sino de los que había tenido en Fulvia, y si venían algunos amigos recomendados por Antonio para las magistraturas o por otros negocios, los recibía con aprecio y los protegía en lo que deseaban obtener de César. Mas sucedía que con esto mismo perjudicaba más contra su intención a Antonio; pues que era aborrecido por tratar mal a una mujer tan envidiable, y lo era además por el repartimiento que en Alejandría hizo a los hijos, y que pareció trágico, orgulloso y antirromano. Porque introdujo un gran gentío en el Gimnasio, donde sobre una gradería de plata hizo poner dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra, y otros más pequeños para los hijos. De allí, en primer lugar proclamó a Cleopatra reina del Egipto, de Chipre, del Africa y de la Siria inferior, reinando en unión con ella Cesarión, el cual era tenido por hijo de César el Dictador, que había dejado a Cleopatra encinta. En segundo lugar, dando a los hijos nacidos de él y de Cleopatra el dictado de reyes, a Alejandro le adjudicó la Armenia, la Media y el reino de los Partos para cuando fuesen

sojuzgados, y a Tolomeo la Fenicia, la Siria y la Cilicia. Al mismo tiempo, de los hijos presentó a Alejandro en traje medo, llevando la tiara derecha, a la que llaman también citaris, y a Tolomeo adornado con el calzado, el manto y el sombrero con diadema, que es el ornato de los reyes sucesores de Alejandro, así como aquél lo es de los Medos y los Armenios. Luego que los hijos saludaron con ósculo a los padres, al uno se le puso guardia de Armenios y al otro de Macedonios. Porque Cleopatra ya entonces, y siempre en adelante, no salía en público sino con la ropa sagrada de Isis, y como una nueva Isis daba oráculos.

LV.—Dió cuenta César al Senado de estos sucesos, y denunciándolos muchas veces al pueblo, irritó a la muchedumbre contra Antonio. Envió por su parte éste quien hiciera cargos a César, siendo los principales capítulos: Primero, que habiendo despojado de la Sicilia a Pompeyo, no le había dado parte ninguna en aquella isla. Segundo, que habiendo recibido del mismo Antonio prestadas naves para la guerra, le había dejado enteramente sin ellas. Tercero, que habiendo expelido del mando a su colega Lépido, dejándole infamado, César se había tomado su ejército, sus provincias y las rentas que a aquél le habían sido asignadas. Sobre todo, que había repartido a sus soldados podía decirse que toda la Italia, no dejando nada para los de Antonio. Defendíase de estas acusaciones César, diciendo que Lépido había tenido que abdicar un mando del que no usaba sino en agravio de los ciu-

dadanos, que lo que había adquirido por la guerra lo partiría con Antonio cuando éste partiera con él la Armenia, y que si sus soldados no participaban de la Italia, era porque poseían la Media y la Partia, que habían adquirido para los Romanos, combatiendo valerosamente con su emperador.

LVI.—Hallándose Antonio en la Armenia cuando tuvo noticia de estas cosas, dispuso que al punto bajara Canidio al mar con diez y seis legiones; él, con Cleopatra, se trasladó a Efeso, donde reunía una poderosa armada, haciendo venir naves de todas partes, pues con los transportes llegaban a ochocientas, de las cuales había dado doscientas Cleopatra, veinte mil talentos y víveres para todo el ejército durante la guerra. Antonio, a persuasión de Domicio y de algunos otros, resolvió que Cleopatra se retirara al Egipto a estar en expectación de los sucesos de la guerra; pero ella, temerosa de que se hicieran nuevos conciertos por medio de Octavia, ganó con grandes dádivas a Canidio, para que en su favor hiciera presente a Antonio que ni era justo alejar de aquella guerra a una mujer que tanto había contribuido para ella, ni convenía tampoco amortiguar el interés de los Egipcios, que tan considerable parte eran de aquellas fuerzas, fuera de que no veía que Cleopatra valiera para el consejo menos que los otros reyes aliados, siendo una mujer que por sí misma había gobernado largo tiempo un reino tan extenso, y a su lado se había formado para los mayores negocios. Al cabo esto prevaleció, porque estaba en los hados que todo el

imperio había de venir a reunirse en las manos de César. Juntando, pues, aquéllos sus fuerzas, se dirigieron a Samos, donde se entregaron a toda diversión y regalo; pues así como dieron órdenes a todos los reyes, potentados y tetrarcas, y a todas las naciones y ciudades comprendidas entre la Siria, la Meotide, la Armenia y el Ilirio para que enviaran y condujeran toda especie de preparativos de guerra, del mismo modo se impuso precisión a todo cómico, farsante y juglar de acudir a Samos; y mientras casi toda la tierra estaba en aflicción y llanto, una sola isla cantó y danzó por muchos días, estando llenos los teatros y compitiendo entre sí los coros. Concurrieron al sacrificio todas las ciudades, enviando cada una un buey; los reyes iban entre sí a porfía en los convites y dádivas, de manera que llegó a decirse: «¡Cómo celebrarán éstos la victoria, cuando tales fiestas hacen para los preparativos de la guerra!»

LVII.—Pasada esta furia de diversiones, a toda aquella comparsa de artífices de Baco les señaló para su residencia la ciudad de Priene, y se encaminó a Atenas, donde volvió otra vez a los regocijos y teatros. Cleopatra, envidiosa de los honores dispensados a Octavia, porque ésta se había hecho mucho lugar en Atenas, procuró ganar a aquel pueblo con toda especie de obsequios, y los Atenien-ses, habiéndole decretado los honores que apetecía, diputaron embajadores que le llevaran los decretos, siendo uno de ellos Antonio, como ciudadano de Atenas; y puesto ante ella, le dirigió un discurso

en nombre de la ciudad. Envió a Roma encargados para echar a Octavia de su casa, de la que dicen salió, llevando en su compañía a todos los hijos de Antonio, a excepción del mayor tenido en Fulvia, que se hallaba con el padre; salió llorando y lamentándose de que pareciese que era ella una de las causas de aquella guerra. Compadecíanla los Romanos; pero aún compadecían más a Antonio, sobre todo los que habían visto a Cleopatra, que ni en edad ni en belleza se aventajaba a Octavia.

LVIII.—Al oír César la celebridad y grandeza de tales preparativos se sobresaltó, por temor de tener que hacer la guerra en aquel verano; pues eran muchas cosas las que le faltaban, y los pueblos llevaban a mal las exacciones de tributos. Porque precisados unos a dar la cuarta de sus frutos, y los de condición libertina la octava de cuanto poseían, clamaban contra él, y había sediciones y tumultos en casi toda la Italia. Así es que se tiene por uno de los mayores errores de Antonio el haber dilatado la guerra, por cuanto dió tiempo a César para prevenirse y para que apaciguara las sediciones; pues si los hombres cuando se les exige se alborotan, después de haber contribuído y pagado se aquietan. Ticio y Planco, varones consulares, amigos de Antonio, insultados de Cleopatra porque en muchas cosas se le habían opuesto mientras estaban en el ejército, huyeron de él, y pasándose a César, le denunciaron el testamento de Antonio, del que tenían conocimiento. Hallábase depositado en poder de las vírgenes Vestales, y a la

petición que César les hizo se negaron, respondiendo que si quería, fuera y lo tomase. Hízolo así, y primero leyó para sí solo lo en él escrito, anotando algunos lugares que daban más margen a acusación. Reuniendo después el Senado, los leyó con ofensa e indignación de muchos; porque parecía cosa dura y terrible que se hiciera cargo a nadie en vida de lo que disponía para después de su muerte. Sobre lo que principalmente insistía era sobre la cláusula relativa a su entierro, en la que mandaba que, si moría en Roma, su cadáver, llevado en procesión por la plaza, fuera enviado a Cleopatra a Alejandría; y Calvisio, amigo de César, añadió, como crímenes de Antonio en sus amores con Cleopatra, los siguientes: que había cedido y donado a ésta las bibliotecas de Pérgamo, en las que había doscientos mil volúmenes distintos; que en un convite a presencia de muchos se había levantado y le había hecho cosquillas en los pies, por cierto convenio y apuesta entre ellos; que había sufrido que los de Efeso llamaran a su vista señora a Cleopatra; que muchas veces, estando administrando justicia a reyes y tetrarcas, había recibido de ella billetes amorosos escritos en cornerinas y cristales, y puéstose a leerlos; y que hablando en una causa Furnio, hombre de grande autoridad y el más elocuente entre los Romanos, había pasado Cleopatra por la plaza conducida en silla de manos, y Antonio, luego que la había visto, había marchado allá, dejando pendiente el juicio, y pendiente de la silla de manos la había acompañado.

LIX.—Se cree que la mayor parte de estas inculpaciones habían sido inventadas por Calvisio. Los amigos de Antonio andaban por Roma haciendo ruegos al pueblo, y enviaron a uno de ellos, que era Geminio, con el encargo de que hiciera presente a Antonio no se descuidase y diera lugar a que se le despojara del mando y se le declarara enemigo público de los Romanos. Pasó Geminio a la Grecia, y desde luego se hizo sospechoso a Cleopatra de que iba ganado por Octavia. Era, por tanto, continuamente escarnecido durante la cena y colocado en los puestos de menos honor; pero él aguantaba, esperando la ocasión de poder hablar a Antonio, hasta que, precisado en la misma cena para que dijese cuál era el objeto de su viaje, respondió que lo demás que tenía que decir pedía estar cuerdo; pero que, cuerdo o bebido, lo que sabía era que sería muy conveniente que Cleopatra se marchase a Egipto. Enfadóse Antonio al oírlo; pero Cleopatra lo que dijo fué: «Ha hecho muy bien Geminio en confesar la verdad sin que le dieran tormento.» Geminio, pues, huyó de allí a pocos días y regresó a Roma. A otros muchos de los amigos de Antonio echaron de allí los aduladores de Cleopatra, por no poder aguantar sus insultos y provocaciones, siendo de este número Marco Silano y Delio el Historiador. De éste se dice que temió además las asechanzas de Cleopatra, dándole aviso Glaucó el médico; y es que había picado a Cleopatra, diciéndole en la cena que a ellos se les daba a beber vinagre, mientras Sarmiento bebía en Roma vino Falerno.

Este Sarmiento era un muchachito de los que servían al entretenimiento de César, a los cuales los Romanos les llamaban delicias.

LX.—Cuando César se hubo preparado convenientemente, se decretó hacer la guerra a Cleopatra y privar a Antonio de una autoridad que abandonaba a una mujer, añadiendo que Antonio, emponzoñado con hierbas, ni siquiera era dueño de sí mismo, y que los que les hacían la guerra eran Mardión el Eunuco, Potino, Eira, peinadora de Cleopatra, y Carmión, por quienes eran manejados la mayor parte de los negocios de la comandancia general de Antonio. Dícese que precedieron a esta guerra las señales siguientes: la ciudad de Pisauro, colonia establecida por Antonio y situada sobre el Adriático, habiéndose hundido el suelo, desapareció. Una de las estatuas de piedra de Antonio, puestas en la ciudad de Alba, se cubrió por muchos días de sudor, del que no se vió libre aun cuando algunos quisieron enjuagarla. Hallándose el mismo Antonio en Patras, el templo de Hércules fué abrasado de un rayo; en Atenas, el Baco de la Gigantomaquia, arrancado del viento, fué llevado hasta el teatro; y es de advertir que, como hemos dicho, Antonio se jactaba de pertenecer a Hércules por el linaje y a Baco por la emulación de su tenor de vida, haciéndose llamar el nuevo Baco. El mismo huracán, soplando con igual violencia sobre los colosos de Eumenes y Atalo, que eran llamados los Antonios, entre los demás, a ellos solos los derribó al suelo. Llamábase asimismo An-

tonia la nave capitana de Cleopatra, y se notó en ella un prodigio extraño, porque habían hecho nido unas golondrinas en la popa, y habiendo venido otras, lanzaron a éstas, y les mataron los polluelos.

LXI.— Cuando ya estaban próximos a dar principio a las hostilidades, las naves de guerra de Antonio no bajaban de quinientas, en las que había muchas de ocho y de diez órdenes, adornadas con mucho lujo y magnificencia, y su ejército se componía de cien mil infantes y doce mil caballos. Los reyes que estaban a sus órdenes y le auxiliaban eran Boco, rey de los Africanos; Tarcondemo, de la Cilicia superior; Arquelao, de la Capadocia; de la Paflagonia, Filadelfo; de la Comagena, Mitrídates, y Sadalas, de la Tracia; éstos asistían a su lado. Polemón envió tropas del Ponto; Malco, de la Arabia; Herodes, de Judea, y también Amintas, rey de los Licaonios y los Gálatas. Había venido asimismo auxilio del rey de los Medos. César, de naves para combate tenía doscientas cincuenta, y su ejército se componía de ochenta mil infantes y de otros tantos caballos como el de los enemigos. Imperaba Antonio desde el Eufrates y la Armenia hasta el mar Jonio y los Ilirios, y César, en todo el país situado desde los Ilirios hasta el Océano occidental, y después, volviendo de éste hasta el mar de Toscana y de Sicilia. Estaban además sujetas a César el Africa, la Italia, la Galia y la España hasta la columna de Hércules, y las tierras desde Cirene hasta la Etiopía a Antonio.

LXII.— Estaba de tal modo pendiente de aque-

lla mujer, que, siendo las fuerzas de tierra aquellas en que considerablemente se aventajaba a su contrario, se decidió por el combate naval a causa de Cleopatra; y eso que veía que por falta de marinería arrebatában los capitanes de navío en la oprimida Grecia a los viajeros, arrieros, segadores y a todo joven, y que ni aun así estaban bien tripuladas las naves, y sólo con gran dificultad y trabajo se sostenían en el mar. César, que con naves no equipadas por el aparato y la ostentación, sino ágiles, prontas y bien provistas y tripuladas, ocupaba con su armada a Tarento y Brindis, envió a decir a Antonio que no se perdiera tiempo, sino que viniera con todas sus fuerzas; pues él proporcionaría a su armada radas y puerto contiguos, y con su propio ejército se retiraría dentro de Italia la carrera de un caballo, hasta que el mismo Antonio hubiera hecho su desembarco y acampádose con toda seguridad. Antonio, contestando a una fanfarronada con otra, lo envió a desafiar, sin embargo de que él era más viejo; y si esto no le acomodaba, le proponía que combatieran en Farsalia con sus ejércitos, como antes lo habían hecho César y Pompeyo. Adelantóse César, mientras Antonio se hallaba surto en Accio en el sitio en que ahora está edificada Nicópolis, a pasar el mar Jonio y ocupar una aldea del Epiro, llamada Torine (1). Como esto suscitase grande revuelta y alboroto entre las gentes de Antonio, porque su ejército estaba muy

(1) Palabra que significa cucharón.

rezagado, Cleopatra, haciendo de chistosa, dijo: «¿Qué mucho que haya esta revuelta, si César se ha apoderado del cucharón!»

LXIII.—Antonio, habiéndose puesto en movimiento desde muy temprano las naves de los enemigos, temeroso de que tomaran las suyas vacías de marinería, armó a los remeros y los formó sobre cubierta precisamente para vista; y suspendiendo y colocando los remos en forma de alas a uno y otro lado de las naves, las tuvo puestas de proa en la boca del puerto de Accio, como si estuvieran bien equipadas y preparadas para la defensa; César, engañado con esta estratagema, se retiró. Parece que también obró con grande arte en interceptar el agua con ciertas obras de fortificación, y privar así de ella a los enemigos, por no tener sino poca y mala los pueblos del contorno. Trató asimismo con consideración e indulgencia a Domicio, contra la voluntad de Cleopatra; porque habiéndose embarcado éste estando ya con calentura en un barquichuelo, y pasándose a César, Antonio lo llevó muy a mal, y, sin embargo, le envió todo su equipaje, y juntamente sus amigos y esclavos; mas Domicio, arrepentido por lo mismo de ver que su infidelidad y su traición eran notorias, se murió al punto de pesar. Hubo igualmente defección en algunos reyes, como en Amintas y Deyotaro, que se pasaron a César. Desengañado, por fin, Antonio de que la armada no se hallaba en estado de servir y de prestarle los pronto auxilios que necesitaba, se creyó en la precisión de recurrir

al ejército, y Canidio, comandante de éste, también mudó de parecer cuando ya se estuvo en los momentos de conflicto, aconsejando a Antonio que convenía despedir a Cleopatra y, retirándose a la Tracia o a la Macedonia, dirimir con las fuerzas de tierra aquella contienda. Porque Dicomos, rey de los Getas, ofrecía auxiliarle con poderoso ejército, y no podría parecer mal que, habiéndose ejercitado César en la guerra de Sicilia, le cediese en el mar, cuando por el contrario sería cosa muy dura y muy necia que, siendo mayor la pericia de Antonio en los combates terrestres, no hiciera uso de la fuerza y superioridad de su numerosa infantería, repartiéndola y perdiéndola en las naves; mas con todo aun volvió a prevalecer Cleopatra para que la guerra se terminara por medio de un combate naval, poniendo ya la vista en la fuga, y ordenando sus cosas, no del modo en que hubieran de ser más útiles para la victoria, sino en el que hubieran de estar más prontas para el retiro si la acción se perdía. Había unos ramales que desde el campamento iban a la armada, y por ellos acostumbraba Antonio a pasar de una parte a otra sin recelo. Como dijese, pues, un esclavo a César que era fácil echarle mano cuando fuese por los ramales, puso al efecto hombres apostados, los cuales se condujeron de manera que, acelerándose un poco en la operación, cogieron al que iba delante de Antonio, y él con gran dificultad pudo librarse corriendo.

LXIV.—Resuelto al combate naval, quemó todas las demás naves egipcias, a excepción de se-

senta, y tripuló las mejores y de más porte, desde las de tres hasta las de diez órdenes, embarcando en ellas veinte mil infantes y dos mil ballesteros. Dícese que uno de aquellos infantes, hombre que era de los que hacían de guías en la formación y que había sostenido muchos combates a las órdenes de Antonio, teniendo su cuerpo pasado de heridas, exclamó en presencia de éste, y dijo: «¿Por qué, ¡oh emperador!, desconfías de estas heridas y de esta espada, y pones tus esperanzas en unos malos leños? Peleen en el mar los Egipcios y Fenicios; pero a nosotros danos tierra, en la que estamos acostumbrados a mantenernos a pie firme hasta morir o vencer a los enemigos.» Y que a esto nada respondió Antonio, y sólo con la mano y el rostro pareció exhortarle a que tuviera buen ánimo, y pasó de largo, no estando él mismo muy confiado; pues que queriendo los capitanes de las naves dejar las velas, los precisó a embarcarlas y llevarlas, diciendo que no se debía dejar escapar a ninguno de los enemigos que huyese.

LXV.—En aquel día y en los tres siguientes, alterado el mar con un recio viento, impidió el combate; pero al quinto, restituída la calma y la serenidad, se prepararon a él. Tenían Antonio y Públicola el ala derecha; Celio, la izquierda, y en el centro se hallaban Marco Octavio y Marco Insteyo. César dió a mandar el ala izquierda a Agripa, tomando para sí la derecha. Formadas a la orilla del mar unas y otras tropas de tierra, mandadas las de Antonio por Canidio y las de César por Tau-

ro, se estuvieron en reposo. De los generales, Antonio corría en una falúa de una parte a otra, exhortando a los soldados a que por la pesadez de sus naves pelearan firmes como en tierra, y dando orden a los capitanes de los buques de que, como si estuvieran sobre las anclas, así recibieran sin moverse los choques de las contrarias, guardando la boca del puerto para no ser envueltos. De César se dice que, dando también vuelta por las naves antes de hacerse de día, se encontró con un hombre que conducía un borriquillo, y habiéndole preguntado su nombre, como le conociese, le respondió: «Yo me llamo afortunado, y el borriquillo, vencedor», por lo que, adornando después con los espolones aquel lugar, puso en él las estatuas de bronce del hombre y del borrico. Reconociendo lo que restaba de las escuadras, conducido para ello en una lancha hasta volver a su ala derecha, se maravilló de ver a los enemigos inmóviles en el estrecho; porque la vista era de naves que estaban aferradas en sus áncoras, y habiendo estado largo rato en esta persuasión, detuvo las suyas, que aun se hallaban a ocho estadios de distancia de las enemigas. Siendo la hora sexta y levantándose algún viento de mar, mal hallados los caudillos de Antonio con la detención, y confiados en la altura y mole de sus naves, con las que se tenían por invencibles, movieron el ala izquierda. Alegróse César al verlo, y contuvo aún su derecha, deseando que los enemigos se separaran más, fuera ya del golfo y de aquellos estrechos, para meterse con sus

naves prontas y ligeras por entre aquellas que con su mole y falta de tripulación eran torpes y pesadas.

LXVI.—Cuando ya se trabó el combate y vinieron a las manos, no había choques ni roturas de naves, porque las de Antonio, por su pesadez, no tenían ímpetu, que es el que hace más poderosos los golpes de los espolones, y las de César, no solamente se guardaban de ir a dar de proa contra unos espolones firmes y agudos, sino que ni siquiera se atrevían a embestir a las contrarias por los costados, porque las puntas de los suyos se rompían tan pronto como daban en unas naves hechas de grandes maderos cuadrados, compaginados unos con otros con abrazaderas de hierro. Era, pues, parecida esta pelea a un combate de tierra o, por decirlo mejor, a un combate mural; porque tres o cuatro naves acometían a una de Antonio, y usaban de chuzos, de lanzas, de alabardas y de hierros hechos ascua, y los de Antonio lanzaban también con catapultas armas arrojadizas desde torres de madera. Mas extendiendo Agripa la otra ala con el objeto de envolver a los contrarios, precisado Públicola a hacer otro tanto, quedó desunido el centro. Causó esto en él algún desorden, combatido como se hallaba por las naves del Arruncio; cuando todavía la batalla era común y se mantenía indecisa, se vió de repente a las sesenta naves de Cleopatra desplegar las velas para navegar y huir por medio de los que combatían, porque estaban formadas a espaldas de las naves

grandes, y al partir turbaron su formación. Mirábanlas los enemigos, asombrados al ver que con viento favorable se dirigían hacia el Peloponeso. Vióse allí claramente que Antonio no se condujo ni como general ni como hombre que hiciera uso de su razón para dirigir los negocios, sino que hubo así como quien dijo por juego que el alma del amante vive en un cuerpo ajeno; fué él arrastrado por aquella mujer como si estuviera adherido y hecho una misma cosa con ella; pues no bien hubo visto su nave en huída, cuando, olvidado de todo, abandonando y dejando en el riesgo a los que por él peleaban y morían, se trasladó a una galera de cinco órdenes, no llevando consigo mas que a Alejandro, Siro y a Escelio, y se fué en seguimiento de aquella perdida, que al fin había de perderle.

LXVII.—Conocióle ésta, e hizo señal desde su nave, a la que alcanzó, y fué en ella recibido; pero ni vió a Cleopatra ni se dejó ver de ella, sino que, pasando a la proa, se sentó allí sin hablar palabra, apoyando la cabeza sobre entrambas manos. Viéronse en esto buques ligeros de los de César que iban en su alcance, y haciendo volver de proa su nave, consiguió que se retiraran los demás; pero el lacedemonio Euricles continuaba en acometerle con denuedo, blandiendo una lanza desde la cubierta en actitud de arrojársela. Levantóse en esto Antonio, y preguntando: «¿Quién es el que persigue a Antonio?», le respondió aquél: «Yo soy Euricles, hijo de Lacares, que, ayudado de la fortuna de César, vengo la muerte de mi padre.» Había sido

Lacares condenado por Antonio en causa de piratería a ser decapitado. Con todo, no acometió Euricles a la nave de Antonio, sino que, embistiendo con la bronceada punta a la otra de las naves capitanas, porque eran dos, le hizo dar una vuelta en redondo, y habiendo caído de costado, la tomó, así como a una de las otras, en que había alhajas de valor, de las que sirven al uso cotidiano. Retirado éste, volvió Antonio a su anterior postura, y en ella permaneció taciturno. Pasó tres días solo en la proa, o por enfado o por tener vergüenza de presentarse a Cleopatra, y así arribó a Tenaro. Allí, las mujeres que eran más de su confianza hicieron que primero se hablasen, y después que comiesen y reposasen juntos. En tanto iban ya llegando muchos de los transportes, y algunos de los amigos que escaparon de la derrota, los cuales les informaban de que la escuadra se había perdido; pero creían que el ejército se mantenía en pie. Envió Antonio mensajeros a Canidio con orden de que sin dilación se retirara con el ejército por la Macedonia al Asia, y pensando en dirigirse desde Tenaro al Africa, escogió uno de los transportes, cargado de mucho dinero y de muchas alhajas de oro y plata de las de palacio, y lo dió a sus amigos, diciéndoles que lo partieran y se pusieran en salvo. Resistíanse éstos con clamores y llanto; pero consolándolos con la mayor bondad y afecto, e interponiendo súplicas, al cabo los despidió, escribiendo a Teófilo, su mayordomo residente en Corinto, para que les proporcionase seguridad y los tuviese ocul-

tos hasta que pudieran alcanzar clemencia de César. Era este Teófilo padre de Hiparco, que alcanzó gran poder con Antonio, y fué el primero de sus libertos que se pasó a César, el cual más adelante se fué a habitar a Corinto.

LXVIII.—Esto en cuanto a Antonio. En Accio la armada resistió a César largo tiempo, y a pesar de haber padecido mucho, a causa de una fuerte marejada que le hería por la proa, no desistió hasta la hora décima. Los muertos no pasaron de cinco mil; pero fueron tomadas trescientas naves, según lo notó el mismo César en sus *Comentarios*. Pocos eran los que sabían haber huído Antonio; y los que oían la noticia, disputaban al principio con los que la daban, haciéndoseles increíble que se hubiera marchado dejando diez y nueve legiones de tropas no vencidas y doce mil caballos, como si antes no hubiera experimentado muchas veces los reveses de fortuna y no estuviera ejercitado en las vicisitudes de mil combates y batallas. Los soldados conservaban con respecto a él deseo y esperanza, pareciéndoles que iba a llegar de un momento a otro, y dieron pruebas de tal fidelidad y virtud, que aun después de ser notoria su fuga, se le mantuvieron leales siete días, no haciendo cuenta de los mensajes de César, hasta que, por último, habiendo huído de noche el comandante Canidio y abandonado el campamento, viendo el desamparo en que todos los dejaban y la traición que les habían hecho sus jefes, abrazaron el partido del vencedor. Marchó en seguida César a Atenas y, re-

conciliándose con los Griegos, repartió los víveres sobrantes de la guerra con las ciudades que se hallaban en gran miseria, despojadas de sus haberes, de sus esclavos y de sus ganados. Refería mi bisabuelo Nicarco que todos los ciudadanos habían sido precisados a llevar sobre sus hombros la cantidad de trigo señalada hasta el mar de Anticira, haciéndoles andar a prisa a latigazos; y que de esta manera habían hecho un viaje, y cuando ya estaba medido el trigo y todo dispuesto para hacer el segundo, llegó la noticia de haber sido vencido Antonio; con lo que se había salvado la ciudad, porque inmediatamente huyeron los comisionados y soldados de Antonio, y los ciudadanos se repartieron el trigo.

LXIX.—Llegado Antonio al Africa, envió a Cleopatra al Egipto desde Paretonio, quedando él en una grandísima soledad, contristado y errante con sólo dos amigos, el uno griego, que era Aristócrates el Orador, y el otro romano, que era Lucilio; de quien en otra parte hemos escrito que en Filipos, para facilitar la fuga de Bruto, se entregó a sí mismo por éste a los que le perseguían. Salvóle entonces Antonio, a quien fué siempre agradecido y fiel hasta los últimos momentos. Cuando también le abandonó el que estaba encargado de las fuerzas que en Africa tenía, intentó darse muerte; pero se lo impidieron sus amigos; conducido a Alejandría, se halló con que Cleopatra había emprendido una obra grande y extraordinaria. Porque intentó pasar a brazo la armada por el istmo que separa el

mar Rojo del mar de Egipto, y que se dice ser el término y aldeaño entre el Asia y el Africa por aquella parte en que es más estrechado de ambos mares, y tiene menor latitud, que no es más que de trescientos estadios, y trasladando las naves al golfo Arábigo con grandes caudales y toda especie de riqueza, establecerse al otro lado, huyendo de la esclavitud y de la guerra. Mas por haber sucedido que los habitantes de la Arabia llamada Pétrea dieron fuego a las primeras naves que se pasaron y por estar Antonio en la creencia de que se sostenía su ejército de Accio, dió de mano a la empresa, contentándose con guardar las bocas del Nilo. Antonio, dejando la ciudad y la compañía de los amigos, se dispuso una habitación en el mar junto al Faro por medio de una calzada que se prolongaba mar adentro, y se fijó allí, separado del comercio de los hombres, diciendo que elegía y se proponía imitar la vida de Timón, pues que le había sucedido lo mismo que a éste; el cual, agraviado y mal correspondido de sus amigos, había llegado a desconfiar de todos los hombres y a mirarlos con aversión.

LXX.—Timón era ateniense y vivió por el tiempo de la guerra del Peloponeso, como se colige de las comedias de Aristófanes y Platón, pues en ellas es satirizado como áspero y aborrecedor de los hombres. Huía todo encuentro y trato con ellos; pero a Alcibiades, siendo todavía muy mocito y muy resuelto, le saludó y besó un día con grande empeño; y como se admirase Apemanto y le pre-

guntase la causa, le dijo que amaba a aquel joven, porque veía que había de ser para los Atenienses causa de muchos males. Si trataba con Apemanto solo, era porque se le asemejaba e imitaba su tenor de vida; y con todo, en una ocasión, celebrándose la solemnidad llamada *Coes* (1), comieron juntos los dos, y diciendo Apemanto: «¡Bello convite es este nuestro, Timón!», «Sí—le respondió éste—, si tú no te hallaras en él.» Dícese que, hallándose los Atenienses en junta pública, subió un día a la tribuna, y fué grande el silencio y expectación en que todos se pusieron por lo extraño del suceso; y él les dijo: «Tengo un solar reducido, ¡oh Atenienses!, y en él salió una higuera, en la que se han ahorcado muchos ciudadanos; teniendo, pues, resuelto edificar en aquel sitio, me ha parecido prevenirlo en público, para que si alguno de vosotros quiere ahorcarse, lo ejecute antes de arrancar la higuera.» Murió, y fué enterrado en territorio de Hales, orilla del mar, y habiéndose hundido ésta, cubrió el agua la sepultura y la hizo inaccesible a los hombres. Había sobre ella esta inscripción:

Yago aquí, despedida el alma triste;
mi nombre no os diré, sí mi deseo:
perezcaís malamente los malvados.

Esta inscripción se dice haberla hecho el mismo

(1) Segundo día de los tres que duraban en Atenas las fiestas llamadas *Antesteria*, semejantes a los Saturnales de los Romanos. Este segundo día se llamaba *Coes*, de una medida de líquidos de los Atenienses, porque en él se agotaban estas medidas, bebiendo en honor de Mercurio, conductor de los muertos.

Timón; pero esta otra, que es la que todos tienen de memoria, es de Calímaco:

Timón el Misántropo soy. ¿Qué aguardas?
Maldíceme a tu gusto cuanto quieras
sólo con que te quites de delante.

LXXI.—De lo mucho que de Timón podría decirse, nos ha parecido escoger esto poco. En cuanto a Antonio, llegó el mismo Canidio a ser portador de la noticia de haberse perdido el ejército de Accio; por otras partes supo que Herodes, rey de Judea, que tenía algunas legiones y cohortes, se había pasado a César y que todos los demás potentados le habían abandonado igualmente, sin que le hubiese quedado nada fuera del Egipto. Mas no por esto se mostró alterado, sino que aun pareció que se alegraba de deponer la esperanza, para deponer también el cuidado. Dejó asimismo aquella habitación marítima, a que había dado el nombre de *Timoneón*, y arrastrado por Cleopatra al palacio, hizo renacer en la ciudad el gusto a los banquetes, al beber y a la distribución de donativos, con motivo de empadronar entre los mozos al hijo de Cleopatra y César y de vestir la toga viril a su hijo Antilo, tenido en Fulvia; pues con esta ocasión estuvo Alejandría entregada por muchos días a los festines, francachelas y fiestas. Habían ya disuelto aquella confraternidad que llamaban de la *inimitable vida*, e instituyeron otra que no cedía a ésta en el lujo, en el regalo y en la suntuosidad, intitulándola *la de los que mueren juntos*, porque

se suscribían los amigos para morir a un tiempo y lo pasaban alegremente en banquetes que se daban por turno. Cleopatra juntó diferentes suertes de venenos mortales, y para probar el grado de dolor con que cada uno ocasionaba la muerte los hizo propinar a los presos de causas capitales; mas habiendo visto que los que eran prontos causaban la muerte acompañados de dolores, y que los más benignos obraban con lentitud, quiso hacer experiencia de los animales ponzoñosos, viendo ella por sí misma cuándo se picaban unos a otros; lo que ejecutaba todos los días. Encontró, pues, que entre todos sólo la picadura del áspid producía sin convulsiones ni sollozos un sopor dulce y una especie de desmayo, en virtud del que, con un blando sudor del rostro y amortiguamiento de los sentidos, perdían poco a poco la vida los que habían sido picados, sin que fuera fácil despertarlos y hacerles volver en sí, a manera de los que tienen un sueño profundo.

LXXII.—Enviaron de consuno embajadores a César, que se hallaba en el Asia: Cleopatra, pidiendo que conservase a sus hijos el imperio en el Egipto, y Antonio, que le permitiera vivir como particular, si en el Egipto no podía ser, en Atenas. No teniendo amigos fieles de quienes valerse por los continuos abandonos y defecciones, dieron este encargo al maestro de sus hijos, Eufonio; porque Alexas Laodicense, que en Roma había hecho conocimiento con Antonio por medio de Timagenes, siendo de los Griegos el de mayor influjo con aquél

y el principal instrumento de que se valía Cleopatra para tener embaucado a Antonio y quitarle del todo del pensamiento a Octavia, enviado a Herodes para retraerle de la deserción, se había mudado también, siendo traidor a Antonio, y confiado en Herodes, se había atrevido por fin a presentarse a César. Mas de nada le valió Herodes, porque puesto al punto en prisión por César, y conducido atado a su patria, allí le hizo dar muerte. De este modo sufrió en vida de Antonio la pena de su perfidia.

LXXIII.—César no pudo sufrir los ruegos de Antonio; y en cuanto a Cleopatra, respondió que no le faltaría en nada de lo que fuese razonable si daba muerte a Antonio o le echaba de su lado; y le envió al mismo tiempo a Tirso, uno de sus libertos, hombre que no carecía de talento y propio para inspirar confianza, hablando por un nuevo caudillo a una mujer orgullosa y muy preciada de su belleza. Como se detuviese en conversación con ella más que los otros, y recibiese mayores obsequios, excitó sospechas en Antonio, quien, poniéndole mano, le hizo dar azotes, y se lo remitió a César, escribiéndole que con su entonamiento y su vanidad le había irritado, siendo ahora más irritable con sus males. «Y si tú—añadía—no lo llevas en paciencia, ahí tienes a mi liberto Hiparco; cuélgale y azótale para que estemos iguales.» Cleopatra, de resultas, para aquietarle en sus quejas y sospechas, le obsequiaba todavía con mayor esmero; así es que, habiendo celebrado su propio día

natal sin pompa ni aparato, como a su presente fortuna convenía, para festejar el de Antonio salió de medida en el esplendor y el gasto; de manera que, habiendo venido pobres a la cena, muchos de los convidados volvieron ricos. A César, en tanto, le llamaba Agripa a Roma, escribiéndole continuas cartas, porque los negocios exigían su presencia.

LXXIV.—Dilatóse, por tanto, entonces la guerra; pero luego que se pasó el invierno, César marchó por la Siria, y sus generales por el Africa; y tomada la ciudad de Pelusio, corrían voces de que Seleuco la había entregado, de acuerdo con Cleopatra; mas ésta puso en manos de Antonio la mujer y los hijos de Seleuco para que les diera muerte. Había hecho Cleopatra construir a continuación del templo de Isis sepulcros y monumentos magníficos en su belleza y elevación, y a ellos hizo llevar desde palacio las cosas de mayor valor: oro, plata, esmeraldas, perlas, ébano, marfil y cinamomo, y con todo esto gran porción de materias combustibles y estopas; con lo que, temeroso César de que aquella mujer, en un momento de desesperación, destruyera y quemara toda aquella riqueza, se esforzaba a darle continuamente lisonjeras esperanzas, según se iba acercando con el ejército a la ciudad. Cuando ya estuvo en las inmediaciones del circo, salió Antonio y peleó valerosamente, derrotando la caballería de César y persiguiéndola hasta el campamento. Engreído con la victoria, se dirigió a palacio y saludó amorosamen-

te a Cleopatra, armado como estaba, presentándole el soldado que más se había distinguido. Dióle Cleopatra en premio una coraza y un morrión de oro, y habiéndolos recibido, en aquella misma noche se pasó a César.

LXXV.—Envió Antonio a César otro nuevo cartel de desafío; pero respondiendo éste que Antonio tenía muchos caminos por donde ir a la muerte, reflexionando que ninguno era preferible al de morir en una batalla, resolvió acometer por mar y por tierra. Dícese que en la cena excitaba a los esclavos a que en comer y beber le regalaran más opíparamente aquella noche; porque no se sabía si podrían ejecutarlo al día siguiente, o si ya servirían a otros amos, y él estaría hecho esqueleto y reducido a la nada. Como viese que al oír esto lloraban sus amigos, les dijo que no los llevaría a una batalla en la que más bien iba a buscar una muerte gloriosa que no salud y victoria. Se cuenta que en aquella noche, como al medio de ella, cuando la ciudad estaba en el mayor silencio y consternación con el temor y esperanza de lo que iba a suceder, se oyeron repentinamente los acordados ecos de muchos instrumentos y gritería de una gran muchedumbre con cantos y bailes satíricos, como si pasara una inquieta turba de bacantes; que esta turba movió como de la mitad de la ciudad hacia la puerta por donde se iba al campo enemigo, y que saliendo por ella, se desvaneció aquel tumulto, que había sido muy grande. A los que dan valor a estas cosas les parece que fué una señal dada a An-

tonio de que era abandonado por aquel Dios (1) a quien hizo siempre ostentación de parecerse, y en quien más particularmente confiaba.

LXXVI.—Al amanecer, habiendo formado sus tropas de tierra en las alturas inmediatas a la ciudad, se puso a mirar las naves que zarpaban del puerto, dirigiéndose hacia las enemigas, y, esperando ver alguna acción importante, se paró; pero sus gentes de mar, no bien estuvieron cerca, cuando saludaron a las de César con los remos, y al corresponderles éstas al saludo, se les pasaron, y la armada, reducida ya a una sola con todas las naves, volvió las proas hacia la ciudad. Estaba viéndolo Antonio, cuando también lo abandonó su caballería, pasándose a los enemigos; y vencida su infantería, se retiró a la ciudad, diciendo a gritos que había sido entregado por Cleopatra a aquellos mismos a quienes por ella hacía la guerra. Temiendo Cleopatra su cólera y furor, se refugió al sepulcro, dejando caer los rastrillos, asegurados con fuertes cadenas y cerrojos, y envió personas que dijese a Antonio que había muerto. Creyólo éste, y diciéndose a sí mismo: «¿En qué te detienes, Antonio?; la fortuna te ha quitado el único motivo que podías tener para amar la vida», entró en su habitación, y desatando y quitándose la coraza: «¡Oh Cleopatra!—exclamó—; no me duele el verme privado de ti, porque ahora mismo vamos a juntarnos, sino el que, habiendo sido tan acreditado

(1) Hércules.

capitán, me haya excedido en valor una mujer.» Tenía un esclavo muy fiel, llamado Eros, del que mucho tiempo antes había exigido palabra de que le había de quitar la vida si se lo dijese, y entonces le pedía el cumplimiento de esta promesa. Desenvainó él la espada y la levantó como para herir a Antonio; pero, volviendo el rostro, se mató a sí mismo. Al caer a sus pies: «Muy bien—exclamó Antonio—, ¡oh Eros!, pues que no habiendo podido tú resolverte a ello, me muestras lo que debo hacer»; y pasándose la espada por el vientre, se dejó caer en el lecho. No había sido la herida de las que causan la muerte al golpe; y como se hubiese contenido la sangre luego que se acostó, recobrado algún tanto, pedía a los que se hallaban presentes que lo acabaran de matar; mas ellos huyeron de la habitación, por más que Antonio gritaba y se agitaba, hasta que llegó de parte de Cleopatra su secretario Diomedes, con encargo de llevarle al sepulcro donde aquélla se hallaba.

LXXVII.—Informado de que vivía, pidió con encarecimiento a los esclavos que le tomaran en brazos, y así lo llevaron a las puertas de aquel edificio. Cleopatra no abrió la puerta, sino que, asomándose por las ventanas, le echó cuerdas y sogas, con las que ataron a Antonio; ella tiraba de arriba con otras dos mujeres, que eran las únicas que había llevado al sepulcro. Dicen los que presenciaron este espectáculo haber sido el más miserable y lastimoso, porque le subían del modo que referimos, bañado en sangre, moribundo, tendiendo las ma-

nos y teniendo en ella clavados los ojos. Porque la obra no fué tampoco fácil para unas pobres mujeres, sino que Cleopatra misma, alargando las manos y descolgando demasiado el cuerpo, con dificultad pudo tomar el cordel, animándola y ayudándole los que se hallaban abajo. Luego que le hubo recogido de esta manera y que le puso en el lecho, rasgó sobre él sus vestiduras, se hirió y arañó el pecho con las manos, y manchándose el rostro con su sangre, le llamaba su señor, su marido y su emperador, pudiéndose decir que casi se olvidó de los propios males, compadeciendo y lamentando los de Antonio. Hízola éste suspender el llanto, y pidió le dieran un poco de vino, o porque tuviera sed, o esperando acabar así más presto. Bebió, y la exhortó a que, si podia ser sin ignominia, pensara en salvarse, poniendo de los amigos de César su mayor esperanza en Proculeyo; y en cuanto a él, que no llorase por las mudanzas que acababa de experimentar, sino que antes le tuviese por dichoso, a causa de los grandes bienes que había disfrutado, pues había llegado a ser el más ilustre y de mayor poder entre los hombres; y si entonces era vencido, lo era noblemente romano por romano.

LXXVIII.—En el momento mismo de expirar llegó Proculeyo de parte de César; pues luego que Antonio, habiéndose herido mortalmente, fué llevado adonde se hallaba Cleopatra, uno de los ministros que le asistían, llamado Derceteo, tomó y ocultó su espada, y se fué corriendo a César, para

ser el primero que le anunciase la muerte de Antonio, mostrándole la espada ensangrentada. César, habiéndolo oído, se retiró a lo más interior de su tienda y lloró por un hombre que era su deudo y su colega, y con quien tanta comunidad había tenido de combates y de negocios. Después, tomando las cartas y llamando a sus amigos, se las leyó para que viesen que él le había escrito con moderación y justicia, y Antonio, en las respuestas, siempre había estado insolente y altanero, y en seguida envió a Proculeyo con orden de que hiciera cuanto le fuese posible para apoderarse de Cleopatra viva. Porque, en primer lugar, temía por la pérdida de tanta riqueza, y en segundo, creía que el conducir a Cleopatra realzaría mucho la gloria de su triunfo. Resistióse, pues, ésta a que pudieran echarle mano; y el modo de hablarse en el edificio en que se hallaba fué que, acercándose Proculeyo por la parte de afuera a una puerta que estaba al piso, cerrada con la mayor seguridad, aunque de modo que daba paso a la voz, por allí conferenciaron, reduciéndose la entrevista, de parte de Cleopatra, a pedir el reino para sus hijos, y de parte de Proculeyo, a exhortarla a tener buen ánimo y ponerse confiadamente en manos de César.

LXXIX.—Hecho cargo Proculeyo del sitio, dió parte de él a César, por quien fué enviado Galo para que también le hablase, y dirigiéndose a las puertas, alargó de intento su plática. En tanto, Proculeyo arrimó una escala a la ventana por don-

de las mujeres habían subido a Antonio, y al punto bajó con dos servidores que llevaba consigo a la misma puerta donde Cleopatra estaba en conversación con Galo. A esta sazón, una de las mujeres encerradas con Cleopatra gritó: «Desgraciada Cleopatra, te cogen viva.» Volvióse a esta voz, y habiendo visto a Proculeyo, fué a darse muerte, porque llevaba ceñido un puñal de los que usan los piratas; pero acudió corriendo Proculeyo, y teniéndola con ambas manos: «Injurias—le dijo—¡oh Cleopatra!, a ti y a César, quitando a éste la ocasión de dar pruebas de su bondad, y calumniando al más benigno de los generales de infiel e implacable.» Quitóle al mismo tiempo el puñal, y le sacudió la ropa por si tenía oculto algún veneno. Fué también enviado de parte de César su liberto Epafrodito, con encargo de poner la mayor diligencia en que se conservase en vida y en todo lo demás se mostrase indulgente y condescendiente hasta lo sumo.

LXXX.—Encaminóse ya César a la ciudad, hablando con el filósofo Areo, a quien dió la derecha, para que inmediatamente se hiciera visible a los ciudadanos y causara admiración la distinción con que le trataba. Entró después en el Gimnasio, y subiendo a una tribuna que le habían formado, cuando todos estaban poseídos de miedo y postrados por tierra, les mandó que se levantaran, asegurándoles que el pueblo estaba perdonado de toda culpa, en primer lugar, por Alejandro su fundador; en segundo, por la belleza y extensión de la ciu-

dad, que le habían admirado, y en tercero, por hacer aquella gracia a su amigo Areo. Tanto fué el honor que alcanzó Areo de César, de quien obtuvo además el perdón para muchos; siendo uno de ellos Filostrato, el más hábil de los sofistas para hablar extemporalmente, pero empeñado contra toda razón en ingerirse en la Academia; por lo que, desaprobando César su conducta, no daba oídos a los ruegos; mas él, dejando crecer su barba blanca y tomando el vestido negro, seguía por doquiera a Areo, recitando este verso:

Los que son sabios a los sabios salvan;

y César, cuando llegó a entenderlo, accedió por fin, más bien por libertar a Areo de envidia que a Filostrato de miedo.

LXXXI.—De los hijos de Antonio, a Antilo, el tenido en Fulvia, le quitaron la vida, habiendo sido entregado por su ayo Teodoro, y al cortarle los soldados la cabeza, el ayo le quitó una piedra de mucho valor que llevaba al cuello y la guardó en el ceñidor. El lo negó; pero habiendo sido descubierto, fué puesto en una cruz. Los hijos de Cleopatra, custodiados con los encargados de su crianza, fueron tratados con decoro. A Cesarión, el que se decía haber tenido de César, lo envió la madre con gran cantidad de riquezas a la India por la Etiopía; pero su ayo Rodón, semejante a Teodoro, le hizo volver, engañándole con que César le llamaba al reino.

Deliberaba César acerca de él, y se refiere haberle dicho Areo:

No es la policesarie (1) conveniente.

LXXXII.—A éste le quitó más adelante la vida, después de la muerte de Cleopatra. Eran muchos los reyes y generales que pedían el dar sepultura a Antonio; pero César no quiso privar a Cleopatra de su cadáver; así es que ella le sepultó regia y magníficamente por sus propias manos, habiéndosele permitido tomar al efecto cuanto quiso. Mas del pesar y de los dolores, pues de resulta de los golpes que se dió en el pecho se le inflamó éste y se le formaron llagas, se le levantó calentura; ocasión de que ella se valió con gusto para ir cercenando el sustento y acabar de este modo la vida. Tenía un médico de su confianza, que era Olimpo, a quien manifestó la verdad y de quien se valía como consejero y auxiliador para su designio, como lo dijo el mismo Olimpo, habiendo publicado una historia de estos sucesos; pero tuvo de ello sospecha César, y le hizo amenazas y miedo con los hijos, con lo que como con una batería la sujetó, y hubo de prestarse a que la curaran y alimentaran del modo conveniente.

LXXXIII.—Aun pasó él mismo después de algunos días a visitarla y consolarla. Hallábase acos-

(1) Es bien conocido aquel verso de Homero en el canto segundo de la *Iliada*, en que dijo no convenía la *policoirania* o muchedumbre de caudillos; Areo aplicó en este lugar aquel hemistiquio con una ligera mutación, pero de tanta consecuencia que le costó a Cesarión la vida.

tada humildemente en el suelo, y al verle entrar, corrió en ropas menores y se echó a sus pies, teniendo la cabeza y el rostro lastimosamente desaliñados, trémula la voz y apagada la vista. Descubriase también la incomodidad que en el pecho sufría, y en general se observaba que no se hallaba mejor de cuerpo que de espíritu; sin embargo, la gracia y engrimiento de su belleza no se habían apagado enteramente, sino que por en medio de aquel lastimoso estado penetraban y resplandecían, mostrándose en los movimientos del rostro. Mandóle César que volviera a acostarse, y habiéndose éste sentado cerca de ella, empezó a disculparse con atribuir lo ocurrido a la necesidad y al miedo de Antonio; pero contestándole y replicándole César a cada cosa, al punto recurrió a la compasión y a los ruegos, como podría hacerlo quien estuviese muy apegado a la vida. Por último, teniendo formada lista del cúmulo de sus riquezas, se la entregó; y como Seleuco, uno de sus mayordomos, la acusase de que había quitado y ocultado algunas cosas, corrió a él y, asiéndole de los cabellos, le dió muchas bofetadas. Rióse de ello César, y procurando aquietarla: «¿No es cosa terrible, ¡oh César!—le dijo—, que habiéndote tú dignado venir a verme y hablarme en esta situación, me acusen mis esclavos si he separado alguna friolera mujeril, no ciertamente para el adorno de esta desgraciada, sino para tener con qué hacer algún leve obsequio a Octavia y a tu Libia, y conseguir por este medio que me seas más favorable y propicio?» Daba esto

gran placer a César, por creer que Cleopatra deseaba conservar la vida; diciéndole, pues, que se lo permitía y que sería tratada en todo decorosamente, más de cuanto ella pudiera esperar, se retiró contento, pensando ser engañador, cuando realmente era engañado.

LXXXIV.—De los amigos de César, era uno el joven Cornelio Dolabela, el cual se había agradado de Cleopatra, y entonces, por hacerle este obsequio, condescendiendo con sus ruegos, le participó reservadamente que César se disponía a marchar por tierra por la Siria, y a ella a y sus hijos tenía determinado enviarlos a Roma de allí a tres días. Recibido este aviso, lo primero que hizo fué pedir a César que le permitiera celebrar las exequias de Antonio, y habiéndoselo otorgado, marchó al sepulcro, y dejándose caer sobre el túmulo con las dos mujeres de su comitiva: «Amado Antonio—exclamó—, te sepulté poco ha con manos libres; pero ahora te hago estas libaciones siendo sierva, y observada con guardias para que no lastime con lloros y lamentos este cuerpo esclavo, que quieren reservar para el triunfo que contra ti ha de celebrarse. No esperes ya otros honores que estas exequias, a lo menos habiendo de dispensarlos Cleopatra. Vivos, nada hubo que nos separara; pero en muerte, parece que quieren que cambiemos de lugares: tú, romano, quedando aquí sepultado, y yo, infeliz de mí, en Italia, participando sólo en esto de tu patria; pero si es alguno el poder y mando de los dioses de ella, ya que los de aquí nos han

hecho traición, no abandones viva a tu mujer, ni mires con indiferencia que triunfen de ti en esta miserable, sino antes ocúltame y sepúltame aquí contigo, pues que con verme agobiada de millares de males, ninguno es para mí tan grande y tan terrible como este corto tiempo que sin ti he vivido.»

LXXXV.—Habiéndose lamentado de esta manera, coronó y saludó el túmulo, mandando luego que le prepararan el baño. Bañóse, y haciéndose dar un gran banquete, estando en él, vino del campo uno trayendo una cestita; y preguntándole los de la guardia qué traía, abrió la cesta, quitó las hojas, e hizo ver que lo que contenía era higos. Como se maravillasen de lo grandes y hermosos que eran, echándose a reír les dijo que tomasen, con lo que le creyeron y le mandaron que entrase. Después del banquete, teniendo Cleopatra escrita y sellada una esquela, la mandó a César, y dando orden de que todos se retiraran, a excepción de las dos mujeres, cerró las puertas. Abrió César el billete, y viendo que lo que contenía eran quejas y ruegos para que se le diese sepultura con Antonio, al punto comprendió lo que estaba sucediendo; y aunque desde luego quiso marchar él mismo a darle socorro, se contentó por entonces con enviar a toda prisa quien se informara; pero el daño había sido muy pronto, pues por más que corrieron, se hallaron con que los de la guardia nada habían sentido, y abriendo las puertas, vieron ya a Cleopatra muerta en un lecho de oro, regiamente adornada. De las dos criadas, la que se llamaba

Eira estaba muerta a sus pies, y Carmión, ya vacilante y torpe, le estaba poniendo bien la diadema que tenía en la cabeza. Díjole uno con enfado: «Bellamente, Carmión», y ella respondió: «Bellísimamente, y como convenía a la que era de tantos reyes descendiente»; y sin hablar más palabra, cayó también muerta junto al lecho.

LXXXVI.—Dícese que el áspid fué introducido en aquellos higos y tapado por encima con las hojas, porque así lo había mandado Cleopatra, para que sin que ella lo pensase la picase aquel reptil; pero que cuando le vió, habiendo tomado algunos higos, dijo: «¡Hola, aquí estaba esto!», y alargó el brazo desnudo a su picadura. Otros sostienen que el áspid había estado guardado en una vasija, e irritado y enfurecido por Cleopatra con un alfiler de oro, se le había agarrado al brazo; pero nadie sabe la verdad de lo que pasó. Porque se dijo también que había llevado consigo veneno en una navaja hueca, y la navaja escondida entre el cabello. Mas ello es que no se notó mancha ni cardenal ninguno en su cuerpo, ni otra señal de veneno; pero tampoco se vió aquel reptil dentro, y sólo se dijo que se habían visto algunos vestigios de él a la orilla del mar, por la parte del edificio que mira a éste y hacia donde tiene ventanas. Algunos dijeron asimismo que en el brazo de Cleopatra se habían notado dos punturas sumamente pequeñas y sutiles, a lo que parece dió crédito César, porque en el triunfo llevó la estatua de Cleopatra con el áspid agarrado al brazo. Así es como se dice haber

pasado este suceso. César, aunque muy disgustado con la muerte de Cleopatra, no pudo menos de admirar su grandeza de alma, y mandó que su cuerpo fuera enterrado magnífica y ostentosamente con el del Antonio. Hízose también un honroso entierro a las esclavas por disposición del mismo César. Murió Cleopatra a los treinta y nueve años de edad, de los cuales había reinado veintidós, y había imperado al lado de Antonio más de catorce. De Antonio dicen unos que vivió cincuenta y seis años, y otros que cincuenta y tres. Sus estatuas fueron derribadas; pero las de Cleopatra se conservaron en su lugar, por haber dado Arquibio, su amigo, mil talentos a César, a fin de que no tuvieran igual suerte que las de Antonio.

LXXXVII.—Dejó Antonio de tres mujeres siete hijos, de los cuales a sólo Atilo, que era el mayor, hizo dar muerte César. De los demás se encargó Octavia, y los crió con los suyos propios; y a Cleopatra, tenida en Cleopatra, la casó con Juba, el más bien educado de todos los reyes; a Antonio, hijo de Fulvia, lo hizo tan grande, que para con César el primer lugar lo tenía Agripa; el segundo, los hijos de Libia, y el tercero, parecía ser, y era realmente, de Antonio. Teniendo Octavia de Marcelo dos hijas y un hijo del mismo nombre, a éste lo hizo César hijo y yerno a un tiempo, y de las hijas dió la una en matrimonio a Agripa. Murió Marcelo muy poco después de este matrimonio, y no viéndose disposición de que entre los otros amigos suyos eligiera César yerno de su confianza, le

hizo presente Octavia que sería lo mejor casase Agripa con la hija de César, dejando la suya. Abrazando primero el pensamiento César, y después Agripa, recogió Octavia su hija y la casó con Antonio, y Agripa casó con la de César. Habiendo quedado dos hijas de Antonio y Octavia, tomó en mujer la una Domicio Enobarbo, y la otra, llamada Antonia, muy celebrada por su honestidad y belleza, Druso, hijo de Livia y entenado de César. De este matrimonio fueron hijos Germánico y Claudio, de los cuales éste fué emperador más adelante. De los hijos de Germánico, a Cayo, habiendo imperado infamemente por corto tiempo, le dieron muerte, juntamente con su hija y su mujer. Agripina, que de Enobarbo tuvo en hijo a Lucio Domicio, casó en segundas nupcias con Claudio César; y habiendo éste adoptado al hijo que aquélla tenía, le llamó Nerón Germánico, el cual, habiendo imperado en nuestro tiempo, dió muerte a su propia madre, y estuvo en muy poco que por necedad y locura no acabase con el imperio romano, habiendo sido el quinto desde Antonio, según el orden de la sucesión.

COMPARACION DE DEMETRIO Y ANTONIO

I.—Pues que experimentaron ambos grandes mudanzas, examinemos primero lo relativo a su poder, a su lustre y dignidad; porque en el uno fueron hereditarios, y lo precedieron, habiendo sido Antígono el que más poder alcanzó entre los sucesores de Alejandro; como que antes de hallarse Demetrio en edad crecida, había ya recorrido y sujetado la mayor parte del Asia, mientras que Antonio, siendo hijo de un padre apreciable por otra parte, pero que no tenía nada de militar, ni por este término le transmitió gloria alguna, tuvo la osadía de introducirse en el imperio de César, sin tener con él deudo ninguno de parentesco, y se constituyó a sí mismo en sucesor de lo que aquél había trabajado y adquirido; habiendo subido a tanto su poder, sin otros medios que los que por sí tuvo, que, siendo dos las partes que se hicieron de todo el imperio, se tomó y arrogó la una, la más brillante de ellas, y con hallarse ausente, por mano de solos sus ministros y lugartenientes, venció muchas veces a los Partos e hizo retirar hasta el mar Caspio a las naciones bárbaras del Cáucaso. Dan testimonio de su poder hasta aquellas cosas mismas de que se hace uso para desacreditarle; porque a Demetrio fué el padre quien tomó el empeño de darle por mujer a File, hija de Antipatro, que le excedía en edad, por creer que era la que más

le convenía, y en Antonio se miraba como cosa de menos valer el matrimonio con Cleopatra, mujer que sobrepujaba en poder y en esplendor a todos los reyes de su tiempo, si se exceptúa Arsaces; y es que se hizo a sí mismo tan grande, que para los otros era digno de mayores honras que las que quería.

II.—El intento y objeto con que adquirieron el poder de parte de Demetrio estaba exento de censura, siendo el de dominar y reinar sobre hombres acostumbrados a ser dominados y que buscaban vivir bajo el mando de un rey; pero en Antonio era reprehensible y tiránico, por cuanto aspiraba a esclavizar al pueblo romano, que acababa de substraerse a la monarquía de César; y lo más grande e ilustre de cuanto hizo en su vida, esto es, la guerra contra Casio y Bruto, fué una guerra lidiada con el execrable fin de privar a la patria y a sus ciudadanos de la libertad; pero Demetrio, antes de venir a sus inevitables infortunios, se ocupó en libertar a la Grecia y en arrojar las guarniciones de las ciudades, y no como Antonio, que se vanagloria de haber dado muerte en Macedonia a los que peleaban por volver la libertad a Roma. Una cosa hay que se alaba mucho en Antonio, que es su largueza y liberalidad; sin embargo, en esta misma se le aventaja tanto Demetrio, que a sólo sus enemigos hizo tales dones, cuales no hizo nunca a sus amigos Antonio; y si se celebra en éste haber mandado envolver y dar sepultura a Bruto, aquél cuidó del entierro de todos los enemigos que habían muerto en la guerra y restituyó a Tolomeo los cautivos con sus equipajes y con dádivas.

III.—En la prosperidad eran ambos insolentes y dados al regalo y a las delicias; pero no podrá nadie decir de Demetrio que, por estar entregado a los placeres y a los regocijos, se le pasó la ocasión, sino que cuando estaba de vagar y de ocio procuraba acumular los deleites; Lamia, como la otra

Lamia de la fábula, le servía de entretenimiento para llamar el sueño; pero cuando se trataba de las prevenciones de guerra, no tenía hiedra su lanza, ni su casco olía a mirra, ni tampoco partía a las batallas perfumado y florido desde el tocador, sino que, dejando descansar los coros y danzas de Baco, se hacía, según expresión de Eurípides,

Activo alumno del profano Marte

y nunca por el placer o la pereza se le desgració negocio alguno; en cambio, Antonio, así como en las pinturas de Hércules vemos a Onfale que le quita la maza y le desnuda de la piel del león, de la misma manera, desarmándole muchas veces Cleopatra y haciéndole halagos, le persuadía a desentenderse de grandes negocios y de las expediciones más precisas, para divertirse y entretenerse con ella en la ribera, junto a Canobo y Tafosiris. Finalmente, a la manera de Paris, retirándose de la batalla, se acogía a su regazo, o, por mejor decir, Paris, vencido, huyó al tálamo; pero Antonio, por seguir a Cleopatra, se retiró y abandonó la victoria.

IV. — A Demetrio, por otra parte, no le era prohibido tener a un tiempo muchas mujeres, sino que ya estaba desde Filipo y Alejandro recibido así por costumbre entre los reyes de Macedonia, como lo ejecutaron Lisímaco y Tolomeo; y a todas aquellas con quienes se casó las tuvo en aprecio y estimación; pero Antonio no sólo estuvo casado con dos mujeres a la vez, cosa a que no se había atrevido antes ningún romano, sino que a la natural de Roma, y legítima mujer, la echó de casa por complacer a la extranjera, con quien no estaba unido según ley. Así, a aquél ningún mal le vino por sus casamientos, y a éste, por los suyos, los mayores. Mas en los hechos de Antonio nunca, por su disolución, se vió una impiedad como la de Demetrio; pues siendo así que, según refieren los his-

toriadores, en Atenas había cuidado de apartar lejos de la ciudadela los perros, por ser los animales más desvergonzados para el acto de la generación, Demetrio, en el mismo templo de Minerva se solazaba con las mujeres públicas, y no se detenía en seducir a muchas mujeres principales; y aun el vicio que parece estar más distante de esta clase de complacencias y deleites, que es la crueldad, se mezcló en la disolución de Demetrio, no dándosele nada, o, por mejor decir, precisando a que tuviera una muerte lastimosa el más bello y honesto joven entre los Atenienses por huir de sus insultos. Para decirlo en pocas palabras, Antonio, en su incontinencia, sólo se agravió a sí mismo; Demetrio, a otros.

V.—Demetrio se condujo con sus padres y parientes de modo que nada hubo que censurar en él; Antonio, por el contrario, entregó al hermano de su madre por sólo dar muerte a Cicerón; cosa en sí tan abominable y cruel, que no merecería por ella perdón Antonio, aun cuando la muerte de Cicerón hubiera sido a precio de la salud del tío. Perjuraron uno y otro, y faltaron a la fe de los tratados: el uno apoderándose de Artabazo, y el otro dando muerte a Alejandro; pero aquel hecho en Antonio tiene un motivo conocido, que es haber sido abandonado, y en cierta manera entregado, por Artabazo en la Media, mientras que de Demetrio dicen muchos que inventó motivos falsos de acusación para lo que ejecutó, siendo él el que injurió, y no quien se defendió de la injuria ajena. Mas, de otra parte, Demetrio fué él mismo el autor de sus victorias; por el contrario, Antonio, en aquellas batallas en que no estuvo presente consiguió las mayores y más señaladas victorias por medio de sus lugartenientes.

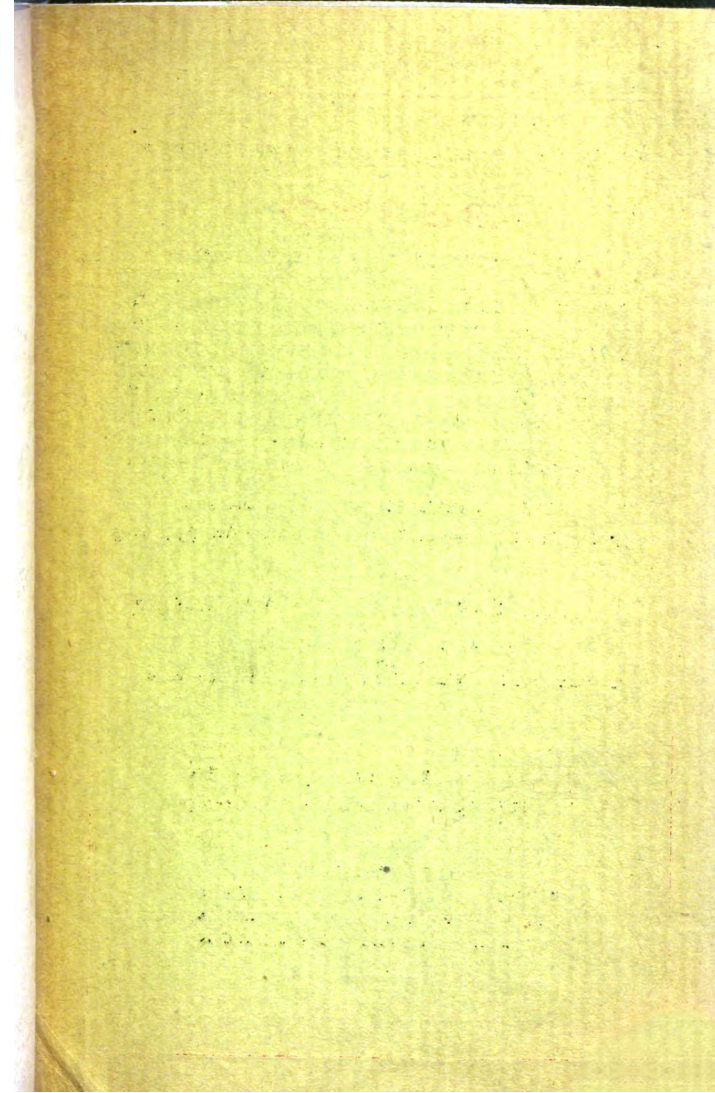
VI.—Ambos decayeron de su alta fortuna por culpa propia, aunque no de la misma manera, sino el uno abandonado porque le hicieron deserción

los Macedonios, y el otro abandonado porque huyó de la batalla, dejando en ella a los que por él peleaban; de manera que el cargo del uno es haber hecho desobedientes a sus soldados, y el del otro haber perdido voluntariamente tan grande amor y lealtad. Por lo que hace a la muerte, no es de alabar la de ninguno de los dos; pero es más reprehensible la de Demetrio, porque no tuvo inconveniente en reducirse al estado de cautivo, y reputó a ganancia el estar preso tres años, sirviendo sólo al vino y a la gula, como los animales, al paso que Antonio, aunque fué de un modo cobarde, lastimoso y poco noble, por fin se quitó la vida antes que sufrir que su cuerpo cayera en poder de su enemigo.

INDICE DEL TOMO NOVENO

	<u>Páginas.</u>
Demóstenes	5
Cicerón	42
Comparación de Demóstenes y Cicerón.....	107
Demetrio	112
Antonio.....	179
Comparación de Demetrio y Antonio	282





U
COLECCION UNIVERSAL

**NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.**

**Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de CIN-
CUENTA CENTIMOS cada número.**

**FOR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)**

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

**Los 510 números publicados desde julio de 1919
— — a agosto de 1921 contienen obras de — —**

**ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKES-
PEARE, STAEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON,
SWIFT, TACITO, VIGNY VOLTAIRE Y OTROS**

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13

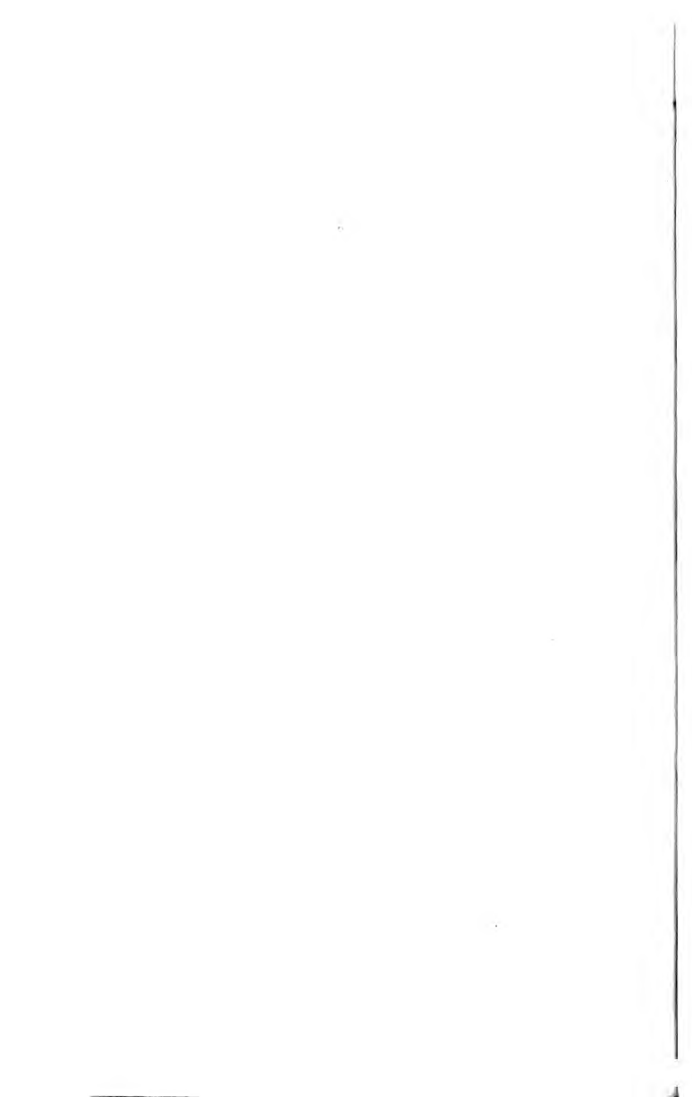
1
1

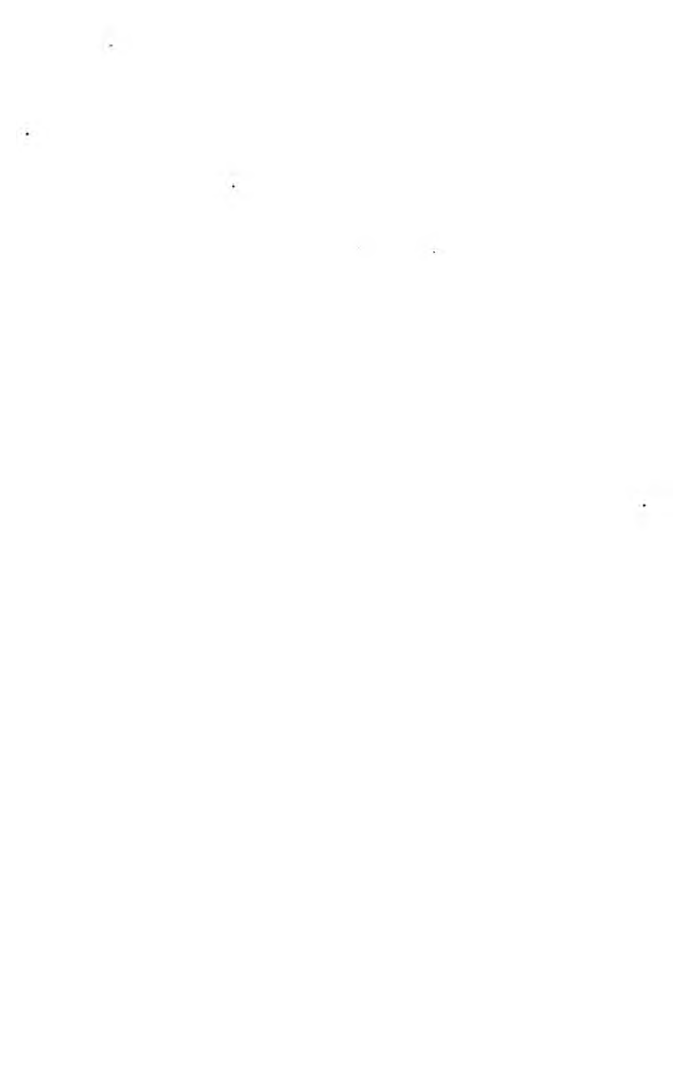
5
YES
PT
C W
OCE
YES
LA PT
TMC
ANK
HST

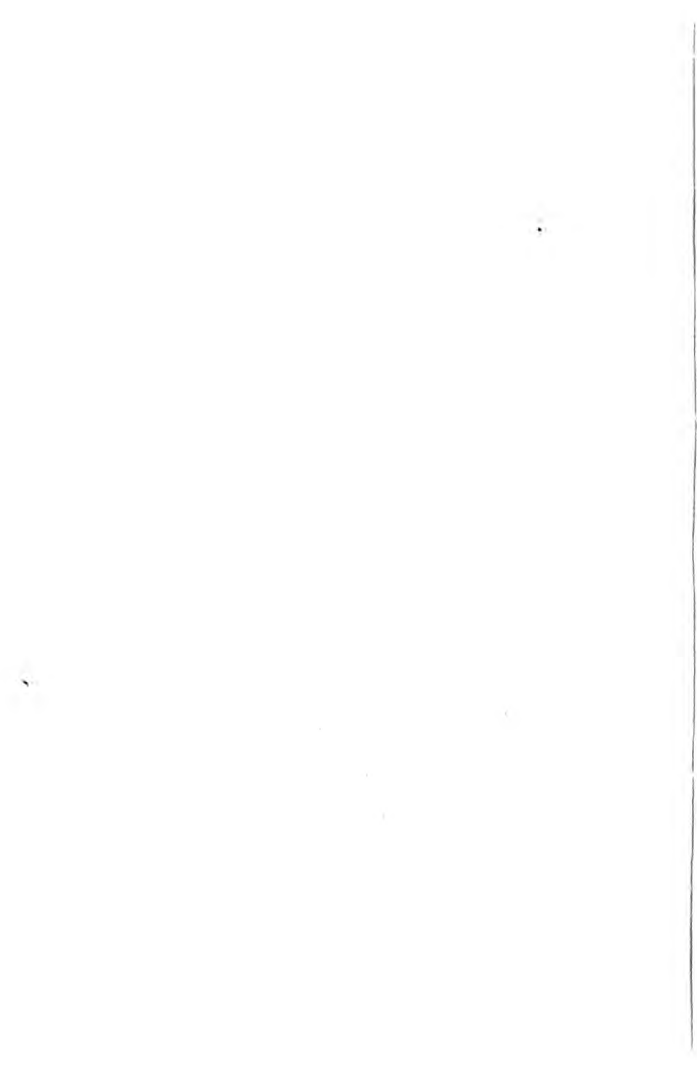
--
: 807

10

14









UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 044868328